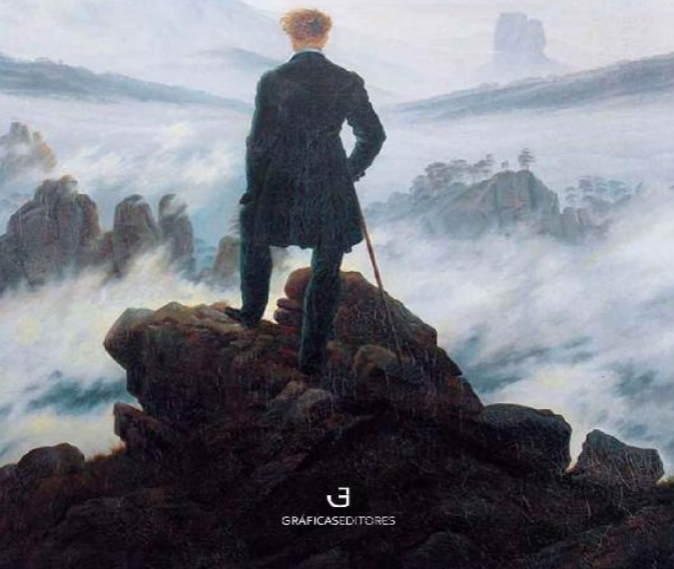


CARLOS CALVERA

EL PASO DE LAS DEVOTAS

UN VIAJERO, UN MONASTERIO PERDIDO EN LAS MONTAÑAS,
UNA MALDICIÓN MILENARIA...



GRÁFICAS EDITORES

EL PASO DE LAS DEVOTAS

CARLOS CALVEA



ISBN: 950-01-0195

© Carlos Calvera

© De esta edición: Gráficas Editores

ISBN: 978-84-945577-8-1

Depósito legal: HU-100-2017

Maquetación: Gráficas Barbastro S.L.

Imagen portada: “*Viajero junto a un mar de niebla*”, por Friedrich. 1818. Galería de Arte Hamburgo.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o

transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Síguenos en:



A Astrid y Mónica,
por su espíritu de superación.

A mi amigo Carlos,
que en la montaña
me sacó de un mal paso.

*«¿Por dónde pasar? La cornisa en la
que se apoyaba el camino*

*desciende hacia el río, llega hasta la
orilla y desaparece...*

Aquí acaba el mundo.»

Franz Schrader 1878⁰

(Paso de las Devotas)

A MODO DE PRESENTACIÓN

Durante el mes de junio de 1938, la 43ª división de infantería republicana que sostenía el frente de Bielsa fue obligada a retirarse hacia Francia por los pasos fronterizos de las montañas. Yo formaba entonces parte del segundo regimiento de zapadores y había recibido órdenes de la comandancia para preparar las voladuras de las infraestructuras que íbamos a abandonar en nuestro repliegue.

En el periodo que medió entre el 9 y el 15 de junio –tras resistir setenta y cinco días de asedio– se nos ordenó destruir la documentación y los archivos del

consistorio, así como los censos y actas notariales de todos los municipios del valle. Mientras los ingenieros preparaban las cargas de demolición y los civiles marchaban en largas filas hacia los pasos de montaña, nosotros reunimos las cajas de papeles en el archivo comunal de la parroquia y procedimos a quemarlas.

Fue en uno de estos traslados cuando encontré el manuscrito que a continuación presento. El diario —escrito a mano y firmado por un comisionado real llamado Fernando de Artales durante la primera mitad del S XIX— había aparecido traspapelado bajo un fardo de oficios. Estaba en el interior de

una caja numerada, encuadernado con pasta española y cosido de un modo tan burdo que, en ocasiones, afectaba al texto de las páginas pares y algunas notas marginales muy interesantes.

Enseguida me di cuenta de que el diario era un texto entretenido. Aprovechando las noches en que la artillería enemiga nos concedía un respiro me apliqué en su lectura con verdadera devoción. La historia contada por el comisionado, que a continuación transcribo, discurre en esos mismos parajes en los que combatimos. Sus referencias acerca de lugares que aún perduran en la toponimia local me trasladan sin demora un siglo atrás, cuando la vorágine del

hombre aún no había mancillado esta tierra formidable y sus fronteras naturales la mantenían hermética a toda injerencia exterior...

VIAJE POR EL DESFILADERO DE LAS DEVOTAS

(Marzo del año 1840)

Realizado por el Comisario Regio de la Hacienda Pública, Don Fernando de Artales Aguinaliu, durante un comisionado a las tierras del alto Aragón, en el que se describen de manera precisa y detallada los extraños acontecimientos que tuvieron lugar en el monasterio trinitario de Los Oscuros de Arpan.

1861. June at the retreat

Journal

From the time of our first meeting, we have pursued
the plan of mutual help, and we have found it
the best of all. We have not only been able to
live in peace, but we have also been able to
live in love. We have not only been able to
live in peace, but we have also been able to
live in love. We have not only been able to
live in peace, but we have also been able to
live in love.

From the time of our first meeting, we have pursued
the plan of mutual help, and we have found it
the best of all. We have not only been able to
live in peace, but we have also been able to
live in love. We have not only been able to
live in peace, but we have also been able to
live in love. We have not only been able to
live in peace, but we have also been able to
live in love. We have not only been able to
live in peace, but we have also been able to
live in love. We have not only been able to
live in peace, but we have also been able to
live in love.

Una página del manuscrito original que se transcribe.

Llegada al desfiladero

4 de marzo

Cierta tarde del año 1840, habiendo sido designado por el Real Instituto de Finanzas para confiscar los bienes de las órdenes religiosas en virtud de la primera ley de desamortización¹, me adentré en esa región hostil y solitaria que se extiende al norte de la provincia aragonesa y que es conocida por los naturales del lugar con el nombre de Caldera de las Brujas o Monte Perdido.

Inútil sería tratar de referir la desolación que embargó mi alma cuando pisé por primera vez aquellos lares

dejados de la mano del mundo. Tras abandonar Huesca el día 2 de marzo, y en una sucesión de recorridos demoledores a través de caminos de carro y sendas de leñadores, fui sumergiéndome progresivamente en un paisaje de fantasía irreal, constituido por congostos y hoyadas de una fiereza casi prehistórica, en cuyos fondos, saltando de peñascal en peñascal, bramaba el curso de las aguas heladas precipitándose invisibles bajo un manto de nieblas perpetuas.

Poco antes del anochecer y tras dos días de marcha agotadora, alcancé la última aldea que custodiaba la entrada al Paso. Allí debía reunirme con el guía de la región que me conduciría a través

del cañón que se adentra en el macizo. El pueblo en sí —llamado La Infortunada²— no presentaba más que un par de casonas antiguas habilitadas como fonda y algunos cobertizos de piedra para estabular las monturas. Encerrado sobre sí mismo como un baluarte levantado contra el medio físico de sus entornos, semejaba un bastión de civilización perdida en estos confines de desolación blanca y brutal.

La Infortunada era el último punto habitado antes de adentrarse en el horrible paso que el curso del río Cinca hendía en las montañas; era parada obligada de resuello, tanto para las partidas de machos enteros que subían vino hacia Bielsa como para las que

bajaban carbón y contrabando desde el otro lado del valle.

Agotado por el esfuerzo del viaje y sin apenas haber dormido, encaminé mi caballeriza hacia el establo cuando el posadero ya salía a mi encuentro para asistirme...

– ¡Rebufa, que a poco le coge la noche de camino! –imprecó el mayoral al verme descabargar de la montura.

–Me pilló un aguacero cerca de la Espelunca de San Vitorian y tuve que tomar refugio en una *balma* –le expliqué–. Todo el camino he tenido un tiempo de demonios.

–Ya temíamos que le hubiera pasado algo –dijo el mayoral tomándome las riendas del caballo para

conducirlo al establo.

– ¿Cómo está el paso? –le pregunté

–Abierto y con dos dedos de nieve

– ¿Podremos pasarlo mañana?

–Podremos, si el viento no trae más

esta noche.

El posadero de la hacienda era un hombretón de pelo crespo y nariz aguileña que blandía en su frente un chichón de carne enquistada. Esta particularidad hacía que a La Infortunada se le conociera también como la Cantina del Boñado.

–Tapa el caballo y ponle forraje – le dije al mayoral– ¿Hay algún otro viajero dentro de la casa?

–Ninguno, señor. Solo gentes de

por aquí y Cipriana, mi mujer, que ya ha puesto a calentar un ponche de melocotones en la estufa para sacarle el frío de los huesos.

—Falta me hace! —aseveré frotándome las manos para desentumecerlas del frío.

—Ande, no se me entretenga y tome reposo en la lumbre. Está usted empapado, y el aire de estas horas no es bueno para la fatiga

Le dejé con el caballo y entré en la casa. La cocina de La Infortunada era oscura como boca de lobo, hasta el punto que la mesa de huéspedes cabía entera dentro de la campana del tiro. La hoguera del fogaril crepitaba dibujando mil sombras sobre los calderos de

bronce colgados con cadenas de hierro y sobre las paredes ennegrecidas por el hollín. En realidad, no sé si se trataba de los reflejos de mi propia silueta o los de las almas de los difuntos que, al calor de las llamas, acudían desde los rincones más fríos de la casona para escuchar las novedades de mi llegada al lugar. Fuera, rugía el viento de las montañas.

Cipriana acudió al poco rato con el codiciado ponche de melocotón y un buen plato de guisado con trozos de longaniza. La mujer del mayoral era algo sorda y tanmenuda que sus piernas quedaban extendidas por entero sobre el mimbres de la silla sin llegar a doblarse por la rodilla. Era como un títere, una vieja muñeca de trapo ansiosa de

cotilleo y de garnacha.

– *¿Y dice que vie de la capital?* – preguntó la mujer, bien dispuesta a resarcirse con todo cuanto pudiera contarle.

Yo me llevé la cuchara a la boca y dejé que el ponche caliente abrasara mis labios.

–Esto esta riquísimo –comenté.

Cipriana me miró un instante sin decir nada y luego probó fortuna de nuevo.

– *¿Para qué ha veniu aquí? ¿Se quiere usted ir a la Francia?*

–He venido aquí por asuntos de estado –repliqué confiando en que mi respuesta pondría coto a su curiosidad.

Cipriana volvió a permanecer en

silencio, esta vez mirándome de soslayo, como si yo fuera algún ser sobrenatural o una criatura de otro mundo. Me dejaba perplejo que no tuviera el menor reparo en hacerlo con tanto descaro. Entendí que la simpleza de su condición de montañesa la empujaba a obrar de ese modo, sin ningún sentido de las maneras ni del disimulo.

— *¿Y ixos asuntos de que habla son importantes?...*

—Sí, mujer —respondí a sabiendas de que sería inútil apercibirla de mi gusto por las cenas en soledad—. Estoy aquí para tratar cuestiones del gobierno que van a afectarles de modo directo también a ustedes.

— *¿A nosotros?...*

—Sí, a ustedes.

— *¿A nosotros dice?*

— ¡Deja en paz al señor! —rugió el

Boñudo entrando en la cantina como un ogro.

La puerta se cerró tras él conteniendo una ventisca de diminutos copos de nieve que se arremolinó en la entrada. El hombretón portaba un fajo de ramones secos aplastados entre los sabañones de sus manos.

— *No haga caso a mi mullé* —añadió acto seguido—. Si por ella fuera, le tendría a usted toda la noche en danza. Está medio sorda, y aunque le conteste, no le entenderá *miaha*.

—No me molesta, Boñudo —dije limpiándome los labios con la

servilleta— De hecho, no me dirijo a Francia, sino a Bielsa. En cuanto haya atravesado el desfiladero me quedaré allí.

— ¿En Bielsa? —carraspeó el Boñudo, que no acertaba a comprender qué podía haber de interés para mí en un lugar como aquél.

No en vano, antes de iniciar mi viaje hacia el corazón del Pirineo, me había documentado acerca de este valle inhóspito que permanecía aislado del resto del país por el intransitable estrecho de las Devotas. La endogamia, tanto hereditaria como cultural, había creado una pequeña estirpe de pobladores que mantenían costumbres y

ritos enraizados en las antípodas del cristianismo. Poseían una lengua endémica del valle y una tradición cultural propia que tenía su máximo exponente en su carnaval: una siniestra fiesta pagana que hendía sus raíces en la antigüedad más oscura. Los festejos se iniciarían al poco de mi llegada y se prolongarían durante una semana. Me había propuesto tomar notas en mi cuaderno de todo cuanto viera allí. Después, ascendería hacia los Oscuros de Arpan para conocer el monasterio de monjas trinitarias, cuyos bienes tenía que catalogar y confiscar.

—Si he de serle franco, no me satisface mucho llevarle allí mañana —dijo el mayoral midiendo mucho el tono

de sus palabras para que no parecieran un desplante, sino una advertencia—. Los belsetanos son gente reservada que no gusta de forasteros. No espere ser bienvenido y menos en estas fechas, en las que, como sabrá, comienza su carnaval.

—La cuestión es que no pienso quedarme en Bielsa todos los días —maticé tomando un sorbo de vino.

La sombra sobredimensionada de un gato negro con la cola erizada se paseó sigilosa por el contorno de la pared del fogaril.

— *¿Ah, no?* —ronroneó Cipriana anticipando una mala corazonada.

—No.

— *¿Ande va entonces?...*

—Cerca de allí, a los Oscuros de Arpan —agregué haciendo que el nombre de ese lugar retumbara en la inmensa campana negra de la cocina de un modo extraño.

Al pronunciar aquel nombre, se formó un silencio sepulcral en toda la posada. Los hombres de las mesas — pastores de las cercanías que se reunían todas las noches tras encerrar el ganado para tomar un vino— levantaron las cabezas de los naipes y suspendieron sus miradas en el vacío mirándose los unos a los otros sin encontrarse. La mujer del mayoral se apresuró a recitar una especie de conjuro en un dialecto inteligible y saltando (esta expresión es literal) de la silla se alejó del comedor

como alma que lleva el demonio. Hasta el rostro inamovible del propio Boñudo pareció descomponerse antes de tratar de persuadirme para que olvidara semejante idea.

– No es aconsejable adentrarse en esa parte del valle –arguyó meneando la cabeza de lado a lado.

– ¿Por qué no?

– Yo no sabría decirle, señor, pero... cuentan cosas... cosas extrañas.

Conocedor de las supersticiones de aquellas gentes montañesas no quise ahondar en el tema, pero dejé bien claro que si los trabajos de inventariación de bienes implicaban el reconocimiento de la zona, esta debería de llevarse a cabo en su totalidad, incluso a pesar de las

«peculiaridades locales» que pudiesen persistir por tradición o por ignorancia.

—Este es un proyecto político de gran importancia —constaté imprimiendo a mis palabras ese tono solemne que tanto impresionaba a las gentes del campo—. He venido aquí para trabajar por el gobierno, no para escuchar monsergas y letanías de brujas, ¿entiendes? El nuevo gobierno quiere ayudar a la gente del pueblo, quiere ayudaros a vosotros. A ti también, Boñudo. Por eso ha decidido quitarle a la Iglesia sus propiedades y repartirlas entre quienes quieran y puedan trabajarlas.

—A mí me *paice* que la política es la madre de la confusión señor; por eso

empieza por “p” porque si a la “p” das vueltas se convierte en la b, y luego en la q y al final en la d, y así no hay manera de saber lo que quiere decir de verdad

Reí ante la ocurrencia del posadero.

—No te falta razón en lo que dices, amigo mío, pero me temo que el gobierno ya ha decidido por ti y por los demás — constaté.

El mayoral, aún a pesar suyo, no puso ninguna otra objeción. Los dineros que mi estancia reportarían a su hacienda eran motivo más que suficiente para dejar a un lado cualquier otra consideración o prejuicio.

— Entonces haré que Cipriana suba

a calentarle la cama y le prepare una muda para mañana –dijo levantándose de la silla.

Poco después, yo también me levanté retirándome a mi habitación para descansar.

II

*(Que trata de cómo me adentré en
el Paso de las Devotas y de lo que allí
me contó mi guía)*

5 de marzo

El ruido de los cascos de la mula resbalando sobre la rampa helada del establo me despertó de mi sueño. Si bien, en un principio, lo atribuí a la llegada de otro viajero, tras bajar al patio, me di cuenta de que el Boñudo ya había ensillado mi montura y me aguardaba para iniciar la marcha. Era noche cerrada; los gallos aún no habían

comenzado a cantar y la temperatura alcanzaba ese punto de la madrugada, justo antes del amanecer, en el que el frío es particularmente intenso. Tras dejar instrucciones a la mujer del mayoral, nos despedimos de ella y emprendimos el camino hasta dejar el pueblo a nuestra espalda.

El Boñudo (cuyo nombre era Carlons) caminaba un trecho por delante de mí, arrastrando la mula cargada hasta los topes con el ronzal sujeto a su mano. Yo le precedía algunos pasos montado en mi caballo, con un fajo de cartas y documentos oficiales colgado al hombro, y un zurrón repleto de material diverso con el que pretendía levantar actas de todas las tierras por la que

fuéramos pasando. Apenas remontar el tozal, rompió el alba a nuestra izquierda destacando, de entre los bancos de niebla del horizonte, la formidable mole del Irtue contra el pálido azul del amanecer³.



Ya clareaba. Venía la mañana pálida, sin sol, como aterida de su pena. El cielo se había ido desmenuzando copo a copo sobre la tierra muda. Lentamente, la imagen del guía se me hizo más y más nítida. Por primera vez desde mi llegada lo veía bajo la luz natural del día y, ante esta nueva perspectiva, su imagen se me antojaba

incluso más robusta y contundente de lo que hasta entonces me había parecido. Carlons andaba cojo por causa de su rodilla, que a fuerza de gastarse por el mucho caminar, y a falta de los cuidados perceptivos, había terminado soldándose al hueso de su pierna como una costilla de cachalote a la amura de un ballenero. A nuestra derecha, se escuchaba el canto mañanero de las perdices...

Ko, ko, ko, korás, kokorás, korás, kokorás.

Sus gritos retumbaron en la foz negra que marcaba la entrada al paso

Ka, kas,kas, kakarás, kas, kakarás...

Las aves levantaron el vuelo sobre

los bojes cubiertos de nieve para ganar la vertiente opuesta. Mi vista las perdió al mimetizarse con las sombras de la otra ladera. Pensé si acaso trataban de prevenirme de algo....

La entrada al desfiladero resultó tétrica. Las dos paredes del congosto estrechaban a un punto el paso con dos cortadas de más de doscientas varas de altura⁴. Las oquedades de su fondo, huérfanas a perpetuidad de luz, propiciaban una corriente de aire fría que, saliendo de la grieta, nos alcanzaba refrigerada por el agua que el río hendía en su fondo. La vegetación de ribera y de roca era exuberante, distinta a todo lo visto hasta entonces. Sus tallos festoneaban los pretils

desprendiéndose en cascadas de musgo y enredaderas que caían como racimos colgantes hasta besar el curso de las aguas encajonadas.

Kas, kas, kas, kokorás, Kokorás... sonaron por última vez sus graznidos a nuestra espalda como riéndose de nosotros, alejándose en dirección a los campos abiertos, a las tierras bajas, a la vida.

Carlons se detuvo al poco de internarnos en la angostura y descolgó de su hombro un cuerno.

— ¿Para qué quieres eso? —le dije al ver que se dirigía con el instrumento hacia una cornisa que sobresalía del río.

—Es la bocina para anunciar que entramos en el paso —me explicó—. Si

alguna caballería viene por el otro lado, quedará advertida de nuestra presencia y se esperará en uno de los ensanches del cañón para no coincidir de vuelta encontrada en el recuesto. De no hacerlo, nos veríamos en el mal trance de no poder avanzar ni retroceder con grave peligro para los animales.

El cuerno del Boñudo sonó con un bramido tosco, tan primitivo como la misma edad de aquella tierra. Su eco cabalgó a través de la cortada alzándose por encima de las *badinas* y *gorgas* que actuaron como una inmensa caja de resonancia imprimiendo a las notas una musicalidad extraña y mística. Después, Carlons permaneció oído avizor, intentando percibir una respuesta a su

llamada.

—El paso esta libre —dijo colgándose el cuerno alrededor del tronco y tomando de nuevo posición a la cabeza de la marcha—. De aquí en adelante iremos a pata. Si el caballo se le encabrita o resbala con un canto, póngase de rodillas delante de él y bájele la cabeza contra el suelo sujetando las riendas con ambas manos. Si el caballo se pierde, suéltelo de inmediato, de lo contrario podría arrastrarle a usted en la caída.

A medida que el Boñudo me daba consejos, comprendí que a partir de ese momento, y durante las próximas cinco horas, iba a depender de aquel hombre como un ciego depende de su lazarillo.

Allí él lo era todo y yo no era nada. La aparición de la primera cruz al borde de la trocha no hizo sino confirmar esta sospecha.

Apenas describir la primera curva por dentro de la cortada, vimos el cuerpo de una mula muerta que el curso del agua había encajonado en un tronco atravesado. El ímpetu del río la movía siempre de un mismo modo, haciendo que su cabeza descompuesta se agitara como si aún pretendiera liberarse de su yugo.

—Era de los navateros⁵ —me advirtió Carlons, mirándola de refilón para no perder ímpetu en la marcha— la perdieron la primavera pasada cuando subían los equipos arriba.

– ¿Por qué llaman a este congosto el Paso de las Devotas? –le pregunté.

–Unos dicen que se llama así por las devociones a las que recurren los arrieros cuando lo atraviesan. Otros dicen que es por el monasterio de monjas que se encuentra en el otro lado del valle, en Bielsa.

– ¿El monasterio de los Oscuros de Arpan?

Otra vez la cara del Boñudo cambió de expresión como si le contrariara hablar de aquel lugar.

–El mismo –afirmó lacónico.

Permanecí en silencio algunos minutos recreándome en la espectacularidad del paisaje. Algunas bandadas de buitres y alimoches

planeaban recortando sus figuras por la única trocha de cielo visible. Luego seguí preguntándole aun a sabiendas de que el tema le incomodaba.

—Dime, Carlons. ¿Por qué os causa tanto temor ese monasterio?

—Cuentan cosas y todas son malas — me respondió bajando la cabeza con tozudez.

— ¿Qué entiendes por malas?

—Ya sabe —continuó sin volverse para mirarme— cosas de las que no debe hablarse, y mucho menos cuando se atraviesa este lugar.

Reí. Lo hice ex profeso para que me oyera, para que entendiera que despreciaba su superstición.

— ¿Cómo os podéis creer esos

cuentos de brujas? –le desafié.

–No son de brujas, sino de la montaña. Hace falta vivir aquí muchos años para comprender cómo habla la montaña.

– ¿La montaña habla contigo, Carlons?

–La montaña habla a cuantos quieran escucharla –me dijo–, y lo hace como un padre, con severidad, pero también con justicia. Tiene sus normas que deben acatarse y cumplirse si uno no quiere verse expuesto a sus castigos. La montaña habla en voz baja, en susurros: si hay ruidos no se la puede escuchar, por eso los *homes* coronan sus cimas cuando quieren mirarse tal y como son. A veces, cómo le diría yo, el paisaje

exterior crea otro interior, de tal suerte que los ojos puestos en la vista acaban por descubrirnos no ya la naturaleza que vemos, sino el panorama de nuestro espíritu. ¿Me entiende usted?

—Perfectamente dije sorprendido por el modo en que había logrado expresarse el aldeano

—Ella nos da lumbre en invierno y comida para la despensa todo el año, pero exige también respeto a cambio. Hablar de la montaña en vano es llamar al mal fario.

— ¿Pero qué es lo que sucedió aquí? Solo pretendo conocer la historia — insistí sin dejar de azuzarle.

El mayoral se detuvo un instante y se quedó mirándome pensativo.

– ¿No se da usted nunca reposo?

–No cuando se me pone algo entre

ceja y ceja –sonreí.

–Será cosa de notarios.

–Será...

–En fin –recapacitó ante mi

insistencia–, como veo que no parará usted en su empeño por conocer la historia le diré lo que sé mientras me lío un cigarrillo a la sombra de esta encina.

Carlons tomó un trago de la bota y sacó el tabaco de su cajetilla metálica.

–Hace ya muchos años –comenzó a explicarme mientras se liaba el pitillo con los dedos y la lengua–, en los tiempos de las grandes avenidas del año 1810, tres monjas procedentes de ese cenobio se ahogaron al intentar cruzar el

cauce por esta estrechez. Habían abandonado su monasterio una mañana de otoño con la estación de lluvias crecida. Dicen que los cuerpos fueron encontrados por un pescador aguas abajo del mesón de Puértolas, donde el meandro del río se ensancha formando un frezadero. Las monjas eran una mujer mayor y dos novicias, y junto a ellas encontraron algunos fardos de equipaje y... un relicario en el que se descubrieron varios objetos sagrados pertenecientes a su congregación.

– ¿Y adónde se supone que iban con tan preciadas pertenencias?

–Diríase que huían más que no iban –me aclaró Carlons–. Su salida precipitada del monasterio en pleno

aguacero y el hecho de que llevaran con ellas objetos de culto sagrado hizo pensar a muchos que escapaban de algo o de alguien.

Aquí el Boñudo murmuró un conjuro en voz baja y se persignó

– ¿Y llegó a esclarecerse el motivo de su huida?

–No que yo sepa. La muerte de la vieja y de las dos jóvenes se tomó por un accidente desafortunado, y en eso quedó la cosa. En este congosto se acaba el mundo, señor. Más allá de él no llega ni la justicia ni las leyes ordinarias.

–Vaya –musité defraudado por no poder conocer el desenlace de la historia –En cualquier caso, te aseguro

que el Decreto de Desamortización sí que llegará al valle. Yo soy la prueba viviente de ello.

El Boñudo me miró asombrado de mi jactancia y volvió la cabeza hacia el cauce.

—Allí es donde el agua las arrastró —dijo señalándome unas rocas situadas al lado del puente de madera que atravesaba el estrecho para cambiar de vertiente—. En aquel tiempo, las avenidas se habían llevado la esclusa y no había paso sino vadeando el cauce por su lecho. Dicen algunas partidas de arrieros que cuando las primeras nieves del invierno silencian los bosques y el viento calla, se escuchan los cantos de las dos niñas desde el fondo de la

cortada. Una especie de coro estremecedor que emerge desde la base de los pretilos y aumenta retumbando por las pozas oscuras. La montaña habla de muchos modos –concluyó el mayoral– por eso hay que guardarle el respeto que se merece.

Cuando atravesábamos el puente que cambia de vertiente, miré hacia abajo y no pude reprimir una especie de vértigo al ver que resultaba imposible vislumbrar el fondo. Los farallones y las cornisas de roca describían un verdadero laberinto de túneles que la erosión del río había horadado en su base. El ruido del agua invisible sonaba aterrador y creo que, de haber permanecido más tiempo en ese lugar,

habría acabado escuchando esos mismos cantos a los que el Boñudo había aludido. «Si hundes largo tiempo tu mirada en el abismo, el abismo acaba por penetrar en ti...»

III

(Donde describo el encuentro con una partida de leñadores que bajaban de Bielsa)

Tras cruzar el puente que conduce al vado de La Escala, la hoz se comprimió aún más y la marcha se hizo muy difícil. (Nota al margen: *Estos trabajos no los conoce el que no viaja*)

El Boñudo volvió a detenerse para hacer roncar su cuerno en la estrechez.

Esta vez sí obtuvimos respuesta a su llamada y en breve escuchamos el lamento de otro cuerno retumbando

desde la lejanía.

—Esos están en La Escala —certificó mi guía calculando de oída la posición del grupo por la intensidad de las notas—. Tenemos que pasar nosotros primero.

Admirado por el dominio de mi acompañante (no en vano era su oficio), le seguí a través de la palanca que discurría paralela al cauce. Los tablones de enebro, suspendidos sobre un encofrado de hierro, no tendrían una anchura superior a seis palmos y discurrían pegados a lo largo de la estrechez durante trescientos pasos. A un lado, la roca curvada de la cortada parecía desplomarse amenazante sobre nuestras cabezas; al otro, el precipicio

del congosto nos amenazaba con arrastrarnos a sus profundidades al menor traspie.

Si cruzar la pasarela a pata ya imponía su respeto, hacerlo con las cabalgaduras sujetas a la mano y con nieve resultó aterrador. Las traviesas crujían y se curvaban a cada zancada. Era imperativo detenerse cada cinco o seis pasos para tranquilizar a mi caballo. Viendo el Boñudo que el miedo me podía y que mi ánimo flojeaba, dejó sola a su mula y tomó las riendas de mi caballo.

–*Calandria ya ha fecho este recorrido muchas veces y sabe pasarlo sola* – me dijo dejando que el animal marchara a su aire.

– ¿Qué pasará si nos cruzamos con alguien que va sin cuerno? –le pregunté tratando de contener mi vértigo.

–Mala cosa –se descolgó– pero no hable ahora y estese atento al paso. Si ve que se le hace cuesta arriba, tome la silla del caballo con la mano y camine mirando al suelo. El traspie no se da contra la montaña, sino contra la pequeña piedra del camino.

Ni siquiera tenía redaños para sentirme humillado. A mi guía parecía todo fácil, mientras a mí, cada paso avanzado me ahogaba de angustia. Cuanto más me adentraba en la palanca más comprendía lo difícil que sería volver hacia atrás. De vez en cuando encontraba los arrestos suficientes para

dirigir un vistazo al fondo del cañón. Entonces un sudor frío me penetraba y sentía cómo las fuerzas me abandonaban. ¡Quedaba tanto trecho aún! Apenas cincuenta pasos habíamos recorrido y a mí me parecían una eternidad...

Carlons hizo sonar de nuevo su cuerno en medio de la horrorosa estrechez. Era prevención por si había habido mal entendimiento o mal cálculo por alguna de las dos partidas. La imagen de la mula de los navateros ensartada entre las pozas del río retornó a mi mente. Quizás fue aquí donde cayó. Miré los pretiles. Una cruz de madera señalaba al punto un despeñamiento humano. Tragué saliva amarga y volví a

mirar hacia la pared. Sentí que las piernas me temblaban⁶.

De nuevo se puso a nevar. Primero alternó la lluvia y la niebla para enseguida convertirse en aguanieve, nieve y frío intenso. El viento helado secaba casi en el acto el sudor y las lágrimas de frío que corrían por mi rostro. A medio camino de la palanca encontramos una pequeña cavidad excavada en la roca que ensanchaba el paso otros diez palmos. Allí nos detuvimos para tomar un trago de vino y cubrirnos de la inclemencia con los sayos.

– ¿Cómo va? –me dijo Carlons mientras se orinaba en las manos para curarse los sabañones del frío.

—Ni te cuento —le contesté echando un trago largo a la bota para infundirme valor.

—Lo peor ya está *fecho* —me animó—. A partir de aquí hay bojes en la cortada. Al menos, si uno cae tiene donde agarrarse.

—No sabes cómo me consuela oír eso —sonreí por primera vez (y a fe mía que el consuelo era real).

De repente, escuchamos un cuerno que nos hizo palidecer a los dos; sonaba cercano, muy cercano. Tan cercano que al volvernos para mirar, vimos cómo una partida de cuatro mulos salía por el repechón de la cortada y se acercaba por la palanca sin haber reparado en nosotros. ¡Los teníamos casi encima!

– ¡Me cago en los ajuares de Santa Osoria! –imprecó el Boñudo secándose las palmas empapadas de orina en sus pantalones.

Yo palidecí de espanto. Quede inmóvil. Incapaz de pensar ni de actuar –. ¿Qué pasaría ahora? Dios mío, ¿qué pasaría ahora?

– ¡Eaaaah! –gritó mi guía haciendo bocina con las manos para prevenirles de que no siguieran avanzando.

Sin duda, el viajero se encontraba en este momento en el paso conocido como de Godet, en memoria a un bandido que tuvo allí su cueva y que fue despeñado por un pastor.

Un cumulo de maldiciones y juramentos le respondieron desde el otro

grupo. Eran voces recias y montaraces, cortadas a golpe de hoz, como los barrancos de la sierra.

– ¡Tenían que esperarnos en el vado de La Escala! –rugió entre dientes Carlons–. ¡No son de aquí! ¡No conocen *La Paseada*!

Era de cortesía detener las caballerías y acercarse al paso para hacer concilio de cómo tenía que solventarse la situación, pero en vez de eso, y ante la creciente indignación del Boñado, la otra recua tiró del derecho y siguió avanzando como para tomar ventaja en el recuesto y tener así mejor posición a la hora de negociar quién debía ceder el paso.

La pequeña comitiva de la carga⁷

se aproximó al recodo en reata. Iban con ellos seis hombres y un zagal que no parecían de estas tierras. Bajaban resina de abeto a Barbastro para elaborar pez⁸.



– ¿Es que no habéis escuchado la señal? –les dijo Carlons saliéndoles al encuentro.

– ¿Es que no escuchaste tú la nuestra? –le refutó el jefe de la otra partida.

–La *Paseada* dice que al punto de oír el cuerno en el vado de La Escala se esperará allí a los que vengan de subida –les previno.

– ¡Mira qué listo! – dijo el otro,

envalentonado por ser su caravana más larga y contar con más hombres—. ¡Ea, haz retroceder a tu mula para que podamos pasar!

—La mula no se toca.

—Entonces te la apartaré yo.

— ¡Suéltala. Rediós, que yo lo mismo hago un hombre que lo deshago! — amenazó el Boñudo con el puño inhiesto.

El muladar cejó en el tanteo y recompuso sus formas para evitar males mayores.

— ¿Pues qué solución me das?

Yo salí de la oquedad en la que mi caballo me tenía preso, y arrastrándome por la pared me hice visible a los recién llegados.

—Si es menester, yo te pago la mula que puedas perder —dije a mi guía.

Este se volvió hacia mí lleno de indignación.

—Ni usted tiene por qué perder sus dineros ni yo a *Calandria* —me refutó—. Llevamos la razón en este negocio, y si cedemos aquí, ya no pararemos de ceder hasta que descendamos a la tumba.

— ¿Entonces, cómo lo hacemos, Boñudo?

El mayoral frunció el ceño y examinó la hilera de cabalgaduras detenidas junto al precipicio. Toda la experiencia de su oficio quedó retratada en su rostro.

— ¡Ea!— exclamó agarrando un fajo de cuerdas de la silla—. Yo les enseñaré

a estos mendrugos cómo salir del trance.

Y dicho esto, ató las patas de mi caballo para inmovilizarlo contra la pared de la oquedad pegando a su lomo el de *Calandria*. Después, para ganar aún más espacio, desmontó las albardas con la carga situándolas debajo de sus panzas.

Los de la otra cuadrilla, viendo que la idea no era mala, desmontaron los cestos de carga de los lomos de sus animales y los colgaron con cuerdas a los arbustos de la cortada para pasarlos más tarde a mano. De esta guisa, quedaba libre un trecho de cuatro palmos que daba una mala oportunidad de tanteo.

—Tensemos una cuerda a modo de

barandilla y que tres hombres la amarren a cada extremo —ordenó el Boñado, que ya era amo y señor de la situación—. El animal ha de sentirla segura en su costado para que no se desvié un ápice de la trocha. Hacedos cargo de que tenemos que pasarlos como por un embudo.

Los hombres tensaron la sirga, y la primera mula cruzó de la mano del mayoral con la anteojera bien recta y la cabeza achantada por la muserola.

— ¡Ea! ea! —la azuzaba Carlons, mientras los demás, divididos en dos grupos de cuatro, tirábamos con todas nuestras fuerzas para hacer que la cuerda empujara al animal hacia la parte interior del paso.

El lomo de la mula se frotó contra el de *Calandria*, que ni se movió. Mi caballo relinchó al sentir la presión de la nuestra sobre su costado, pero estando como estaba atado de patas, tampoco se agitó. El sudor y la nieve corrían a un tiempo por mi frente. Rezaba para que la mula de los resineros no diera un traspíe y nos arrastrara a todos por el despeñadero.

— ¡*Ea!* —chapurreaba el Boñudo hablando la jerga de las acémilas—
¡*Soooo!* ¡*Tiraaa malpechada!*
¡*Cagüen...!* ¡*Tira te digo!...* ¡*Atura!*
¡*Quasch!* ¡*Quasch!...*

Y los golpes y las caricias de sus manos sabias obraban un efecto balsámico en los animales, que dejaban

guiarse a ciegas por la cortada sin apenas resistirse.

Tras una hora larga, Carlons consiguió pasar al otro lado la última de las cuatro caballerías sin necesidad de mover las nuestras. Fue toda una exhibición de maestría y de buen oficio, pero sobre todo lo fue de redaños.

Después de solventado el apuro, el jefe de los leñadores ofreció un quesón entero a mi guía. El Boñudo lo tomó sin agradecimientos, considerando que le era tan merecido como la razón que le asistía.

Una hora después de vadear el cauce del Cinqueta, se abrió el valle y con él mi corazón. Los farallones de roca dejaron paso a una ancha vega

llena de badinas donde el agua quedaba remansada hasta helarse. Los prados y los pinos silvestres se abrieron a nuestros costados ensanchando el horizonte. Solo entonces sentí un intenso deseo de justificarme ante el mayoral.

—Me pesa haberme acobardado en el paso —le dije con amargura—. Yo no estoy avezado en estos trabajos; mi oficio es de escribiente y notario, y temo que no he sabido estar a la altura de las circunstancias...

Noté que el Boñudo me miraba de un modo similar al que Jesucristo debió de mirar a sus apóstoles.

—Mire —me dijo señalándome la garganta que acabábamos de dejar atrás— ¿La ha pasado usted o no la ha

pasado?

—La he pasado —dije al tiempo que sentía cómo esa respuesta reafirmaba mi confianza.

—Entonces no hay más que hablar —sentenció con la rotundidad de los hechos consumados. Y dicho esto, volvió a ponerse en marcha por delante de mí tomando la senda de Bielsa.

IV

(Donde describo mi llegada a Bielsa y cómo fui recibido por el secretario del Cabildo y administrador de rentas Don Joaquín Castán)

Dejamos a un lado el camino que ascendía hacia los Oscuros de Arpan y vimos las sierras de agua que rodeaban el pueblo (conté tres sierras hidráulicas, dos batanes y cinco molinos harineros que anoté a los efectos⁹).

También vi dos fargas o fundiciones de hierro llamadas aquí «desaimas» y una fábrica de

aguardientes con sus correspondientes almacenes.

Carlons se despidió de mí en este lugar. Llevaba las albardas de la mula llenas de grano para cambiarlo por cucharas de boj.

—Si no le importa, yo me quedo aquí —me dijo deteniéndose delante de uno de los molinos.

— ¿Pero cómo? ¿Es que ni siquiera piensas entrar en el pueblo para descansar?

—Prefiero volverme en cuanto haya apañado lo mío.

—Pero hombre de Dios ¿A qué tanta prisa?

Carlons levantó la cabeza hacia el cielo y oteó las nubes pardas.

—Tiempo que viene despacio en irse también es reacio —murmuró—. Mañana he de pasar otra recua de cuarenta mulos por el congosto y no quiero que la tarde me coja con niebla.

—¿Cuarenta mulos dices?

—Sí, señor. Es la caravana de los catalanes. Cada año pasan por estas fechas para llevar el anís a Francia.

Vacilé. Me sabía mal separarme de aquel montañés después de lo que habíamos pasado juntos, pero no deseaba importunarle.

—Entonces te pagaré ahora los sueldos que te debo por tu servicio —le dije.

—Págueme mejor en siete días —me corrigió—. Cuando haga la vuelta para

recogerle y llevarlo de regreso a La Infortunada ya saldaremos cuentas. Hasta entonces –dijo sonriéndose– procure no tomar mal.

–Sea pues –me despedí.

Hubo un apretón de manos. El Boñudo, cargado con el grano y sin mediar más palabra que un adiós, me dio la espalda y se adentró en el molino para atender sus asuntos. Quedé solo. Volví despacio mi caballo hacia el camino y me encaminé en dirección a uno de los dos puentes –uno de piedra y el otro de madera– que conducían al corazón del pueblo. (Nota al margen: *en tiempos del emperador Juliano, París no tenía más*).

Las casas de Bielsa se apretujaban

unas contra otras, y su conjunto, muy denso, estaba surcado por estrechas callejuelas en zigzag que confluían en encrucijadas triangulares. Estaban adornadas con guirnaldas de colores por motivo del carnaval. Las casas eran todas de piedra y sus tejados, de tableta¹⁰ y *pallazo* (fajuelos confeccionados con paja de centeno). Me llamó la atención ver que muchos de los soportes esquineros de los voladizos estaban tallados reproduciendo figuras mitológicas, como águilas o demonios que recordaban las viejas sagas escandinavas. Algunas puertas de acceso a las viviendas tenían clavadas garras de rapaces en sus tablones. Sobre las chimeneas cilíndricas, se disponían

unas figurillas de barro que, según supe más tarde, tenían por cometido disuadir a los malos espíritus de entrar por los tiros.

Cerca de la plaza mayor, vi pasar un rebaño lanar del común que, al entrar en el lugar, cada oveja buscaba su casa. Me detuve para preguntar por la casa de Don Joaquín Castán, a quien previamente había hecho llegar misiva anunciándole mi llegada para estas fechas. Enseguida me indicaron una casona señorial de piedra, de dos plantas, con un escudo heráldico coronando el pórtico de la entrada y una formidable ventana de dos ojivas lanceadas y gemelas sostenidas por un solo capitel en su centro. La puerta

estaba fortificada con numerosos clavos de hierro cuadrangulares que recordaban el origen medieval de la villa.

– ¿Qué cosa que no se oye misa? – pregunté al percatarme de que la iglesia permanecía cerrada a la hora del oficio del mediodía.

El informante me miró con una expresión extraña y sin responderme se marchó desapareciendo por una esquina. Miré a mí alrededor. La aldea tenía, según los registros del censo, cerca de ciento cincuenta fuegos¹¹ y ochocientas cabezas de ganado, y sin embargo, parecíame a todos los efectos desierta. Solo un monigote de paja, un espantajo horrible confeccionado por los mozos del lugar con ropa vieja y forrajes,

pendía de una soga del reloj de sol del consistorio. La ventisca de copos lo hacía oscilar de un lado a otro como un ahorcado. Sobre su cuello colgaba una tablilla de madera con el nombre de *Cornelio*.

Me encomendé para que no fuera ninguna alusión a mi llegada.



Don Joaquín Castán me recibió en su casona recia con gran amabilidad y dispendio. Era este hombre ilustrado, de unos sesenta años de edad, gran conversador y dotado de una mente moderna y despejada. Cuando me presenté ante él, vestía el tradicional

calzón con chaleco negro y una faja morada con bordados de hilo que le distinguían de entre las demás gentes del lugar. Era delgado y alto, con perilla aristocrática y facciones finas no exentas de firmeza.

Junto a Joaquín Castán conocí también a otros huéspedes. Uno en particular —de nacionalidad francesa— estaba hospedado allí por cortesía del administrador. Su nombre era Lucien de Charbonnières y poseía el título de barón de Saint-Saud. Su profesión era la de montañero y espeleólogo, y estaba trabajando en una memoria geológica del valle. El resto de los huéspedes eran gentes principales de la aldea que habían sido convocados para

homenajearme: el preceptor de gramática, el boticario, el capitán del puesto de carabineros, y una joven preciosa que no supe ubicar en ese momento.

Apenas colgar mi abrigo, fui invitado a sentarme en la mesa del salón. Se me designó el puesto preferente, justo en el extremo opuesto que ocupaba mi anfitrión. El ambiente de la casona era distendido y familiar; el ama de llaves y las gentes del servicio se desenvolvían por entre los invitados conversando con familiaridad. A través de los grandes ventanales azotados por la ventisca se distinguían las cordilleras del macizo cubiertas de nieve. Esa sensación de desamparo, de severidad,

contrastaba con el calor que reinaba en el interior, donde la lumbre ardía generosa y los aromas de la comida ya llamaban al apetito.

— ¿Cómo le fue por el paso? —me preguntó Don Joaquín anudándose la servilleta alrededor del cuello.

—Fue una pesadilla —dije yo—. De no ser por mi guía, dudo que hubiese podido llegar hasta aquí solo.

—Este valle está aislado por la parte española —dijo mi anfitrión sirviéndose un cucharón de la sopera que la mujer joven sostenía entre sus manos—. Es por eso que tenemos más trato aquí con los franceses que con ustedes. Y conste que los pasos que atraviesan las montañas por la parte

francesa tienen ahora ocho palmos de nieve. Lucien de Charbonnières —aquí Don Joaquín se volvió hacia el montañero francés para presentármelo— es un claro ejemplo de esta realidad. Lleva con nosotros casi seis meses para hacer una prospección geológica de toda la cordillera, algo así como un mapa de cuevas similar al que hizo el Abate Palassou hace medio siglo y que plasmó en su extraordinaria *Minéralogie des Monts Pyrénéés*.

Miré al francés y vi que tenía los ojos fijos en la muchacha rubia. Yo no pude evitarlo e, inconscientemente, también la miré. Era una preciosidad: esbelta, elegante, con una cascada de pelo rubio y rizado cayéndole hasta

media espalda. Iba ataviada con una gargantilla de cuentas rojas, pañolón de colores sobre los hombros, un delicioso corpiño ajustado a su torso felino, zuecos de tacón blancos y una saya con mucho vuelo que a cada movimiento acentuaba las curvas de su cintura.

—No sé si le he presentado a Cordelia —dijo Don Joaquín al percatarse de que no conseguía retener mi atención—. Ella está con nosotros desde mucho tiempo antes que *monsieur* Lucien de Charbonnières. De hecho, era la hija de la antigua ama de llaves; se ha criado aquí desde niña.

—Pensé que era su hija —dije turbado por su hermosura.

—En cierto modo es como si lo

fuera; al menos la he criado como tal. Con el tiempo será una camarera de lujo de las mejores. Yo la he desbastado aquí para que pueda servir en las casas principales de Huesca o Madrid, incluso podría hacerlo en París. Le he enseñado hasta francés.

La sirvienta tomó con descaro una cereza silvestre del platillo de su señor y con un ademán sutil se la llevó a los labios.

Aquello me turbó y me puso en guardia para ser prudente. Intuía que la casa entera iba a ser un laboratorio de mis observaciones.

Leonor, la vieja cocinera de la casa y ama de llaves, entró en el comedor y depositó sobre la mesa una plata repleta

de truchas aderezadas con tacos de queso, manteca fundida y chiretas de maíz.

—Más vino —le dijo el amo—, que el mozo suba dos botellas de vino de Capella.

La cocinera asintió y se retiró.

—Y decidme, Don Fernando ¿Qué asuntos traen a un funcionario real del ministerio a un lugar como este? —me interrogó acto seguido.

—Vengo para hacer cumplir las disposiciones del Real Decreto de Desamortización. El gobierno quiere confiscar las tierras improductivas del clero para que el pueblo pueda beneficiarse de ellas y con él, la nación entera.

– ¿Vamos a quitarles las tierras a los curas?

–Y a repartirlas entre los agricultores – puntualicé

– ¡Vaya! –se congratuló Don Joaquín–. Tenemos aquí a otro ilustrado. Estoy seguro –dijo mirando otra vez al francés– de que harán ustedes muy buenas migas.

El barón de Chaummereis alzó su copa de cristal con comedia elegancia y brindó a mi salud.

–*Aunque tagde, veo que los espagnoles también hasen suya la Révolution* – me obsequió.

Yo correspondí a su saludo y alcé también mi copa.

Fue entonces cuando reparé en él

de un modo más detenido.

Lucien de Charbonnières era un joven bien parecido y varonil de unos treinta años de edad. Sus facciones eran agradables: mentón cuadrado, cuello ancho asentado bajo una mandíbula resolutiva, rostro bronceado por la nieve, dientes blancos, cabello liso y dorado como el sol, ojos grises y reposados... Un caballero sin miedo y sin reproche, y un deportista desde todos los puntos de vista. En cierto modo, un adversario dispuesto a disputarme mi privilegiado rango de huésped de honor en la casa.

—Imagino que no es usted creyente
—quiso saber Don Joaquín sirviéndose una trucha de la bandeja

—La verdad es que no.

—Ya lo supuse.

— ¿Por qué lo supuso? —dije

sorprendido

—Bueno, de no ser así, le resultaría muy difícil llevar a cabo la tarea que le han asignado desde el ministerio. Despojar a los religiosos de sus bienes no parece un trabajo apropiado para quien comulga con la Iglesia.

—Precisamente hablando de eso — hice notar a los presentes— me sorprendió encontrar a mi llegada la iglesia del pueblo cerrada. ¿A qué responde esta particularidad?

Castán miró al teniente de carabineros y al preceptor de gramática con complicidad.

—Difícilmente encontrará por estas fechas a un sacerdote en veinte leguas a la redonda —me aclaró—. El carnaval los ahuyenta como el azufre a las serpientes. El párroco del pueblo ha marchado a La Ainsa y no volverá a aparecer por aquí hasta después de las fiestas. Cada año hace lo mismo.

Los invitados rieron con ganas. El boticario se llevó la copa de cristal a sus labios en forma de ojo de cerradura y sorbió el caldo con devoción.

—Delicioso vino —se congratuló.

— ¿Por qué se marcha el cura del pueblo durante el carnaval? —dije yo sin acabar de comprender el motivo de sus risas.

—El clero no es bienvenido en este

valle –me instruyó don Joaquín–
Nosotros teníamos nuestra religión y
nuestras leyes mucho antes que esos
fariseos vinieran a imponernos las
suyas.

– ¿Ustedes?...

–Bien –apostilló – me refería a
nuestros antepasados. El carnaval que
verá esta noche es un testimonio viviente
del paganismo que aún perdura aquí. La
impermeabilidad del valle ha mantenido
la cultura de esta comunidad virgen de
influencias extranjeras hasta la fecha.
Ese monasterio situado en los Oscuros
de Arpan no es más que una úlcera
molesta en un cuerpo que goza de
perfecta salud.

–Pensé que era una comunidad con

cierto poder e influencia sobre la comarca. – Puntualicé

–En absoluto –me corrigió el administrador–. Esas monjas no tienen más que cincuenta cabezas de ganado y algunos centenares de fanegas de bosques y prados distribuidas entre el valle de Pineta y el del Yaga. Todo su patrimonio junto no vale más de trescientos mil reales.

– ¿Cuántas religiosas integran la comunidad?

–Menos de diez. Créame si le digo que es mayor el esfuerzo que tendrá que emplear en llegar hasta allí que el beneficio que pueda sacar el gobierno con el expolio de sus bienes.

De nuevo rieron los comensales.

Enseguida comprendí que la comunidad de monjas no estaba integrada en la aldea, sino que sobrevivía apuntalada en lo alto del valle como un fuerte aferrado a una posición tomada por la fuerza.

—No tenía noticias de que hubieran trinitarias tan al norte —observé a los presentes— Cuando recibí los historiales del ministerio relativos a los “Oscuros de Arpan” me sorprendió su singular independencia. El convento está exento de toda jurisdicción episcopal sin que conste su filial ni sus derechos de visita. Mientras estudiaba su documentación tuve la sensación de que debía de tratarse de una congregación abandonada o de una casa de

postulantas¹².

—Eso se debe, sin duda, a su inaccesibilidad —dijo Don Joaquín—. El monasterio al que piensa subir mañana está asentado sobre un antiguo pozo que data de la época de los ilergetes. En ese pozo, nuestros ancestros realizaban ritos de iniciación a la vida y a la fecundidad. Se consideraba que sus aguas subterráneas tenían unas cualidades terapéuticas mágicas. Cuando llegaron los primeros frailes a esta tierra derribaron los menhires que lo circundaban y encerraron su orificio entre los muros del cenobio. Quisieron tapar la *vergüenza* contraponiendo su religión a las tradiciones paganas que habían persistido desde tiempo

inmemorial. Llegaron a hacerlo con tanta vehemencia que el pozo quedo apresado por el edificio del mismo modo que la carne del cuerpo fagocita un tumor.

– ¿Quiere usted decir que ese pozo profano aún existe en el interior del monasterio?

–Desde luego. Está ubicado en el centro de la vieja cocina. Si tiene ocasión, podrá comprobarlo usted mismo cuando suba mañana allí.

–Muy ilustrativo –advertí buscando por el trasfondo de la ventana un monasterio invisible del que lo ignoraba todo.



La tarde languidecía y la luz menguaba al mismo tiempo que lo hacía la intensidad de la llama en el fogaril. Cordelia se había sentado sobre las rodillas de Lucien y coqueteaba con el francés intentando hacerle repetir las palabras en lengua belsetana que ella le iba enseñando. A la doncella le hacía gracia aquel juego inocente. Su juventud derrochaba hermosura y feminidad dominando el juego de la picardía y del embeleso. Los botones nacarados de la parte trasera de su corpiño brillaban como perlas al calor de las brasas y la cascada de su pelo dorado y alborotado asemejaba el mismo sol de la vida. En ese momento, ella volvió la cabeza hacia mí (como si supiera perfectamente

que me encontraría mirándola) y me contempló con una mirada tranquila, puramente animal.

—Pozos mágicos, coros fantasmales de doncellas en los fondos de los barrancos —comenté trastocado por su hermosura—. Veo que esta región aún vive sumida en la superstición.

—No se equivoque usted, señor funcionario —puntualizó Don Joaquín—. Más allá del ámbito de la palabrería popular y supersticiosa, existen episodios ciertos y constatados que han fundamentado la desconfianza hacia ese monasterio.

— ¿A qué episodios se refiere?

—Creo que será mejor que tratemos esa cuestión en el salón. ¡Leonor! —

mandó Don Joaquín levantándose de la mesa—. Vamos a pasar a la biblioteca; tenga la bondad de traernos los postres allí...

V

*(Que trata de lo sucedido en el
monasterio de los Oscuros de Arpan
diez años atrás)*

Entramos al salón cuando ya anochecía. La cocinera depositó en la mesilla de la estancia unos tazones rellenos de sopa cana hecha con leche, pan y chicharrones de sebo, a cuyos ingredientes se había añadido azúcar, miel y canela. Cordelia entró detrás de la vieja con la botella y las copas de vino rancio. Depositaron todo encima de la mesilla y se retiraron cerrando las

dos puertas de la cámara con cuidado.

Quedamos solo los hombres.

Lo primero que llamó mi atención de aquel salón tan singular fue la inmensa pintura situada en su pared. Era un cuadro que reproducía la orografía del valle. Sus colores, profundos y tempestuosos, casi de una naturaleza tétrica, mostraban *Las Tres Sorores* veladas por una ventisca que arremolinaba la nieve en lo alto de sus cumbres. Más abajo de estos gigantes imponentes que guardaban el valle como custodios de piedra, se distinguía el pueblo de Bielsa con la tremenda grieta del congosto de las Devotas que le servía de portal y, en el valle vecino, oculto entre las cortadas rocosas de la

cordillera, las cuevas de los Oscuros de Arpan dispuestas bajo los pretilos e iluminadas por una pálida luz interior.

El cuadro sustraía a quienes lo miraban como si tuviese un efecto hipnótico singular. Era una obra romántica en la que cada elemento presente sugería un significado oculto, una historia sin desvelar...

El resto de paredes de la estancia estaban repletas de anaqueles que albergaban cientos de libros de la gama más diversa. Había desde tratados de medicina o anatomía hasta cuadernos de antropología. Me sorprendió el gran número de *libros prohibidos* de espiritismo y magia traídos de las colonias cubanas, y en especial un

tratado de botánica oculta del ilustre médico y astrónomo Paracelso, escrito en el siglo xvi. Vi también algunos libros apócrifos que ya conocía de la cátedra de astronomía de la universidad de Salamanca, tales como las Epístolas de Matiolo, cinco tomos de la obra de Avicena o el *Opus medicum de temperamentis*, escrito por Ebn Alsaieg. Había hasta un San Cipriano (Nota al margen: *libro de las brujas por excelencia, del cual se dice que, en caso de arrojarse a un río, acaba regresando siempre a la casa*).

Sorprendía que en un lugar tan apartado pudiera encontrarse una colección de grimorios tan selecta.

—Esos sucesos que le mencioné

hace un momento en el comedor –dijo don Joaquín aposentándose cómodamente en uno de los sillones para encenderse la pipa–, ocurrieron hace unos diez años. Fue durante una de las peores tormentas de nieve que haya visto esta comarca. La nieve llegó a alcanzar aquí bajo los cinco palmos de grosor haciendo gran destrozo en tejados y corrales. Ante el temor de que las religiosas hubieran quedado encerradas en su convento, organizamos una partida de rescate para socorrerlas.

Tenga usted presente que ese monasterio al que piensa subir mañana es de clausura y, por consiguiente, raras veces habíamos tenido trato con las monjas. Lo cierto es que al llegar a su

recinto, descubrimos que un tornado de nieve había derribado un gran número de árboles del cementerio levantando con sus raíces las tumbas excavadas en la tierra.

En este punto hubo una pausa intencionada.

Lucien permanecía de pie, junto al reloj de pared, mirando el tremendo paisaje del cuadro con la copa de vino rancio asida a su mano. El preceptor de gramática y el boticario también aguardaban el inminente desenlace de la historia, aunque tuve la sensación de que ya lo conocían de antemano.

– ¿Y qué es lo que pasó? –me vi forzado a preguntar.

–Seis de los doce esqueletos que

quedaron al descubierto estaban decapitados –dijo Don Joaquín sin despegar la pipa de sus labios.

– ¿Decapitados?

–Sin cabeza –corroboró el boticario–. Yo también estuve presente ese día y puedo asegurarle que los cuerpos fueron enterrados mutilados.

– ¿Y a qué atribuyen ustedes eso?

–Antiguamente se decapitaba a los herejes después de que muriesen para privarles de la resurrección –me aclaró el preceptor–. Era un procedimiento habitual de la Inquisición para con quienes se consideraba habían perecido en herejía.

– ¿Debo entender que las monjas de ese monasterio vivían o viven en

pecado?

—Los cuerpos que encontramos en el cementerio presentaban diferentes estados de descomposición —advirtió el boticario—. Había desde esqueletos pulverizados casi irreconocibles hasta un cuerpo que aún estaba en estado de putrefacción. Ello nos indujo a pensar que las decapitaciones venían sucediéndose de manera continuada desde varios siglos atrás hasta la actualidad.

—Resulta difícil de creerlo y aún más de entenderlo —confesé—. La Inquisición fue abolida hace más de tres años y, que yo recuerde, la última ejecución tuvo lugar hará unos quince. ¿Quién pudo haber ordenado algo así?

—No hay constancia escrita de juicios en este monasterio —dijo entonces don Joaquín retomando el control de la conversación—. Las decapitaciones de las que le hablo fueron ejecutadas tras muertes naturales. Fueron producto de una iniciativa interna del propio monasterio. De haberse producido a través del episcopado, hubiéramos tenido noticias de ello, ya que, como habrá tenido ocasión de comprobar, es imposible que ninguna persona venida de fuera pueda entrar o salir del valle de manera desapercibida. No, amigo mío, los motivos que empujaron —y todavía empujan— a las religiosas a persistir en este rito es un secreto que solo puede

descifrarse desde dentro.

— ¿Y qué motivo piensan que induce a esa pequeña comunidad de monjas a obrar de este modo?

Don Joaquín me observó unos segundos antes de responderme.

—Quizás pueda decírnoslos usted cuando regrese de allí —sonrió al tiempo que se alzaba de su butaca para aproximarse hasta el gigantesco cuadro que presidía el salón.

—Fíjense ustedes bien en el Monte Perdido, caballeros —advirtió cambiando súbitamente el perfil de la conversación para centrarla en la pintura—. Es el Dios cuya presencia se siente más que se percibe, y que se manifiesta en todo lo que le rodea antes

de revelarse él mismo.

La monstruosa montaña oculta entre neblinas eternas y flanqueada por los picos Infierno y Tempestades¹³ presidía el lienzo de manera omnipresente.

—Están ustedes en un rincón del mundo donde la superstición aún se mantiene sin mácula, virgen como la nieve de sus montañas. Aquí las brujas no vuelan sobre una escoba por romanticismo, sino que se sirven de ellas para introducirse emplastos de estramonio por la vagina y tener así visiones alucinógenas inducidas por la absorción de la droga a través de las paredes bulbosas del sexo. Nada encontrarán de supersticioso aquí que no sea la misma realidad de una tierra dura

y hermética que se ha mantenido al margen de toda contaminación, perpetuándose en sus creencias milenarias a través de los siglos.

– Adivino cierta unción en sus palabras –me aventuré a observar.

Aquel comentario puso en guardia a mi anfitrión como si hubiese tocado un resorte sensible.

–Yo me debo a mi mundo como usted se debe al suyo, señor Fernando de Artales. He viajado lo suficiente en mi juventud para ver de lo que es capaz el hombre en su ambición desmedida. He visto transformarse regiones enteras, y con ellas, desnaturalizarse sus pueblos, perderse sus identidades, sus gentes y hasta la memoria de su paisaje.

Todo por una codicia absurda, un sinsentido que, haciendo bandera de un supuesto progreso, solo sabe destruir la naturaleza. El hombre que pierde sus raíces está condenado a vagar por el mundo como un huérfano. Aquí cada invierno superado es un renacer. Una vuelta a la vida... En cierta medida, una reafirmación del vínculo con la tierra.

—Da la sensación de que esté usted en contra del aperturismo.

—No todo lo que trae el aperturismo es bueno, estimado amigo. A menudo, solemos confundir el progreso con la inmediatez; la oportunidad, con el oportunismo. El legado de la tierra, que nos fue dado mucho antes de que tuviéramos conciencia de hombres, está

muy por encima de nuestras prioridades mundanas. Es un bien sagrado que debe preservarse a toda costa y hasta protegerse de nosotros. Yo he visto lo que ha sucedido en Francia con la llegada de la revolución industrial. Inmensas chimeneas arrojan día y noche azufre y carbonilla contaminando los cielos y los ríos. Los hombres que vivían en hermosas aldeas se apiñan ahora como esclavos en el interior de esos hornos sometidos a jornadas extenuantes. El polvo y la suciedad residual corren por las calles de esas ciudades miserables que asemejan hormigueros. No, mi querido amigo, el progreso no es necesariamente algo bueno.

—*Quizás* *monsieur* de

Charbonnières discrepe de esa opinión —
contra puntualicé—. Él parece preferir
seguir el impulso interior que nos llama
a explorar tierras lejanas, a ensanchar el
horizonte con el sabor de lo nuevo, a
transgredir las fronteras y los límites.
Sus trabajos geológicos tal vez sirvan
algún día para hacer llegar a estas
tierras el ferrocarril o las carreteras. Me
aventuro a creer como buen ilustrado —
añadí mirando al francés con
amabilidad— que, a diferencia de usted,
Lucien huye de lo hermético.

—Pero bajo ningún concepto olvida
que es francés —replicó Don Joaquín de
inmediato—. Es más, estoy seguro de
que tras esas aventuras y exploraciones

de las que usted habla, regresará a su tierra para celebrarlo con los suyos, para recogerse de su cansancio, para reposar en su intimidad. Y apuesto a que cuando lo hace le gusta encontrarla siempre tal y como la dejó. ¿Me equivoco, *monsieur* de Charbonnières?

Lucien me miró sonriente al percatarse de que pretendía utilizarlo como arma arrojadiza contra los argumentos de Don Joaquín.

—A mí solo me interesa la espeleología —respondió flemático sin apartar su mirada del cuadro.

— ¿Acaso la espeleología no forma parte también de la ciencia y por tanto del progreso y del cambio? —le acosé con sutileza para forzarle a

posicionarse.

—A decir verdad, no me mueve tanto el progreso como el conocimiento —matizó—. En ese sentido, considero que ambos pueden tener razón.

—Es usted un hábil diplomático —le halagué.

—No —dijo llevándose la copa de vino a los labios—. Simplemente soy francés.



El jefe de Carabineros empujaba en ese momento un enorme leño, conforme se iba quemando por su extremo, hacia el interior de la chimenea. Un sonido

trágico producido por un instrumento de viento ascendió desde la calle retumbando por toda la plaza.

—¡Son los *Trangas* que anuncian que va a comenzar el carnaval! —nos advirtió don Joaquín con gran nerviosismo—. Vayamos abajo; el servicio ya ha dispuesto las sillas bajo el porche del ayuntamiento para que tomemos asiento. Verá, señor Fernando, como ahora comprenderá mejor el sentido de todo cuanto le he dicho...

VI

(Donde describo lo que vi la primera noche de carnaval y refiero los sucesos que pasaron en mi habitación)

Cruzamos la plaza mayor y nos aposentamos en las sillas que el servicio había dispuesto bajo las arcadas del ayuntamiento. La plaza entera estaba jalonada por antorchas confeccionadas con bolas de pez que ardían resaltando la nieve que cubría el suelo. La única figura presente allí era la del muñeco *Cornelio*, que seguía colgado del reloj de sol como un reo amordazado. Yo

empecé a sentirme indispuerto y me ovillé en mi abrigo. La lluvia y el frío, que durante todo el camino no me habían dado tregua, comenzaban a pasarme factura y sentí cómo la fiebre coloreaba mis mejillas produciéndome los primeros temblores. Aun con todo, asumí que el sentido de la cortesía me obligaba a permanecer en la plaza al menos el tiempo indispensable para que mi retirada no levantara susceptibilidades.

— ¿Qué representa ese muñeco? — pregunté a Don Joaquín mirando hacia la fachada.

— *Cornelio* simboliza todos los males que acechan al pueblo y es el vehículo de la catarsis colectiva. La

última noche de carnaval se le juzgará, se le apaleará y se le quemará para redimir el invierno que se va.

–Pobre Cornelio –me compadecí.

Ambos nos miramos con conchabanza y nos sonreímos sin decir nada.

Los extraños sonidos de los cuernos, ahora acompañados por ruidos de cencerros, volvieron a retumbar en la plaza, procedentes de una de las callejas oscuras que desaguaban en ella.

– ¡Ya vienen! –me dijo Castán sin poder disimular su fervor.

De pronto, una ola de gritos femeninos estallaron casi de improviso y un multitudinario tropel de jóvenes mujeres ataviadas con las ropas

tradicionales del valle se hicieron visibles bajo las antorchas. Los gritos de las mozas tenían esa mezcla de terror atávico y fruición desenfrenada que acompañan los juegos iniciáticos de la juventud.

Pocos segundos después, mientras el torrente de mujeres se desparramaba por los costados de la plaza sin dejar de gritar, empezaron a escucharse otros clamores que les sucedían de una naturaleza mucho más ruda y violenta, y que se hacían acompañar al son de los cencerros y los cuernos.

— ¡Ahí están los *Trangas*! —exclamó don Joaquín de repente. Y la expresión enfebrecida, casi alienada, de su rostro hizo que de pronto me sintiera fuera de

lugar.

Volví la cabeza hacia la calleja y vi un espectáculo estremecedor: unos hombres cubiertos con pieles de lana cruda suspendían sobre sus cabezas imponentes cornamentas de macho cabrío como si fueran demonios resucitados. Sus caras estaban embadurnadas por completo con hollín de las chimeneas de manera que, en medio de la noche, solo les resaltaban los globos oculares de los ojos. Iban ataviados con largas faldas de lana a cuadros que les llegaban hasta los tobillos y en sus manos sujetaban un inmenso palo afilado de casi nueve varas de altura con el que golpeaban el suelo con violencia. Algunos iban

montados encima de grandes machos de tiro pintados con brea negra que rezumaba por sus lomos, de modo que su presencia se hacía aún más espectacular.

—Esos seres son los solteros del valle y simbolizan la fecundidad de la tierra —me hizo saber don Joaquín— golpean el suelo con sus palos para estimular los frutos de la vida, ellos encarnan la regeneración natural que el invierno ha congelado y que ahora pretenden despertar con los golpes de sus varas. ¡Llaman a la vida y a la tierra! ¡Llaman a las hembras!

Tras los *Trangas*, el revuelo y los gritos aumentaron, y unas nuevas criaturas aún más tenebrosas que las anteriores hicieron acto de presencia. En

esta ocasión, se había cubierto a los mozos más corpulentos y rudos del pueblo con inmensas pieles de oso y se les había obligado a gatear por el suelo, sujetos con sendas cadenas de hierro amarradas a su cuello. Cada uno de aquellos osos abominables se lanzaba de un modo agresivo contra las mozas, mientras los domadores trataban de contenerlos azuzándoles palos con fuerza endiablada y tirando de las cadenas de hierro para contener su lascivia. Los mandobles eran en ocasiones tan violentos que producían auténticas laceraciones en sus carnes. A todo esto, las mozas los provocaban con descaro excitándolos con los movimientos obscenos de sus cuerpos

para inducirles a nuevas acometidas.

Noté que la fiebre iba en aumento. El gentío se había concentrado en la plaza sirviendo ingentes cantidades de vino y de un licor parecido al orujo que abrasaba el estómago. Una gran hoguera fue prendida en medio de la algarada, y todo el desfile de figuras imaginarias comenzó a danzar en torno a ella, haciendo que sus siluetas se hicieran nítidas o se desfiguraran en sombras según se acercaban o se alejaban de la fuente de luz. Esas mismas sombras se apoderaron de las fachadas de los edificios tomando proporciones dantescas que sugestionaban la imaginación de quienes las contemplaban. Los movimientos tenían

una fuerza espectacular, eran verdaderas exhibiciones inducidas por los instintos más primarios.

Más allá de la plaza, el aliento de la noche lo envolvía todo con su manto de silencio y de fría quietud...

De repente, la silueta de Cordelia se hizo visible entre los mozos. El aire puro de las sierras había torneado y endurecido las carnes precoces de la joven hasta hacerla deseable en extremo. Aquel jubón bien ceñido entre dos órdenes de redondeces opulentas moldeaba una figura perfecta que danzaba de un modo cautivador. Era la montaña misma hecha mujer ¡el verbo de la raza!

Sentí vértigo al verla acercarse

hacia mí. Sus ojos grises y profundos se habían clavado desde la distancia y toda su silueta se recortaba sobre la hoguera desprendiendo un aura de tibia calidez. Era evidente que se sentía princesa en su reino y poderosa ante el numeroso séquito de mozos que la pretendían. Traté de recomponerme para afrontarla. Mis mejillas ardían de fiebre y mi vista confundía lo real con lo imaginario. El sonido de la multitud y de los cuernos me hería la sien con afiladas cuchilladas.

–Parece que Cordelia se ha fijado en usted –me dijo Don Joaquín con una sonrisa amañada.

Noté que esas palabras repicaban en mi cabeza con un retintín de

instigación y de mofa. Cuando Cordelia estuvo frente a mí, intenté reincorporarme de mi silla para predisponerme ante ella. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por agradarla, lo que fuera con tal de poder acercarme a conocerla, a hablarle... Entonces la joven hizo como si no me viera y con una amplia sonrisa se inclinó ante Lucien de Charbonnières —que estaba sentado justo a mi lado—. Le tomó con la mano la galla¹⁴ del cuello y tiró de ella con suavidad obligándolo a levantarse para seguirla.

El francés no lo dudó. Era un hombre de retos y de conquistas ante el que resultaba difícil no empequeñecerse. Los dos se alejaron

hacia el bullicio riendo y bailando. Sentí que el corazón se me empequeñecía al perderla y decidí retirarme.

—Siento tener que dejarles —dije a mi anfitrión y a los demás invitados—, pero me temo que la lluvia y la humedad de estos días me han indispuerto. Lo mejor será que descanse un poco. Quiero partir mañana a primera hora hacia el monasterio y prefiero acostarme.

— ¿Quiere que le acompañe? —se apresuró a ofrecerse Don Joaquín mostrándome su preocupación.

—No es necesario —le dije tranquilizándole—. Le veré mañana más descansado.

—Leonor está en casa. Dígale al

ama de llaves que le muestre su habitación y no dude en pedirle cualquier cosa que precise –me insistió.

Aspiré profundamente. Cruzar la plaza se me antojaba una odisea casi imposible.

–No se apure, don Joaquín. Buenas noches, caballeros.

Cargado de fiebre y de aflicción bordeé la plaza intentando mantenerme al margen del bullicio. Uno de aquellos osos humanos se me abalanzó encima desde un portal con tal ímpetu que casi me derriba al suelo. El impulso me arrojó hasta un grupo de *Trangas* de cara ennegrecida e inmensas cornamentas de macho cabrío. Me miraron de un modo extraño; no como se

contempla al forastero del pueblo vecino, sino como se descubre al extraño, al intruso. Me disculpé, aun a sabiendas de que en nada deseaban mis excusas, y continúe caminando hasta la casona. En el cielo, ejércitos de nubes espectrales se desgarraban sobre la luna llena mostrando a intervalos la esfera del astro rodeado por un halo glacial. La risa inconfundible de Cordelia aún resonó a lo lejos, tal vez riéndose de mi amarga soledad; riéndose de la misma manera con que las perdices blancas lo habían hecho a la entrada del desfiladero, con esa abulia hiriente que queda depositada en el alma incluso cuando deja de escucharse.

Cuando por fin logré llegar a la

habitación, me desnudé y caí como un saco de piedras sobre el colchón de lana. Los troncos de la lumbre ardían generosos llenando la alcoba de destellos anaranjados. El suelo de mi cámara estaba forrado con baldosas de barro cocidas en su mitad, y por recios tablones de madera de cedro en la otra. La cama estaba adornada con arcos de madera bien trabajados, en los que se apreciaban figurillas de ebanistería en forma de demonios y otras deidades imaginarias. El lecho estaba cerrado por dos lados con cortinas y visillos de intensos colores ocres.

Llegué a dormirar cerca de dos horas con un sueño inconstante hasta que los arrebatos de la fiebre me

despertaron sumido en el peor de los delirios. Mi cuerpo ardía y sudaba a raudales. Inmensos temblores sacudían mis músculos anquilosándome las articulaciones del cuello y las extremidades. Creí ver cómo entraba el ama de llaves para interesarse por mi estado y más tarde, el mismo don Joaquín. Los dos conversaron a los pies de la cama y luego se marcharon. Quedé un buen rato solo en la habitación, desamparado, confundido....

Fue entonces cuando la puerta se abrió y apareció ella.

Cordelia penetró en mi estancia y cerró la puerta tras de sí con mucho cuidado. Portaba un bol lleno de agua caliente y unos emplastos que olían a

saúco. Se sentó de lado sobre la cama y deslizó su mano tibia sobre mi frente para despejarla de cuantos cabellos mojados la cubrían.

Pese a mi terrible estado y a no poder casi ni moverme, me esforzaba por tratar de reincorporarme. Vano intento, pues las fuerzas me traicionaron y de inmediato caí abatido incapaz de sostenerme. Cordelia ungió un trapo con el preparado de la tinaja y me mojó el cuello y las muñecas con una delicadeza exquisita. Era como si a través de esos impulsos húmedos me instara a relajarme y durmiera mi desazón. Quedé mirándola fijamente con los ojos vidriosos. Su melena rubia refulgía en un aura de fuego incandescente avivada

por los destellos que la lumbre proyectaba tras ella. Cuando me desabrochó, uno a uno, los botones de la camisa para dejar al descubierto mi pecho, noté que mi pulso se calmaba y que mi respiración agitada se hacía más regular.

Cordelia tomó un emplasto de la vasija y me lo extendió sobre los pectorales. El paño estaba frío y, al entrar en contacto con mi piel ardiente, me produjo un escalofrío.

— ¿Eres un ángel? — intenté preguntarle entre temblores.

— Tienes mucha fiebre — me dijo con voz calmada pero no exenta de cierta preocupación—. Vas a tener que beberte este preparado. Sentirás cómo tu cuerpo

se hiela y tus dientes rechinan de frío. La temperatura bajará de golpe, pero es necesario que pases por ello. Debemos dar a tu cuerpo una sacudida bien fuerte para que reaccione. No tengas miedo, yo te vigilaré.

La joven descubrió un pequeño frasco de cristal y me lo acercó a los labios reincorporándome la cabeza para facilitarme la absorción. El efecto de la pócima fue casi instantáneo. Toda la sangre se contrajo en mis venas y sentí que me marchaba de este mundo bajo el hálito de la muerte. Los dientes me castañearon con una fuerza endiablada y, arredrado, busqué arrojarme en los mismos sudarios mojados que instantes antes había rechazado por efecto del

calor. El frío me comía los huesos, la vista se me nublaba; mientras, la moza no dejaba de mirarme para sopesar la naturaleza de mis reacciones sin perder un solo detalle.

Levanté mis manos y le agarré las suyas con fuerza para sujetarme a la vida que se me escapaba por momentos. Ella, sin perder el control, me las apartó con suavidad y procedió a desabrocharse el jubón tirando de ambos costados de la prenda para que los botoncitos de oro que lo cerraban se desabrocharan en cascada. Alzados, ante mí, amanecieron dos pechos tersos y suaves como dos pequeños botijos de barro. Cordelia me miraba con fijeza; estaba seria como si fuera una enfermera

que atiende a un enfermo comprometido. Enseguida deslizó su mano bajo las sábanas y buscó el contacto con mi miembro viril sometiéndolo a una estimulante fricción. Las yemas de sus dedos delicados atraieron a él la sangre del resto del cuerpo concentrándola de un modo continuo y progresivo. Noté que me calmaba, que la saliva regresaba a mi boca. La hembra obraba con una pericia dulcísima anticipándose a los pensamientos que mi anhelo demandaba. Sentí que leía mi mente y hasta que la interpretaba a voluntad convirtiéndose en dueña de mis deseos...

Ahora sí, tomó mis manos y las llevó hasta los extremos de su cintura para anclarlas en sus curvas de vértigo.

Mi sexo se endureció aún más: los tendones y las venas del miembro se tensaron arqueándolo como un sable hasta producirme un vivo dolor de placer. Cordelia se reincorporó levemente sobre mí y tomándolo con sus dedos finos lo envainó con toda naturalidad dentro de su vulva. Sus manos se apoyaron sobre mi pecho al tiempo que se enderezaba como una gacela. Empezó a contornearse con una cadencia estimulante para obligarme a sentirla dentro del modo más hermoso. Un candor abrasador invadió mi ser. Yo no dejaba de mirarla mientras mis ojos – drogados por el hechizo de su buen hacer– desprendían lágrimas de agradecimiento y de amor. Entendía que

lo que estaba sucediendo no era más que una terapia improvisada destinada a salvar mi vida en un momento desesperado. Sentí que la mujer obraba así conmigo por puro amor al prójimo, por una especie de altruismo primitivo y oscuro que iba más allá de lo asumible y que, no obstante, era inherente a su naturaleza indómita. Sabía que el matriarcado había presidido durante siglos las relaciones sociales del valle.

Que la mujer ostentaba un papel dominante al tener que hacerse cargo de la economía doméstica cuando los hombres marchaban al llano o a los pastos durante el invierno. Ese poder atribuía al género femenino una desinhibición peculiar que, lejos de

poder parecer frívola, estaba intrínsecamente sujeta al sentido de la tierra y a los valores de la supervivencia. Quizás por ello amé todavía más a aquella criatura de lo que ya había comenzado a amarla, mientras el calor de su medicina iba restituyéndome la vida...

Rendido ante su medicina, derramé en su vientre un rayo de fuego sintiendo cómo las últimas fuerzas que me quedaban se entregaban a ella con plena voluntariedad. Después, mis ojos se cerraron de puro agotamiento y quedé sumido en un profundo sueño de paz.

VII

*(Donde cuento mi partida hacia el
monasterio trinitario de los Oscuros de
Arpan)*

6 de marzo

Cuando desperté, la fría aurora comenzaba a clarear a través de la ventana y las brasas de la chimenea languidecían como diminutos escarabajos de oro incandescentes. La fiebre había desaparecido de manera milagrosa, y mi estado era de completa plenitud. Intenté reconstruir la relación

de sucesos acaecida durante la noche, pero todo me resultaba confuso. Miré a mí alrededor buscando una señal que me reafirmara en todo lo sucedido, pero fue imposible encontrarla. Ningún paño, ninguna vasija, ningún apósito, ni tan siquiera un ligero rastro de mi actividad masculina entre las sábanas. Nada. La ausencia de vestigios era tan patente que el fantasma y la duda, acerca de si lo sucedido con Cordelia no habría sido obra del delirio de la fiebre, empezó a plantearseme como una hipótesis consistente.

El ruido de unas voces procedentes del exterior llamó mi atención haciendo que me acercara a la ventana para echar un vistazo. Lucien se hallaba en la plaza

ataviado con sus prendas de montaña y con un mulo cargado de hierros y cuerdas que sin duda constituían su instrumental de espeleología. Con él se encontraban dos pastores locales, que a manera de guías, debían de acompañarlo en sus expediciones a través del macizo.

– ¿Le quedan a usted fuerzas para acompañarme a las montañas? –me gritó el francés sonriente al reconocer mi silueta tras los cristales de la ventana.

Yo la abrí y sentí como el azote del frío mañanero vigorizaba mi rostro.

– ¿Adónde va tan pronto? –le pregunté deseando de corazón confraternizar con él.

Lucien volvió a reírse al verme en paños menores.

—Voy a explorar una cueva —me gritó—. Seguiré el camino del monasterio hasta la canal. Si quiere, podemos hacer parte del camino juntos. Para mí sería un placer que nos acompañara.

—He de preparar mis cosas —le advertí—. Si no les importa esperarme, será un placer hacerlo.

El francés hizo un gesto con la mano para darme a entender que eso no supondría en manera alguna un problema.

—Vaya a la cocina y coma algo de lo que sobró anoche —me conminó—. Entretanto, yo mismo le prepararé la mula.

— ¡Enseguida bajo!

Sin pensarlo dos veces, me lavé la

cara en el palanganero, me vestí la ropa y me calcé las botas. Tomé las cartas y los documentos del escritorio y los introduje dentro del portamapas. Al salir de la habitación me detuve un instante y me di la vuelta para contemplar la cámara. El espíritu de Cordelia aún permanecía en el ambiente como un sueño consumado que poco a poco se desvanece en el recuerdo...

Ya en el patio...

*(Fragmento ilegible por mancha
de hongo)*

...que un caballero no hablaba de semejantes cosas, pero que a ser sincero, se había acostado casi inmediatamente después de que yo me marchara, pues debía de madrugar.

Lo dijo de un modo tan llano y franco que no pude evitar agradecerle su sinceridad con la mirada. Quise entonces preguntarle si Cordelia había entrado en mi habitación por la noche para atender mis fiebres, pero me abstuve de hacerlo para no parecerle un presuntuoso. Quizás, en el fondo prefería conservar la duda antes que arriesgarme a conocer la realidad. Mientras hay sueños hay esperanza – me dije – y puesto que no volvería a la aldea hasta el día siguiente, decidí obrar a partir de las corazonadas y las sensaciones que solo yo fuera capaz de atribuirme.



Dejamos la casa sin despertar a nadie, procurando hacer el menor ruido para que pudieran descansar tras la agitada noche. En la plaza aún quedaban restos de troncos encendidos que humeaban bajo las luces del alba. Un olor mañanero a hidromiel y a Marrasquino de Zara procedente de la fábrica de aguardientes escapaba de las cubas en fermentación que habían estado trabajando toda la noche al calor de los braseros. La recua de acémilas descendió en silencio por el empedrado de la calle en dirección al puente. Subiríamos juntos hasta el Portillo siguiendo el camino de Montinier¹⁵ que, tras sortear la montaña, desciende hasta el valle del Yaga. Después giraríamos

hacia el oeste siguiendo la falda de la cordillera. Allí nos separaríamos: yo me adentraría hacia el barranco que conduce al monasterio mientras Lucien y su equipo flanquearían el circo y exploraría unas cuevas cercanas al Gurrundué.

La alborada entró en el valle acariciando con timidez las cumbres de los picachos coronados de nieve. A medida que ascendíamos, el manto ganó en grosor haciéndose imprescindibles las raquetas y el *alpenstock*¹⁶ pues la superficie, tan pronto era dura y deslizante como blanda en algunos sectores. Durante toda la ascensión estuve conversando con Lucien a cerca del daguerrotipo¹⁷ que transportaba en

una de sus mulas. Según me contó pretendía fotografiar el interior de las cuevas para elaborar una memoria documental detallada. Enseguida (y creo hablar por los dos) sentí que surgía una hermosa complicidad entre ambos. Noté que el francés era una de esas personas con las que el destino nos hace coincidir dos o tres veces en la vida –a menudo regalos que se desvanecen con la misma interinidad con la que nos son concedidos– y que pese a ello, dejan una profunda huella que perdura imborrable en nuestro recuerdo. Lo cierto es que reímos y bromeamos mientras hacíamos subir a los animales hasta la cima de la canal que abría el paso. Ambos éramos jóvenes, ambos entusiastas; los dos

estábamos ávidos de conquista y de deseos por transgredir —cada uno a nuestro modo— aquel mundo virgen y perdido que ahora teníamos entre las manos.

— ¡Mira! —me dijo Lucien señalándome un monolito de roca que la luz del sol comenzaba a desvestir de las sombras—. El guardián del valle, ¡La Doncella Negra!

Yo volví mi atención hacia esa misma vertiente del valle hacia la cual él miraba, y entonces, un repentino estremecimiento me atravesó las venas desde los pies hasta la cabeza, porque frente a nosotros, alzándose descomunal entre los mallos del otro extremo de la cordillera, se levantaba un prodigio de

la naturaleza que por unos instantes vino a poner a prueba mi juicio.

La Doncella Negra era, ciertamente, uno de esos extraños fenómenos naturales difíciles de imaginar y aún más difíciles de comprender. Los rayos del sol naciente incidían desde occidente en un ángulo totalmente oblicuo sobre la superficie rocosa del mallo, confiriendo a la colosal estructura calcárea un prodigioso juego de claroscuros. La luz y las sombras de las cavidades por un lado, y la distancia de observación por el otro, confluían en una prodigiosa catálisis visual que apenas se mantenía unos segundos durante la primera hora de la mañana. Y en esa representación

efímera, sin menester de una imaginación desbordada, se diferenciaba claramente la cabeza y el torso de una mujer incrustada sobre el peñón, cual si hubiese sido esculpida a golpe de cincel por criaturas gigantescas.

La imagen de Cordelia –a la que seguía sin poder apartar de mi mente–, tomó forma en mi imaginario evocando, ante aquel espectáculo descomunal, a la náyade Pyrene, la diosa de largos cabellos de oro cuya misión era velar por la pureza de estos valles montañosos y que fue convertida en roca por el celoso gigante Gerión.

–*Est merveilleuse, ¿verité?* –dijo Lucien rompiendo aquel instante de

intimidación.

—Ciertamente lo es —asentí en un susurro que el viento se llevó.

El sol ascendió implacable tras las crestas y, en el último acto de su albor, tiñó de oro y negro las paredes del tozal. Fue solo un instante en el que el francés y yo permanecemos completamente mudos y extasiados; el tiempo se detuvo apenas una fracción de segundo y entonces el sol abrazó por entero su reinado, borrando, como un hechizo, aquel efecto prodigioso, y con él, la imagen de la doncella labrada en la montaña.

Una corriente de aire gélido nos sobrevino despertándonos de nuestro *impasse*. Lucien arreó el lomo de la

mula y otra vez nos pusimos en camino para alcanzar el barranco del Yaga.



Sobre el mediodía llegamos a un pueblo que, sin estar abandonado, no tenía un solo habitante. Uno de los guías que nos acompañaban llamado Lézat nos contó que durante los meses de invierno, las tres familias de pobladores que lo ocupaban (en su mayoría apicultores y pastores) marchaban a La Ainsa para servir en los molinos de aceite y recoger la oliva dejando el pueblo desierto¹⁸.

Fue en este punto del camino donde paramos a almorzar. Lézat comenzó a recordar sus tiempos de miliciano

durante la guerra de la independencia. El anciano, que apenas mostraba un par de dientes sanos cuando reía, era muy expresivo y gesticulaba constantemente moviendo la navaja de un lado a otro. Intentaba ilustrarnos sus recuerdos dibujando en el aire las escenas que le venían a la cabeza, mientras el pedazo de queso giraba del mismo modo dentro de su boca.

—Pues resulta —nos explicaba sin que se le entendiera demasiado lo que decía— que allí, en la formación, delante del capitán había uno de Zaragoza que se llamaba Francisco Pollona, y cada vez que el capitán pronunciaba su nombre para pasar lista, la compañía entera se descofía a carcajadas. Y qué

decir cuando alguno de los dos hermanos Rica de Barbastro le precedían en la formación. *¿S'el puenen imaxinar de ixa manera rápida que lo gritan?...* Barrachón, Cortes, Castro, ¡Pollona! ¡Rica!...

Y otra vez la tropa estallaba en una carcajada ante la indignación del mando *que ya no sabeba lo que fe pa que no se le reyesen*. La situación llegó a indignar al capitán hasta tal punto que le arrestó el apellido a Pollona. Sí, sí, tal como suena; ¡le arresto el apellido!

«A partir de ahora, tú te llamarás Cremona» ordenó. Y así fue cómo, sin comerlo ni beberlo, Pollona pasó a llamarse Cremona durante dos años. Se vei que la cosa fue tan seria que hasta

los padres de la novia, que eran del pueblo de al lado y venían a verlo de vez en cuando, *també* le llamaban así. ¿Qué cosas, verdad?

Lucien y yo no dejábamos de reírnos mientras Lézat nos lo contaba. He de reconocer que en parte nos reíamos de él porque, como ya he dicho antes, las formas y las maneras con que el anciano expresaba esto, y todo lo que vino después, tenían esa gracia que hermana infantilidad y vejez bajo una misma luz. La *vinada*¹⁹ que tomábamos a discreción se encargaba de hacer el resto.

El cogote de Lézat era blanco y duro como un hueso de esquila al que se le hubiese encasquetado una boina.

Tenía el pelo blanco, muy corto, liso, como una piel de melocotón que concluía al final del cogote con un corte recto, podría decirse que un hachazo. Lezart representaba la vejez bien asumida y aun mejor llevada.

– ¿Para qué son esas hierbas que recoges? –le pregunté al advertir que cortaba plantas parecidas a las del té de roca.

–Son para un comerciante de Graus que *me l'has ha pedíu*.

– ¿Y para qué las quiere?

–*Me dijo que baleban pa enderecharla, pero no ye berdá.*

– ¿Y si no ye berdá, para qué se las coges?

–Porque él esta *convenciú* de que

sí, y me las paga a cuchara el *fajuelo*.

Lucien y yo reíamos sin parar reclinados sobre los muros de los corrales. Mientras mi amigo montaba el daguerrotipo para sacarnos un retrato a los cuatro yo me estiré sobre la plataforma de piedra y atisé las nubes del cielo henchido de gozo. Me sentía pletórico. El poema “Entre amigos” del filósofo alemán Federico Nietzsche se escapó de entre mis labios en un susurro imperceptible:

*«Es hermoso callar juntos;
Más hermoso aun reír juntos,
Bajo el cielo azul de seda
Apoyados contra el musgo del
haya...»*

Tras las bromas iniciales,

comenzamos a hablar de cosas más serias hasta que, sin saber cómo, salió a la palestra el tema del pozo del monasterio. Lézat nos contó que, hace años, se vio a dos monjas intentar cruzar la brecha de *Rolando* en plena noche. Los carboneros que trabajaban en un horno cercano las vieron y salieron a su encuentro. Encontraron a una de las religiosas medio helada en el páramo (al parecer, la otra consiguió cruzarlo). Aún con vida la trajeron hasta la cabaña para tratar de reanimarla, pero ya no pudieron hacer nada por ella. Con una sierra le cortaron los dedos gangrenados de las manos y le hicieron el muñón doblando la carne por encima. Al no tener medicinas, solo pudieron darle de

beber orujo y ponerle en la boca una cuchara de madera para que no se arrancara la lengua a mordiscos.

– ¿Tú estuviste ahí? –pregunté a Lézat.

–Yo estuve –afirmó el pastor con el semblante quebrantado.

–Mientras tratábamos de que no se nos fuera –continuó– la cogimos por ambos brazos apretándola fuerte contra la mesa. La mujer era como una mula y se movía de un lado a otro dando coces y hociadas. El orujo que le hacíamos beber era tanto, que el alcohol le rezumaba por las comisuras de los labios juntándose con las lágrimas de su desespero.

Antes de morir, gritó que el

demonio vivía en los Oscuros de Arpan. Que se le podía ver si uno bebía del pozo de la antigua cocina; que Dios la perdonara por no haberse marchado antes de allí. Después cerró los ojos y se marchó para siempre.

Quedamos en profundo silencio hasta que me decidí a romperlo.

—El Boñudo me explicó un caso parecido cuando subíamos por el congosto. Me contó que otras tres monjas murieron ahogadas en el Paso de las Devotas —dije dirigiéndome a todos—. Ellas incluso llevaban imágenes sagradas de la iglesia como si temieran dejarlas allí. Parece extraño que tantas hermanas de la congregación se hayan aventurado a querer marcharse en tan

poco tiempo, ¿no os parece?

Lucien agarró una piña y me la tiró a la cabeza desde la otra punta del muro riéndose de mi pregunta

—A usted sí que se le llevará el diablo cuando se entere de que va a quitarles las tierras para repartirlas en suertes.

Los cuatro nos reímos con ganas de su comentario

— ¡Y ahora la fotografía! — añadió el francés con entusiasmo — La cámara ya está lista.

Todos posamos junto al muro bromeando y sonriendo como niños. Ninguno antes había pasado por una experiencia semejante, de modo que cuando el vapor de mercurio se inflamó

en una pequeña deflagración humeante dimos un paso atrás y enmudecimos de golpe.

Después del almuerzo, una vez hube recibido las indicaciones pertinentes para que pudiera proseguir mi camino, nos separamos conviniendo en vernos a la noche siguiente para pasar la jornada de carnaval en Bielsa. A partir de este momento, yo me adentraría solo por la terrorífica garganta de Escuin mientras Lucien, en compañía de sus dos guías, ascendería hacia las cuevas que se hallan entre los circos de la cordillera. El camino era tan malo que tendría que dejar mi caballo en uno de los corrales del poblado y proseguir mi itinerario a pie,

con el macuto cargado a la espalda.

—Espero que tenga suerte con las monjas —me dijo el barón antes de despedirse—. Tenga en cuenta que va a quitarles todo cuanto tienen. Procure volver con la cabeza sobre los hombros, no vaya a ser que le conviertan también a usted en uno de esos decapitados que, según Don Joaquín, adornan su cementerio.

—Creo que necesitará más suerte usted que yo —contraataqué indicándole la mochila en la que podía distinguirse un barómetro, un nivel de brújula, cuerdas, hachas, mantas y un carburero de acetileno con un deslumbrador acoplado—. No me hago a la idea de verle colgado de una cuerda, sentado en

un columpio a oscuras, con esa linterna sobre la cabeza y un profundo agujero bajo su trasero.

–Pues le aseguro que es una experiencia de lo más sugestiva. Cuando disponga de tiempo me gustaría que me acompañara en un descenso.

–Antes crecerá pelo en esta palma – dije extendiendo mi mano para mostrarle su superficie.

–*Bonne chance, mon camarade!* – me despidió con una afable sonrisa.

–Hasta mañana, señores. y que Dios les guarde –les deseé a su vez.

Sin más, nos pusimos a caminar cada uno por su correspondiente sendero. En el último momento, el otro guía que iba con Lucien me gritó desde

lo lejos que si por el camino veía salir humo de una ermita abandonada, no me acercara para nada.

– ¿Por qué? –pregunté al aldeano.

–Es la casa de una bruja – se limitó a contestarme muy serio.

Y acto seguido se dio la vuelta y desapareció entre los matorrales de la vereda.

VIII

*(Donde describo mi encuentro con
Jal y mi posterior llegada al
monasterio)*

Cuando me vi solo en mitad de aquel paraje solitario me empequeñecí. La trocha que se abría ante mí desdecía suavemente hacia un banco de niebla a partir del cual desaparecía de mi vista. Al principio, la vegetación que encontré me pareció eminentemente mediterránea. El valle del Yaga era una especie de reducto, una olla vegetal anclada en medio de un sistema glacial gigantesco

que lo circundaba por todas partes. A medida que descendía por la senda, y ante mi perplejidad, pude constatar que los bosques de encinas iniciales iban dando paso a hayedos centenarios envueltos en brumas, de tal manera que las comunidades botánicas aparecían estratificadas de manera invertida, mostrándose las que deberían estar a mayor altitud abajo y viceversa²⁰.

Saqué el plano para tratar de orientarme, pues la orografía de estos cañones era harto compleja. Los mapas franceses de Capitaine, trazados en 1822 para el servicio de la guerra con España, eran cuanto existía y resultaban muy imprecisos y poco detallados. Aun con todo, a la media hora aproximada de

ponerme en camino di con la ermita abandonada que me había mencionado el guía de Lucien. La hubiera dejado atrás sin darme cuenta de no haber sido porque el repique del viejo címbalo colgado en su puerta tañó sin motivo aparente al pasar por su lado.

La ermita estaba levantada aprovechando la oquedad rocosa de una balma, frente a la que se había alzado una sola pared de piedra bien alineada. La cal del rebozado se había oxidado con el paso de los años, adquiriendo ese color cobrizo y ocre que refleja la luz del atardecer incluso después de que el sol se haya ido. Por uno de los ventanucos de dicha pared ascendía un hilillo de humo perezoso que, al ganar

verticalidad, se cortaba de improviso fluctuando horizontalmente como si una fuerza invisible le impidiera progresar hacia arriba.

Sentí que una quietud especial impregnaba el lugar y durante unos segundos permanecí expectante a la espera de descubrir algún vestigio de la supuesta bruja. Al volverme para continuar, me topé de sopetón con un muchacho delgado, de unos doce años de edad, que me miraba fijamente desde el centro del camino. Llevaba una camisola muy blanca, lo cual me dio a entender que alguien de las cercanías debía de hacerse cargo de él.

— ¿Vives en esa casa? —le pregunté.

—Sí.

–¿Cómo te llamas?

–Jal –me respondió el joven sin dejar de observarme.

Puse entonces mayor atención en él y vi que portaba bajo el brazo algunas acuarelas confeccionadas con papel de pergamino fino así como pinceles de fabricación casera de corte rudimentario.

–¿Eres pintor?

Jal meneó la cabeza de arriba abajo apocadamente.

–Y repatán²¹ –añadió.

–¿Y vives con alguien más? –
continué.

El joven asintió de nuevo.

–¿Con tu madre?

Un petirrojo se posó en una rama

cercana al camino y Jal pareció perder todo interés por mi persona poniendo los cinco sentidos en el pajarillo.

«Extraño muchacho» me dije sin dejar de observarle con detenimiento.

—¿Puedo ver tus dibujos? —le pregunté cuando el vuelo del petirrojo le hizo recobrar su curiosidad.

El muchacho se acercó algo más confiado y extendió sus acuarelas para mostrármelas.

En verdad debo reconocer que me sorprendió la extrema exquisitez y la sensibilidad con la que aquel mocoso pintaba los entornos naturales de su mundo. No solo las recreaciones de los paisajes eran precisas y bien detalladas, sino que además estaban insufladas de

una poesía especial, ya fuera para mostrar a un viejo árbol moribundo afianzado en los cerros tormentosos, o para plasmar la tibieza de un campo de amapolas silvestres en pleno verano.

—¿Pero se puede saber quién diablos eres tú? —le pregunté sorprendido por la perfección de su trabajo.

—Me llamo Jal —repitió de nuevo como si, de pronto, nuestro encuentro se reanudara desde el principio.

No pude evitar reír. El muchacho era todo inocencia. Me pregunté si alguna vez habría visto a un mozo o una moza de su misma edad.

—Voy al monasterio de los Oscuros —le dije— ¿Quieres acompañarme?

–Me gustaría –respondió
blandiendo una sonrisa ingenua.

–Entonces, vamos.

Durante todo el camino obré con sumo cuidado para que no desconfiara de mí. El joven me seguía siempre diez pasos por detrás, zigzagueando a lado y lado del sendero, a veces silbando, otras veces inclinándose para inspeccionar una seta extraña o para olisquear los excrementos de algún pequeño mamífero depositados sobre una piedra. Tan pronto recogía en sus bolsillos las vedijas que las ovejas dejan prendidas en los matorrales, como las bostas que las caballerías abandonan en los caminos. Aunque apenas hablaba, me sentí acompañado y hasta contento de

sentirlo cerca. Era un alma pura, sin mácula, criado a la vera de estos mismos parajes que cada vez más, embriagaban —o quizás debería decir embrujaban— mi espíritu. El *tempo* de este mundo discurría a una velocidad diferente a la que yo conocía en las llanuras. Era como si al adentrarme en aquel lugar, mi alma corriera al encuentro de antiguas esencias para fundirse con ellas; como si las reconociera por instinto, como si las recordara...

El camino que conducía al monasterio reseguía una grieta espantosa apuntalada a ambos flancos de su lecho por baluartes ceñudos. Bloques que asemejaban retales amurallados

desprendidos de una fortaleza arruinada sobresalían aquí y allí. Los bojés, avellanos y tilos se agarraban en sus escarpes de manera imposible tapizando de verde sus hendiduras verticales. Y a cada paso, la luz del sol transformaba el paisaje haciendo que nunca pareciera el mismo.

Llegamos por fin a los Oscuros de Arpan. El paraje se hallaba encajonado en una umbría situada al pie de un circo rocoso al que la luz del sol no alcanzaba a calentar de manera directa. Una débil cascada caía por delante del sendero que lo atravesaba proyectando una fina niebla de partículas de agua irisada.

—Se llama Isuala —me dijo Jal señalándome la surgencia de agua.

Me hizo gracia constatar la facilidad que tenían los naturales del lugar para bautizar con nombres propios los elementos del paisaje.

– Cómo vamos a atravesarla sin mojarnos? –le pregunté.

La cascada caía sobre una roca de piedra por la cual discurría el sendero sin que existiera la posibilidad de sortearla.

–Debemos esperar al viento –dijo Jal poniendo sus cinco sentidos en la trocha de cielo que desde la parte baja del valle abría el cañón.

–¿Al viento?

–Sí. Cuando sople con la fuerza suficiente la desplazará del camino y podremos pasar.

A los pocos segundos, las copas de los árboles comenzaron a cimbrarse desde el fondo del barranco ascendiendo en progresión como si una fuerza invisible agitara las hojas de sus ramas. Cuando la corriente de aire alcanzó la cascada, esta comenzó a desplazarse hacia un lado del camino dejando el paso libre. ¡Parecía cosa de magia!

Después de atravesar la cascada, el viento aflojó y el chorro de la surgencia vino a ocupar de nuevo su caída natural cerrando el paso a nuestra espalda. Aquel fenómeno, que invariablemente se repetía de modo aleatorio en función de las corrientes de aire locales y de la cantidad de caudal del curso, no dejó de

sorprenderme por su singularidad. Enseguida penetramos en una zona de corrales que conducían a una especie de plazoleta. En torno a esta plaza central, se aglutinaban las dependencias del monasterio. Todas eran muy toscas, levantadas con piedra sin remozar. Al igual que la ermita donde vivía Jal, las dependencias del cenobio se habían construido aprovechando las cavidades naturales que rodeaban el circo, de modo que las casas eran mitad pared, mitad cuevas. Algunas estaban situadas a diferentes niveles que otras y se afianzaban de manera imposible en la cortada, siendo necesario acceder a ellas por estrechísimas escalerillas talladas sobre la piedra. El único

edificio destacable levantado al margen de los asilos naturales era el campanario, de unas veinticuatro varas de altura y provisto de una pequeña espadaña. La plaza central era un pequeño campo lleno de hierbajos que hacía las veces de corral doméstico. Infinidad de gallinas y de patos campaban a sus anchas picoteando las sobras de la comida esparcidas por un suelo lleno de excrementos y nieve. A la izquierda y algo más alejado, se hacía visible el pequeño cementerio. Observé con atención su muro desde la distancia y pude apreciar que estaba derruido por varios puntos. No pude evitar pensar si a consecuencia de los árboles que el tornado de nieve había derribado diez

años atrás...

Enseguida salió a nuestro encuentro una monja con un cesto repleto de bulbos de orquídea y raíces de bardana. Venía de la huerta; llevaba las mejillas tapadas por entero con un hábito negro, y sus pies, cubiertos de costras y de suciedad, andaban descalzos sobre las piedras.

—¿Qué se le ofrece? —me preguntó la freila²² como si no estuviera al caso de mi llegada.

—Mi nombre es Fernando de Artales y soy comisionado real de las finanzas públicas —me presenté.

Los ojos de la madre superiora se desencajaron tras el escapulario como si tuviera ante ella al mismísimo Luzbel.

—Hace días que le esperábamos — me dijo con atrición—. Ningún trabajo va a tener aquí porque poco es lo que tenemos. Esta es una comunidad pobre que vive del retiro y de la oración.

—Mi único propósito es inspeccionar las escrituras de los predios y revisar los mojones de los linderos a los que hagan cuenta —le respondí con las maneras que el oficio me había enseñado—. Serán otros y en diferente lugar quienes determinen las partes del convento que sean expropiadas.

—Soy la hermana Beatriz de San Juan, la madre superiora del monasterio —se presentó a su vez resignada—. Si tenéis la bondad de pasar dentro, os

mostraré nuestras humildes dependencias, aquí vivimos en recogimiento nueve hermanas y una oblata.

Cuando me volví hacia Jal, vi que estaba en cuclillas en medio de la plaza mirando fijamente una gallina. Estaba defecando con toda naturalidad sin importarle demasiado que pudiéramos verlo. Las aves de corral se acercaban a él con sigilo y trataban de picotear sus heces en busca de algún grano o semilla sin digerir. Él parecía encontrarse como pez en el agua y, sosteniendo el pincel ante la línea focal de sus ojos, buscaba el encuadre imaginario de una perspectiva perdida en algún punto del paisaje o quién sabe si de su mente

–¡Otra vez ese diablillo! –rugió la freila Beatriz armándose con un mango de escoba para desalojar al zagal– ¿Es que no es bastante *gran* la montaña para que tengas que venir a cagarte aquí, *jodido*?

Viendo lo que se le venía encima, Jal se subió con presura los pantalones y comenzó a correr hacia el sendero dejando abandonadas sus acuarelas en el suelo. El muchacho corría tan aprisa que pasó por debajo de Isuala sin esperar a que el viento la apartara del camino.

La freila regresó al momento con el mango de escoba y las acuarelas en su mano.

–Ese muchacho acabará conmigo – dijo con el sofoco metido en las

carnes—. Viene aquí para recoger excrementos de gato y elaborar con ellos pinturas. Según dice, la mixtura de esas heces es muy estable y mezclada con otros componentes como la rubia²³, le proporcionan unas magníficas acuarelas. En fin, perdóneme usted, es una lucha perdida, se lo aseguro.

Intuí que la fogosa reacción de la monja no había sido más que un desahogo para calmar la mala sangre que mi llegada al lugar le había producido.

—¿Quién es? —le pregunté.

—Es el hijo de Fetra la coja, la curandera. La que vive en la ermita que cruzó cuando venía hacia aquí.

—¿La bruja? —dije sonriendo.

La madre Beatriz se santiguó

—Bruja, partera, concertadora de junturas de huesos, apañadora de virgos y abortona... y más cosas que me callo.

—¿Es que vive sola?

— Hace trece años —me explicó—, unos carabineros que tenía alojados por la fuerza para vigilar los pasos de los paqueteros²⁴ se embriagaron y la violaron. Después robaron cuanto encontraron de valor en la casa y desertaron a Francia. A ella casi la matan. De aquel acto vergonzoso nació ese zagal. ¡A saber quién sería su padre!

—¿Por qué le llaman Jal?

—Su madre ha querido siempre dignificar al muchacho buscándole hasta un apellido, imagínese usted. Le puso ni

más ni menos que Juan Antonio López. Pero a las gentes de por aquí no se las engaña con tanta facilidad y pensaron que el muchacho valía menos que el tiempo que se tardaba en pronunciar su nombre, de modo que decidieron abreviárselo. El chico es algo simple, no hay más que verle.

—Pues a mí no me lo parece.

—¡Pues lo es! —refunfuñó la madre al sentirse cuestionada—. La embriaguez en el coito hace que el semen de los hombres pierda su naturaleza primigenia, ¿sabe usted? El flujo no puede engendrar a otros seres de su especie, debiendo resignarse a otro de género inferior. O dicho de otra manera: engendra lo que puede, en vez de lo que

debiera. Por eso, ese zagal es como es.

«Gentes primitivas y estúpidas» pensé para mis adentros dirigiendo mi atención hacia el pliego de acuarelas que la freila doblaba con descuido entre sus manos.

—Si no le importa, yo las guardaré — dije tomándolas a mi recaudo— puesto que mañana debo volver a Bielsa, yo mismo se las entregaré cuando pase por allí.

La madre no puso objeción y accedió a dármelas.

Luego entramos en el monasterio.

IX

(Donde cuento lo que ocurrió en la antigua cocina del cenobio y refiero mi primer contacto con el Sepulcri Memoriae)

Tras mostrarme mi celda para que dejara las cosas, la madre Beatriz de San Juan se ofreció a guiarme por las diferentes dependencias del cenobio. La característica común en todas ellas era la falta de luz. Todo el convento era una especie de santuario rupestre en el que lo natural y lo artificial cohabitaba en perfecta armonía. Las cuevas mantenían

una temperatura constante y resguardaban a las religiosas de las ventiscas heladas procedentes de los glaciares del circo. El agua de los manantiales subterráneos brotaba y corría por las cavidades remansándose en marmitas cristalinas que inducían al recogimiento del cuerpo y de la mente. El silencio lo presidía todo, a excepción de un goteo continuado y persistente cuyo sonido latente se amplificaba en virtud de la morfología rocosa actuando como una caja de resonancia.

Para pasar de una cueva a otra, existían galerías internas excavadas a modo de pasajes por dentro de la roca, o bien pasos exteriores formados por escalones de piedra tallados en las

paredes de la cortada. El claustro en particular me pareció uno de los rincones más hermosos y un regalo para los sentidos. Para acceder a él era necesario recorrer un túnel excavado que desaguaba en una sima interior hundida y descubierta al cielo. Las cuatro galerías que flanqueaban este espacio expedito a la luz natural estaban construidas a golpe de pico sobre la misma roca madre, de manera que las columnas y los arcos ruiformes que las *sostenían* se incrustaban en la geología natural de la roca pasando a formar parte de la misma. De esta manera la arquitectura era montaña y la montaña arquitectura. Por ellas trepaban el musgo y la enredadera y comulgaban las

caricias del viento, el sonido de las fuentes y el aroma de las plantas.

– ¿Y eso qué es? –pregunté señalando una gran llave de paso redonda y oxidada que se hallaba situada a media altura de un muro.

–Es la manivela para abrir o cerrar la esclusa de la acequia –me explicó la monja–. Como habrá tenido ocasión de comprobar, el monasterio está lleno de canalillos y de fuentes que discurren por la mayoría de dependencias. Durante la noche cerramos el paso del agua para posibilitar que la acequia se llene con el manantial. A primera hora de la mañana, después de que se haya colmado hasta arriba, la abrimos y el agua vuelve a circular tal y como la ve usted ahora.

–Muy ingenioso –comenté–¿Debo deducir entonces que durante las noches, el monasterio se queda desabastecido de agua?

– ¡Durante las noches se duerme! – volvió a corregirme con brusquedad.

Guardé silencio por precaución dejando que en lo sucesivo fuera ella quien hablara. La luz del cielo iba languideciendo, adquiriendo un fulgor mortecino visible solo a través de las oquedades de las paredes confeccionadas con mampuestos que, al oxidarse con el paso de los años, iban tomando tonalidades cálidas, entre anaranjadas y rojizas.

–Esta es la antigua cocina – dijo la madre superiora al pasar por delante de

una estancia cerrada—. Ahora ya no se utiliza.

Miré la puerta maciza de roble con remaches de hierro. Sobre el dintel aparecía labrado en relieve un grabado que representaba un reloj de arena y la célebre frase del poeta Horacio inscrita bajo él:

*«Carpe diem, quam minimum
credula postero.»²⁵*

— ¿Es aquí donde se encuentra el pozo de los ilergetes? —pregunté.

La freila Beatriz me miró extrañada.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Don Joaquín Castán, el procurador de Bielsa, me lo dijo. Me comentó que era un lugar de culto

primitivo utilizado en la antigüedad por estas tribus.

–Ese don Joaquín es un excéntrico
–murmuró la madre a despecho de mi comentario.

– ¿Por qué cerraron la dependencia?

–Antes, el monasterio se abastecía con el agua del pozo, pero suponía un esfuerzo terrible baldear el líquido hasta arriba debido a su gran profundidad, de manera que cuando se construyó la nueva cisterna, el pozo se cerró.

– ¿Puedo verlo? –pregunté

– ¿Para qué?

–Bueno... Simple curiosidad.

La freila hizo un gesto de contrariedad que no se molestó en

disimular. La carta real que investía mis atribuciones como delegado directo del gobierno me daba un poder casi absoluto sobre la comunidad, y la monja lo sabía tan bien como yo, de modo que sacó de su argolla una gran llave de hierro y procedió a satisfacer mi demanda con resignación mal asumida.

– ¿Qué sentido tiene la inscripción que hay sobre la puerta? –pregunté mientras la mujer descorría los cerrojos.

–No lo sé –respondió lacónica–. Es una alegoría del tiempo. Está ahí desde los primeros orígenes del monasterio; el paso de los años se ha llevado la esencia de su sentido.

Cuando la puerta cedió, noté cómo una corriente de aire gélido huía

precipitadamente de la estancia dejándome pasmado. Al entrar, me quedé un tanto sorprendido. La dependencia era circular, en forma de cúpula, y el pozo objeto de mi curiosidad se hallaba ubicado en su centro geométrico. Una inmensa estatua erigida junto a su brocal parecía custodiarlo en silencio. Era de una mujer en éxtasis, que recordaba a la escultura que Lorenzo Bernini había moldeado para el cardenal Cornaro, y que yo había tenido la oportunidad de ver en uno de mis viajes a Roma²⁶. Aunque bastante más burda que esta, tenía también los ojos entornados, la cabeza ladeada sobre el hombro y los labios entreabiertos. Una de las manos

reposaba plácidamente sobre el pecho acariciándose un seno; la otra se aferraba sobre el muro que circundaba el pozo.

– ¿Qué representa esa estatua? – pregunté a la abadesa.

–Eso depende de lo que quiera ver en ella –me contestó–. Si sus impulsos son puros y nobles, verá en sus formas el amor por la devoción y la fe. Si son los bajos instintos los que le iluminan, verá la libinosidad y el pecado de la carne representados en forma de súcubo²⁷. La estatua está ahí desde los tiempos en que los romanos explotaban la cueva para sacar metales; la dejaron cuando se marcharon como un homenaje al lugar.

Me acerqué hasta la efigie despacio; el temblor de mi vela parecía turbar su comprometedora expresión confiriéndole un atisbo de vida inanimada

—A mí no me sugiere ninguna de las dos cosas —murmuré.

— ¿Ah, no? —restañó la madre muy atenta.

—No.

— ¿Qué os sugiere, entonces?

—Soledad —barrunté sin poder dejar de mirarla.

Siguiendo la blanca mano de la escultura me asomé al pozo: era un orificio monstruoso que impresionaba por el tamaño de su diámetro. El agujero circular tendría seis buenas varas de

extremo a extremo y estaba circundado por un brocal de piedra que llegaba a la altura del pecho. Justo en la vertical del pozo, en la bóveda acombada que le servía de dombo, podían distinguirse una suerte de signos extraños labrados sobre la piedra del techo. Estos signos eran un sol y una luna enfrentados y estaban circunscritos en un pentáculo rodeado por números que parecían representar años bisiestos.

—Parecen signos astronómicos — comenté a la madre superiora sin dejar de mirarlos.

La monja no me contestó

— ¿Y esa reja? — comenté señalando una gruesa oquedad cerrada con una puerta de barrotes de hierro que, aparte

de la entrada principal, era el único elemento que rompía la monotonía circular de la bóveda de piedra.

—Es la del acceso a la antigua mina —dijo la madre Beatriz—. En otro tiempo, se utilizaba para descender hasta el fondo del pozo y descegarlo. Hace años que nadie se ha adentrado por él, ignoro si aún es practicable.

—Debe de bajar a mucha profundidad —observé yo.

—La misma que tiene el pozo —aseveró la madre—. Yo nunca la he utilizado, pero quienes lo han hecho aseguran que baja hasta una profundidad aterradora, y que a medida que se desciende por ella, se va bifurcando en innumerables corredores que se pierden

a lo largo de un laberinto infinito. Como ya le he dicho, hace muchos siglos se explotaron yacimientos de hierro y plata ahí abajo. Hay quienes dicen que si sumáramos las longitudes de todas sus ramificaciones, obtendríamos una distancia similar a la que separa Jaca de la ciudad de Madrid.

— ¿Y el pozo atraviesa verticalmente todo ese sistema de pasadizos y galerías? —le pregunté.

—Así es —constató asomándose a su embocadura—. Si arrojásemos una piedra por este orificio, tardaría unos veinte segundos en alcanzar el fondo. Eso puede darle una idea aproximada del complejo subterráneo que se abre bajo nuestros pies.

–Es increíble –dije asombrado.

La voz de la madre y la mía retumbaron en el abismo descendiendo en espiral hasta extinguirse en la negrura del fondo del pozo. De su rugosa pared interior, rezumaban un sinfín de hilillos de agua filtrada que, serpenteando vivamente a través de las juntas de los bloques, descendían por su superficie como el riego sanguíneo desciende a través de un organismo vivo.

En el momento en que ambos nos disponíamos a abandonar la sala, una especie de sonido gorgoteante se elevó desde sus profundidades ascendiendo rápidamente por su esófago hasta alcanzar la boca del orificio.

Aquel sonido era algo extrañísimo;

durante algunos segundos afloró como un lamento apagado que en cierto modo recordaba el llanto de una ballena.

El sonido se sostuvo en el aire con la intensidad constante de una o dos octavas y luego comenzó a perder fuerza, ahogándose en su propio tono hasta extinguirse por completo

– ¿Qué ha sido eso? –pregunté volviéndome hacia el pozo.

– ¿El qué?... –respondió la freila con una expresión más inquieta que sorprendida.

– ¿Es que no habéis oído nada?

–Ah eso... Son solo corrientes de aire subterráneas. A veces sucede que, al igual que un órgano, el viento y los orificios de la mina se combinan

originando extraños fenómenos acústicos.

La madre abrió la puerta y, con maneras un tanto apresuradas, me invitó a abandonar la antigua cocina. Cuando salimos al atrio, se volvió y cerró la puerta con dos vueltas de llave, tras lo cual, la escondió en un bolsillo de su hábito.

—Supongo que lo que de verdad os interesa está en el *Scriptorium* —dijo ya más calmada—. Allí guardamos todas las escrituras de las tierras y los inventarios de bienes. Si tenéis la bondad de seguirme, yo misma os ayudaré a consultarlos.

Sin mediar más palabra, haciendo nuestro el silencio y el recogimiento que

impregnaba el lugar, nos desplazamos por un largo túnel horadado dentro de la tierra. La madre portaba una palmatoria de cera encendida que refractaba nuestras siluetas en las paredes, de manera que las sombras se curvaban de un modo grotesco a medida que avanzábamos por la madriguera. Sor Beatriz de San Juan andaba encorvada, y sus pies descalzos y cubiertos de mugre renqueaban cada dos o tres pasos haciendo que su silueta se asemejara a la de una criatura tosca y primitiva. Al poco rato salimos a una dependencia más bien reducida en la cual había un habitáculo repleto de anaqueles y estantes con libros y documentos.

—Todo cuanto pueda necesitar está

aquí –me dijo volcando su vela sobre una lámpara de aceite para alumbrar la habitación.

La penumbra iluminó un acantilado de carpetas amontonadas sin orden ni concierto. Muchos documentos estaban cubiertos de polvo o rejuntados por la humedad y los hongos en función de su ubicación en la sala. Otros estaban rebozados por el serrín que los termes expulsaban del mobiliario al agrandar sus orificios de entrada en las maderas. Había un par de vitrinas con los cristales grasientos y cerrados bajo llave en el que descansaban –como si de un viejo café se tratara– un grupo de cartapacios atados con cordel y lacrados. En el suelo había una gran

cantidad de botellas de cristal pertenecientes a envases vacíos de vino, gaseosas, licores y fórmulas magistrales farmacéuticas que las monjas debieron de ir recogiendo a lo largo de los años para darles otras aplicaciones, como la de certificar los lindes²⁸.

—Esas escrituras corresponden a los predios y a las donaciones del cabildo—me advirtió la freila—. Las hay que se remontan hasta el siglo X después de Cristo.

—¿Habla usted latín?

—Perfectamente —observé tomando una de las escrituras entre mis manos para ojearla.

—La documentación que necesita se halla en esta pila. El resto de papeles

conciernen a asuntos de índole doméstica o a actas del obispado. No es necesario que se moleste en consultarlas. Pertenecen a la Aljafería de Zaragoza.

—Gracias, madre —le agradecí.

—Bien, yo tengo que volver al claustro —me dijo recuperando su vela de la mesa—. Confío en que recordará el camino a su habitación.

—Sí, no se preocupe.

—La cena se sirve a las ocho. Media hora después, cerramos la llave de la acequia para que la represa que la nutre se llene por la noche. Esto hace que el monasterio quede desabastecido de agua. Téngalo presente antes de acostarse y... procure ser puntual.

La madre se dio la vuelta y comenzó a alejarse por el pasadizo arrebujaada en su nimbo de luz. La seguí con la mirada hasta que se convirtió en un diminuto punto palpitante que terminó extinguiéndose.

Durante tres horas inventarié las escrituras que hacían referencia a los bienes del monasterio y a los donados. Hubiera podido proceder con mayor rapidez de no haber sido porque la documentación —aparte de encontrarse en pésimo estado de conservación— estaba desordenada y mezclada con otras actas notariales que no venían al caso. Lo que más me sorprendió fue descubrir que tampoco aquí existía correspondencia de ninguna clase con la

filial desde hacía casi cincuenta años. Durante la preparación de mi viaje, ya me había dado cuenta de esta particularidad al examinar los archivos del ministerio. La ausencia de supervisores apuntaba a que la comunidad hubiera dejado de existir a efectos administrativos o se hubiera refundado en otra orden nueva desvinculada de la matriz. El único documento que encontré ligado a un administrador general arrancaba del año 1640 y refería una declaración de recursos y de rentas muy antigua:

«...200 cántaros de vino, 200 libras de carne, 15 arrobas de abadejo, 20 cahices de trigo, 30 libras jaquesas para cera, 30 iguales de aceite, 10 para

pago de medicinas, 10 para vestuario, 25 para el administrador general que había de ser de Ainsa y nombrado por la ciudad de Huesca, y todos los derivados de la concesión de colgar pellejos en los molinos de aceite...».

Cuando terminé mi trabajo, y teniendo en cuenta que aún faltaba una hora para la cena, me decidí a estudiar otros documentos presentes en la estancia contraviniendo los consejos de la madre superiora. Como buen secretario, sentía una sana curiosidad por analizar las características y las fechas de registro de lo que ahora se me antojaban como auténticas reliquias patrimoniales. Guiado por este deseo que hace de la profesión algo más que

un oficio, me subí al tamborete y asalté la vitrina cerrada en la que se encontraban los cartapacios bajo llave. Por desgracia las portezuelas de cristal estaban cerradas, y la llave no estaba puesta en el cerrojo ni sobre el mueble. Aun con todo, pegué mi nariz y mi vela a la vitrina y observé con atención lo que escondía su interior. Enseguida hubo un objeto que llamó mi atención; su formato y su volumen lo diferenciaban con claridad del resto de carpetas. Se trataba de un antiguo manuscrito revestido con tapas de piel bien trabajadas cuyo título era *Sepulcri Memoriae*²⁹. Supuse que se trataba de un compendio referente a las actas de defunción del monasterio y no pude

evitar que los sucesos referidos por don Joaquín en la biblioteca de su casa acerca de las extrañas decapitaciones acudieran a mi mente.

¿Estaría todo explicado en ese libro? me pregunté mientras intentaba forzar la deteriorada puerta del mueble.

Al ver que era imposible abrirla, cejé en mi intento y sonreí... ¡Qué no hubiera dado don Joaquín por tener aquel libro entre sus manos!

X

(Donde refiero la conversación que escuche en el claustro mientras regresaba a mi habitación)

Salí del *scriptorium* poco antes de la hora de cenar. Me había propuesto echar unas caladas a mi pipa, de modo que busqué un lugar apropiado para saborear el tabaco cubano que me había regalado don Joaquín y meditar un rato a solas. Anduve sin tomar una dirección clara, temiendo siempre toparme de sopetón con alguna de las hermanas, hasta convenir que el claustro era el

lugar idóneo para mi elección.

Al acercarme a este recinto, percibí el llanto de una mujer que desahogaba el corazón llorando con amargura en las largas horas de la noche. Turbado por esta escena de desolación, quise acercarme sin ser descubierto para descifrar la causa de su dolor. La mujer estaba sentada bajo una de las arcadas de roca, y la poca luz que allí llegaba hacía casi imposible determinar su edad o su físico. Sin embargo, la naturaleza de su sollozo la presumían joven y delicada. Dudé de si debía o no retirarme. De un lado era consciente que mi presencia quebrantaba las más sagradas normas de la clausura y de la honestidad. Sin embargo, por

otro lado, sabía a ciencia cierta que el convento estaba condenado a muerte por el decreto de desamortización y que no a mucho, al volver los ojos desde lo alto de la cuesta que me conduciría de regreso a Bielsa, me asaltaría al ánimo ese pensamiento tan triste que parecía perseguirme sin descanso a cada trabajo concluido: *morirá aún antes que yo me haya ido aquella casa que ha vivido más de mil años.*

Conmovido por esta realidad, sucumbí al deseo de la contemplación y me cobijé entre las sombras para espiar cuanto sucedía:

— ¿Qué será ahora de nosotras madre?— dijo la joven dirigiendo su voz hacia otra silueta puesta en pie que las

sombras de la galería me habían impedido ver hasta ese momento.

—No hay que cansarse, hija mía, esto concluye, esto desaparece en breve plazo.

— ¡Pero debe de haber alguna solución!

—El viento de la revolución (fue ahora cuando descifré que aquella voz correspondía a la madre Beatriz de san Juan) es como un fuego que se extiende sin control. Era sólo cuestión de tiempo que llegara también hasta nosotras, aunque, a ser sincera, nunca pensé que se les ocurriría enviar a nadie a un lugar tan distante y apartado como éste.

—No tengo donde ir madre — continuó llorando la joven— no dispongo

de parientes en ninguna parte ni lugar donde alojarme si me sacan de aquí.

—Ninguna tenemos a dónde ir —respondió Sor Beatriz— La revolución quiere destruir los nidos para que los pájaros ya no puedan volver. No hay más que ver a nuestros vecinos: San Vitorían, el convento más antiguo de España convertido en madriguera de reptiles y de aves nocturnas. Sus sepulcros profanados, su sacristía incendiada, sus muros amenazando hundimientos y desastres; los edificios desamparados o puestos a merced de extrañas gentes... ¡Cómo hemos llegado a esto!

—Quizás podríamos convencer a ese hombre para que hiciera la vista

gorda, podría decirles a sus superiores que no encontró aquí nada digno de valor ni de provecho.

—Ese hombre es un funcionario del gobierno —comentó Beatriz— Apenas verle supe que de nada servirían ruegos o lamentos. El fuego de esas mismas ideas incendiarias corre por sus venas. Él no se detendrá y ejecutará su mandato de forma eficiente y rigurosa.

— ¿Qué va a ser de nosotras madre? —volvió a repetir la joven levantando los ojos llenos de tristeza hacia su superiora.

Beatriz guardó unos instantes de silencio. El canto de una lechuza nocturna escondida entre las oquedades de las rocas silbó con ese susurro

fantasmal tan característico

–El pozo está activo otra vez –
barbotó Beatriz

La observación hizo que el llanto
de la novicia cesara de golpe.

– ¿Habéis entrado en la cocina? –
preguntó la joven dilatando mucho los
ojos

–Entré esta tarde. Y he vuelto a
oírlos...

Vi perfectamente como la monja
joven se santiguaba.

–Que Dios nos proteja –musitó de
inmediato.

–Quizás lo haga – le respondió la
madre Beatriz con un tono extraño –No
sería la primera vez que intercede por
nosotras a través de *él*.

– ¡Hay madre. No me hable de esas cosas!

–No pienso consentir que la casa se pierda ni que se entregue al primer aventurero que más puje por ella, ni que vosotras, hermanas mías, tengáis que mendigar cobijo por los pueblos de las cercanías. Voy a luchar con todos los medios a mi alcance para que nada de esto suceda. He dispuesto que esta noche saquemos el libro de la vitrina y lo leamos en el oficio. Dentro de media hora hay cónclave en la cocina. Ve a limpiarte esos ojos y ten fe en tu madre superiora. Tenemos mucho de qué hablar aún.

Ví como la joven se levantaba del pretil de piedra y obediente, abandonaba

el claustro por uno de los pasadizos. La pipa se me cayó en ese momento al suelo produciendo un leve chasquido que puso en guardia la atención de la madre superiora.

Contrariado por semejante tropiezo, me pegué a las sombras de la pared quedándome inmóvil. La madre Beatriz caminó con sigilo hacia el centro del claustro. Daba la sensación que una premonición la hubiese advertido de mi presencia furtiva. Se detuvo bajo el cielo estrellado de la noche y oteó a su alrededor mirando con viveza cada una de las arcadas que rodeaban la sima. Me vi forzado a contener la respiración. — ¡Qué situación tan embarazosa y al mismo tiempo tan estúpida! — Me dije

para mis adentros encomendándome a todos los santos para no delatarme ni ser delatado.

Poco después la madre se marchó y pude respirar tranquilo.

De nuevo encendí mi pipa y recapacité acerca de lo que había escuchado. Aunque parte de la conversación se me había escapado, supuse que no habría sido muy diferente a las que ya había oído en otros tantos lugares. Yo era el sepulturero de la fe. Por las peculiares características de mi oficio me veía a menudo en las tristes situaciones de tener que ejecutar sobre el terreno lo que se disponía en las oficinas de las Juntas de Bienes Nacionales. Desde la aprobación del

decreto de desamortización por el primer ministro Mendizábal me había hecho cargo de las exclaustaciones forzosas de la cartuja de San Martín de Capella, y de los monasterios de Alahón, Obarra y Sijena. Sentados en las mesitas del Coso de Huesca; saboreando un vino en compañía del juez de primera instancia, el secretario y los adjudicatarios de la rapiña – que era quienes pagaban las copas y nuestras minutas – nos aplicábamos a la subasta de bienes mofándonos de la iglesia por su amenaza a excomulgarnos. ¡Qué podía importarme eso a mí entonces! Yo había sido siempre persona liberal. No tenía prometida, ni tampoco hermanos; y si debo ser sincero os diré que tampoco

demasiados amigos. Yo era una persona más bien solitaria, misántropa y quizás responsable en exceso. Ese perfil hacía de mí un individuo ideal para desempeñar la tarea asignada pues, a falta de otros objetivos que llenaran mi tiempo y mi afán, me aplicaba a su cometido con una meticulosidad y un celo extremos. Por otro lado, los viajes a lo largo de toda la geografía, el hecho de poder conocer culturas y personas muy diferentes daban sentido a mi vida y hacían de mi tarea una necesidad.

Tal vez esta doble perspectiva era lo que me hacía a un tiempo tan parecido y tan distinto a Lucien.

XI

«En el que describo lo que sucedió la primera noche en la iglesia y la inesperada llegada a los Oscuros del barón de Saint-Saud³⁰»

Cené solo. El resto de las monjas de la comunidad religiosa permanecían ocultas a mi mirada por motivo de su clausura. Pese a que yo me movía con toda libertad por las diferentes dependencias del monasterio, en ningún momento conseguí cruzarme, o tan solo llegar a ver, a ninguna de las hermanas, a excepción de la madre Beatriz de San

Juan. Llegué a pensar que, por alguna gracia o poder sobrenatural, eran capaces de anticipar mi llegada a una dependencia, o incluso que el cenobio estaba vacío y la madre superiora y su novicia eran en realidad sus únicos inquilinos...

En mi lóbrega celda sin chimenea y con la única compañía de una vela, me dispuse a esperar al sueño contemplando con detenimiento los dibujos de Jal. El somier de mi catre era de cuerdas que cruzaban el armazón de extremo a extremo y se me clavaban en las costillas cuando permanecía demasiado tiempo en la misma postura. El jergón era de paja, muy delgado, con el relleno apelmazado y escachado. De

vez en cuando, una brizna rebelde atravesaba el forro y me producía un pinchazo en la carne que me hacía mal jurar.

El ruido de la manivela de hierro cerrando el paso la acequia llegó hasta mí con mil sonidos inquietantes. El agua de los canalillos y las fuentes, tras sentirse liberada de su corriente, corría a precipitarse por los desagües atrayendo al aire que ocupaba de inmediato su interior. La singularidad de estos mecanismos de evacuación producía una suerte de ruidos que, en la penumbra de la celda, recordaban a lamentos y quejidos de la propia montaña.

Uno tras otro fui observando con

toda minuciosidad los dibujos del muchacho. Eran maravillosos, muy bien trabajados y con un estilo singular, llenos de detalles y dotados de un colorido que transmitía un sentimiento de comunión con cada uno de los paisajes recreados. Al pasar la quinta lámina me quedé pasmado de lo que veían mis ojos: el rostro de Cordelia, dibujado a lápiz de carbón con finísimos trazos, se perfilaba a la luz de la vela con una naturalidad y un encanto que agitaron mi corazón impulsándome a reincorporarme del camastro para verlo con más detenimiento. ¡Menuda sorpresa la mía al verla allí! Era tan preciosa como la recordaba. De inmediato me pregunté qué habría empujado al

muchacho a dedicarle un retrato como aquel. ¿Acaso la conocería? ¿Sería quizás su musa? ¿Una figura de su mundo mitológico montañés?... ¿Cuántas cosas sabría de ella? De haberlo sabido antes... yo... no habría dejado de interrogarle...!

Estuve mirándola un buen rato embobado con su hermosura. Deslicé con suavidad las yemas de mis dedos por el contorno de su silueta y pronuncié varias veces su nombre en voz baja mientras mi mente viajaba a la cálida habitación de Bielsa y revivía el encuentro con la joven.

De pronto, un tosido resonó desde la puerta de mi habitación. Me volví y vi a la madre Beatriz de San Juan

observándome entre las sombras. La luz de su vela apenas iluminaba su cara blanca embozada bajo el escapulario; estaba ajada, tal como la de los difuntos, y en su mano advertí un objeto extraño que me pareció un sahumero.

—¿Es que no sabe usted llamar a la puerta? —exclamé guardando apresuradamente el dibujo de Cordelia bajo la manta.

Sentí que la monja se percataba de mi acto y me arrepentí de haber obrado con tanta precipitación, pues al hacerlo, no hacía sino evidenciarle lo que en realidad pretendía ocultarle.

—Pensé que estaría dormido y no quería despertarle —se justificó la madre sin la menor turbación.

–¿Qué es lo que quiere?

–Mañana, cuando cante el gallo, la hermana cillera³¹ le acompañará a visitar las tierras del otro lado del valle para que conozca sus límites. Estese levantado, por favor.

–Bien –dije irritado– no se me olvidará. Ahora, si no le importa, haga usted el favor de cerrar la puerta.

La madre aún permaneció unos instantes silenciosa desafiando mi invitación con insolencia. Después se dio la vuelta y con el mismo sigilo con el que había aparecido se desvaneció llevándose el sahumero con ella. Para evitar que algo similar se repitiese, atranqué una silla contra la maneta de la puerta de modo que fuera imposible

abrirla desde fuera.

Estuve dando vueltas en el camastro sin poder conciliar el sueño hasta entrada la medianoche. Medité con la vista fija en las siluetas de los diferentes elementos que colgaban del techo: cestas primitivas trenzadas con ramas de cornejo llenas de hayucos, avellanas y bellotas; tallos de ortigas en los que se enhebraban las setas puestas a secar para guarecerlas del ataque de los ratones... ¿Qué habría tratado de decir Sor Beatriz a su discípula cuando le dijo que «el pozo volvía a estar activo; que Dios intercedería a través de él...?»

Cuando me cansé de maltratar el jergón, me arrebujé en mi sayo y salí a tomar la serena para calmar mi desvelo.

La luna entera bañaba los bosques con un aura de plata irreal que caía a plomo alumbrando todos los elementos de aquel entorno mágico. La cascada Isuala murmuraba a lo lejos poemas de ensueño con el sonido de sus gotas heladas y el céfiro de la luna las velaba como un sueño. La brisa de la madrugada arrullaba las hojas de los árboles en una gama de sonidos indescifrables, acaso como si fueran promesas de amantes que el tiempo hubiese arrastrado desde otros lugares olvidados en el recuerdo. Pero al darme la vuelta para regresar a mi aposento, el panorama cambió súbitamente produciéndome un vivo sentimiento de hostilidad. La iglesia, situada junto a la

plaza, refulgía de un modo siniestro por todas sus ventanas y orificios como si una inmensa hoguera hubiese sido encendida en su interior. Aquella parte del monasterio —a la que la luz de la luna no llegaba a iluminar— estaba sumida en las penumbras más negras, y sin embargo, reverberaba en virtud de aquel resplandor extrañísimo.

Ví a la niña oblata —que no tendría más de seis años— abandonar la puerta del monasterio y cruzar sola la era en dirección a la iglesia. Iba descalza, hundiendo sus pies delicados en la nieve. Su andar presentaba ese titubeo característico e inconstante tan propio de los chiquillos que se dejan llevar por los reclamos de su entorno inmediato.

Pero más allá de esta falsa percepción inicial, sus pasos progresaban bajo una suerte de flujo terrorífico que la guiaba de modo irreversible, casi como un sonámbulo, hacia la puerta de la iglesia. La madre superiora se asomó entonces a la entrada del templo para esperarla. Cuando la niña llegó, la freila la dejó pasar hacia dentro sin decirle nada, y acto seguido, cerró la puerta tras ella.

Quise acercarme a la entrada de la iglesia para ver qué sucedía en su interior. Qué motivo había inducido a las hermanas a reunirse allí. Algunos pensamientos empezaron a rondar mi cabeza azuzados por el atizador del miedo. No había oído el tañido de los maitines de media noche, y eso me puso

en guardia. Después de meditarlo, empecé a darme cuenta de que, desde mi llegada al monasterio, no había oído tañer las campanas ni la espadaña pequeña en ninguno de los oficios, y esto resultaba harto extraño en una comunidad religiosa.

Inducido por estas lagunas y por la ausencia de vínculos de la congregación con su orden madre, comencé a plantearme ciertas cuestiones: ¿No sería este un beaterio desnaturalizado de monjas no profesas? Y cuando digo desnaturalizado quiero decir inducido a las malas artes como lo fueron en su tiempo Las Brigtinas de Lille, Las Posesas de Louviers, o más cercanamente Las Alumbradas de la

Encarnación Bendita en el madrileño monasterio de San Plácido, casos todos ellos que conmovieron a la sociedad de su tiempo por su herejía.

¿Podía ser que aquella comunidad de monjas, a consecuencia de su aislamiento y de su ubicación, hubiera degenerado hacia una secta desvinculada de toda matriz?

Cuando estuve frente a la puerta de la iglesia no fui capaz de abrirla. Algo en mi interior me prevenía, me decía que no debía hacerlo, que tenía que salir de allí lo antes posible. Sentí cómo esa sensación diabólica de pánico se apoderaba de mí por momentos. Acercando mi oído a las maderas de la entrada escuché un canto de voces

salmodiando un delirio de motetes que en nada asemejaban a la oración. El coro recordaba más bien a un conventículo infernal que a un acto de devoción religiosa. Retrocedí espantado, queriendo pensar que todas las cavilaciones que me asaltaban no eran sino delirios producidos por el impacto de tantas emociones nuevas: el paso del congocto, la fiebre, el episodio con Cordelia, el pozo y su lamento... Supuse que mi mente estaba inflamada por estos sucesos y por consiguiente también predispuesta a dejarse sugestionar por todo lo que no me fuera conocido.

Regresé, pues, a mi cuarto y traté de dormir, pero los demonios de los

pensamientos ya estaban desatados y era imposible reconducirlos (*Nota al margen: no basta con ver: la imaginación puede hacer tocar, percibir sonidos, sabores, olores... hacerlos todos reales*).

Durante más de dos horas di vueltas y más vueltas sobre el catre. El menor sonido en la cámara oscura me ponía en guardia con una presteza casi vergonzosa; daba la sensación de que la noche no terminaría nunca y, en la negrura cerrada de mi madriguera, los sonidos del pozo gorgoteante y el viejo códice de la vitrina se me representaban en forma de símbolos imaginarios incitándome a desvelar sus enigmas: la cámara circular del pozo; el *Sepulcri*

Memoriae cerrado bajo llave, los cuerpos decapitados del cementerio, las monjas que habían intentado escapar del monasterio...¿Qué relación habría entre ellos?

En estas cavilaciones andaba perdido cuando unos gritos recios acompañados por unos fuertes aldabonazos resonaron contra la puerta principal del monasterio.

—¡Ah del monasterio! — clamó una voz familiar—. ¡Abridnos, que traemos un *accidentau*!

El tono grave de los ruegos demandando asistencia y las reticencias de la madre Beatriz advirtiendo a gritos a los recién llegados que aquel era un lugar de clausura, me empujaron a

acercarme a la entrada para ver qué sucedía.

Los dos hombres que gritaban resultaron ser los guías de Lucien de Charbonnières que, portando a su señor en brazos y sin sentido, trataban de introducirlo en el interior de las dependencias para ponerlo a resguardo del frío.

—¡¿Adónde lo llevan?! —chillaba la freila indignada— ¡¿Qué hacen tantos hombres aquí?! ¡Esta es una casa de recogimiento! ¡Virgen del verbo divino!

Yo me precipité sobre el grupo de recién llegados para ayudarles.

—¡Haga el favor de apartarse! —grité a la madre echándola a un lado sin remilgos

Sor Beatriz no dejaba de lamentarse por la intrusión nocturna y actuaba sin mostrar el menor interés por lo que pudiera haberle sucedido al francés.

—¿Hay aquí alguna monja con conocimientos de medicina? —le pregunté mientras depositábamos al barón en un camastro contiguo al mío.

—Sería mejor que lo llevaran a la partera de la ermita —replicó la freila— Ella tiene conocimientos de sanación y...

—¿Hay alguna monja enfermera aquí? —insistí mirándola con una intensidad que no admitía dilación ni excusas.

La madre pareció entender el

mensaje de mis ojos encendidos y se recompuso en todas las formas.

–Iré a buscarla –me indicó modulando la voz y bajando la cabeza.

Quitamos las botas de los pies de Lucien y le cubrimos con todas las mantas disponibles para hacerlo entrar en calor. Tenía la cara pálida y el brazo derecho totalmente hinchado y amoratado

–Pero ¿qué es lo que ha pasado? – pregunté a Lézat.

–Le picó una víbora dentro de la cueva –me dijo el pastor–. Cuando le subíamos con el torno se agarró a una grieta de las paredes de roca y metió la mano en un nudo de *serpens*. Un bicho le mordió en la mano. Le hemos puesto un

torniquete con flores machacadas de retama, pero no *pahice* que le contenga la infección.

—Lucien, amigo mío —le dije inclinándome sobre él.

El barón debió reconocerme y sonrió.

—Hiciste bien en no acompañarme —susurró apenas sin fuerza.

—No hables, te curaremos enseguida.

La hermana enfermera llegó, al poco rato, acompañada por Beatriz. Llevaba un balde con pomadas y engrudos de agrimonia³², así como algunos instrumentos de cirugía entre los que destacaban un bisturí, una pequeña sierra y una forcípula. Lo primero que

hicieron –aparte de echar a los dos guías fuera del convento– fue darle de beber un bálsamo. Concretamente medio cascarón de huevo relleno con una mezcla de vino tinto, canela y una pequeña gota de aceite de adormidera.

–Con esto quedará ajeno al dolor –dijo la hermana al tiempo que cortaba la ropa de la manga dejando al descubierto las carnaduras infectas de Lucien.

Al poco rato, practicó una fina incisión en el brazo con el bisturí y procedió a apretar sus dedos contra ambos costados de la herida ejerciendo una presión progresiva y continuada. Al hacerlo, dejaba unas señales blancas sobre la carne que tardaban tiempo en recuperar su tonalidad original. A

medida que apretaba con más fuerza, comenzaron a supurar humores y ponzoñas de un color azul negruzco que ella iba limpiando con la gasa. Fue en ese momento cuando me vi obligado a volver la cabeza para no marearme.

A la media hora, la hermana se limpió las manos y me entregó un balde vacío.

—Que orine aquí para que pueda ver los posos —me dijo—. Los humores del veneno han sido extraídos casi por completo; tendrá fiebre alta un par de días.

A continuación me entregó un pequeño frasco que contenía hojas de ruda trituradas mezcladas con vinagre.

—Cuando cante el gallo, mójele las

sienes y los conductos de la nariz con una gasa empapada en esta mezcla. Eso le hará volver en sí.

Las dos monjas se marcharon y ya no volvieron a aparecer en toda la noche. El resto de la madrugada permanecí solo, velando en silencio el reposo de mi buen amigo Lucien.

XII

*(Donde describo mi segundo
encuentro con Cordelia)*

7 de marzo

Cuando la primera luz de la amanecida iluminó el cielo, toqué la frente de Lucien y noté que la fiebre ya remitía y el buen color volvía a su rostro. El francés descansaba respirando con placidez, de modo que no le importuné y salí al exterior del monasterio con el primer frío de la mañana. En la plaza, la hermana cillera

y el guardabosque del distrito forestal (*un cazador de sarríos de Héas*) ya me aguardaban para acompañarme a inspeccionar los predios y las merindades de titularidad de la orden. Durante el camino, solicité permiso a mis dos acompañantes para llegarme hasta la ermita donde vivían Jal y su madre con la intención de devolverle los dibujos al muchacho. No tuve ocasión de hacerlo; esperé cuanto me fue posible, pero al ver que no venían, me marché confiado en que quizás a mi vuelta tendría mejor suerte.

Con alguna dificultad por estar aún la nieve helada, cruzamos las montañas por el Portillo y divisamos Bielsa desde lo alto del puerto. Aquel día solo

dedicaríamos media mañana para recorrer el valle de Pineta, donde tomé la siguiente nota en mi cuaderno de trabajo:

«De cara a las futuras subastas de estas tierras, hago constar que las lindes de la ribera del río son muy aptas para repartir en suertes, pues con ello, cada nuevo propietario tomaría cuidado de asegurar su parcela haciéndose gran prevención de cara a posibles crecidas del río, que constituyen un mal frecuente en estos valles».

A mediodía, la hermana cillera y el guardabosque se volvieron desandando el mismo camino del Portillo en dirección al monasterio y yo me dirigí a

Bielsa, donde las fiestas de carnaval alcanzaban su tercer día de celebraciones. Por el camino, y del modo más inesperado que cabría imaginarse —porque mis pensamientos estaban puestos en ella en todo momento— me topé con Cordelia. El corazón me dio un vuelco cuando vi su silueta recortarse tras los cáñamos de la ribera. Me quedé quieto, mirándola anonadado como quien mira las ascuas del fuego una noche de abrigo o las gamas del crepúsculo en un frío atardecer de otoño: elegante, natural, distinguida...; la hija de la tierra y de los ríos, la ninfa de los paisajes plasmados por los pinceles de Jal, la misma natura perfumada en su sentido

más puro y más simple estaba allí en forma de mujer. Ella sola se bastaba para imprimir vida a aquel paisaje dormido que el hielo invernal arropaba en un vestido de exquisita fragilidad. Andaba ajena a mi presencia con su rubia melena desparramada sobre una pelliza de piel de cordero, portando en su mano una cesta de mimbre llena de plantas silvestres y ricos panales de miel.

Me acerqué conteniendo el vapor de mi aliento, intentando por todos los medios controlar aquella turbación que me asaltaba siempre que la veía.

—¡Cordelia! —le grité levantando mi mano para saludarla.

Ella se volvió un tanto sorprendida

y al reconocermelo sonrió. Su sonrisa desató en mi interior una tormenta de esperanzas desbocadas.

—¿Dónde está Lucien? —me soltó apenas verme llegar.

Mi fuelle perdió fuerza (ni siquiera preguntó por mi fiebre).

—Está convaleciente en el monasterio —le expliqué.

—¿Por qué? —me preguntó dilatando mucho sus ojos grises

Yo le referí con detalle lo sucedido durante la noche, poniendo especial cuidado en explicarle que el francés ya estaba fuera de peligro.

—¿Y por qué lo has dejado solo? —me dijo con un lamento que en cierto modo sonó a reproche.

Esta segunda estocada sobre mi amor propio aún fue más dolorosa que la primera, pero a toda costa me rehíce.

—Tenía que inspeccionar las tierras del monasterio para catalogarlas —le dije con un punto de desaire— recuerda que, a diferencia de Lucien, yo estoy aquí por trabajo.

Cordelia me miró un largo rato sin decir nada. Sentí que notaba mi desánimo, que captaba mi frustración y que, pese a ello, se recreaba sustentándola sin hacer nada.

—¿Quieres ayudarme a recoger miel? —dijo sonriéndome de nuevo.

—Claro que sí.

Cordelia tomó el capacho y se agachó junto a un colmenar que ya daba

indicios de haber sido trabajado.

—Estos panales suelen cortarse a mitad del otoño, para los días de las ánimas —dijo la chica— Aquí, como el tiempo ha sido malo, se ha dejado la recolección de la miel para el invierno.

Al ver que dudaba en acercarme, Cordelia me llamó.

—¡Anda, no tengas miedo! —me gritó— Si no les da el sol, no salen a volar. Con la nieve se deslumbran, se atontan, y se caen al suelo. Entonces se quedan atrapadas en la nieve, muy quietecitas, hasta que mueren de frío.

Puesta en cuclillas vi cómo iba cogiendo las abejitas que caían del panal de miel sobre la capa helada. Lo hacía con extremada delicadeza y a cada

una de ellas les decía algún consejo.

«Tú te tendrías que quedar con tu mamá, que aún eres pequeñita para salir de fiesta» o «A ti ya es la segunda vez que te recojo, retraviesa», y luego, con toda la ternura del mundo, las introducía con sus deditos dentro del cilindro de mimbre y cerraba su entrada con la tapa.

Huele muy bien –dije acercándome al capacho.

–¿Quieres un poco? –me obsequió ofreciéndome un pedazo de panel cortado que rezumaba miel brillante y fresca por todas partes.

Yo me hubiese comido al panal y a ella a la vez.

Los dos comenzamos a caminar por un sendero que serpenteaba siguiendo la

vereda del río. De vez en cuando, un matojo estrechaba la trocha obligándome a tener que andar detrás de ella. Ni un solo movimiento de su cuerpo escapaba entonces a mi atención: su cintura estrecha, su tallo esbelto y grácil como el de una gacela, sus brazos largos y elegantes... Creo que nunca en mi vida presté tanta atención y memoricé tan pronto los nombres de las plantas como en ese paseo en el que Cordelia me inició acerca de las distintas especies botánicas.

—Mira —dijo deteniéndose delante de una planta adornada con bonitas flores blancas ligeramente acampanadas— es la rosa de Navidad. Si se echa pulverizada sobre las ascuas del

hogar, se podrán evocar a las divinidades espirituales de las personas queridas que se han ido.

No pude evitar sonreír al oírla decir aquello tan convencida, y aun cuando ella se dio cuenta de mi escepticismo, no pareció darse por vencida.

—Esta otra es la zatanea —continuó entreabriendo los labios con pícaro malicia—. Sus granos en infusión curan los ardores de la carne y calman la lujuria...

Me encantó el modo en que me dijo eso.

—¡Oh! —exclamó casi a continuación emocionada—. Aquí tenemos un maravilloso ramo de émulas.

–¿Para qué sirven éstas? –le pregunté

–¿De verdad quieres saberlo?

–Sí.

Cordelia se me acercó mucho, casi de un modo peligroso, y adquirió una inconsistente timidez.

–Deben recogerse en el solsticio de verano, justo al dar las doce de la noche. Después de secarlas y triturarlas, se les añadirá unas gotas de ámbar gris y se pondrá todo en una bolsita de seda verde. Esta bolsa se llevará prendida sobre el corazón durante nueve días.

–¿Y qué sucederá después?

–Si se ponen en contacto estos polvos con la piel de la persona que se ama sin que esta se aperciba de ello...

—¿Qué?...

—Pues... se despertará en ella un amor irresistible hacia la persona que se los haya puesto.

La miré a los ojos en silencio.

—... ¿Cuánto me pedirías por uno de esos sacos?

Ella se puso a reír como una loca y por primera vez sentí que me tentaba, que jugaba a provocarme, que me probaba como hombre...

— ¡Vamos! —dijo tirando de mi manga con fuerza— Aún tenemos tiempo suficiente para enseñarte dónde nacen las flores de nieve.

La seguí por aquel mundo salvaje en el que ella era la única dueña y, sin darme cuenta, yo mismo noté que parte

de ese paisaje me reconocía y me alentaba a tomarlo con las manos abiertas. Vimos las doce cascadas de Liris desprenderse entre mares de musgo verde y, más adelante, rebaños de sarríos escalando las cortadas de Izans bajo los haces de sol. Tras un esfuerzo considerable, alcanzamos una cima abierta al valle, en cuya cúspide se hallaba un extraño edificio. Era una especie de pérgola de piedra formada por cuatro columnas abiertas al cielo y cubiertas por una cúpula. Desde allí, la vista se prodigaba hacia un horizonte inabarcable de elevaciones espantosas, cada una revestida de una costra de nieves eternas.

—¿Qué es este lugar? —le pregunté.

—Es un *esconjuradero* —dijo protegiéndose con su pelliza del frío—. El cura del pueblo lo utiliza para espantar las tormentas cuando vienen a destiempo.

—¿Y cómo demonios las espanta?

—Pues recitándoles conjuros en voz alta desde este lugar.

—¿Le habla a las tormentas para que se marchen?

—Claro —afirmó la muchacha casi indignada de que no lo supiera.

Los dos permanecemos un largo rato recreándonos en las maravillas de aquellas vistas. Pese a que la mañana era muy clara, de vez en cuando un banco de niebla se desgajaba de las cumbres del Monte Perdido

precipitándose valle abajo como un iceberg desprendido de su casquete polar. Los sonidos de las esquilas del ganado que pastaba en los prados bajos llegaban hasta nosotros bucólicos, eternos, con esa carencia de ruidos arrítmicos que parecen arrullar al aire que los transmite y los oídos que los escuchan. Y en la blancura de las montañas iluminadas se fueron adormeciendo nuestras miradas, como si el cansancio de nuestros corazones hubiera encontrado en el paisaje la excusa de una complicidad muda.

Llegó un momento en que Cordelia se quedó mirando hacia un punto perdido en el horizonte y toda su figura adquirió la rigidez del cristal de hielo.

–Mira, es la Doncella Negra – me susurró.

Volví mi vista hacia ese lugar y vi cómo los rayos de sol, atravesando el campo de nubes que cubrían el valle, perfilaban otra vez la imagen del torso labrado en el tozal de roca. Durante un instante supremo las montañas del circo enmudecieron de pura envidia mientras los rayos teñían de oro y negro las paredes del farallón. Cordelia se estremeció; un sutil temblor agitó su cuerpo.

–Nunca me marcharé de aquí –dijo sin volverse.

Yo me aproximé con cautela y la abracé por detrás haciendo que su espalda y su nuca descansaran

suavemente contra mi pecho. Ella ni se movió.

Cuando el último rayo de luz se extinguió ahogado por la nube, el efecto óptico se desvaneció borrando la imagen de la mujer esculpida en el monolito.

Entonces Cordelia se dio la vuelta y me besó.

XIII

(Donde refiero lo sucedido en el monasterio durante mi ausencia)

Lucien se despertó a media mañana y pidió agua. Gritó dos o tres veces con fuerza, como si se encontrara en una taberna del puerto o en un prostíbulo, hasta que cayó en la cuenta de que no sabía dónde se hallaba. Contempló la austera celda que le rodeaba y trató de recordar cómo diablos había ido a parar allí y por qué le dolía tanto el brazo. Intentó reincorporarse del camastro pero se sentía tan débil que antes de caerse al

suelo decidió volver a acostarse.

—¡Agua, maldita sea! —gritó otra vez en francés con la boca seca. Y acto seguido, se refugió en el jergón ovillando su cuerpo bajo las mantas para protegerse del frío.

—¡Vaya!, parece que ya se ha despertado —resonó a la sazón una voz femenina desde la puerta.

Lucien abrió los ojos por debajo de las sábanas que le cubrían la cabeza y pensó quién podía estar allí fuera. ¿Cordelia? ¿El ama de llaves de don Joaquín?... Descubriéndose con un gesto impetuoso la cara, se dio la vuelta y miró hacia la entrada. Allí vio a la madre Beatriz apoyada contra la jamba de la puerta, con los brazos cruzados y

la cabeza ligeramente ladeada hacia un lado, mirándole con total atrevimiento.

—¿Dónde estoy? —preguntó Lucien si perder detalle de la monja.

Beatriz portaba en su mano un extraño libro y un pequeño cesto con un sahumerio dentro (un sahumerio idéntico al que había intentado introducir en mi habitación durante mi primera noche).

—Está usted en el monasterio —le respondió la freila hablándole despaciosamente—. Sus dos ayudantes le trajeron anoche medio muerto. Le picó una víbora cuando le subían de la cueva de los Osos... yo... le he cuidado lo mejor que he podido.

—¿Dónde está Fernando? —preguntó el francés palpándose el vendaje con la

mano.

—Marchó a primera hora de la mañana para inspeccionar las tierras que piensa quitarnos.

—Fernando no va a quitarles nada —replicó el francés defendiéndome—. Él solo hace su trabajo. Ahora, si quiere hacer el favor, tráigame un poco de agua, la garganta me quema de sed.

—No debe beber aún —sonrió despacio la madre abandonando el costado de la jamba para avanzar sigilosa hacia su lecho.

La freila se sentó junto al francés haciendo que el colchón se hundiera bajo el peso de sus muslos; a continuación extrajo del interior de su cesto el sahumerio y lo depositó con

sumo cuidado sobre una mesilla contigua al camastro.

—Me han dicho que le gusta a usted explorar las grutas —comentó mientras introducía en el sahumerio unos polvos medicinales.

—Se llama espeleología —puntualizó Lucien reticente por la proximidad de la religiosa.

—¡Ah! espeleología, qué interesante...

Beatriz tomó la vela y encendió el sahumerio propiciando al instante que un hilillo de humo brotara de su interior.

—¿Para qué es eso? —preguntó el francés sorprendido—. Huele de un modo extraño.

—Es belladona —dijo la madre

invitándole a recostarse sobre la almohada— tiene una facultad muy especial ¿sabes?

—¿De veras? —musitó Lucien incomodado por la cercanía con que le hablaba la religiosa.

—Tiene infinidad de aplicaciones, y entre ellas la virtud de... (Aquí la freila sonrió con malicia) hacer que las cosas no se vean como son en realidad, sino más bien... como uno desea que sean...

En pocos segundos, el humo de belladona anegó la estancia. Beatriz untó en sus dedos una pomada elaborada con la misma mixtura de las hierbas y con exquisita delicadeza empezó a frotar con las yemas de sus índices las sienas del francés.

–Esto calmará tu dolor –le instruyó.

Lucien la miró un tanto perplejo; desconocía que para una picadura de víbora fueran necesarias semejantes atenciones. Mientras los largos dedos de la freila le masajeban las sienes haciendo que la mixtura penetrara con lentitud en su piel, la observó con detenimiento: Beatriz era una mujer de unos cincuenta años, con la cara muy redonda y blanca. Tenía la parte inferior de los párpados cubiertos de pecas muy juntas. El iris de sus ojos estaba muy dilatado y mostraban un azul profundo, casi inquisitivo, en cierto modo muy hermoso. La cabeza, fusiforme, con la mandíbula y los pómulos proyectados hacia delante, tenía esa anatomía

repulsiva a la vez que atrayente que muestran las serpientes. Lucien cerró los parpados. Por algún motivo absurdo, había llegado a imaginar que aquella tosca monja de rostro demudado podría antojarse incluso atractiva. Con los ojos aún sellados, prestó atención a la voz que le hablaba, que le masajeaba; era muy dulce, y le envolvía con una carencia metódica y estimulante.

Cuando volvió a abrirlos a los pocos segundos, se apercibió que la mujer desprendía feminidad con la misma generosidad con la que el sahumero alentaba su fumarada.

El humo de belladona siguió brotando del ahumador envolviendo el aire hasta desnaturalizarlo. El muchacho

quiso hablar para volver a pedir agua, pero fue incapaz de hacerlo; pese a que lo intentaba, su voz no le respondía. Sus manos empezaron a temblar levemente. Una extraña lluvia de oro parecía impregnar su campo de visión...

–Eres un hombre muy guapo –siseó la monja como un reptil. Entonces se llevó la mano hasta el escapulario y se descubrió la cabeza haciendo que una cascada de cabello recogido se desanudara desparramándose sobre su hombro. En verdad, el pelo de Beatriz era muy hermoso; lacio y negro como el azabache.

–Has tenido mucha fiebre – prosiguió la freila sujetando una de las manos del joven para, con sumo

cuidado, conducirla hasta su seno—. Llevas tiempo sin descansar, sin tomar para ti ningún placer que compense el duro trabajo que comporta tu afición. ¿Puedo llamarlo así? ¿Afición?

—Lucien asintió con la cabeza, estaba drogado.

—¿Acaso piensas que ignoro lo mucho que te agradecería que alguien compartiera contigo esa misma afición? ¿Alguien que sintiera por ese extraño impulso que te empuja a inspeccionar las profundidades de la tierra la misma fascinación que tú? ¡Tienes tantas ganas de compartir! ¡De no estar solo y hasta incomprendido en tu empeño!... yo... te conozco mucho mejor de lo que tú crees, sé lo que anhelas. Pese a tu juventud, has

viajado por medio mundo reuniendo experiencias que solo viven en ti, porque aun cuando trataras de explicarlas, perderían frescura fuera de su contexto, como la pierde la fruta al poco de ser arrancada del árbol que la maduró. Eres un hombre valiente que pide paz y descanso después de la batalla...

El joven volvió a asentir con profusión.

La madre Beatriz de San Juan reincorporó a Lucien sobre su regazo liberando un pecho del interior de su hábito para que el francés lo sintiera en su mano. Un hilillo de baba senil se deslizaba por la comisura de los labios del barón, que seguía inhalando los

vapores sin poder hablar.

–Te he traído un regalo que te va a encantar –continuó la monja acercándole el libro–. Me gustaría darte lo que tanto deseas ahora, lo que adivino en tus ojos fijos y alienados; ellos me dicen que te gustaría sentir en las palmas de tus manos la suave turgencia de mis muslos endurecidos por el trabajo, o la suavidad de mis pechos blancos y calientes junto a la piel de tus labios... Notar la fruición del deseo, los palpitos de la lujuria enardecida a través de tu torrente sanguíneo... saciar tu virilidad con el ritual del amor para convertir el frío de esta desapacible mañana de invierno en sudor candoroso...

La freila acariciaba con cuidado el

rubio cabello del joven mientras le hablaba con esta tesitura muy cerca del oído.

—Mi niño —le susurraba con dulzura—. Yo soy una sierva del señor y no puedo entregarme a ti, pese a que sé que lo deseas. Es más, sé que lo anhelas y que tu predisposición hacia mí sería plena y completa. Pero para calmar los ardores de tu insatisfacción te he traído algo que te agradará, algo que te compensará... quizás incluso más que yo.

Beatriz tomó el opúsculo y lo abrió por la primera página mostrándoselo al francés.

—Hete aquí un libro que todos codician, una historia sobre una cueva

que es mucho más que una simple gruta. Este es el *Sepulcri Memoriae*, el libro donde se cuenta el misterio de la caverna más prodigiosa que jamás puedas imaginarte. Su entrada está muy cerca de aquí, en este monasterio, en la antigua cocina que permanece cerrada bajo llave. Los primeros hombres en llegar aquí fueron los pioneros en ollar sus profundidades y narrar sus prodigios. Compártelo conmigo ahora, endulza tu curiosidad con sus páginas y sáciate de todo aquello que te mueve y te estimula...

Lucien bajó su cabeza sobre las páginas y con los dedos temblorosos acarició sus cuartillas apergaminadas.

—Su lectura requiere tranquilidad y

paciencia –le previno la monja–. Tu convalecencia ayudará a que le dediques el tiempo y la atención que precisa. Hará que tu estancia aquí sea provechosa... muy provechosa... Beatriz sonrió mientras se alejaba de la habitación dejando al muchacho absorto en la humareda de la lectura. Al llegar a la puerta, se paró y se sacó de la nariz dos pedazos de tela humedecidas con hierbas dispuestas a modo de filtro. Después miró al joven una última vez:

–Deja que sea el agua del pozo la que sacie la sed que abrasa tu garganta...

XIV

(Donde narro mi última noche con Cordelia y el precipitado viaje de regreso al monasterio)

Comí en la casa de Don Joaquín Castán, quien pareció interesarse sobremanera por las características de la cámara circular donde se encontraba el pozo, así como del viejo opúsculo encerrado en la vitrina de la alacena. Mientras duró la comida, no dejó de acribillarme con toda suerte de preguntas y de sugerencias relacionados con ambos asuntos, insistiéndome –debo

decir que casi de un modo embarazoso— en la conveniencia de que, a mi regreso al monasterio, buscara la forma de encontrar algún vínculo que los relacionase con las muertes por decapitación, ya que, según el procurador, el libro, el pozo y las mutilaciones tenían que tener un hilo común.

Debo matizar que encontré a Don Joaquín un poco cambiado respecto a la comida anterior. Se le veía más ausente, sumido en oscuras cavilaciones, como si parte de sus pensamientos no estuvieran puestos en la tertulia, sino tras los cristales de aquel mar de cordilleras heladas que nos rodeaba. Era como si una inmensa comunión entre su voluntad

y esa tierra ancestral tomara cuerpo entre ráfaga y ráfaga de aire generando un segundo diálogo invisible y tácito que escapaba a mi entendimiento.

Parte de aquel entusiasmo inicial con el que me había agasajado a mi llegada se había desvanecido, y eran el formalismo y la cortesía de rigor los que ahora gobernaban las maneras de la mesa. Incluso su familiaridad con Cordelia —que a la víspera se me antojara de tan mal gusto— parecía tocada por el desencuentro, y apenas reparé en que le dispensara una sola atención. Sería su persistencia en esta actitud la que me indujo a pensar que mi buena sintonía con Cordelia era, quizás, el motivo verdadero de su frialdad. No

en vano, nos había visto llegar juntos y agarrados de la mano y eso no debía de encajar en sus previsiones ni en sus perspectivas de futuro.

Tal vez la joven representara en su subconsciente atávico un referente de ese mundo singular en el que él se había erigido como custodio. Un mundo que debía preservar de cualquier injerencia exterior que supusiera una amenaza de cambio o de transformación. Era evidente que don Joaquín temía lo que más amaba: ese carácter montañés de amor por la libertad y la independencia, rayano a la insumisión y a la rebeldía. Una intrepidez serena ante el peligro e indómita ante la imposición. Don Joaquín sabía que si Cordelia decidía un

día abandonarle no podría retenerla, pues hacerlo supondría ir contra esas mismas convicciones eugenésicas que fundamentaban y daban sentido a su mundo idealizado. Quizás entraba en sus planes desposarla con alguno de esos míticos cazadores de sarríos o guías de desfiladeros que tan peligrosamente excitaban su imaginación, buscando perpetuar la pureza de una raza que aún mantenía sus rasgos identitarios incorruptos. Don Joaquín me había alentado a prestar atención a determinados rasgos étnicos que, según él, solo tenían lugar aquí. Me hizo notar el color de los ojos de sus pobladores: profundos y añiles como los ibones helados de sus montañas en los niños,

acuosos, casi transparentes en los ancianos. Me hablaba también de las maneras del carácter y del corazón montaraz de estas gentes, haciéndome ver que mientras en las tierras bajas las personas saludaban bajando la cabeza con sumisión, aquí la levantaban con desparpajo y franqueza... y mientras me contaba todo esto, notaba que un miedo ancestral, todavía sin forma concreta, amenazaba las fronteras de aquel mundo tan frágil en su aislamiento. Un mundo que sustentaba su espíritu y dotaba de sentido a su razón de ser. Sin duda, don Joaquín comenzaba a intuir que mi llegada al valle podía suponer una amenaza real para sus intereses. Que yo era el primer eslabón de una cadena de

acontecimientos que acabarían por transformar su reinado.

Por la tarde, los festejos del carnaval se reanudaron, y nuevas criaturas del folclore belsetano hicieron su aparición por las calles del pueblo. Las mozas, que embellecidas sobremanera por la riqueza de sus vestidos tomaban el nombre de *Madammes*, simbolizaban todo lo bueno y lo puro del valle en contraposición al rol desempeñado por lo masculino, claramente representado por los temibles *Trangas*. De esta diferenciación secular se desprendía la idea de matriarcado que durante siglos había regido el rol en estas comarcas, confiriendo a la mujer un papel

predominante en la sociedad montañesa³³.

También vi a una criatura que representaba a un hombre joven montado sobre los lomos de una anciana encorvada. Esta representación cruel simbolizaba la regeneración de la vida que no se detiene; lo nuevo empujando a lo viejo; la primavera, fecunda y creativa, desterrando al invierno estéril que ya se va. Todo el carnaval de Bielsa era un canto a la vida, un convite a vivir y a disfrutar las mieles de ese presente de juventud que tan poco ha de durarnos...

Corrí con Cordelia cogido de su mano y los dos nos perdimos por el bullicio festivo de las calles. Al salir

del opresivo ambiente que se respiraba en la casona de Don Joaquín, tuve la sensación de haber abandonado un ataúd abierto con su cadáver de cuerpo presente dentro. Cordelia se apresuró a presentarme a otros jóvenes del lugar, y juntos corrimos de bodega en bodega, de baile en baile, tomando toda suerte de licores y de torta, riendo con alboroto entre el bullicio... Llevados por un frenesí que nos desbordaba, bebimos y sudamos; y luego, entre las breves pausas de intimidad que nos concedía el carrusel de emociones, nos mirábamos a los ojos embelesados y nos besábamos con la ternura de los enamorados sin importarnos quién pudiera vernos. Cordelia estaba deslumbrante y radiaba

como un foco de atención allá donde iba. Llevaba unas medias de seda preciosas que Don Joaquín le había traído de uno de sus viajes a Francia. Yo no había visto nada tan hermoso ni en Zaragoza ni en Madrid. Aquella prenda venida del norte estilizaba aún más sus larguísimas piernas torneadas dotándolas de una elegancia y un erotismo extremo. Cada vez que su saya volteaba impulsada por un paso de las danzas, la tentación se asomaba invitando a quienes la observaban a sufrir, a babear o a conquistar según la naturaleza de cada cual. Nunca antes me sentí tan envidiado como en esa ocasión.

Algunos mozos nos rodearon con instrumentos musicales y fanfarrias para

homenajearnos con sus coplas:

*«Toda la noche he pasado
Pisando la nieve fría*

*Solo para venir a verte
Cordelia de mi vida...».*

El tiempo pasó volando (suele suceder siempre que deseamos que sea al revés) y tomando a Cordelia de la mano, la arrastré lejos de la plaza para pasar a solas con ella los últimos instantes de mi estancia. Luchando por abrirnos paso en medio del bestiario de criaturas danzantes que atestaban la plaza, pasamos bajo el espantajo de *Cornelio* —que colgado de lo alto del ayuntamiento seguía presidiendo los festejos como un convidado de piedra— y conseguimos alejarnos del centro bajo la atenta mirada de don Joaquín, al que sin exponerse, nada parecía escapársele.

—Cordelia —le dije acorralándola

con ambos brazos contra una esquina—
Escucha, yo... he de volver al
monasterio.

—¿Esta noche? —dijo sorprendida.

—Sí.

—¿Estás loco? ¿Piensas pasar el
portillo de noche y solo? ¡Vas a helarte
de frío o a perderte!

—No quiero quedarme en casa de
Don Joaquín —le expliqué—. Además,
debo interesarme por Lucien, no he
sabido nada de él desde anoche.

—¿Y por qué no te marchas mañana?
No creo que vaya a sucederle nada malo
en ese tiempo.

—Ya he pasado el portillo dos veces
—traté de tranquilizarla—. Hay una trocha
abierta sobre la nieve, solo tengo que

abrigarme bien y seguirla. Pasado mañana puedo estar aquí de regreso.

A Cordelia no le gustó demasiado mi idea.

—Pero yo no quiero que te marches —me siseó con dulzura entrelazando sus muñecas alrededor de mi nuca.

Nos besamos con calidez. Mis manos tomaron su cintura y, desde aquí, descendieron por debajo de su saya hasta sentir la pecadora suavidad de la seda que revestía sus jóvenes muslos. Sentí sus nalgas tersas amaneciendo a ambos extremos de las calzas que las ceñían. Ella se dejaba llevar ladeando su rubia melena hacia un lado para mostrarme sus hombros desnudos y su cuello de cisne se insinuaba sin pedirlo

para atraer sobre él los mordiscos de mis labios. La abracé con virilidad. Cordelia manejaba a la perfección el arte de la seducción. Su temperamento – felino o candoroso según requiriera la ocasión– se alternaba con sutileza obligándome a tener que recapitular para no perder la cabeza.

–No puedo quedarme –le repetí.

–Claro que puedes –insistió rozando mi oreja con su dulce voz–. Solo has de quererlo...

Era evidente que ya casi me tenía.

–Espera aquí –le dije cuando por fin me decidí a complacerla–. Le diré a don Joaquín que pasaré la noche en su casa; luego volveré a buscarte. Podemos tener la noche entera para nosotros.

A Cordelia se le iluminó el rostro.

—¿Es necesario que tengas que pedírselo? Tú eres su huésped aquí; no tienes por qué tener tantos miramientos; puedes hacer lo que quieras.

—Aun así, prefiero hacerlo.

—Entonces hazlo enseguida.

Tomé su mano y nos pusimos en camino hacia la plaza. El bullicio y la algarada iban en aumento a medida que el cielo se oscurecía y las gentes de los pueblos vecinos se sumaban a la fiesta.

—Escúchame, Cordelia —le confesé mientras subíamos la cuesta de la calle—. Hay tres cosas que deseo preguntarte.

—¿Sólo tres?

—Te hablo en serio, mujer!

—Perdona —se disculpó sin poder

aplacar del todo su sonrisa— Dime, por favor, ¿Cuáles son esas tres cosas?

—Bueno —vacilé—, lo primero que me gustaría saber es qué papel juega don Joaquín en tu vida.

La chica se sorprendió al oír mi pregunta y se detuvo en seco. Me miró directamente a los ojos tratando de intuir qué motivos se escondían detrás de mi pregunta.

—Verás —añadí enseguida— He notado que él te trata con mucha familiaridad, esas medias que te ha traído de Francia... por ejemplo.

—Joaquín es un padre para mí —trató de explicarme ella extrañada por mi desconfianza, o tal vez por el egoísmo implícito que mi pregunta escondía— Él

se hizo cargo de mí cuando tan solo era una niña y me educó como tal. No tengo para él más que agradecimiento y consideración. Y si alguna vez me he sentido mimada por sus maneras o por sus atenciones, ha sido siempre con la certeza de que era el corazón quien le guiaba y no sus bajos instintos.

—No te enfades —dije como si de pronto me avergonzara de mi pregunta.

—No lo estoy —sonrió recuperando la afabilidad—. En el fondo, a todas las mujeres nos gusta veros un punto celosos. Ahora dime... ¿Cuál es la segunda pregunta?

Justo en ese momento divisé la figura de don Joaquín bajo las arcadas del porche del ayuntamiento. Su tez

estaba seria, huraña, daba la impresión de que aquel afán por la fiesta de antaño hubiese perdido parte de su significado.

—Espérame aquí —dije a Cordelia—
vuelvo enseguida.

—¿Y las otras preguntas?

—Cuando regrese te las diré.

A medida que me acercaba al porche del ayuntamiento, sentí cómo la mirada contrariada y fría del procurador se posaba sobre mí desde la distancia. Notaba que estaba enfadado al modo que se enfadan los caballeros: sin aspavientos, sin externalizaciones; solo con ese resentimiento contenido que habla a través de la expresión y que dice más que cualquier otro gesto o palabra.

—Estábamos buscándole —me dijo

apenas acercarme con un tono de falsa connivencia—. No es aconsejable que dilate su estancia aquí por más tiempo. La nieve del paso ya ha comenzado a helarse. Le aconsejo que parta de inmediato hacia el monasterio. Me he permitido hacer que le preparen el caballo para no retrasar más su partida.

Comprendí que sería absurdo pedirle que me dejara pasar la noche en su casa cuando era él mismo quien me invitaba a abandonarla.

—Precisamente venía a por mis cosas —dije en un desquite de orgullo.

Don Joaquín me apuñalaba con su falsa cortesía ocultándome los verdaderos motivos de su cambio de actitud al tiempo que me lastraba con un

poso de duda.

–Dele recuerdos al señor barón de mi parte –me despidió sin tenderme la mano.

Yo, por mi parte, le retiré la mía.

–Se los daré...

Me marché contrariado. Yo no era un vulgar maestro de pueblo que dependía de las invitaciones que le ofrecían las casas principales del pueblo para poder comer. Era un delegado del gobierno y estaba dispuesto a demostrárselo aunque para ello tuviera que atravesar la cordillera solo y de noche. Cuando todo terminara, estaba resuelto a mover la correspondencia necesaria para denunciar su falta de colaboración y

poner en entredicho su hospitalidad. Yo era el brazo del ministerio y por tanto la representación del gobierno de la nación aquí.

Poco después volvía hacia donde se encontraba Cordelia con las riendas del caballo sujeto a mi mano y la ropa de abrigo calada en mi cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó azorada al verme dispuesto a partir.

—Nada —dije yo— Lo mejor es que me marche ahora.

Ella intuyó que había sucedido algo con don Joaquín pero no se atrevió a preguntar. Quizás porque ahora era yo el que estaba tenso y contrariado tomó el camino de la prudencia para aligerar el peso de mi aflicción.

–Te acompañaré hasta la salida del pueblo –dijo tomándome del brazo.

–No es necesario que lo hagas, hace mucho frío.

–No me importa. Yo estoy más acostumbrada al frío que tú. Además, así podrás hacerme las dos preguntas que aún te quedan.



Tomamos la senda del puente. El pueblo, la música y el calor de la fiesta fueron quedando a nuestra espalda atenuados por el rumor del río, pero yo sabía bien que no sentiría el destierro definitivo hasta el momento en que fuera ella la que se quedara atrás.

—Cordelia —le pregunté— ¿Tú conoces a Jal?

La muchacha asintió.

Te he traído un regalo, pero aún no puedo dártelo.

—¿Un regalo? ¿De qué se trata?

—Es algo que pese a llevar encima todo el día aún no es mío. No estaría bien que te lo diera sin su permiso.

—¿Es uno de sus dibujos?

Abrí mi macuto y extraje la acuarela en la que aparecía el retrato de su rostro.

—Oh! —exclamó emocionada al verse—. ¿Cómo habrá podido dibujarlo sin estar yo delante?

Me quedé pensativo mirándola.

—Es muy fácil —le expliqué—

Aunque yo no sé dibujar, te veo siempre con tan solo cerrar los ojos.

A ella le gustó lo que dije. Poniéndose de puntillas me besó la mejilla.

—Esperaré a que sea tuyo para aceptarlo.

—Lo será muy pronto. Te lo aseguro.

—Antes de irte debes hacerme la tercera pregunta. Y por lo que intuyo, creo que es para ti la más importante.

Dudé, pero no estaba dispuesto a separarme de ella otra vez sin conocer la verdad de lo sucedido en la alcoba.

—Cordelia —comencé a sincerarme—. Dime, ¿entraste tú en mi cámara la noche en que tuve las fiebres?

Ella me miró fijamente y en medio

de la noche helada sus ojos centellearon como dos luceros del firmamento.

–Sí, entré.

–¿Hicimos el amor?...

–Cordelia posó sus dos manos en mis mejillas. Estaban frías como las de un ángel, pero aun así trasmitían paz y tranquilidad.

–Eso solo lo sabrás en el momento en que debas saberlo –susurró.

–Pero es que...

–Sssshhhh –dijo entonces llevándose el índice hasta el extremo de su nariz para invitarme a callar–. Ahora eso no es lo más importante. Deja sencillamente que todo suceda a su debido tiempo.

–Pero...

—Deja que suceda —insistió tapándome la boca con la palma de su mano— La respuesta que buscas la encontrarás a su debido tiempo dentro de ti. Debes confiar en mí.

—Está bien —me rendí sin entender del todo su extraña reticencia a contarme lo sucedido. Estaba tan enamorado de ella que, aun sin entenderla, deseaba acatar su voluntad.

—Ahora toma tu parca de lana y abrígate bien con ella... te protegerá en los momentos de mayor frío.

Noté que al decirme aquello intentaba transmitirme algo entre líneas, quizás un doble significado sutil que no acerté a descifrar.

—Volveré en cuanto me sea posible.

–Sé que lo harás.

Nos abrazamos y nos besamos.

Luego, con un vacío y un dolor en el alma tremendos, le di la espalda y me alejé hacia el Camino de los Solteros en dirección al *Portillo de Montinier*.

XV

(Sepulcri Memoriae, 1-1)

Lucien abrió el libro por la primera página y encontró un documento plegado en la contrasolapa de la cubierta. Parecía un plano antiquísimo y deteriorado que se apresuró a desplegar sobre la mesa para poder estudiarlo en su conjunto.

El croquis que se abrió ante sus ojos era un boceto del monasterio y de toda la estructura subterránea que discurría bajo él. La proporción entre las partes superficiales y las que

quedaban enterradas bajo tierra era espantosamente desproporcionada a favor de las segundas. Los corrales, las dependencias y el campanario apenas eran visibles sin una lupa. Sin embargo, bajo ellos, como si de un inmenso pan de raíz se tratara, se extendía una maraña de cavernas que penetraban hondamente en la tierra bifurcándose como los capilares de un sistema sanguíneo.

Por el centro de dicha maraña, un cilindro geométrico perfecto, que sin duda representaba el pozo de los ilergetes, conectaba el monasterio con las cavidades subterráneas más profundas que aparecían referenciadas en blanco y con la siguiente inscripción:

«Lugares donde no se ha llegado»

Lucien tomó sus anteojos –que solo utilizaba para leer– y una botella de Chardonnay del interior de su macuto, y se instaló para analizar el documento con calma. El plano, según refería una leyenda apenas legible, había sido elaborado por un *Prefactum Fabrum*, un ingeniero militar de minas romano a principios del siglo iii después de Cristo, cuando la séptima legión se instaló en estas tierras para explotar los yacimientos de plata y metal. Daba la impresión que el orificio del pozo era el conducto principal de la estructura subterránea en torno a la cual se articulaba todo el complejo entramado de ramificaciones y pasadizos.

El barón tomó un sorbo de la botella de vino y acercó el mapa a sus lentes para apreciar los detalles más pequeños.

La sección del pozo aparecía dividida en una sucesión de trazos simétricos que, partiendo de izquierda a derecha del mapa, lo compartimentaban en segmentos superpuestos. En cada uno de estos segmentos, escritos con una tinta muy deteriorada, se apreciaba una suerte de signos indescifrables que parecían ecuaciones algebraicas.

El barón tomó su cuaderno y anotó las formulaciones en un papel para tratar de resolverlas. Cada vez que pasaba de un segmento superior a otro inferior, las ecuaciones inscritas sobre el cilindro

incorporaban símbolos de naturaleza nueva e incomprensible aumentando su extensión y su complejidad. Era como si aquel conjunto de signos indescifrables constituyeran una suerte de catálisis demoniaca que se desarrollaba a medida que el sistema subterráneo descendía.

El francés se apretó la comisura de las gafas con los dedos y tomó otro sorbo de vino. Tras un breve descanso, apartó el mapa de la mesa y centró su atención en el libro que lo acompañaba. El manuscrito estaba escrito en una primera fase en latín, después en castellano antiguo y en su última parte en castellano actual. Esta particularidad daba a entender que sus anotaciones se habían sucedido a lo largo de un largo

periodo de tiempo, pues las letras y el grado de conservación de las mismas variaban en función de sus fechas de inscripción. El *Sepulcri Memoriae* parecía ser una especie de diario en el que los sucesivos gestores del pozo habían ido anotando una serie de sucesos acaecidos en el devenir del tiempo.

Un poema abría la escritura a modo de presentación. Su texto estaba en pésimo estado, pero Lucien fue capaz de traducirlo del siguiente modo:

«*Estepas desiertas del alma*»

*Parajes desencajados
Yerra, yerra, desgraciado.
Ya los hijos, que bajaron,*

*Cuanto les hubieseis dado
que ya no son nada;
Ni hijos, ni amados.*

Protegedlos de la cueva

*Porque quiere sentenciarlos
El pozo negro es algo triste sin
igual»*

Tras este poema estremecedor, el opúsculo arrancaba con una advertencia escrita por los ingenieros romanos que habían trabajado en la mina veinte siglos atrás. En ella se hacía mención a una sucesión de extraños episodios de naturaleza sobrenatural que habían comportado la muerte de varios esclavos y que, con el paso de los años, propiciaron el abandono y cierre definitivo de la mina. Estos hechos no estaban especificados de manera clara, pero giraban en torno a la construcción de un inmenso pozo de ventilación que se había horadado aprovechando una

antigua gruta ilergete.

Aquí las transcripciones del diario romano se perdían, siendo sustituidas por otras nuevas que coincidían con la llegada –casi cinco siglos después– de los primeros frailes Benedictinos a los Oscuros.

La inmensa relación de sucesos compilada por los monjes se estructuraba de un modo más metódico y más claro de lo que lo habían hecho sus antecesores romanos, explicando cada episodio sobrenatural de un modo detallado y otorgándole una categoría que recibía el nombre de Descenso.

Lucien se concentró en el primer episodio de esa etapa y comenzó a leer...

Primer descenso (el sol y la luna sobre piscis, año bisiesto de 1141).

Escrito por el abad Anselmo de Benabente

«Fue al poco de terminar la construcción del monasterio en torno al pozo de los ilergetes cuando una pertinaz sequía asoló la campiña convirtiendo los campos y los pastos en yermos. Jamás se tuvo con anterioridad noticia de un episodio tan dilatado en el tiempo. El ganado moría al no poder abrevarse en los arroyos, y los frutos de los arboles caían al suelo antes de madurar. La tierra entera estaba enferma y agonizaba a la espera de lluvia.

Cuando llegó el invierno, un hedor nauseabundo empezó a brotar por el

pozo de la cocina –donde obteníamos nuestro suministro de agua– y comenzó a extenderse por todas las dependencias. Casi al mismo tiempo, algunos de los hermanos empezaron a caer enfermos sin ningún motivo aparente. Sus síntomas eran siempre de fiebre alta acompañada por vómitos negros. La virulencia de los episodios alcanzó tal grado de intensidad que nos vimos obligados a descender por la antigua mina romana que conducía a su venero con la intención de descubrir la causa del hedor. Yo, y otros dos hermanos, nos armamos con sendas antorchas y nos introdujimos en la mina de la cocina. No llegamos a alcanzar su fondo por que el recorrido parecía no tener fin, pero aun

con todo vimos que una cantidad ingente de reptiles y galápagos habían anegado los corredores y los cursos de agua buscando la humedad que precisaban para no morir. La monstruosa sequía, había ido aglutinando alrededor del pozo, y luego dentro de él, a todas las criaturas corrompidas existentes en un radio de varios estadios alrededor del monasterio. Cientos, miles de alimañas, muchas de ellas muertas sobre los cursos subterráneos, se descomponían liberando en el agua la inmundicia de sus cuerpos corrompidos.

Después de esto decidimos dejar de beber de la antigua cocina donde se hallaba el pozo para evitar que nadie pudiera caer enfermo y procedimos a

racionar el agua pura que aún nos quedaba y que traíamos tras largas caminatas de una fuente lejana. La situación pareció normalizarse hasta que tuvo lugar el primer “Descenso” que refiero a continuación:

«No a mucho de que el agua del pozo se pudriese, y hallándose la hermandad en pleno racionamiento de liquido, un monje enfermo de sífilis cometió la imprudencia de beber agua del fondo del manantial con el objeto de calmar las fiebres que le atenazaban.

Beato de Rica era su nombre y los placeres de la carne su perdición. Cierta noche, consumido por las calenturas delirantes que la fiebre le originaba y a sabiendas de que el agua potable se

encontraba racionada, acudió al antiguo pozo de la cocina para refrescarse a su gusto. No le fue difícil llegar hasta la allí, pues por aquel entonces, la dependencia todavía no se hallaba precintada. Tras voltear incansable la polea, subió un cubo cargado de agua hasta la misma embocadura. Siempre había creído que el líquido pestilente sería a toda luz imbebible, sin embargo, y ante un regocijo inimaginable, constató que el agua de aquellas profundidades manaba fresca y clara como una fuente nival. Tras engullir golosamente una buena porción del líquido regresó a su celda acurrucándose confortablemente bajo las mantas del lecho. Pronto los excesos de la fiebre acudieron

redoblados a su mente. Empapado en un sudor pegajoso, comenzó a retozar con inquietud asaltado por extraños sueños eróticos, en cuyas escenas, aparecían sílfides y ninfas forjadas en el calor de sus fantasías más delirantes. Tras desprenderse de las mantas, liberó su cuerpo acalorado buscando el frescor de la cámara circular, ansiando la frialdad que el gorgoteo del pozo traía hasta el fondo de sus oídos como un reclamo irresistible. ¡Las voces le llamaban desde abajo! ¡Podía sentir las con toda claridad! Eran como una música lasciva y sugestiva que muy despacio se transmutaba, adquiriendo timbres vocálicos cada vez más comprensibles, ¡cada vez más humanos! Hasta

transformarse por completo en una cascada delirante de cantos de sirena que le llamaban sin cesar.

Completamente turbado por el deseo, se alzó de la cama caminando en dirección a las voces. Eran de varias mujeres y se entrelazaban las unas sobre las otras en una armonía de susurros indescifrables. A medida que avanzaba hacia la cocina, fue despojándose inconscientemente de sus hábitos hasta llegar a la boca del pozo. Ya desnudo y con su sexo entregado se asomó al borde del orificio a través del cual ascendía una corriente de aire frío.

—Ya vengo —gimió imbuido por un frenesí delirante bajo la atenta mirada de la estatua de mármol que lo

custodiaba

Beato abrió entonces la puerta de la antigua mina y se introdujo por el corredor que descendía hasta sus entrañas. Todo allí debió de parecerle hermoso y liviano. Las toscas paredes de roca adquirieron en su mente la suavidad del raso, los hedores a salitre se transformaron en las fragancias más sutiles y aromáticas. Tras descender un buen trecho por el corredor se topó por fin con una pequeña cámara. Era una estancia reducida, constituida por un altar de piedra cubierto por un manto rojo y rodeado de candelabros encendidos. Sobre dicho altar, una mujer hermosísima, apenas sin ropa, lo esperaba recostada a cuatro patas sobre

el manto. ¡Parecía una gata en celo! Con el pelo negro desparramado sobre su espalda y los labios entreabiertos, procurando un ademán que inducía al pecado. Beato la rodeo por detrás con sus brazos con mucha suavidad. Su boca babeaba y sus miembros temblaban de júbilo ante aquella criatura. Tras tratar fallidamente de consumir el acto, el monje reparó en una delicada cadenilla de oro que, a modo de cinturón de castidad, cerraba las vergüenzas de la joven.

La criatura extendió el brazo invitando al monje a agenciarse una pequeña llave de oro para solventar la situación. Beato obedeció saltando hasta el otro extremo de la cámara y recuperó

una llave que pendía de un puntal de la pared. Tras liberar a su ensoñación procedió a entregarse a ella en carne y alma.

»Nosotros escuchamos sus chillidos a través de la boca del pozo que actuó como un amplificador de horror. De inmediato reuní a los hermanos en el claustro para disponer el socorro. Cuando entramos en la antigua cocina, los gritos apenas se oían y todos pudimos ver que la trampilla del corredor que descendía al fondo de la mina se encontraba abierta. Yo insté a mis condiscípulos a que me siguieran con las teas, de modo que un reducido número de hermanos me acompañó en el infernal descenso. A mil pasos de la

entrada dimos con su cuerpo. Estaba desnudo y tendido en un charco de barro. Tenía los miembros llenos de cortes y arañazos –incluido el genital–. Tratamos de reanimarle pero todo fue en balde. Antes de morir exhaló algunas palabras incongruentes relacionadas con lo sucedido, que a duras penas conseguimos orientarnos en la recomposición de los hechos. Cuando levantamos su cadáver, las teas iluminaron toda la sala mostrando una especie de nicho empotrado en la pared de la cueva. En sus piedras, fijada a la roca por una argolla de hierro, encontramos una cadena oxidada de dimensiones sobrecogedoras en cuyo extremo se disponía un solo grillete de

tamaño igualmente aterrador. El grillete estaba abierto y su llave, en la mano de Beato.

«Jamás se comentó lo que vimos allá abajo. En el mismo lugar del suceso hice jurar a los hermanos que me acompañaban que no hablarían nunca de lo ocurrido. No obstante, yo, en calidad de primer abad del monasterio, me he sentido con la responsabilidad de dar cuenta del suceso en este diario y anotar cuanto pasó para que quede constancia escrita del episodio.

A laudes, hemos procedido a cortarle la cabeza por haber perecido en pecado de herejía, y a enterrarle fuera del camposanto.

11 de febrero de 1241

(La luna y el sol sobre piscis...)
Enterrado decapitado».

XVI

*(Que trata sobre mi azarosa
ascensión al portillo de Montinier, y de
lo que allí me sucedió)*

No fue una buena idea regresar al monasterio solo y de noche. Apenas discernir la silueta de la peña Forato, el cielo comenzó a cubrirse con rapidez de nubes negras, y la claridad serena de la luna se enturbió oscureciendo el cielo. El guardabosque de Héas ya me había prevenido por la mañana de que las hojas de los alisos estaban blanqueando por su envés, señal inequívoca de que se

aproximaba un cambio de tiempo. Al dejar atrás la Estiveta para adentrarme en el portillo, todo el cielo se cubrió por un amenazador manto uniforme de color de panza de burra, y los primeros copos de nieve comenzaron a desprenderse con esa cadencia eterna y calmosa que adormece los sentidos.

Cuando la nieve se heló sobre los prados, me puse las arneras³⁴ y comencé la ascensión por las rampas heladas de la trocha abierta en la nieve. No fui consciente del peligro que acarreaba la subida hasta que mi caballo resbaló de cascos y se dio de bruces contra la superficie arrastrándome tras él. Ambos nos deslizamos sin control por una pendiente hasta que nos detuvieron los

matorrales del margen.

Comprendiendo que sería inútil intentarlo de nuevo, tomé de las alforjas el equipo imprescindible y azucé al caballo para que tomara el camino de regreso por su cuenta.

Para ser sincero, debo reconocer que hasta yo mismo me planteé seguir los pasos del animal y regresar a Bielsa. Sin embargo, el orgullo se rebelaba de un modo impetuoso negándose a consentir que me rindiera y pidiera clemencia a don Joaquín. Jamás iba a tolerar presentarme vencido ante su puerta para implorarle que me dejara pasar la noche bajo su techo. Antes de eso prefería pernoctar en alguna borda abandonada del camino.

A la hora y media de ascensión, la nieve se volvió copiosa, y un viento helado procedente de lo alto de las montañas comenzó a soplar desde el norte. Estaba aterido de frío. El aire congelado se escurría por las aberturas más pequeñas de mis ropas robándome todo el calor del cuerpo. Llevaba una zamarra de piel de choto para protegerme la espalda y hacerme la cama en el refugio del puerto si era menester. Mis manos iban envueltas en manoplas de piel de oveja y mis albarcas, enfundadas en gruesas polainas de lana que cubrían los calcetines y las medias. En la cabeza, portaba un pañuelo atado al cuello y sobre este, un sombrero orejero de ala

corta.

Poco antes de llegar a lo alto del puerto estalló la ventisca. Sus gemidos ululantes y trágicos azotaron las montañas con la furia de un titán. El Monte Perdido, omnipresente desde su infernal pico encumbrado de nieve, parecía dispuesto a desatar su furia, a dejar oír su voz elegiaca en el particular diálogo con los elementos que lo circundaban y que le pertenecían por ser parte de él mismo. Voces extrañas bramaban en la tempestad semejando una monserga de espíritus antiguos invocados a consejo por el propio Luzbel: ora con la sátira de un trasgo que parecía mofarse de mi situación infortunada, ora con la rudeza de un

espíritu implacable y brutal que aguarda mi final. Pronto perdí la visibilidad de la trocha y comencé a caminar sin saber hacia dónde me dirigía. Sabía que tenía que perder altura como fuera porque si no lograba dar con la senda que descendía hacia el Yaga, corría el riesgo de perderme en la nieve. Sentí que las manos se me entumecían y era incapaz de cerrar los dedos. Llegó un momento en que apenas las sentía y el dolor del frío se me iba a la cabeza, a los pulsos, debilitando toda mi presencia de ánimo para continuar adelante.

Sabedor de que me hallaba extraviado, me resguardé contra unas rocas para cubrirme de la ventisca. Si no hacía algo enseguida, me helaría en

poco tiempo.

Fue entonces cuando creí ver a una procesión de fantasmas que, surgiendo del temporal como espectros, se redefinían delante de mí formando una siniestra procesión. Todos llevaban antorchas de brea encendidas que la turbonada hacía cabrillear robándoles el destello de su resplandor hasta convertirlas en simples puntos incandescentes. Reuní fuerzas para levantarme de las rocas y traté de aproximarme para pedir auxilio. Apenas me acerqué a la primera silueta, vi que se trataba de un hombre que asemejaba un muerto viviente. Iba con la mirada fija hacia delante, como si caminara de memoria; llevaba la barba y el rostro

cubiertos de hielo y los ojos enrojecidos. Su mano, que solo tenía tres dedos, sujetaba una mula cargada de artículos de contrabando. Ni siquiera reparó en mi presencia aun cuando me tenía delante. Se limitó a pasar por mi lado como si yo fuera un arbusto del camino. Tras este individuo fueron apareciendo los demás. Todos andaban al límite de sus fuerzas, reconcentrados en una especie de letargo semiconsciente cuya finalidad era mantenerlos ausentes de los rigores del frío. Supe entonces que eran paqueteros³⁵. Aquellos gigantes surgidos de la nieve habían atravesado los pasos fronterizos del norte entrando por la Brecha de Rolando para eludir a los

carabineros. Habían atravesado en pleno invierno montañas infinitamente más espantosas que la mía. Yo no era nada para ellos. Ni siquiera tenía derecho a dirigirles la palabra.

—¡Ayudadme por favor! —les grité en medio de la ventisca

Era como si no me vieran. Ninguno alteraba su marcha ni variaba un ápice su expresión perdida. Iban tan justos de fuerzas que sabían que si se detenían —siquiera fuera para hablar conmigo un segundo— ya no podrían volver a ponerse en marcha.

—Ayudadme —les repetí sin atreverme a tocarlos.

Uno tras otro fueron pasando junto a mí ignorándome. Lo hicieron de

manera rápida y en profundo silencio, como si la misma niebla que los amortajaba los transportara en su seno. Todos llevaban fardos cargados a la espalda que sujetaban con una correa a la frente para poder tener las manoplas libres. Cuando quise darme cuenta ya no estaban; se habían desvanecido en la tiniebla como un sueño.

Traté de seguir sus huellas pero pronto las borró la nieve. Lo único que encontré fue una tea que los paqueteros habían dejado abandonada para que me calentara con ella. Solo eso.

De nuevo me arranché contra la albura de un tronco de pino muerto. Abrí el macuto y extraje las acuarelas para introducírmelas bajo el forro del abrigo

y hacer que me protegieran el pecho del aire. Apenas tuve tiempo de contemplar el dibujo de Cordelia unos segundos bajo la luz del gabuzo. Ella, que me había salvado del frío durante las fiebres dándome calor con su cuerpo, me protegería también ahora aun sin estar presente. Sentí deseos de luchar al notar que acudía en mi auxilio a través de su imagen para estar a mi lado en aquellos instantes tan comprometidos. El orgullo se afianzó en la nostalgia de la soledad. Me dije a mí mismo que, si salía vivo de allí, me la llevaría conmigo para pasar el resto de la vida a su lado. Más de pronto, un golpe de ventisca me la arrebató de las manos, y la acuarela voló impulsada por un mar

de copos hasta quedarse atrapada a unos arbustos cercanos. Fue como sentir el mordisco de la muerte en el alma.

Gateando sobre la nieve me aproximé al arbusto pero cuando ya extendía mi mano para recuperarla, otro golpe de aire me la arrebató por segunda vez alejándola aún más hasta dejarla pegada sobre la corteza de un tronco. Dispuesto a no renunciar a ella bajo ningún concepto, hice un nuevo esfuerzo suplementario y crucé la faja del páramo por la que la ventisca arreciaba con mayor fuerza hasta alcanzar el tronco. Y de nuevo la turbonada me la arrebató por tercera vez cuando ya la tocaba con el extremo de los dedos como si jugara conmigo al escondite.

—¡Por el amor de Dios, Cordelia, no me hagas esto! —supliqué.

Al agacharme para recuperarla del suelo me di cuenta de que estaba en el camino. Cordelia me había guiado hasta él sin que fuera consciente de ello.

Casi al mismo tiempo que cogía el dibujo del suelo percibí una campanilla que me resultó familiar. Era el címbalo de la ermita donde vivían Jal y su madre. Lo único que tenía que hacer ahora era seguir el tintineo de la campanilla hasta llegar a la casa donde por fin estaría a salvo.

XVII

(En la ermita)

Tras golpear la puerta varias veces con los dos puños alzados, el pestillo se corrió desde la parte de dentro con un ruido brusco y, acompañado por una avalancha de copos de nieve, me precipité en su interior. De inmediato sentí como una ola de calor reavivaba mi cuerpo aterido por el frío. Un gran fuego ardía dentro de la casa procurando una atmósfera de calidez y tibieza. Allí fui agarrado por los brazos de una mujer que me sostuvieron para evitar que me

desplomase sobre el piso. Esos mismos brazos vigorosos me acompañaron hasta la chimenea y me sentaron sobre una *cadiera* para hacerme entrar en calor.

—¡Pon a calentar agua y hierva romero y zarza enseguida! —dijo a alguien situado detrás de mí.

Me volví y vi a Jal. El muchacho me miraba con cara de sorpresa. No esperó a que su madre le repitiera la orden. De un brinco se levantó del banco de la cocina y acercó un caldero lleno de agua que enganchó al *cremallo* del lar.

—¿Eres paquetero? —me preguntó la mujer mientras me quitaba las abarcas y los calcetines de lana mojados.

Quise responderle pero llevaba el

frío tan metido en los huesos que apenas podía hablar. Enseguida noté cómo sus manos friccionaban mis pies con grasa de caballo sometiéndolos a un masaje reanimador que activó su riego sanguíneo.

Me despojaron de las ropas empapadas y me dieron una manta y un caldo hirviendo para hacerme entrar en calor. Después me pusieron los pies descalzos dentro del barreño de agua caliente y añadieron las hierbas que debían cicatrizar las ampollas producidas por el frío.

—No soy paquetero —conseguí decir por fin.

La mujer me miró escéptica.

—¡Seguro?

—Le digo la verdad —añadí temiendo que me tomara por un contrabandista.

—No habría nada de malo en que lo fuera —replicó ella con sequedad— es un digno oficio de subsistencia muy frecuente en las gentes de estos valles. Conozco a varios de ellos y le aseguro que son mil veces mejores que los carabineros que nos mandan del llano. Dígame, ¿Es usted el hombre que ha venido de la capital para quitarles las tierras a las monjas?

—No es exactamente así... en realidad...

—Soy Fetra —me interrumpió robándome las palabras de la boca—. La madre de Jal. Mi hijo me habló de usted

ayer. Me contó que es un representante del gobierno que ha venido aquí para hacer cumplir el decreto de expropiación.

Yo asentí. Ella me agarró las manos y las frotó con una esponja empapada con la misma solución del barreño. Sus movimientos eran secos y atléticos, propios de una persona acostumbrada a manejar enfermos y heridos.

Mientras me curaba, empecé a tomar conciencia de ella y del lugar en el que me encontraba.

Fetra la coja era una mujer de mediana edad; de entre cuarenta y cincuenta años diría yo. Tenía el rostro bronceado por la nieve y una consistencia física fibrada y nerviosa

que la convertían en una persona de fuerza considerable. Sus ojos eran pequeños e indagadores, de una viveza especial, como si no temieran descubrir nada que pudiera esconderse dentro del alma de los hombres. Sin duda era una mujer profunda, diría en cierto modo que espiritual; nada que ver con la idea clásica de una bruja tal y como yo hubiera podido concebirla. Fetra era una persona de mente abierta para su tiempo y para el lugar donde le había tocado vivir. No sintió el menor pudor al desnudarme ni tampoco al frotarme con la esponja. Me hablaba con seguridad, desprendiendo en todo momento esa serenidad propia de las personas que han recorrido mundo y han aprendido a

discernir, dentro del sentido de la vida, entre lo que merece importancia y lo que no.

La ermita donde vivían Jal y su madre estaba formada por un solo piso a dos niveles. En el nivel superior se distinguían un par de camas sencillas con sus correspondientes baúles y alacenas. En el piso inferior, separado del primero por un par de escalones de piedra, ardía el fuego de la chimenea que alumbraba la cocina y la mesa con un calor vivo. Esta segunda zona se servía de la hendidura de la *balma*, de modo que su pared y parte del techo estaban formados por la misma roca madre de la montaña. De esta guisa, la botica semejaba una especie de antro

nigromante moldeado por betas de roca curvadas y rugosas, en cuyos pliegues se disponían ristras de frascos de cristal, plantas medicinales y diversos recipientes con bálsamos y preparados.

Alrededor de aquella estancia se sucedían los anaqueles atiborrados de redomas y redomicas llenas de jarabes y aguas de lluvia; de fajos de tallos y raíces secas y prensadas; de escorzos con la panza blanquecina y los ojos hinchados; de serpientes despellejadas y colgadas por la cola. Botijos, almireces, espumaderas, morteros, y toda clase de cazos de cobre se agolpaban por doquier. Un inmenso alambique para destilar orujo estaba trabajando junto a la mesa depositando su esencia sobre un

tarro de vidrio. Prensas, coladores de estopa, romanas con toda su colección de pesos y medidas... Un laboratorio de experimentación perfumado por mil esencias de hierbas y ceratos se abrió de repente ante mis sentidos.

La mujer levantó la cabeza y me miró a los ojos para hablarme.

—Le pregunté si era paquetero porque sé que esta noche ha pasado una partida por este valle —me dijo retirando el plato de mis manos para llenarlo con otro puchero de caldo.

—Lo sé —respondí recordándolo.

—¿Los vio usted?

—No estoy seguro —medité.

—¿Por qué no lo está?

— Eran como fantasmas, ni siquiera

se detuvieron para ayudarme.

–Eso no debe sorprenderle.

–Pues le aseguro que me sorprendió, y no gratamente.

–Esos hombres han atravesado el puerto en invierno por altitudes espantosas –me explicó la mujer–. Es posible que cuando se cruzó con ellos llevaran más de veinte horas caminando por la nieve. Han de luchar con el frío, el clima, los carabineros, el reloj y la carga... El que no ha pasado puerto o mar no sabe lo que es penar.

–Al menos me dieron una antorcha –solté escéptico.

–El invierno pasado, una de esas partidas se extravió en el Puerto Viejo. El guía que los condujo los internó por

una superficie lisa por completo y cubierta de nieve. No se dieron cuenta de que caminaban sobre un *ibon* helado hasta que una de las mulas rompió la placa y se hundió en las aguas. Cinco hombres y otros tantos animales la siguieron congelándose al instante. Su pequeña excursión no ha sido nada comparado con lo que ellos hacen a diario, créame; más que ignorarle, imagino que lo despreciaron.

Me sentí algo humillado al oírle decir aquello.

—Pues le aseguro que estaba al límite de mis fuerzas.

—No —me respondió ella—. Era su mente la que flaqueaba. Usted no es de aquí, no conoce la montaña. A la

montaña se la vence con la mente, hay que conocerla y en cierto modo *saber engañarla*.

—Imagino que tiene razón —asentí apesadumbrado—. Supongo que la subestimé al pensar que podría cruzarla solo.

—Quédese aquí esta noche si quiere —me obsequió—. Mañana, con las ropas secas y el día despejado, lo verá todo diferente.

—Se lo agradezco de corazón...

Una veta de leña podrida llena de gas fermentado estalló en la lumbre profiriendo un chisporroteo que lanzó algunos fragmentos de corteza fuera del sardinel.

—La tormenta ya remite —advirtió

Fetra devolviendo los fragmentos incandescentes al hogar con la ayuda de una cayadilla—. Tengo una cabra a punto de parir en el corral. Quédese aquí con Jal; en cuanto termine, volveré para prepararle la cama.

—Puedo dormir en el suelo —me apresuré a decirle.

Fetra se detuvo y me miró unos segundos.

—Como quiera.

Aún la seguí con los ojos mientras se alejaba por la puerta. Hubiera deseado preguntarle muchas cosas de su vida, de si eran ciertas las habladurías que corrían acerca de ella, de si el episodio con los carabineros ebrios era real y si, acaso, su cojera tenía algo que

ver con el asunto. Entiéndaseme que no era el morbo ni la curiosidad las que guiaban estas inquietudes, sino el más sincero agradecimiento que me empujaba a querer profundizar más en la historia de aquella mujer excepcional.

Cuando Fetra desapareció tras la puerta, me levanté de la *cadiera* y me volví hacia Jal, que seguía mirándome con expresión de ratón curioso desde detrás de la mesa en la que se hallaba sentado. El alambique seguía destilando la uva produciendo un goteo continuo de alcohol sobre el vaso de vidrio. Jal tomó el recipiente con su mano para vaciarlo dentro de un botijo situado sobre una mesa para amasar emplastos. Justo en ese momento, yo le tendí mi

mano para estrechársela. El muchacho pareció descomponerse ante mi iniciativa y, turbado por complacer al instante mi solicitud de amistad, acercó el vaso a mi mano para corresponderla. Solo entonces reparó en que no podía estrecharla mientras el recipiente se hallara sujeto entre sus dedos, de manera que se libró de este dejándolo caer al suelo sin pensar que disponía de la otra mano libre para hacerlo.

Así era Jal: puro e imprevisible, un compendio de emociones descoordinadas, una casa sin dueños donde cada pensamiento obraba por su propia cuenta en función de los impulsos que le dictaba el corazón a cada momento.

«Nunca nadie sacrificó tan desinteresadamente tanto trabajo por estrechar una mano» –me dije mientras nos fundíamos en un apretón.

De inmediato abrí mi macuto y extraje su pliego de dibujos. Jal se puso muy contento al ver que los trabajos que había hecho no habían ido a parar a manos de la madre Beatriz de San Juan. Enseguida cogió la botija en la que guardaba el orujo y se apresuró a servirme un vaso. Él se sirvió otro; lo bebió entero de un solo trago, como si fuera agua, y sus ojos se dilataron de satisfacción.

–Las pinturas siempre vuelven de un modo u otro a manos de sus dueños –me dijo.

Pensé en lo sucedido con el dibujo de Cordelia, en el modo como el viento había ido empujándolo hasta devolverlo a la casa de su legítimo dueño y guardé silencio.

Jal y yo miramos una tras una las acuarelas. Él iba explicándome en qué lugar preciso las había tomado: las doce cascadas de Liris, las cortadas de Izans, la brecha de Rolando, el Conjuradero de piedra...Yo ya había tenido la oportunidad de conocer alguno de esos parajes durante la mañana y al repasar las acuarelas pude constatar que les hacían justicia. Cuando llegamos al dibujo de Cordelia, Jal me sonrió y, sin decirme nada, me entregó el dibujo como si fuera un obsequio.

—¿Me lo das? —le pregunté.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque sé que lo quieres.

—¿Y por qué sabes que la quiero?

—Esta mañana les vi a los dos paseando —me dijo sin el menor reparo— y luego besándose en la plaza del pueblo. Habría podido darle el retrato entonces y sin embargo ha preferido venir a devolvérmelo. Eso dice mucho de usted.

Me quedé algo cortado ante su observación.

—¿Bajaste tú también al pueblo?

—Sí, bajé a vender el aguardiente.

Pero tuve la previsión de subir antes de que estallara la tempestad de nieve.

—¿Sabías que iba a haber una tempestad?

—Todos los hombres del pueblo lo sabían.

La observación de Jal me hizo meditar. Por un instante me pregunté si don Joaquín me habría lanzado a la montaña de modo premeditado.

—No puedo aceptar tu regalo sin hacerte otro a cambio —le dije revolviendo dentro de mi macuto.

—Toma, es tinta de pluma; te aseguro que es de la mejor calidad. La utilizo para escribir las actas. Quizás te sirva para dibujar.

Jal tomó la botella de tinta y la contempló fascinado; una sonrisa le cruzó la cara de oreja a oreja.

–Si quiere, le doy también las demás acuarelas –dijo acercando el pliegue de dibujos a mis manos.

–No Jal, con el de Cordelia es suficiente.

El muchacho volvió a llenar los dos vasos de orujo y ambos bebimos de nuevo. Un lobo aulló a lo lejos sacudiendo la noche con el temblor de un espasmo.

XVIII

(Sepulcri Memoriae, 1-2)

El barón de Saint-Saud había estado todo el día leyendo el manuscrito sin parar a descansar. El frío se colaba por las rendijas de su ventana; la helada allanaba las paredes de su alcoba y la nieve fundida, al filtrarse, arrastraba el mortero produciendo goterones de cal que caían sobre los cazos sonoros como excrementos de ave. Pero Lucien parecía ajeno a todo lo que no formara parte de su lectura. Estaba comprometido con ella, abducido, acaso

alienado como el Quijote en sus delirantes noches manchegas. Había terminado de leer todos los episodios registrados por los abades desde 1204 hasta el año de nuestro señor de 1621 y ahora iniciaba los acaecidos durante las décadas precedentes a esta fecha. Los llamados *descensos* estaban perfectamente detallados de modo cronológico. Más de sesenta casos, todos acaecidos con «el sol y la luna sobre piscis y coincidiendo con años bisiestos».



La madre Beatriz de San Juan entró en ese momento en la alcoba

acompañada por la niña oblata. Lucien levantó la cabeza al verlas, pero enseguida volvió a sumergir su atención en las páginas del opúsculo.

—¡Es un libro magnífico! —les dijo pletórico sin ser consciente de su estado de enajenación mental—. Aunque he de reconocer que mi vista está fatigada de leer tanto rato.

La madre Beatriz sonrió y se acercó al lecho donde leía el joven. Deslizó con suavidad sus dedos por los cabellos dorados del francés y muy despacio, reclinándose como una flor demasiado cargada de perfumes y de amor, le besó en la mejilla.

—¿Te gusta el libro, mi niño?

—Sí, mucho... Beatriz...

—No sabes cuánto me alegro de que sea así.

—Tengo mucha sed —murmuró Lucien alzando la cabeza.

—Aún es pronto para beber. Debes aguantar hasta que termines de leerlo.

La freila había dejado abierta la puerta de la antigua cocina, de modo que el gorgoteo de la marmita del pozo se percibía con toda claridad. La naturaleza rocosa del monasterio amplificaba la frescura de sus sonidos secando la saliva en la boca del muchacho.

—Te he traído tu medicina —dijo acto seguido la monja—. Esta vez, aún te gustará más; he añadido aceite de estramonio a la unción del sahumerio.

Beatriz encendió la mixtura con la llama de la vela y dejó que el humo anegara el aire que circundaba al enfermo.

—Respíralo profundamente, déjalo que entre en ti, que te colme, que te llene el riego de los pulmones...

La niña oblata comenzó a cantar un romance embelesador. La cadencia de sus notas se sucedió serena y sencilla al principio, para evolucionar en progresión hacia formas superiores de una musicalidad y una belleza exquisitas.

Beatriz se despojó entonces de su túnica, arrullada por el canto en flor de la pequeña doncella, y liberó su cuerpo desnudo entregándoselo a Lucien.

Los ojos del joven volvieron a impregnarse de esa lluvia mágica que enturbiaba su vista. Sintió cómo sus pupilas se dilataban y cómo las cálidas manos de la freila le tomaban las manos para conducir las hasta los pechos. La droga hizo ver al joven lo que no existía en realidad, pues nada de lo que veía ni sentía se mostraba tal cual. Las lágrimas de su espíritu noble y traicionado rodaron por sus mejillas en un hálito de vana resistencia. Su esencia pura se rebelaba a la trampa que el cuerpo le tendía y trataba de hacerle reaccionar, mas el engaño era hermoso en sí mismo, vestido todo él de sinceridad, y muy pronto narcotizó cualquier intento de rechazo.

La monja, desinhibida ya de todo envoltorio, se sentó sobre el cuerpo desnudo de Lucien dejando que sus nalgas reposaran con placidez sobre el vientre plano del muchacho. El joven constató que todo el pubis de la hembra estaba rasurado. Tocó con sus manos los glúteos y procedió a acariciarlos deslizando las palmas hasta la base de la cintura. Estaban ungidos en aceite de aloe vera para suavizar la piel madura y hacerla más deseable al tacto.

—¿Dónde está tu mujer, Lucien? —le preguntó la freila mientras jugaba con su miembro. La bruja conocía bien la anatomía de los sentidos; sabía de los puntos erógenos donde nace el placer, donde fluye el disfrute, y se aplicaba en

consecuencia con una pericia asombrosa. Una y otra vez arrastraba los extremos de sus largas uñas sobre las venas del miembro erecto para posarlas después bajo la base de los testículos y alternar así los diferentes ritmos y cadencias del goce.

—Mi novia está en Lyon —le respondió el francés jadeante.

—¿Es hermosa?...

—Sí —balbuceó el francés tragando saliva.

— ¿Más hermosa que yo?...

El muchacho vaciló ante la respuesta. La mujer presionó con sus dedos sobre un punto concreto y el barón se arqueó en una punzada de placer extremo.

—¿Es más hermosa que yo? —le repitió la freila ahorquillándolo con sus ojazos inquisitivos.

—No —tartamudeó Lucien—. Nadie es más bella que tú...

—Repítelo... Quiero oír cómo lo dices otra vez...

Nadie es más hermosa que tú, mi princesa —jadeó mordiéndose los labios reseco.

El canto de la oblata, inmóvil a los pies de la cama, seguía manando como una cascada de miel que predisponía la voluntad y las actitudes.

—Tú eres la más bella, solo tú, Beatriz

—¿Solo yo? ¿Seguro?

—Sí... solo tú...

—Ya veo que vamos a entendernos muy bien...

Beatriz volvió su rostro hacia Lucien entreabriendo los labios en un ademán tentador. Aún mantenía los glúteos sobre su vientre, y el repentino gesto felino confirió a su melena un vigor sensual que recordó el movimiento escurridizo de una garduña de monte. El francés sintió cómo un rayo de deseo le inflamaba las venas y atacó a la hembra con el reflejo instintivo del deseo. Ella se resistió al sentirse acosada oponiendo la resistencia justa para retroalimentar su ansiedad. El joven trataba de rendirla mimándola y cortejándola para lograr montarla, pero la freila no se dejaba y reía con un

cascabeleo embelesador, mientras las curvas de su cintura escapaban a las caricias con una agilidad tan provocativa como desesperante.

—¡Por lo que más quieras, déjame tenerte! —suplicó el muchacho desatado.

Toda la musculatura de su cuerpo fornido estaba en tensión, presta a acoplarse, a dar satisfacción y a ser correspondida.

—Ya te dije que eso no podía ser —siseó entonces la Freila echando su cabeza hacia atrás para que el francés alcanzara a lamerle el cuello.

—¡Deja de jugar de una vez conmigo! —jadeó el muchacho—. Y en un arrebató de lujuria, empujó a Beatriz sobre la cama, sujetándole los dos

brazos por detrás de la espalda para tratar de inmovilizarla.

Beatriz entró entonces en arrebató y lo maldijo cruzándole la cara con un arañazo

–¡No me toques, cerdo!

–¡¿Pero se puede saber qué te pasa a ti?! ¡¿A qué viene este juego?!

–Meréceme –le dijo mirándole con destellos de fuego– ¡Meréceme!

– ¿Que te merezca? ¿Cómo?

Beatriz se levantó de la cama y cogió el libro que estaba encima de las sábanas.

–No tendrás tu premio hasta que termines de leer el libro. Solo entonces podrás saciar tu lujuria con mi cuerpo, y tu sed con una vasija llena de agua

fresca.

—¡Por el amor de Dios, llevo cinco horas leyendo sin parar!

Lucien pareció desconcertado y alzó la cabeza hacia la monja para hacer valer sus argumentos. Antes de que pudiera desanudar los labios, Beatriz posó el extremo de los dedos bajo su barbilla y se la levantó en un gesto de dominio supremo.

—No quiero oír nada más de ti —le advirtió—. Ya es momento de que retomes tu trabajo. Debes haberlo terminado para cuando tu amigo vuelva aquí mañana. Así podrás contarle con todo detalle los secretos que se esconden en la cueva. Haz que él también lo lea... Debes poner todo tu

empeño en ello..., implicarlo, despertar su curiosidad... entusiasmarle... ¿Entendido?

Lucien asintió de nuevo sobre los dos dedos que le mantenían la cabeza erguida. De pronto volvía a sentirse cansado y soñoliento. La monja le soltó el mentón y rió en voz alta y con deleite, una risa ornamentada de vanidad y de poder que maldecía la imagen del ídolo postrado ante sus pies.

—Lee, lee... repitió sujetando a la niña oblata por el hombro para alejarse con ella de la cámara.

Y Lucien leyó...

Decimocuarto descenso, el sol y la luna sobre Piscis, año bisiesto de 1401, escrito por el abad Domingo de

San Vitorián

«Dios Todopoderoso tenga a bien protegernos de la desgracia que nos circunda. Apenas han transcurrido veinte días del último “descenso”, y ya me siento de nuevo aquí para referir, sobre este mismo cuaderno, la nueva calamidad que nos aflige.

»Fue precisamente con la primera luna de enero que apareció en la puerta del convento aquel viajero extraño acompañado por un muchachuelo pálido y desvalido. En los muchos años que llevo en el convento he visto pasar por su hospedería a toda clase de personas, algunas de las peores raleas, otras, de cuna ilustre y distinguida. Mendigos, enfermos, condes, convictos,

religiosos... Había llegado a creer que no quedaba sobre la tierra perfil humano capaz de sorprenderme, y sin embargo, aquel serafín de carnes delicadas y mejillas sonrosadas que el viajero abandonó ante la puerta del locutorio resultó ser diferente a todos ellos.

Ya cuando traspasó la entrada, empapado por la lluvia y compungido de temor y vergüenza, adiviné en sus maneras una suerte de turbación, un conflicto intangible que enfrentaba su propia naturaleza con el destino al que parecían haberlo encadenado las circunstancias. Porque aquel querubín francés, presentado ante el propio abad como el maestro cantor Columbano de Moissac, no era sino un artista en cuerpo

y alma, y hasta aquel mismísimo momento, yo jamás había catado, en mi particular “paladar de las conductas humanas”, a un espécimen de semejantes características.

»Los monjes de Cluny nos lo habían enviado para ponerlo a salvo de la guerra que asolaba el Languedoc. Aunque a primera vista no resultaba muy diferente de los demás novicios de la escuela, pronto se hizo evidente que el muchacho acrisolaba un compendio de virtudes magistrales: poseía una gran capacidad intelectual; dominaba a la perfección la Lectio Divina, el Trivium y el Quadrivium. Con apenas diecisiete años, era capaz de traducir a nueve lenguas y treinta dialectos diferentes

cualquier obra religiosa o clásica. Pero lo que sin lugar a dudas destacaba en manera excepcional en aquel muchacho eran sus extraordinarias dotes de canto. En Cluny, los niños, los *nutriti* criados en el claustro, eran adiestrados para cantar en los complejos oficios con una pericia de profesionales que para un adulto era difícil de alcanzar. El joven Columbano mantenía a este respecto un nivel sin precedentes desde los tiempos de Victoriano de Goudimel: si lo común para un soprano era mantener una extensión normal de dos octavas, él podía alcanzar con toda facilidad el fa 5 e incluso el sol, emulando, de esta manera, la voz de los mismísimos ángeles.

»¡Estaréis de acuerdo conmigo en que no era Los Oscuros de Arpan el tipo de lugar donde aquella criatura pudiese encontrar nada de provecho!: ilustrado, refinado, sensible, equilibrado como uno de aquellos responsoriales litúrgicos cuyas partituras atestaban su bolsa se viaje. ¿Qué pretendía encontrar en el corazón de las montañas, en la ruta sagrada de los hombres temerosos y humildes, en la vida dura y austera de nuestra regla?

Yo estuve de acuerdo desde el principio con quienes sostenían que no debíamos aceptarle en nuestra comunidad. Aun cuando su presencia en el monasterio pudiese colmarnos con los dones de su canto o su escritura, tenía

que proseguir su camino, debía alejarse de allí antes de que los vicios de su regla opulenta se enquistaran entre nosotros. ¡Los Oscuros de Arpan no estaban preparados para acogerle!; no disponía de riquezas corporativas ni de compromisos mundanos, ni tampoco comulgaba con aquel ritualismo litúrgico exacerbado tan propio de la orden de la cual provenía. Tal vez un palacio en la ciudad o alguna baronía ilustre de gustos refinados semejantes a esas “catedrales” de Charité o de Mont-Saint-Michel hubiesen resultado más adecuadas a su clase. Arpan era tosco y rudo como los pastores de sus montañas y no atendía a otras sensibilidades que no fueran el trabajo laborioso y

constante de sus miembros. ¡Así había sido durante siglos y así debía continuar! ¡A fin de cuentas, nosotros éramos benedictinos!

»Yo también era un artista. No al modo de Columbano, entiéndaseme. Yo era un artesano, un buen ebanista; mi arte, como predisponía la regla, fluía del trabajo manual de mis propias manos; mi arte era trabajo elaborado y concienzudo. A diferencia del joven oblato no respondía a ningún don innato otorgado por designio divino. Tal vez esa fue la principal causa de que surgiera a un tiempo un sentimiento de amor y odio para con el novicio. Él representaba en cierto modo todo lo que yo nunca había podido llegar a ser: era

joven y hermoso, ¡oh sí, muy hermoso!, rubio y barbilampiño como una miniatura del Niño Santo; poseía la gracia y la instrucción de los aristócratas y su ingenuidad e inocencia eran siempre motivo de congratulación entre los miembros del monasterio, cada vez más predispuestos a aceptarle.

»La primera noche que le oí cantar en el coro quedé prendido de él al instante. Fue durante el segundo nocturno de maitines. Siguiendo el procedimiento habitual, tras el toque de campana, habíamos bajado las escaleras del dormitorio guiados por el fanal que portaba el *circatore* en dirección a la iglesia. Primero entraron los hermanos clérigos, después los novicios

acompañados por su maestro. Los hermanos se dispusieron en torno al coro y enseguida, tras las preces preliminares, se inició el canto.

¡Ah, sí vosotros lo hubieseis escuchado! ¡La monotonía, la mediocridad que hasta aquel momento habían presidido la liturgia nocturna, se vieron repentinamente desterradas por un nuevo canto de ruiseñor que inundó el espacio del templo! ¡Su voz aguda se expandió como un soplo divino sobre los círculos de velas dispuestos en torno al altar mayor! ¡Los sacerdotes incensadores dejaron al acto su actividad cautivados por semejante estallido de armonía en flor! ¡Dios hablaba por su boca! La cadencia de sus

notas se sucedía serena y sencilla al principio, para evolucionar progresivamente hacia formas superiores que, entrelazándose con las demás voces del coro, acababan por transformarlas en luz de su misma luz. Mirándole desde mi posición en el deambulatorio lo veía iluminado por una especie de aura resplandeciente que lo destacaba de los demás miembros del coro. Su capa pluvial semejaba la túnica de un ángel enviado al mundo terreno para mostrarnos el camino de la salvación. Entonces, mientras mis ojos desprendían una lágrima de pasión, comprendí por qué se había hecho tanto por salvar al muchacho de la barbarie de la guerra.

»Después del canto en el coro, aun a sabiendas de que el novicio andaría con la garganta seca por el esfuerzo que implicaba el oficio, le prohibí beber agua para aclarársela, y me preocupé de que no pudiera obtenerla de ningún otro modo alegando que, la poca que quedaba, se había dado a los enfermos. Que Dios tenga a bien perdonarme por obrar así, pero si lo hice no fue sino para salvar al monasterio de esta nueva amenaza que solo yo parecía ser capaz de ver.

Yo accedí a darle las llaves del pozo para que pudiera surtirse del líquido sin prevenirle de la maldición. Estaba convencido de que Dios intercedería por mí dirimiendo si la

vieja leyenda era cierta o era solo una superstición. Dejé el juicio en sus manos y esperé a que la Providencia emitiera su sentencia respecto al muchacho. Cuando salí de la antigua cocina, deje la puerta de la mina abierta depositando en el suelo de la misma algunas partituras de música procedentes de su bolsa. Confiaba en que después de beber del pozo, Columbano se introduciría en el conducto para recogerlas y completaría así el proceso. Pensaba que obrando de esta manera, el Todopoderoso haría el trabajo por mí sin tener que mancharme las manos...

...Y todo comenzó del mismo modo que había sucedido en los demás descensos...

A medianoche, escuchamos sus dulces cantos procedentes de la cocina y allí nos dirigimos a toda prisa. Mentiría si dijera que aquellos resultaron ser cantos litúrgicos, pues había en ellos una suerte de evolución insana que los asemejaban, cada vez más, al reclamo ansioso de una criatura en celo que busca a su yunta para el apareo. Armados con estacas y antorchas descendimos a través de la mina con el objeto de encontrarle. Pese a buscarlo con denuedo durante casi seis horas, nos resultó imposible dar con él. No obstante, y asistiendo en persona a la materialización de nuestros peores temores, advertimos cómo otra voz de timbre diferente y también masculina

respondía a sus llamadas de celo atrayéndolo hacia un lugar.

»Sé que es menester forzar las leyes de la razón para comprender lo que aquí trato de explicar, mas Dios es testigo de que cuanto digo fue escuchado por mis oídos y también por los de quienes me acompañaron abajo. Tras haber recorrido cinco millas largas a través de las cavernas, opté por dejar de avanzar. Las teas se nos estaban agotando y nos hallábamos en ese punto, a partir del cual, nadie jamás se había aventurado a proseguir.

Entonces, de súbito, un llanto descorazonador se arrastró desde el mismo vientre de las profundidades oprimiéndonos el corazón. Era el llanto

feliz de un reencuentro, el final de una separación forzada que se diluía en un último suspiro de agradecimiento eterno antes de cejar por completo. Cuando levantamos las teas para advertir su procedencia, vimos dos estatuas de barro abrazadas. Correspondían a las formas de Columbano y a la de otro mancebo de su misma edad. Estaban entrelazadas con una armonía tan bella que nos fue imposible dejar de admirarlas durante un largo periodo de tiempo.

»Cuando de madrugada regresamos arriba, decidimos entrar en su celda para recoger sus pertenencias. Encontramos a Columbano desnudo por completo y tendido sobre el camastro

boca arriba. Estaba muerto. Tenía los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa dibujada en los labios. A su alrededor, esparcidos sobre el jergón y también por el suelo de la cama, encontramos decenas de cartas de correspondencia transcritas a mano con dos letras diferentes. Las cartas eran íntimas. Redactadas con una sutileza tan perfecta como sus responsoriales litúrgicos. Eran declaraciones de amor y estaban dirigidas a un novicio de su antiguo monasterio cluniacense. Las sacamos todas al patio y las quemamos.

Que Dios se apiade de su alma y de la mía.

20 de febrero de 1401

El sol y la luna sobre Piscis

Enterrado decapitado».

.

XIX

*(Donde refiero lo que me contaron
acerca del arte de la palingenesis)*

Jal y yo nos tomamos otros tantos
vasos de aguardiente y pronto el

muchacho estuvo tan bebido que apenas fui capaz de comprender lo que me decía. Aunque a decir verdad, tampoco me importaba demasiado, pues era la complicidad, más que el intelecto, lo que guiaba nuestra charla.

Fetra entró de nuevo en la cocina proveniente de los corrales y apartó el botijo de las manos de Jal con brusquedad.

—¡Deja algo para vender mañana! — le regañó en belsetano sin mostrar el menor interés por su embriaguez.

Después recapacitó y se sentó a su lado sirviéndose también ella un vaso de aguardiente.

—El pobre se siente solo —me confesó rodeándole el cuello con amor

maternal—. Cuando disponga de dinero suficiente quiero llevarle a Huesca para que aprenda pintura. Allí conocerá a gente nueva que le hará bien.

—¿No confraterniza con los chicos del pueblo? —pregunté.

—Jal es un poco especial —me contestó Fetra con un deje de admiración—. Él es un artista y, como tal, tiene el alma encantada. Los mozos de por aquí no le comprenden, pero no les reprocho nada. El mal no está en ellos, sino en sus padres. Son los mayores quienes vierten las mentiras y el reflejo de sus frustraciones en las mentes de los pequeños. El alma de los muchachos es pura por naturaleza.

—También puede ser muy cruel —

apostillé.

El mastín ladró respondiendo a los aullidos de los lobos que la tormenta de nieve había expulsado de sus madrigueras.

—Esta noche se acercarán a la casa—
—predijo la coja deslizando su mirada hasta el portón cerrado de la ventana—
Deben de oler a parto.

—¿Necesitará que la ayude en algo?

—¿Se encuentra ya mejor de su aterimiento?

—Mucho mejor; dígame, ¿Qué quiere que haga?

Fetra se levantó de la mesa y echó un par de troncos a la hoguera. Una fuente de chispas enfebrecidas trepó por el tiro escapando hacia la negrura de lo

insondable.

—Necesitaré que vigile los corrales mientras yo estoy con la oveja. El feto viene invertido y tendré que sacarlo con cuerdas del vientre de su madre.

—Cuenta conmigo para lo que sea necesario —me apresuré a animarla.

—Ahí, en ese tarro, encontrará un fajo de hierbas de Tarraguillo —dijo señalándome un anaquel lleno de frascos—. Tome un puñado y tráigamelo aquí para que pueda montar el preparado.

Cuando procedía a acatar su petición, un grito seco de la mujer me dejó paralizado.

—¡No toque eso! —me advirtió desde lejos al apercibiese de que había

confundido el tarro y estaba introduciendo mi mano en un recipiente distinto.

Yo quedé paralizado. Fetra vino y tomó el envase de mi mano.

–Esto es aceite de semillas de estramonio –me explicó acercándomelo a la nariz para que lo oliera.

El olor era nauseabundo y me vi obligado a apartar mi cabeza hacia un lado para no devolver.

–¿¡Ufff, pero qué porquería es esta!?

–Es una droga muy potente –dijo la coja–. Basta que lo toque con los dedos para que el cerato le entre a través de la piel. Es muy lascivo. Su esencia vive de la herida del alma y se alimenta de su

reacción.

—¿Y para qué demonios sirve?

—Sus aplicaciones son múltiples, pero mal administrada puede conducir a distorsionar la percepción de la realidad, incluso a la locura y la muerte. Veinte gramos de sus hojas en infusión bastarían para matarle a usted.

—Vaya —musité sorprendido.

—Su preparado requiere una gran habilidad y grandes conocimientos. Puede engañar al cerebro de un hombre hasta el punto de hacerle ver lo que no existe. Las brujas lo usan con sahumeros para confundir las mentes de quienes pretenden. Con una infusión previa de melaza roja se neutralizan sus efectos

Dejamos el frasco de beleño negro en su lugar y recuperamos las hierbas para el ganado. Jal se había quedado dormido sobre la mesa de la cocina con la cabeza caída sobre sus brazos cruzados. A su lado, el alambique de cobre seguía destilando orujo en un goteo paciente y continuado.

—¿Cómo le fue en el monasterio? — me preguntó la coja mientras añadía regaliz a la infusión para potenciar sus efectos.

— ¡Qué quiere que le diga! — contesté—. Imagínese las ganas que tenían las monjas de verme por allí.

—Sí, ya lo supongo.

—Al menos, el mal recibimiento fue compensado por la belleza del lugar. El

monasterio es un santuario rupestre precioso.

—¿Visitó usted todas sus dependencias?

—Casi todas. Hasta tuve la oportunidad de entrar en la cocina y ver el pozo.

Fetra levantó la mirada de la mesa de preparados y la centró sobre mí muy seria.

—¿Estuvo usted en la cocina?

—Sí, la tienen cerrada con llave, pero pedí que me la abrieran... Precisamente al abandonarla sucedió algo muy curioso.

—¿El qué?...

—Bueno, una especie de gemido extraño ascendió desde las

profundidades del pozo que está situado en su centro y se expandió por toda la bóveda circular. Le aseguro que fue algo extrañísimo. La madre Beatriz de San Juan me dijo que el fenómeno acústico era debido a interacciones producidas por los respiraderos de la antigua mina romana y las galerías subterráneas que actuaban como conductos de resonancia.

—¿Eso le dijeron?—me preguntó Fetra con un ademán de indignación contenida.

—Pues sí.

La madre de Jal volvió a sumergirse en el preparado, pero yo noté que se llevaba consigo el mudo secreto de una revelación.

—¿Qué es ese pozo? —le pregunté—

¿Por qué todo el mundo aquí le tiene tanto respeto? ¿Qué hay tan especial en él para que tenga que estar cerrado bajo llave y con doble cerrojo?

Sentí que Fetra se debatía en deseos de responderme pero, pese a ello, se contenía.

—¿Quién más le ha hablado de ese lugar? —me preguntó.

—Don Joaquín Castán —dije yo.

—¿El procurador de Bielsa?

—El mismo.

—¿Y qué más le dijo ese don Joaquín acerca del monasterio?

—Me hablo de las decapitaciones del cementerio y de ese extraño libro que guardan en la alacena del estudio.

—¿El *Sepulcri Memoriae*?

–Sí.

Dígame, señor de Artales –dijo la mujer secándose las manos con un trapo que llevaba sujeto al cinto y sorbiendo un pequeño trago de aguardiente– ¿Ha oído hablar alguna vez de la *palinginesia*?

–Apenas algo de mis estudios de filosofía –contesté tras reflexionar unos segundos–. Creo que pertenece a la filosofía helenística.

–La palinginesia es la creencia en el eterno retorno de todos los acontecimientos, de todas las cosas, de todos los destinos... Durante muchos siglos, la humanidad ha tratado de hacer resucitar la esencia espiritual de los cuerpos. Entre el mundo material y el

mundo espiritual hay algo que hace las veces de intermediario, que es el mundo astral. Es lo que el célebre médico Paracelso denominaba *Leffas*, y constituye la fuente donde todos han buscado el secreto de la eternidad.

—¿La eternidad en forma de espíritu?

—Exacto.

—¿Se refiere a los fantasmas?

—Me refiero a esa parte metafísica de todo ser que no necesariamente es alma, y que se encuentra en todas las cosas de la vida.

—¿El espectro de los cuerpos?

—Podríamos llamarlo así —dijo Fetra—. Nuestro paso por la vida terrenal es apenas un instante comparado con el

rastró que deja en el universo. Todo cuanto hacemos en nuestra existencia deja un registro eterno. La palanginesia es el arte que nos permite darle forma de nuevo.

—Ahora que lo menciona, vi una inscripción labrada en el dintel de la puerta de la cocina que podría guardar cierta relación con eso. Hacía mención a la frase de Horacio para aprovechar al máximo el tiempo que nos queda en esta vida. Parecía una advertencia.

—Esa advertencia es justificada, señor Artales, y si Horacio hubiese conocido el secreto que se oculta en el fondo del pozo, estoy seguro de que la habría suscrito de inmediato.

Sentí que la conversación

empezaba a resbalar hacia terrenos un tanto movedizos, pero por cortesía decidí proseguir.

—¿De verdad cree que algo así pueda llegar a ser posible? ¿Que la parte inmaterial de un ente pueda conservarse, incluso recuperarse bajo forma controlada una vez su cuerpo ha desaparecido?

—¿Acaso la química no puede, por medio de su arte, hacer revivir determinados cuerpos? Algunos de estos son destruidos por ella por medio del fuego, pero vemos cómo inmediatamente les devuelve su primitiva forma. La trasmutación de los metales es un claro ejemplo de ello.

—Eso es pura física —dije yo

–Debe ser capaz de ver más allá de la simple ciencia si quiere entenderlo.

–Pretende usted hacer ciencia del misterio y misterio de la ciencia –contrarreplicó con un punto de desdén que en manera alguna pretendía.

Fetra me observó con comedimiento.

Fíjese usted en ese alambique –me conminó mientras miraba el destilador situado junto al cuerpo dormido de Jal–. Es un instrumento que puede ayudarle a entender lo que trato de explicarle. A un lado tenemos la pulpa de uva que constituye el cuerpo material; al otro lado, en el recipiente de recepción, su esencia, el orujo, que no es más que su alma volátil separada ya del ente inicial.

Para lograr la disociación de las dos partes, basta aplicar un reactivo sobre el cuerpo, en este caso una fuente de calor, que actuará como un catalizador dando lugar a la separación. La parte que se recupera en el vaso de cristal, el orujo, es ya solo el espíritu de la uva original, y quedará atrapado a perpetuidad en el interior del recipiente. De modo que, aunque la pulpa de uva se pudra y se destruya, bastará con tomar un sorbo de su esencia para resucitarla en nuestro paladar, restituyendo al instante en nuestro cerebro los campos que le dieron vida, el sol que la maduró o las manos sabias que la vendimiaron...

—Dicho así suena muy poético — observé— ¿Pero qué relación tiene todo

eso con el pozo de la cocina?

La coja me miró directamente a los ojos. Sentí que los iris le ardían como cometas encendidos.

—El pozo es un inmenso catalizador y el agua de su fondo, el reactivo necesario para atravesarlo.

Quedé estupefacto al oír semejante estupidez.

—¿Atravesarlo? ¿Atravesarlo hacia dónde? —dije perplejo.

—Hacia el *otro yo* que se oculta en todos nosotros. Nuestro lado espiritual más oscuro si lo prefiere. Para que la catarsis se desencadene, es menester que la persona en cuestión beba primero el agua del pozo y después se introduzca por el pasadizo de la mina. Si uno de

estos dos requisitos no se cumple, los efectos de la disociación no se desencadenarán y la separación de las partes no tendrá lugar.

Quedé absorto, fascinado por la fantasía en que vivía sumida aquella gente primitiva. Por un instante, había llegado a creer que la madre de Jal era diferente a los otros en virtud de su sensibilidad y de su cultura. Pero ahora me daba cuenta de que estaba equivocado, de que vivía inmersa en ese mismo mundo de supersticiones y encantorios, como si la tierra de aquellos valles estigmatizara a todas sus gentes desde el preciso instante de su nacimiento y hasta el último aliento de sus días.

—Todos los exornados en el *Sepulcri Memoriae* probaron sus aguas y fueron transportados a su *otro yo* — prosiguió la coja—, hacia los miedos de su subconsciente, de su infierno interior. El alcoholismo, la lujuria, la angustia, la soledad... Los extraños lamentos que escuchó dentro del pozo el otro día no eran, como le dijeron, efectos de las corrientes de aire subterráneo, sino reflejos intangibles de quienes quedaron atrapados al otro lado. La esencia que he hecho pasar a través de este alambique jamás recuperará ya sus propiedades iniciales ¿Comprende? El camino es solo unidireccional. No existe retorno posible.

Hubo un largo silencio en que se

me hizo muy difícil hablar.

—¿Pretende decirme que el pozo de los ilergetes es un destilador de almas humanas? ¿Un catalizador que las separa de sus cuerpos y las encierra a todas en su fondo de por vida?

—Sí.

—Yo no puedo creer en esas cosas — le dije aun a mi pesar.

—Lo sé —anticipó ella dibujando una sonrisa llena de dolor.

—Entonces, ¿por qué me cuenta todo eso?

Sus ojos se humedecieron y hasta parecieron temblar bajo el calor del rescoldo.

—Porque es mi obligación hacerlo — arrancó en un suspiro— Aunque fuera

mucha la fuerza de mi empeño, no podría explicárselo por medio de palabras. No me comprendería...

Pensé que era ingrato por mi parte abandonarla en este punto de la conversación y retomé el hilo del asunto con la mayor empatía.

—¿Qué significan el sol y la luna que vi esculpidos sobre la bóveda de la cocina?

—Es un jeroglífico para indicar el periodo en el que el pozo se muestra activo.

—¿Y cuál es su significado?

—¿Qué hay en el fondo del pozo? — me preguntó Fetra.

—Imagino que agua.

—¿Y cuál es el símbolo astral del

agua?

–Piscis –dije yo.

Entonces lo entendí: el sol y la luna sobre piscis hacían mención al periodo en que el último signo de la tabla zodiacal es vigente: desde el 20 de febrero hasta el 20 de marzo.

–El pentagrama que los rodea indica los años bisiestos –terminó de aclararme Fetra–. El pozo se activa una vez cada cuatro años. Y solo durante ese periodo, en el que la primavera deja atrás al invierno, es posible que se produzca la separación entre el alma y el cuerpo si se bebe de su agua y se traspasa su corredor.

Memorice el año y el día del mes vigente...

—Según eso, el pozo debería estar activo ahora —deduje.

—Cierto —respondió Fetra—. Es por eso que debo prevenirle. Usted es un enemigo para ellas. Quizás el peor de todos...

De nuevo me sentí ridículo hablando del asunto. Sor Beatriz de San Juan la había tratado de bruja el día anterior, y Fetra hacía lo propio ahora como si fueran dos enemigos irreconciliables que se disparan balas desde trincheras opuestas. Llegué a la conclusión de que todo se reducía a las consabidas rencillas primitivas entre vecinos.

—¿Qué es ese libro que esconden en la vitrina del escritorio? ¿Qué relación

guarda con el pozo? –pregunté para alejarme de la confrontación.

La madre de Jal reflexionó.

–El *Sepulcri Memoriae* es un gran diario que abarca siglos enteros de anotaciones y que ha ido pasando de mano en mano entre los diferentes propietarios del pozo. Primero, los militares romanos, que fueron quienes excavaron las minas en la cueva. Después, los monjes benedictinos que fundaron el cenobio sobre ella, y al final, las freilas trinitarias, que han sido sus inquilinas hasta el día de hoy. Todos ellos fueron compilando la relación de sucesos que tuvieron lugar durante su periodo de permanencia.

–Se refiere a esas disociaciones?

—Ellos los llaman *descensos*, y si se fija en las fechas que los acompañan, podrá constatar que siempre suceden en el periodo en que el pozo se muestra activo.

—¿Y las decapitaciones de las que hablan en el pueblo?

—Los cuerpos de los monjes que quedaron desprovistos de alma al entrar en la mina son cuerpos malditos. Es por eso que, desde la antigüedad más remota, se ha decapitado a todas las personas que por un motivo u otro han sucumbido al rito del pozo. Se trata solo de un procedimiento simbólico pues, al realizarse la decapitación, el cuerpo ya está muerto.

—Y, si no le importa decírmelo —me

arriesgué a preguntar—, ¿cómo es que conoce usted todo eso?

Fetra asintió con resignación

—Hubo un tiempo en que yo fui monja de ese monasterio —dijo como si de pronto le pesaran las palabras— hasta que sucedió un hecho desgraciado que me recluyó aquí a perpetuidad.

El mastín volvió a ladrar con insistencia. De nuevo, los aullidos de los lobos retumbaron en la lejanía. Una ráfaga de aire dobló el cierre del pórtico haciendo que bandeara con escandalosa violencia, mientras una racha helada entraba en la casa azuzando las llamas del fuego.

— ¿Entonces fue usted monja? — pregunté.

—Así es —dijo ella levantándose de la *cadiera* para cerrar la contraventana— Supongo que se preguntará cómo entonces tengo un hijo.

—Yo no me pregunto nada, señora — señalé con comedida cortesía—. Respeto demasiado la intimidad para no darme cuenta de que nadie tiene derecho a juzgar a nadie.

Ella me miró agradecida.

—Aun así quiero decírselo. Jal es todo lo que tengo y, en cierto modo, ha sido mi regalo. De no haber sido por él, dudo que hubiera podido encontrar una razón para seguir adelante en este mundo.

Bajé la cabeza y miré las llamas que, avivadas por el aire, quemaban los

troncos con voracidad. Pensé que cada persona tenía una historia maravillosa que contar...

—Los Oscuros de Arpan ha sido siempre un lugar maldito —comenzó a relatarme Fetra—. Los ilergetes lo sabían y lo adoraban como una de sus divinidades paganas, pero cuando años más tarde las tribus se fundieron en el polvo de la historia, llegaron otros hombres y otra fe. Fue un error dedicar un santuario a Dios en este lugar³⁶. Al querer matar el pecado originario de una creencia con otra creencia diferente no se logró sino desnaturalizarlas a ambas. Los romanos abandonaron las minas tras darse cuenta de lo que sucedía bajo tierra, y los benedictinos hicieron lo

propio unos siglos después. Cuando llegaron las trinitarias, pensaron que todo eran leyendas para ocultar los pecados de los hombres, metáforas escritas por algún monje amanuense para describir la presión de la soledad y el celibato sobre sus ocupantes. Pronto descubrieron que la maldición era cierta, y que los descensos se cebaban también de las hermanas de su congregación. Muchas se marcharon; los rumores acerca de las oscuras propiedades milagrosas del pozo y de las desapariciones se extendieron; el lugar perdió el favor de la orden madre (exactamente como había sucedido con la de los benedictinos) y poco a poco languideció. Hasta que llegó un

momento en que dejó de ser lo que debía ser. Algunas hermanas desertaron y abandonaron el lugar a escondidas; tres de ellas murieron ahogadas hace décadas en el paso de las Devotas cuando intentaban salir del valle cruzando el río con el caudal crecido. Las monjas que optaron por quedarse, ya desvinculadas de su patrocinio, se readaptaron formando una orden nueva que ya no lo era. Ritualizaron el pozo y lo consagraron a sus fines tomándolo como un protector del lugar más que como una maldición del demonio. Aprendieron a ver el sentido de su divinidad desde nuevos ángulos, creyendo que su poder milagroso era virtud encriptada, y se erigieron como

sus sacerdotisas dogmatizándolo. El pozo se convirtió en el centro alrededor del cual giraba el sentido de su apostolado. Pasó a ser un guardián de su fe, un valedor del lugar.

Fue en ese tiempo de confusión cuando yo decidí marchar también de allí. Me retiré a esta ermita abandonada con otra hermana mayor y la convertimos en nuestra casa. Nos propusimos continuar nuestra vida contemplativa en solitario tomando como inspiración la belleza salvaje de estas montañas. Encontramos la ermita medio derruida, y sin ayuda de nadie la rehicimos del mejor modo que supimos sustituyendo las partes caídas con paredes de cañas y barro. Aquel fue un

invierno terrible; pasamos tanta hambre que nos vimos obligadas a meter una caña en la capa de sebo de nuestras tres ovejas para chuparles algo de grasa sin tener que matarlas. Un año después, Milagros murió de enfermedad y me quedé sola. Puedo asegurarle que fue la experiencia más dura de mi vida. Llegué a flaquear varias veces y, en una ocasión, hasta me propuse regresar a los llanos dejándolo todo atrás. Cerré la ermita y con mi escaso bagaje me encaminé hacia Aínsa. Cuando se puso el sol, y sus rayos festonearon las nubes del horizonte con ese color místico que parece un gigantesco mosaico de maderas antiguas, mi corazón se pacificó y, dándome la vuelta, regresé a

la casa de la que ya no tendría que moverme nunca más.

Una noche, una partida de carabineros pasó por aquí cuando esperaban a los paqueteros. Pidieron entrar en la casa para protegerse del frío y más tarde, algo de cenar. Empezaron a beber y a decir que éramos las gentes del valle quienes advertíamos a los contrabandistas de su presencia, que a nosotros nos correspondía tanta culpa como a ellos. Después empezaron a preguntarse por qué una monja como yo vivía sola y separada del resto de la congregación religiosa, Y entonces...

Fetra bajó la cabeza apesadumbrada. Se notaba que le dolía revivir los recuerdos de esos sucesos.

—No es necesario que me lo cuente si le duele —dije intentando animarla—. Ojalá yo pudiera tener la mitad del coraje que demuestra en todo lo que me ha contado.

—Aunque fue terrible —quiso proseguir—, Dios me bendijo con el mejor regalo que podría darme. Ocho meses después di a luz de noche y sola. Lo hice sobre la paja de los establos, gritando y llorando junto a una mula, pidiendo a Dios que me diera fuerzas para no dejarme morir mientras Jal salía de mi vientre. Me agarré a las correas del animal con las dos manos y lo saqué fuera alumbrándolo sobre la paja sin la ayuda de nadie. Solo entonces, al oír su llanto y ver su diminuto cuerpo

iluminado por la luz de la luna, comprendí el verdadero milagro de la vida.

Me quedé muy quieto mirándola en silencio sin atreverme a decir nada. Pensé en todo lo que me había dicho mientras contemplaba el entorno de pócimas y tarros que me rodeaban. Era como si algo se me perdiera por el camino, como si escapara a mi entendimiento en virtud de una suerte de conocimiento atávico cuyas claves no conocía, y por tanto, no podía descifrar.

Fetra tomó la medicina para la cabra y se puso en pie.

Ahora –dijo para finalizar– ya conoce algo más de la historia de ese lugar y también de esta casa.

Yo me levanté a su vez. Temía que después de haberse sincerado conmigo se sintiera susceptible por haberlo hecho

–Está listo para salir? –me preguntó con equidistante frialdad.

–Lo estoy.

–Entonces, vamos

Ambos salimos a los corrales dejando a Jal sumido en su sueño, y al alambique, en su destilación paciente...

(Donde describo lo que Fetra me enseñó en los establos y el significado que sus palabras tuvieron para mí)

Fuera, la tormenta de nieve ya se alejaba y las nubes dejaban ver grandes claros entreverados entre los que se asomaba una luna helada. El mastín seguía ladrando nervioso dirigiendo sus gruñidos hacia la oscuridad, y el ganado —que apenas reunía diez cabezas entre ovejas y cabras— parecía inquieto y balaba agrupándose contra la valla del cobertizo sin poder determinarse si lo

hacía por causa del frío, o por temor a un ataque.

Fetra me invitó a que le acompañara dentro del corral donde se encontraba la cabra que tenía que parir. La había puesto junto a los mulos para que estuviera más protegida y más tranquila.

Con el candil de luz sujeto a su mano, rodeamos la barbacana rocosa y caminamos hacia el establo. Un cárabo se dejó caer de la rama de una encina cercana y planeó silencioso ante nosotros hasta perderse en la espesura del arbolado. Fue como ver pasar a un espíritu del bosque.

—¿Por qué el ganado está tan famélico? —le pregunté.

—Ha estado todo el invierno sin poder pastar —me explicó—. Las penurias de la nieve se han comido las colinas de grasa que redondeaban sus cuerpos. Cuando lo vea en verano, ya verá qué cambiado está.

La mujer se detuvo ante la puerta para advertirme a media voz:

—No haga ruido ahora.

Los dos entramos en el establo de piedra agachando la cabeza. El suelo estaba cubierto de paja y de heces, y el resplandor del candil procuraba una atmósfera soñolienta arropada por las telas de araña y el polvo de heno en suspensión. Había una gran cantidad de fajos de ramas con hojas secas que se empleaban para alimentar al ganado

cuando este no podía salir, y también de palos de sabelo para la confección de colmenas. Al pasar por detrás de una mula, esta se puso a orinar y defecar soltando sus residuos a discreción.

—Está dormida —me siseó Fetra.

—¡Pero si está de pie! —le aclaré con un gesto.

—Aun con todo, duerme —me susurró—. Es frecuente que tengan episodios de sonambulismo cuando la temperatura baja mucho. Eso hace que coman y hagan sus necesidades estando dormidas.

Rodeamos a los animales con sumo cuidado para no molestarlos y llegamos al corral en el que se hallaba tendida la cabra. Fetra se agachó junto a una

esquina y revolvió un amasijo de excrementos y paja hasta sacar un matraz de cristal enterrado en el estiércol.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Es un experimento de palingnesia —me expuso mostrándome el recipiente de cristal—. Hace más de tres años que estoy intentando reproducir el espíritu de las plantas en este recipiente.

Miré la redoma cubierta de excrementos y advertí que a través del cristal se percibía una leve fosforescencia verdosa. Lo primero que pensé fue que se trataba de una especie de hongo lumínico.

—¿Cómo pretende reproducir el espíritu de una planta ahí dentro? —dije tomándome la conversación como un

nuevo y delicioso descenso al folclore popular.

—La orden Rosacruz conocía el arte de encerrar los fantasmas de las plantas dentro de sus redomas, de suerte que siempre que le parecía bien, hacía aparecer una planta determinada en un recipiente. Cada redoma poseía su arbusto con un poco de sustrato semejante a ceniza. Todo ello sellado herméticamente. Cuando quería exponerlo a la vista de alguien, calentaba suavemente la parte inferior de la redoma. El calor que penetraba en ella hacía salir del seno de la materia cenagosa un tallo, después unas ramas, luego hojas y flores, y esa visión permanecía completa a los ojos de los

espectadores mientras duraba el calor excitante.

—¿La planta resucitaba dentro de la probeta por efecto del calor? —pregunté gozoso.

—No —dijo Fetra— Solo su *caput mortuum*. El fantasma vegetal, una forma de la misma planta sin el socorro de la tierra. Su yacimiento es algo que no tiene existencia más que para el ojo. No es más que un humo afectado, la forma de una substancia que no ofrece jamás presencia corpórea, es decir, algo inmaterial, que no es susceptible de impresionar al sentido del tacto y que, si se tocara con el dedo, se convertiría en agua.

Volví a mirar la probeta iluminada

por el candil de luz.

—¿Cuál es el secreto para lograrlo?

—le pregunté con curiosidad.

—¿De verdad quiere saberlo?

—¿Por qué no?

—Es necesario comulgar con el espíritu de la naturaleza para poder comprenderlo en toda su amplitud —me previno.

—Me gustaría probarlo —dije yo.

—Entonces, cierre los ojos y escuche con atención mis palabras intentando captar su significado más allá de los simples límites de la razón.

Yo obedecí y cerré los ojos...

—En primer lugar, hay que machacar cuatro libras de grano bien maduro de la planta de la cual se desea sacar el *alma*

—empezó a ilustrarme Fetra—. Enseguida se procurará conservar la pasta que resulte de este cometido en el fondo de una vasija muy transparente y muy limpia. Un día, al atardecer, si la atmósfera se halla bien pura y el cielo se presenta muy sereno, se expondrá dicho producto a la humedad nocturna para que se impregne de la virtud vivificante que existe en el rocío. Se tendrá buen cuidado de recoger y filtrar una buena cantidad de dicho rocío, pero a condición de que sea antes de salir el sol, porque este aspira la parte más preciosa, la cual es extraordinariamente volátil.

»Acto seguido, se destilará el líquido filtrado. Del residuo de las

heces, conviene saber extraer una sal «muy extraña pero muy agradable de ver», y se rociarán los granos con el producto de la expresada destilación previamente saturada con la sal en cuestión. Inmediatamente, se introducirá la vasija, herméticamente cerrada con bórax y vidrio machacado, entre el estiércol de una cuadra.

»Al cabo de un mes, el grano se habrá convertido en una especie de gelatina; el espíritu será como una piel de varios colores que flotará entre toda la materia. Entre la piel y la substancia cenagosa del fondo de la vasija, se observará una especie de rocío verdoso que representará un campo de mies.

»Cuando la fermentación se halle

en este punto, la mezcla producida será expuesta de día a los ardores del sol, y de noche, a la irradiación lunar. Durante los periodos lluviosos, es necesario trasladar la vasija colocándola en un lugar seco y templado hasta la vuelta del buen tiempo. Para que la operación sea perfecta, han de transcurrir varios meses en dichas condiciones, mejor un año, hasta que se observe que la mezcla ha doblado su tamaño y que la película ha desaparecido. Entonces será señal de que el éxito no se hará esperar.

»La materia, en su último estado de elaboración, debe aparecer en polvo y de color azulado. Es por entre dicho polvo que se levantará el tallo, las hojas y las flores, en el instante de poner la

vasija a fuego lento. Y así es como se obtendrá el *Fenix vegetal* de las semillas seleccionadas.



Abrí los ojos y miré la redoma con atenta fascinación. No acerté a ver nada más que la ponzoña ligeramente fosforescente. Un rayo de luna incidió por la ventana de piedra del establo y tocó la vasija confiriéndole un resplandor casi mágico.

«Qué universo de fantasía tan hermoso» me dije subyugado por la poesía que vestía aquel mundo de conocimientos y creencias ancestrales. Semejante patrimonio cultural jamás

debería perderse...

Fetra tomó la redoma y, con sumo cuidado, procedió a enterrarla de nuevo entre el estiércol de la cuadra.

—Es el amor que ponemos en nuestros actos y no las leyes de la ciencia lo que dota de sentido a las cosas —me reveló—. Si no quieres ver un sentimiento, hijo, nunca lo verás...

Por primera vez me sentí como un huérfano del saber de la montaña, porque mientras una parte de mí se reía a costa de toda aquella sabiduría cómica, la otra anhelaba conocerla e impregnarse de ella.

Tomé la horquilla y salí al exterior para vigilar que los lobos no se acercaran a la casa mientras Fetra

atendía a la cabra. Al abandonar el establo, mis pensamientos volvieron a buscar a Cordelia entre la soledad de la noche. Me pregunté qué estaría haciendo ahora, si acaso estaría también pensando en mí desde las bulliciosas calles de Bielsa o desde la ribera del río donde recogía sus flores de nieve. Dejé seducirme por esta idea ingenua imaginando cómo nuestras mentes confluían entre los añiles deslavazados de aquel cielo fulgurante. El mastín se tumbó a mis pies con ademán reposado, y la luna refulgió como si me bautizara con una cascada de luz para acogerme en su seno. Entonces, una breve ráfaga de brisa me rozó sorprendiéndome con un beso furtivo y supe que había sido

ella...

XXI

(El dolor de Cordelia)

Los festejos ya alcanzaban las tres de la madrugada cuando Cordelia decidió recoger velas y retirarse a descansar a su cuarto. Los recuerdos de nuestro encuentro habían secuestrado su corazón y sus pensamientos del mismo modo que lo habían hecho con los míos. Ella, que durante todos los carnavales había iluminado la fiesta como un faro de luz que brillaba hasta el amanecer, se retiraba ahora a su casa con discreción, del mismo modo que la marea alta se

retira con el cambio de luna, o la savia del tronco con el ciclo estacional. Estaba feliz y enamorada como jamás lo había estado, y sus ojos y sus mejillas reverberaban de un modo especial. Un nuevo sentir gobernaba sus actos haciendo que su mirada se perdiera en detalles que antes hubiera pasado por alto. Le bastaba contemplar el revoloteo de dos palomitas nocturnas sobre un quinqué de luz, o los nidos abandonados de las golondrinas bajo los alerones cubiertos de témpanos de hielo para inventar asociaciones, para sentir que el milagro del amor anidaba en su interior despertando una primavera diferente a las que había conocido hasta la fecha.

La joven caminó sobre la nieve de

la tormenta ausente. Aunque de manera bastante más leve que en las montañas, la turbonada había dejado sentir también allí los efectos de su paso fugaz. Cordelia tenía todos sus pensamientos y esperanzas puestos en el monasterio. Confiaba de corazón en que yo hubiese conseguido alcanzarlo sin novedad y que ahora me encontrara a salvo bromeando y riendo junto a Lucien.

La chica se despidió de los jóvenes de la plaza que intentaban convencerla para que se quedara con ellos a bailar un rato más y entró en el patio de la casona. Al subir las escaleras de madera que conducían a las habitaciones se topó con Leonor, el ama de llaves de don Joaquín, que desde lo alto del rellano

parecía aguardarla con un candil de velas sujeto a la mano.

Cordelia, aunque muy cansada, sonrió como era habitual en ella, solo para descubrir que la otra no le devolvía la sonrisa y permanecía aguardándola con expresión ceñuda.

—¿Qué te pasa, Leonor? —le preguntó recogiendo la melena con una cuerdecilla.

Leonor no fue capaz de mantener su falso enojo y se desencajó en un mar de lágrimas

—¡Pero qué has hecho, hija mía! —se lamentó atravesándola con la mirada.

Cordelia se asustó al verla reaccionar así.

—¿Qué sucede?...

—Mi pequeña... —sollozó el ama de llaves acariciándole la mejilla con la mano— Dios sabe que has sido una hija para mí...

La joven seguía desconcertada por las emociones que se sucedían a su alrededor y, apartando con suavidad el cuerpo de la anciana, que se empeñaba en abrazarla, le pidió que se calmara.

—¿Pero se puede saber qué te pasa, mujer?

—Don Joaquín ha decidido que marches a servir a Francia —le informó—. Lo ha dispuesto todo esta noche para que partas pasado mañana con la caravana de los toneleros. Tus días de niña se han terminado aquí, mi princesa.

Cordelia era incapaz de entender lo

que le estaban diciendo. Las ideas se agolpaban en su cabeza golpeándola como un martillo. De repente sintió un frío que no era solo del cuerpo.

—No entiendo qué quieres decir.

Leonor intentó calmarse para poder explicárselo del modo más claro posible. Atusándose el delantal y dejando el candelabro apoyado sobre una columna de la balaustrada trató de recomponerse.

—Has hecho lo único que no estabas autorizada a hacer —le dijo—. No se te castiga por haberte acostado con ese forastero. Dios sabe que yo misma hice lo propio, hace tiempo, con un contrabandista perdido en las montañas para salvarle la vida de una congelación

segura. Es don y condición inherente en la mujer de estas tierras disponer de su cuerpo para hacer el bien sin que haya en ello motivo de pecado o de vergüenza. Muy a la contra, ha supuesto desde siempre un motivo de orgullo matriarcal que ha guiado el buen hacer en la tradición del valle. Pero esa misma tradición sagrada que rige desde tiempo inmemorial nuestros destinos establece también que te debas a los tuyos, a los de tu raza, a los que te han cuidado y protegido desde que eras pequeña, y junto a los cuales estabas llamada a perpetuar el vínculo con la tierra. Todo te estaba permitido, Cordelia; eras la niña mimada de estas montañas. Todo te hubiese sido dado, excepto que

entregaras tu corazón a un hombre de los llanos para mezclar con él nuestra sangre.

La joven abrió mucho la boca sin ser capaz de decir nada.

—Pero... ¿Qué importancia puede tener eso?...

—Ellos nunca serán como nosotros, mi niña; vendrán desde lejos para transformar nuestro mundo, que es tan frágil y hermoso como esas flores de nieve que tanto te gusta recoger en las rocas de los prados alpinos. Traerán leñas de otros hogares que no serán ni tan secas ni tan cálidas como la que arden en nuestras chimeneas, pero que olerán incluso mejor y, al poco tiempo, serán esas mismas leñas verdes las que

calienten nuestras casas sin que sepamos cómo pudo llegar el frío hasta ellas. A esos forasteros que vienen de fuera se les consentirá beneficiarse de los dones de este lugar; les autorizaremos a sentirlos, a disfrutarlos y hasta agradecerlos en virtud de su corazón. Podrán recordarlos y añorarlos tras su paso por aquí; llorarlos con nostalgia en el invierno de sus días o rememorarlos con la alegría del que vivió algo digno de recordarse. Pero bajo ningún concepto podrán formar parte de ellos del mismo modo que nosotros. Pese a nuestro trato amable y abierto, ellos serán siempre forasteros... ¡Y andarán de paso por esta tierra sin poder quedarse en ella!

Cordelia empezaba a entender lo que trataba de decirle la anciana, y las lágrimas se agolparon en el balcón de sus párpados sin atreverse a desprenderse. Los sentimientos enfrentados la confundían y le impedían ver con claridad

—No quiero irme de aquí, Leonor — musitó con la voz turbada por el sentimiento— Ésta es mi casa, aquí está mi gente

Leonor se secó su llanto y trató de limpiar a su vez las gotas que comenzaban a rodar por la mejilla de su pequeña.

—Lyon es una ciudad muy bonita —la animó el ama—. Muy pronto aprenderás a vivir de un modo diferente a lo que has

conocido hasta ahora. Descubrirás a otro hombre y te casarás... Supongo —suspiró— que era solo cuestión de tiempo que llegara este momento.

—Pero yo no quiero irme; yo quiero seguir aquí...

—Eso ya es imposible

—¿Pero por qué?

—Porque, pese a todo, y aunque tú aún no lo sepas, ya has dejado de ser uno de nosotros. Don Joaquín no llorará tu partida aunque le apene más que a nadie. Yo lloro por él; yo lloro en nombre del pueblo y del valle entero.

Leonor se sacó un pañuelo para sonarse la nariz. Espetó con fuerza y la mucosidad resonó bajo el paño.

— ¿Dónde está don Joaquín? —la

interrogó Cordelia.

—En la biblioteca. Esta noche ni siquiera ha querido salir. Lleva más de dos horas encerrado.

—¿Está solo?

Leonor asintió.

La chica volvió la cabeza hacia el pasadizo que conducía a la biblioteca y vio que salía luz por debajo de la puerta.

—Hablaré con él.

Leonor asintió otra vez sin decir nada y la dejó en las escaleras afrontando sola el trayecto que conducía hasta el salón. Al llegar allí, Cordelia vio que la puerta estaba entreabierta y, con gran discreción, la fue empujando con la punta de los dedos hasta dejar

visible la estancia.

Al fondo, la figura hierática y descompuesta del procurador permanecía sentada junto al fuego. El tempestuoso cuadro del salón coronaba las brumas de su desazón, acaso, como si fueran una prolongación de su desencuentro. Solo el amor de la chimenea serenaba sus cavilaciones hipnotizándole con un reverbero de destellos que transformaban los ángulos muertos de su semblante con cien sombras danzantes.

Cordelia avanzó despacio hasta él.

—Me ha dicho Leonor que querías verme —dijo apocadamente.

Don Joaquín aún tardó un rato en mirarla. Las ascuas inflamaban su

pupilas y parecían sustraerle a otros mundos.

—Joaquín... —repitió Cordelia tocándole el hombro con cuidado.

El procurador se volvió por fin hacia la muchacha.

—Cordelia —le dijo haciendo aún más visible el amargo desengaño en su rostro—. He dispuesto que pasado mañana marches a Tarbes con la caravana de don Famades. Allí cogerás un coche para Lion y te presentarás en la dirección que te he escrito en este sobre. Es la residencia de un buen amigo mío. Es médico y hace años ya se interesó por ti.

Don Joaquín extendió la mano para alcanzarle el sobre.

—Aquí tienes la carta de presentación que deberás entregarle a tu llegada. Te he puesto algo de dinero dentro para que puedas pagar el billete de la calesa y solventar los gastos básicos hasta que te acomodes.

Cordelia alargó el brazo para tomar la carta. La frialdad de su benefactor era tan lejana, tan desprovista de familiaridad, que tuvo la sensación de hallarse ante un extraño.

—Pero... ¿Qué es lo que ha pasado para precipitarlo de esta manera?

—Nada que no tuviera que suceder antes o después —se apresuró a responderle el procurador—. Cuando tus padres murieron siendo tú muy niña, yo decidí hacerme cargo de tu cuidado

asumiendo que esa era mi obligación. Como sabrás, aunque es muy posible que ya no lo recuerdes, tu padre y tu madre perdieron la vida durante la riada del año 1828, la misma que se llevó parte de la cuenca del río. Puesto que trabajaron a mi servicio durante más de treinta años, me sentí en el deber moral de establecer un hilo de continuidad con ellos a través de tu persona. El vínculo con la tierra se perpetúa de muchos modos diferentes, Cordelia; el pueblo es hijo de sus costumbres. Aquí todos somos una gran familia, con independencia del rol económico o la condición social que ocupemos. Yo siempre lo he querido así y he promovido la familiaridad y el

entendimiento entre todos los miembros del servicio. Sin embargo —prosiguió don Joaquín fijando de nuevo su mirada sobre las ascuas del hogar—, tú ya te has convertido en una mujer adulta y ha llegado el tiempo en que debas hacer tu propia vida.

—Yo no quiero ir a Francia —le suplicó Cordelia agachándose ante el sillón para tomarle las manos—Nunca he salido de aquí; ¡esta es mi casa! Por favor, Joaquín, déjame quedarme.

—Te acostumbrarás enseguida a tu nueva vida —le respondió el procurador con la sequedad de un duramen muerto—La vida de la capital, su ritmo, su ajetreo, sus maneras —aquí formuló un gesto de vano entusiasmo— quizás

lleguen incluso a gustarte. La gente de los llanos no es como nosotros te aconsejo que te adaptes a su modo de vida lo antes posible; de lo contrario, sufrirás bastante. Deberás olvidar tu pasado con la mayor brevedad; estar recordándolo no te ayudará a superar el cambio por el que tendrás que pasar. Más bien, a la contra, puede devenir un lastre para tus ánimos...

—¿Es por Fernando que me hacéis esto? —se defendió la chica.

—No —respondió el procurador lacónico—. Aunque debo reconocer que ese visitante del ministerio me ha abierto los ojos respecto a muchas cosas.

—Entonces, si tu decisión es

irrefutable, si estoy como veo condenada a tener que marcharme de mi tierra, consiente al menos que sea yo quien elija el instante, el lugar y la persona con la que quiero hacerlo.

—Es momento de afrontar la vida con seriedad, Cordelia, y no con sueños románticos de quinceañera que jamás se cumplirán. La vida puede ser muy dura si no se afronta con la cabeza fría y los pies en el suelo. Ese joven que ha inflamado tu corazón no es más que un fervor pasajero que pasará por tu vida con la misma rapidez e intensidad que una tormenta de verano. Debes centrarte en tu inminente destino poniendo en él tus cinco sentidos. Déjame darte este último consejo de amigo si es que aún

queda algo de cariño en tu corazón hacia mí. Desde que eras una niña, supe que llegaría el día en que tendría que separarme de ti, y digo separarme por no decir perderte. Ahora, a partir de mañana, debes olvidarlo todo y concentrarte solo en ti misma.

—El volverá —replicó Cordelia.

—La decisión está tomada, te guste o no —sentenció don Joaquín dando visos de querer zanjar la conversación—. Debes asumir tu destino del mismo modo que lo hice yo en su momento. Madura de una vez y prepárate para afrontar el papel que la vida te ha asignado. Tus padres fueron sirvientes, y a ti se te ha aleccionado para que cumplas el mismo cometido. Aunque me

duele decirte esto, es momento de que devuelvas la inversión que se ha depositado en ti

—No me iré hasta que él venga a buscarme —dijo Cordelia dolida pero orgullosa.

El rol de su condición indómita se rebelaba para enfrentar el desaire de su mentor.

—Te irás cuando corresponda —la aleccionó el procurador—. Ahora no quiero discutir más. Prepara tus cosas y estate dispuesta para partir pasado mañana a primera hora.

Cordelia aún se quedó mirando unos instantes la imagen amargada del cincuentón. Después se dio la vuelta y abandonó la biblioteca para dirigirse a

su cuarto. Cuando llegó a la cómoda, se sentó en la cama con las manos juntas sobre los muslos y dejó descansar su mirada en las vistas de la ventana que mostraban el río iluminado por la luna. A la sazón, se preguntó si acaso no sería la última vez que sus ojos contemplarían aquel paisaje que cada noche, al acostarse, había velado sus sueños desde la infancia.

XXII

(El calvario de Lucien)

Aquella misma noche, mientras yo velaba la entrada de los corrales y Cordelia lloraba su pena en soledad, la madre Beatriz de San Juan visitó por tercera vez la celda de Lucien. En esta ocasión iba sola, portando en su mano derecha una vasija de cerámica llena de agua y, en la otra, el correspondiente sahumero. Tras abrir la puerta de la estancia, miró al francés.

Lucien permanecía desnudo y tendido sobre un amasijo de sábanas

desarboladas, cuyos extremos besaban la superficie de las baldosas. El cuadro entero semejaba una pintura del Renacimiento, una naturaleza dormida en la que los músculos perfectos de su anatomía masculina descansaban arrojados por las sombras de la celda. El barón de *Saint-Saud* respiraba con placidez, destacando el movimiento acompasado de su pecho prominente que ascendía y descendía con lentitud. Su brazo estaba extendido hasta la altura de sus muslos, que eran anchos y fuertes. En su extremo —como el Adán de Miguel Ángel en su afán por alcanzar la mano de Dios— aún mantenía los dedos entreabiertos y, entre ellos, parecía escapársele el libro que no hacía mucho

había terminado de leer...

La freila encendió el sahumerio y se sentó a su lado tocándole la frente para comprobar su estado. La fiebre prácticamente había desaparecido.

—*¿Celui qui es-tu?* — preguntó el francés al sentir la mano fría de la monja sobre su frente.

—Soy yo —susurró la madre Beatriz al tiempo que comenzaba a frotar sus sienes con el ceramen de la droga.

Lucien abrió los ojos del modo en que los abre una persona que ha estado durmiendo una eternidad. Frente a él redefinió una silueta borrosa, una figura que al principio correspondía a la de una mujer mayor, pero que enseguida, a medida que el ceramen se diluía en su

epidermis, se transformaba en una joven hermosa que, de algún modo, ya le era familiar.

–Tú otra vez –gimió el muchacho entreabriendo unos labios reseco que ardían de sed.

–Sí, yo otra vez...

La freila recorrió la superficie del vientre del joven deslizando las puntas de las uñas hacia el bello de sus pectorales.

– ¿Has terminado de leer el libro?
–le preguntó

Lucien dobló su brazo extendido sobre las sábanas y lo posó con delicadeza bajo los cabellos sueltos de Beatriz.

–Hasta la última página –le

respondió.

– ¿Te ha gustado?

–Muchísimo.

–Entonces, ha llegado el momento de tomar tu premio. Dime, Lucien, ¿Cuál prefieres tener primero, a mí o al agua?

–Dame de beber, por favor...

Beatriz se despojó de sus hábitos quedándose desnuda junto al cuerpo del barón. Todas sus curvas estaban embadurnadas por un aceite perfumado que tonificaba su piel mostrándola tersa y rejuvenecida. La monja alzó la jarra de porcelana sobre el cuerpo de Lucien y escanció un chorro de agua fresca en el interior de una copa de cristal como si fuera sidra. Mil gotas heladas salpicaron el acalorado cuerpo del

joven que se estremeció al intuir lo que su paladar demandaba con tanta ansiedad.

—Ha llegado el momento de tu comunión—susurró la monja acercándole la copa hasta la boca—. Como dijo San Agustín: *Da lo que tienes para que merezcas recibir lo que te falta.*

El canto de la copa de cristal se posó junto a los labios del joven y el francés no pudo evitar sorber el líquido de un modo goloso. Engulló sin detenerse una jarra entera de aquella agua refrescante y, apenas terminarla, tomó una segunda que la bruja le brindó.

—El agua del pozo te mostrará el camino hacia ti mismo, pequeño—le susurró muy cerca del oído—bébela toda

con gozo; deja que te lleve con ella...

Lucien quedó tendido relamiéndose de gusto para sorber las últimas gotas de aquel roció vivificante. Beatriz procedió entonces a estimular los ardores de su carne con toda suerte de susurros y caricias. Primero las hizo muy superficiales, podría decirse que casi tímidas, aplicando a conciencia sus manos para seguir un patrón estudiado que ganaba en eficiencia a medida que percibía las respuestas corporales del joven. De modo progresivo, arrastró al *afortunado* a una pendiente de lujuria de la que difícilmente querría renunciar. El agua del pozo había restituido las energías del francés activando toda su *generosidad*.

En esta ocasión, Beatriz le dejó explayarse a su gusto. Tendiéndose de espaldas encima de la cama, boca arriba, dejó que el joven rubio la montara sin resistirse. El francés se extendió sobre su cuerpo y acopló su formidable musculatura de atleta entre los muslos retraídos de la abadesa que lo envolvieron al instante. De este modo, traspasándola con el rayo de su virilidad, apretando los dientes y las carnes con la mirada entregada, la tomó entera para sí anhelando fundir su alma con la de ella.

Quería diluirse dentro de su vientre como un sacramento, poniendo en el deseo de la carne la misma devoción que habían puesto sus labios al mendigar

el líquido del grial. Copuló con ella con tanto ardor como ternura. Conoció el falso amor como si fuera verdadero, y el odio verdadero como si fuera falso amor, porque en ese juego en el que los sentimientos se disfrazaban de placer y el placer de sentimientos, lo único cierto era lo que no podía verse, lo que permanecía oculto a la vigilancia de los sentidos...

Tras derramarse en su sexo, quedó rendido sintiéndose más cansado de lo que en un inicio había creído. No tardó ni un instante en dormirse. La debilidad aún era patente y, cuando la acción de las drogas se disipaba, su cuerpo pedía resarcirse de los excesos a los que se le había sometido con más horas de sueño.

Lucien durmió ininterrumpidamente casi cuatro horas, hasta que una llamada lejana turbó sus sueños despertándolo para conducirlo de regreso al mundo de la realidad.

—¡Lucieeee! —retumbó en su oído latente como un aviso del mas allá—
Lucieeee!

El barón abrió los ojos como un simulacro de piedra al que un rayo divino hubiera conferido animación de improviso, y permaneció a la expectativa del grito.

—¡Lucieeee! —volvió a escuchar desde un punto distante.

De inmediato tuvo conciencia de la voz. Era la de su hermano pequeño, el petit Pascal, muerto a los diez años de

edad cuando, juntamente con él, exploraba una cueva cerca del departamento de Dordoña.

Reincorporándose de la cama con sobresalto, se puso el camisón de dormir y encendió una palmatoria resuelto a descifrar la naturaleza de las voces. Parecía evidente que los lamentos venían de otra parte del monasterio, de manera que abrió la puerta de su celda y salió al pasadizo intentando localizarlos. Descalzo y con el palor de la llama alumbrando su expresión de loco enajenado, paseó su triste figura a lo largo de las dependencias de piedra.

—¡Lucieeeeeen! —repetía la voz sin desmayo— ¡Por favor, sácame de aquí,

no me abandones! ¡Está muy oscuro!

El francés, trastornado por el suceso, comenzó a responderle a su vez:

—*Pascal ¿Es tu? ¿Où te trouves tu?*

—*Je suis ici, dans la cuisine!*

—No te preocupes, Pascal, enseguida te sacaré de aquí!...

La voz sonaba con desespero y parecía sumida en un terror atávico.

El barón fue dejando atrás su cámara hasta llegar a la enorme puerta de encima que custodiaba el acceso a la cocina. Resultaba evidente que las voces venían desde el otro lado. Intentó abrir la puerta que accedía al pozo, pero los cerrojos estaban corridos y no podían liberarse sin ayuda de la llave. Empujó con las manos y con los

hombros sintiendo cómo las súplicas de su hermano le herían en el alma como cuchillos afilados hasta dejarle sin fuerzas. Lucien se desplomó extenuado quedando arrebuñado en su camisón blanco contra la base de la puerta.

Una silueta puesta en pie se aproximó hasta él alumbrándolo con otra vela.

—¿No puedes entrar a ayudarlo? —le preguntó la madre Beatriz de San Juan.

Lucien giró la cabeza hacia arriba con amargura y la contempló desde el suelo.

—¿Quién eres tú, bruja? ¿Por qué extraño encantamiento has conseguido revivir este recuerdo?

—¿Qué es lo que pasó, Lucien? —le

preguntó a su vez la monja— ¿Hablabas con algún conocido que se accidentó por tu causa? ¿Acaso algún familiar cercano? ¿Te sientes culpable de algo?

—¡Furcia! —clamó el barón tratando de golpearla desde el suelo con su palmatoria sin conseguir alcanzar siquiera sus pies— ¿Qué es lo que me has dado? ¿Qué estás haciendo conmigo?

—Aún estás confundido —le replicó la monja—. La puerta del pozo está cerrada para ti hasta que llegue el momento. Vuelve a tu cuarto y descansa, habla en sueños para contarme tus temores; mañana por la mañana no te acordarás de nada de lo sucedido. Serás otra vez la persona franca y alegre que un día llegó aquí.

—Nunca me tendrás —escupió el francés apretando los dientes.

La freila sonrió.

—Ya te he tenido; y a fe mía, que te ha gustado con locura.

—¡Cállate, zorra!

—Cállate tú —rugió la monja cruzándole la cara con un bofetón—. Vuelve a tu cuarto y acuéstate. Cuando mañana venga el ladrón de conventos, ya sabes qué es lo que has de hacer.

—Jamás me prestaré a nada contigo.

—Lo harás sin saberlo —siseó la madre— y te aseguro que lo harás bien.

La madre Beatriz volvió a desaparecer. Lucien permaneció tendido contra la puerta a través de la cual seguía escuchando los llantos de su

hermano pequeño que le llamaban sin
descanso desde el fondo del pozo.

XXIII

*(Donde refiero mi regreso al
monasterio y mi reencuentro con
Lucien)*

8 de marzo

La mano clara de la alborada se introdujo en el cuarto rescatando mi conciencia adormecida. Me reincorporé secándome las legañas de los ojos y permanecí un rato ausente, mirando a mí alrededor para situarme. Mi memoria aún se aferraba al vértigo de las imágenes de la vigilia. El ruido de los

mirlos correteando bajo las tejas de la techumbre me devolvieron al mundo de las realidades. Comprobé la estancia: el fuego de la chimenea se había extinguido por completo y un mar de cenizas muertas se había llevado todas sus palabras, palabras disecadas como esas flores apesadas en vasijas de cristal que ya no eran sino un reflejo mudo de sí mismas...

Me asecé la cara y salí al exterior. La atmósfera parecía limpia y serena, sin una sola mácula que enturbiara el hermoso día de primavera que se intuía. A medida que la marca de luz fuera trepando hacia su cenit, los rayos fundirían la nieve caída durante la noche en las montañas abriendo de nuevo las

trochas y los caminos. El deshielo había comenzado. Pensé que no tendría mayores dificultades para proseguir mi viaje y me propuse estar a mediodía en el monasterio.

Jal y Fetra no estaban en la casa. Seguramente habrían salido a primera hora de la mañana para recoger agua del río. Mientras esperaba su regreso, se me ocurrió escribirle una carta a Cordelia, en la confianza de que esa misma mañana, cuando bajaran el orujo para venderlo en las fiestas, pudieran entregársela en mano. He de reconocer que aquella fue una buena idea. Por un motivo u otro, ya fuera el entorno, la hora del día o las circunstancias que la rodeaban, la creatividad estuvo de mi

lado, y sin apenas correcciones ni cambios, inspiré uno de los escritos más hermosos que haya hecho nunca. En dicha carta le manifestaba mi amor — pese a ser consciente del poco tiempo que llevábamos juntos— y mi deseo de llevarla conmigo a Segovia para presentársela a mis padres. Le hablaba acerca de mi licenciatura y de mis ingresos en el ministerio, y de la posibilidad de poder llegar a trabajar en Palacio a medio plazo. Incluso de que, si ella lo estimaba conveniente y accedía en convertirse en mi esposa, no tendría objeción en que los festejos de la ceremonia se realizaran en Bielsa.

No sé por qué, mis ganas escribían más aprisa que mi razón, y cuando quise

darme cuenta, ya había decidido con ella prácticamente la mitad de nuestra vida futura. Al releerla y tomar conciencia de esta realidad, se me antojó cómica, pero preferí dejarla tal cual, sin modificarla, creyendo de corazón que las cosas son más auténticas y sinceras cuando se conservan con la misma frescura con que vinieron al mundo, y de que Cordelia se reiría lo mismo que yo al leerla (Menuda una era ella para esto). Junto a la carta, enrollé también la acuarela de Jal donde se hacía visible su retrato. La misma que le había enseñado en la plaza y que había prometido regalarle en cuando fuera mía.

A las diez de la mañana, Jal y su madre regresaron del río con dos

barricas de agua cargadas sobre las algaderas³⁷ de la mula. Esperé a que se acercaran para ayudarles a descargarlas, y una vez hubimos llenado la cisterna de la ermita, acompañé al muchacho a los establos para desensillar al animal.

—Jal —le dije tras sacar el arnés y la silla del lomo de la acémila— ¿Bajarás esta mañana también al pueblo?

—Claro —dijo él—. Durante estos días es cuando hacemos más negocio. Da lo mismo que llevemos un pellejo de orujo que cinco. Los mozos del pueblo se lo beben todo indistintamente.

—¿Bajará tu madre contigo?

—Hoy sí. Tiene que amañar la pata de una mula de los catalanes. Es de la caravana de don Famades, que todos los

años paran aquí antes de seguir viaje a Francia. El animal tropezó en el congosto de las Devotas cuando subían las mercancías.

—Entonces me gustaría que me hicieras un favor —le dije—. Tengo aquí una carta que me gustaría que entregaras a Cordelia. ¿Piensas que podrás hacerlo?

—Ningún problema —respondió el muchacho tomando de mi mano el sobre con el escudo del ministerio— ¿Has puesto el retrato también ahí dentro?

—Sí —sonreí.

—No sé si el dibujo está del todo bien. A veces pienso que le falta un toque de intensidad en los ojos.

—Está perfecto, Jal — asentí.

Él se sonrió como si estuviera encantado de participar en aquello.

Miré hacia la casa y vi que Fetra volvía a salir con un barreño circular lleno de cenizas del hogar.

—¿Adónde va ahora tu madre?

—Marcha a la acequia para fabricar lejía³⁸.

Me acerqué hasta la coja. Quería agradecerle cuanto había hecho por mí, pero no sabía con exactitud cómo hacerlo.

—Me marcho al monasterio —me despedí.

Fetra dejó en el suelo el barreño de agua y me contempló con tristeza. Los mechones deshilachados de su pelo se alborotaban bajo el pañuelo agitados

por la brisa de la mañana.

—Supongo que no serviría de nada que le dijera que no vaya allí —tanteó.

—Lo que he de hacer es muy importante —le confesé intentando que ella también me comprendiera a mí.

—Entonces, dígame al menos que tendrá cuidado.

—Lo tendré —sonreí—. Esto es para usted y para Jal —añadí a continuación entregándole algunos reales en pago a sus servicios.

Fetra los cogió sin decir nada y yo empecé a caminar alejándome de la casa en dirección al bosque.

—¡Fernando! —me gritó cuando ya me marchaba.

—¿Qué?

—Ya sé que usted piensa que cuanto le he contado son solo monsergas aldeanas, pero... prométame que mientras este ahí, no beberá agua del interior del pozo. Solamente le pido eso. ¿Lo hará usted por esta pobre coja?

Respiré para inhalar otra dosis de paciencia

—Se lo prometo, mujer —dije para tranquilizarla.

Ella no dejó de mirarme hasta que me perdí en la senda. Intuía que no me tomaba en serio sus advertencias y eso la descorazonaba. Supongo que, en el fondo, solo intentaba protegerme.



Tomé el camino hacia el monasterio como si fuera un paseo, sin imprimir a mis pasos el ímpetu ni la constancia a los que los tenía habituados. Los arrendajos, con sus graznidos escandalosos, iban advirtiendo a los demás animales del bosque de mi presencia, mientras un sinfín de escorrentías descendía por los barrancos confluyendo en veneros y charcas cristalinas. Por todas partes había carrascas partidas que habían cedido al peso de la nieve, o grupos de pinos agrupados derribados por el vendaval. Al otro lado de la cortada, sobre las planicies de Escuin, se oían los gritos lejanos de los rematantes azuzando a los machos para el

desembosque de la madera. Las copas de algunos pinos silvestres se estremecían en un espasmo y caían sobre la fronda de copas desapareciendo bajo el vuelo. Voces y gritos de los picadores³⁹ retumbaban de barranco en barranco con un eco bucólico.

Recuerdo que algunos de los troncos verdes de esta parte de la vertiente habían sido cortados a un metro de altura de la raíz, de modo que aparecían retorcidos y llenos de muñones que les daban un aspecto trágico y desolado. Este proceder no era casual, y estaba ligado a la fabricación de teas resinosas tan comunes en las zonas del alto Aragón. Las chimeneas ennegrecidas por una llama incierta y

vacilante tenían su origen en este tipo de combustible. Al dejar la raíz del árbol intacta, la savia seguía ascendiendo hacia el tronco decapitado acumulando las resinas en su base. Tras secarse, a los pocos meses, los lugareños arrancaban estas raíces, las troceaban, y con ellas fabricaban las teas resinosas: unas astillas de gran poder calorífico que a medida que ardían ennegrecían las cuevas y las paredes de un modo especialmente siniestro.

El monasterio y la ermita se hallaban distanciados por hora y media de camino muy malo. En un punto, era preciso descender hasta el fondo del barranco y caminar por su lecho con los pies sumergidos en el agua. Aquí los

rayos rampantes de la primavera no tenían acceso, y el invierno se aferraba a su reinado hasta casi entrado mayo. Los carámbanos y las surgencias heladas solidificaban el agua en las paredes de roca con poca corriente, esculpiendo esculturas de hielo que asemejaban formas caprichosas: guardianes o elfos de la estación fría apresados en aquel reducto y condenados a perecer en el devenir estacional pese a su tenacidad.

Después de cruzar el barranco de la Sarra, seguí el sendero que, pegado a la roca, ascendía por la umbría hasta alcanzar los corrales donde se guardaba el ganado del monasterio. La naturaleza se había encargado de defender este acceso con las malezas, arbustos y

peñascos que tan penoso hacían el tránsito. Me detuve al pie de la oquedad para observar a los animales: estaban tendidos en el suelo y sus balidos resonaban en la gruta, cuyo acceso cerraba una cerca de postes de enebro. Los más pequeños llamaban con insistencia a sus madres, que debían de haber salido a pastar para buscar entre la nieve alguna brizna. Me fijé en una gran oveja negra que siempre estaba presente en los rebaños de estas comarcas, y cuya finalidad era, según me habían contado, la de actuar como talismán para abortar la caída de rayos sobre los rebaños. Sin perder tiempo, rodeé el saliente hasta alcanzar el barranco siguiente y empecé a ascender

por su vertiente derecha por una senda espantosa. Media hora después, alcancé a la centinela Isuala y volví a detenerme para esperar a que el viento del barranco ascendiera desde la parte baja del valle y apartara su flujo del camino. El agua llegaba al suelo muy difuminada, irisada por un arcoíris espléndido que los rayos de luz plasmaban en un velo de vapor de agua cristalino. La catarata producía un bramido vigoroso y suave que invitaba al regocijo del espíritu y al descanso.

Cuando llegué al santuario volvió a sorprenderme su extraña sencillez. Admiré su situación al abrigo del asilo formado por un inmenso monolito de roca, cuya cima coronaban, a manera de

penachos, arbustos seculares que transmitían al que los contemplaba un sentimiento de venerable antigüedad. Por primera vez me pregunté si estaba bien lo que íbamos a hacer. Si era lícito despojar a las religiosas de sus posesiones para subastarlas en suertes al mejor postor, que en la mayoría de los casos las despacharía del lugar sin tardanza o las mantendría en el más vergonzoso usufructo. Me dije sí, además del derecho jurídico, me asistía también el derecho moral para arrebatárselas cuanto tenían y venderlo en lotes, como se vendieron las vestiduras de Cristo...

Dos años atrás, había efectuado mi *primer trabajo* en el monasterio de

Sijena. El recuerdo de una de las jóvenes monjas aún se me aparece evocando el cántico desconsolador de Jeremías durante la destrucción de Jerusalén:

«Inconsolable llora toda la noche, e hilo a hilo, corren las lágrimas por sus mejillas. Entre todos sus amantes, no hay quien la consuele: todos sus amigos la han despreciado, y se han vuelto enemigos suyos».

Yo la oí recitar estos versos en los pasillos desolados de un convento que en otro tiempo habitaron tres reinas. La casa y sus sepulcros profanados, las celdas abandonadas, los claustros y las capillas puestas a merced del ganado ¿Acaso era mi destino asistir al funeral

de todo lo pasado? ¿Ser su sepulturero?

Enseguida arrinconé estos pensamientos. Aquel era un terreno muy peligroso en el que no debía tomar partido si quería mantener la cabeza lúcida. Todas las iniciativas eran a favor del progreso y del pueblo, pensar lo contrario era traicionar mis convicciones.

Atravesé la puerta del atrio y quedé atrapado en su penumbra de frescor. Seguramente, en verano sería un vuelo constante de moscas que buscaban refugiarse del calor estival. A mi derecha dormían dos hileras de sepulcros sobrepuestos en las hendiduras de la catacumba. Estaban adornados con molduras toscas

sostenidas por cuadros de tablero de estilo bizantino. Grandes de la tierra, abades ilustres, chancilleres, los rudos y sencillos guerreros de la primera época... Algunos con el escudo de armas esculpido sobre la piedra; otros, con la venerada señal del lábaro ornamentado su friso. El polvo de sus huesos debía de yacer allí dentro desde tiempo inmemorial quién sabe procedente de qué lugares; y por un instante, tuve la sensación de que me maldecían.

Caminé hacia la derecha por un angosto pasaje que daba al claustro. En ningún momento vi a nadie. Un fantasma de soledad acompañaba mis pasos velando su recorrido por las escarchas

del alma. La naturaleza era aquí la verdadera dueña del lugar y la instigadora de los sentidos. El claustro constituía el espacio donde mejor se plasmaban estos atributos: la natural disposición de la peña hacía que una grieta le sirviese de techo, provocando que la luz natural que daba al mismo fuera opaca a causa del poco espacio que aquella le permitía y lo cansada que llegaba hasta allí. Fuentes y veneros brotaban y corrían por mil canalillos cubiertos de musgo. La gran llave de hierro de forma circular abría la represa por la mañana para que el agua corriese a discreción por todo el monasterio, y se cerraba por la noche con un candado para que la acequia se llenase de nuevo.

Las aguas de esos canales diurnos arrastraban los primeros pétalos de almendro caídos por la inflorescencia temprana, y todo se aderezaba por innumerables fragancias de plantas medicinales y por los cantos risueños de las aves insectívoras.

De nuevo penetré en la catacumba tomando de la entrada una palmatoria dispuesta al efecto. La Madre Beatriz de San Juan debió de ver la luz y se apresuró a salir a mi encuentro para evitar que vagara por el cenobio a mi antojo. Fue como tocar el hilo invisible de una telaraña; la criatura se escurrió de su oscuro agujero y se presentó ante mí sin apenas darme cuenta de su presencia.

– ¿No sabe que hay un címbalo en la puerta para llamar? –me reprendió.

No supe reaccionar de inmediato

–Me dejé llevar por la belleza del lugar sin apercibirme –dije al rato–
Discúlpeme.

Sor Beatriz suspiró resignada y tomó la vela de mi mano para conducirme por los pasadizos.

–Usted puede ser un representante del gobierno aquí –quiso aclararme–, pero mientras la sentencia de las adjudicaciones no sea firme, está en una casa de oración y debe respetar sus normas, le gusten o no.

–Le aseguro que no está en mi intención hacer lo contrario –le aclaré–
Por cierto, ¿cómo se encuentra el barón?

–Su amigo el francés está mucho mejor

– ¿Se encuentra ya consciente?

–Oh sí, es un hombre joven y fuerte. Hasta ha encontrado tiempo para la lectura.

– ¿La lectura?...

–Sí, parece ser que se encaprichó con un libro de la biblioteca. La hermana enfermera debió de traérselo para que se distrajera.

– ¿Qué libro? –dije sin poder imaginar que en una casa de oración hubiere otros manuscritos diferentes a los destinados al servicio religioso.

La freila se detuvo ante la celda de Lucien y procedió a abrirla con la llave.

–Él mismo se lo dirá –respondió taxativa.

Cuando la puerta se abrió ante mí,

lo primero que sentí fue un olor peculiar que me resultó familiar. No supe atribuirlo de inmediato a un elemento concreto, pero, indudablemente, era un poso de combustión; la esencia volátil de algo que había sido quemado en el interior de la estancia.

– ¡Fernando! ¡Amigo mío! –estalló Lucien al verme entrar

Ambos nos abrazamos palmeándonos la espalda con energía.

– ¿Pero cómo es posible que te hayas recuperado tan pronto? –le pregunté al verle en semejante estado de plenitud.

–Al parecer, la víbora solo llegó a inocularme parte del veneno; la verdad es que estoy así de bien desde ayer por

la mañana.

– ¡Y yo tan preocupado!

– Si no necesitan nada más, yo me retiro – anunció la monja con discreción.

Yo la acompañé hasta la puerta y la cerré detrás de ella. Cuando quedamos los dos solos, me aproximé a Lucien para interesarme por sus cuidados.

– ¿Te han atendido bien?

– Sí, claro. Aunque, a decir verdad, no recuerdo gran cosa. Tengo la cabeza un poco confusa.

– Me ha dicho la madre que hasta has leído un poco.

– ¿Leer? – repitió Lucien como si no tuviera ni idea de lo que le hablaba.

De pronto, sus ojos comenzaron a revisar la estancia buscando algo

familiar entre los jirones de las sábanas.

— ¡El libro! — exclamó de sopetón—.

¡Ya ni me acordaba de él!

— ¿Qué pasa con ese libro?

— ¡Oh, es algo extraordinario! —

estalló cogiéndolo de la cama para

sentarse en una silla del escritorio—.

Acércate y verás. Es el descubrimiento

más importante que he hecho aquí

durante mi convalecencia.

—Ya habrá tiempo para eso más

adelante, amigo mío. Ahora, dime:

¿estás en condiciones de poder salir por

tu propio pie de aquí?

— ¿Salir de aquí? Es que has

perdido el juicio?

Su respuesta fue tan contundente

que me descolocó.

–Bueno –le dije–, imagino que no tendrás intención de pasarte toda la primavera en esta celda, ¿no?

Lucien me miró fijamente y pude hasta sentir cómo las ideas rebullían en su mente ansiosas por darme una respuesta.

–Quizás lo considere...

– ¿Que quizás lo consideres? ¿Pero qué te ha pasado durante estos dos días para causarte semejante afán por este lugar?

–Acabo de decírtelo –observó Lucien–. He descubierto un libro que colma todas mis expectativas.

– ¿Qué libro es ese?

–Ven, acércate a la mesa y míralo

Yo le obedecí y, azuzado por su

entusiasmo, me acerqué al documento para admirarlo.

–Yo conozco ese libro –le dije al darme cuenta de que era el mismo manuscrito que había visto encerrado en las vitrinas del archivo.

–No puedes conocerlo sin haberlo leído antes. Te aseguro que es algo asombroso, tanto por los hechos que describe como por el lugar donde suceden.

Me senté en una silla a su lado y tomé el libro entre las manos. Era el *Sepulcri memoriae*, el mismo diario que me había comentado Fetra y en el que, según ella, se habían ido compilando todos los descensos sucedidos en la mina a lo largo de los siglos. Al apartar

el sahumero vacío situado sobre la mesilla para ganar espacio, me di cuenta de que el olor familiar que había notado al entrar en la celda procedía de allí. Por curiosidad, froté las yemas de mi pulgar y mi índice en el poso del residuo que había quedado en el platillo y lo acerqué a mi nariz para olerlo. El aroma a aceite de estramonio impregnó mi olfato produciéndome la misma náusea vomitiva que me había producido en casa de Jal.

– ¿Has estado respirando esto? –le pregunté.

– ¿El qué?

– Los vapores de este sahumero

Lucien frunció el ceño como si no comprendiera lo que le decía.

– ¿Qué vapores?

–Olvídalo –dije evitando pensar lo peor.



A partir de entonces, solo el libro captó mi atención. Primero de un modo superficial, solo por complacerle, comencé a pasar sus hojas leyendo fragmentos sueltos de aquí y allí. Después, a medida que leía los distintos párrafos de los capítulos, mi atención se acrecentó de un modo mucho más profundo y me sumergí en la lectura casi con la misma devoción con que lo había hecho él. Y así, abstraído en este entretenimiento, el tiempo voló sin

darme cuenta...

Cuarenta y dosavo descenso, (el sol y la luna sobre Piscis, año bisiesto de 1692). Escrito por la flayla priora Sor Bernarda de Puy

«La hermana Cándida de Perarrua llegó a nuestra casa de la misma manera que llegan cuantos huyen de un pasado doloroso. Había sido esposa de marido bebedor, y tras soportar incontables palizas y agravios de todo tipo, había caído en el desahucio y la indigencia. Las hermanas la acogieron y la redimieron, y durante treinta años ejerció en nuestra orden desempeñando el cargo de maestra mayor en los

orfelinatos de Tamarite y de Vinaroz, hasta que a los sesenta años de edad, viendo cercano el final de sus días, hizo votos de reclusión y marchó a las montañas para tomar los hábitos de la clausura.

Por aquel entonces, los monjes benedictinos que moraban los Oscuros de Arpan ya habían abandonado el enclave, pasando este a manos de las Hermanas Trinitarias. Cándida de Perrarua había vivido entre nosotras desde el primer momento con devoción y recogimiento hasta que, a calendas de febrero de aquel año nefasto, comenzó a torcerse todo...

»La desgracia nos sobrevino una mañana en la que todas las hermanas,

reunidas en concilio, acordamos reabrir la antigua cocina que los benedictinos habían tapiado. Yo misma hice bandera de esta causa alegando que las supersticiones forjadas por una orden de hombres no podían condicionar nuestros quehaceres diarios. De modo que derribamos el muro de piedra que tapaba la puerta de acceso y liberamos la cámara del pozo para disponerla a nuestro uso. Su agua se utilizaría únicamente por las noches y de manera esporádica, cuando la llave de paso de la acequia se cerrara y la necesidad hiciera del manantial la única fuente disponible.

Nada notamos al principio, hasta que una noche de tormenta, la hermana

Cándida penetró en la cocina, bebió agua del pozo, y se introdujo por el corredor en busca de un gato que se había colado entre los barrotes de la reja.

»Cuando a la mañana siguiente vimos que no había acudido a los oficios de maitines nos dirigimos a su celda para interesarnos por su estado. La encontramos tendida en su camastro en estado ausente. Las paredes de su celda, sin embargo, aparecieron pintadas por entero con cientos de dibujos infantiles. Los dibujos de los colegiales se prodigaban con tal exuberancia y colorido que alcanzaban a cubrir también el suelo y el techo de la cámara sin dejar un solo resquicio de

pared en blanco.

»Al pedirle cuentas a la hermana de tan formidable suceso, nos explicó que los niños de su antiguo orfelinato habían venido a verla para despedirse desde el fondo del pozo. Habían subido por la gruta temerosos al principio, cuchicheando en silencio como si no las tuvieran todas consigo. Luego, al llegar arriba y verla a ella, esas precauciones se habían disipado convirtiéndose en risas y juegos que se prolongaron hasta entrada la madrugada. Uno tras otro, recordó y habló con cada uno de los antiguos alumnos reviviendo anécdotas y pasajes de los tiempos en que era maestra. Los recuerdos del tiempo perdido regresaron una vez más para

colmar una vida enferma que ya caminaba hacia el atardecer de sus días.

Cándida nos explicó que el más pequeño de los muchachos se había acercado hasta los pies de su cama para despedirse

—Tenemos que irnos ya, maestra —le había dicho con tristeza— ya viene el otoño de la vida y las hojas pronto empezarán a caer de los árboles y a cubrir el suelo.

A continuación, todos los escolares se habían introducido en la antigua cocina y, uno tras otro, habían desaparecido por el corredor de la mina.

Ella había intentado seguirlos, y levantándose de la cama con dificultad

encaminó sus pasos tras ellos. Comenzó a descender por la antigua mina romana siguiendo las voces de los chiquillos, que cada vez se oían más lejanas y difusas.

A medida que descendía por la espiral, aquellas voces infantiles empezaron a cambiar de timbre y a distorsionarse adquiriendo frecuencias primero juveniles y después adultas. La mutación, a partir de un determinado nivel, las convirtió en extrañas y ajenas, como si ya no pertenecieran a seres a los que se sintiera ligada o con los que mantuviera ningún lado afectivo. La alegoría del tiempo había condensado sus vidas en apenas unos minutos como si el pozo fuera un gran espejismo de su

evolución. Luego, al sentirse sola, había desandando el camino regresando a su habitación para acostarse de nuevo.

»Tras oír estas explicaciones, las demás hermanas acordamos dispensar a la hermana Cándida de todos los trabajos –incluida la asistencia a los oficios– y darle descanso y reposo para que las fantasías, que tan peligrosamente excitaban su imaginación, no encontraran terreno abonado donde medrar.

Fue durante la noche de la Segunda Equirria –noche del 14 de marzo en la que los antiguos romanos celebraban el destierro del demonio del invierno– cuando oímos unos gritos estremecedores que salían de la boca

del pozo y corrimos para ver qué sucedía.

»Mientras nos dirigíamos hacia allí, mi cabeza no dejaba de recordarme las advertencias que el último prior de los benedictinos me había hecho respecto a la cámara, y el miedo a que la leyenda del manuscrito fuera cierta creció en mi aflicción como una hiedra estranguladora. Lo mismo que me sucedía ahora, había sucedido a muchos otros abades en el pasado. Yo lo sabía porque lo había leído en ese libro maldito de la biblioteca, esa reliquia del diablo en la que todos mis antecesores se habían visto inmersos en experiencias similares, antes de anotarlas con su puño y letra.

Cuando llegamos al pozo, pudimos escuchar los gritos de la vieja maestra con una claridad estremecedora. Primero pensamos que la muy loca habría vuelto allí para buscar a sus huérfanos imaginarios. Pero, de pronto, algo que no estaba previsto y que no encajaba en el contexto del lugar nos hizo palidecer a todas haciendo que las antorchas que llevábamos en nuestras manos temblaran de terror; porque una voz desconocida, una voz cruel y sádica con fuerte acento a cazalla, parecía perseguir a nuestra hermana por las profundidades de la gruta con el claro objeto de someterla a la brutalidad y la violencia.

—¡No me pegues más! —oíamos

gritar entre desgarradores quejidos—
¡Por lo que más quieras, no me pegues
más!

Supe entonces que Cándida de Perarrua no solo no había sabido librarse de aquellos fantasmas que la habían atormentado en sus años de juventud, sino que, por causas que están más allá de mi entendimiento, había vuelto a ellos para revivirlos.

»Trabajo tuve intentando consolar a las novicias, que no hacían más que llorar de miedo apoyadas en el brocal del pozo. Ninguna nos atrevimos a penetrar en la mina teniendo por cierto que el mismísimo espíritu del mal era quien acechaba a nuestra buena hermana. Solo al día siguiente, cuando la luz del

día nos dio ánimos suficientes, acordamos entrar en su habitación para ver qué descubríamos. Yo fui la primera en llevarme las manos a las mejillas presa de la impresión: Cándida de Perarrua estaba estirada sobre su cama. Tenía la cara y los brazos llenos de moratones y el cabello arrancado a estirones. Estaba rígida, sin respiración, muerta. Alguien la había maltratado hasta tal punto de quitarle la vida a golpes con una violencia descomunal. Sobre su frente, sin embargo, había algo que no encajaba con la escena y que confería a su rostro cierta expresión de armonía y de paz: alguien, de naturaleza muy diferente a la entidad agresora, había depositado con sumo cariño sobre

su frente una corona de tela adornada con dibujos infantiles.

Al mirar el suelo de la celda, descubrimos que estaba lleno de hojas de árbol. Al parecer, la puerta había quedado abierta y el aire del invierno las había acumulado allí dentro hasta confeccionar un manto alrededor de su lecho.

»Esa misma tarde, antes de darle sepultura, nos reunimos en cónclave para determinar si los sucesos habían sido obra de la Santa Providencia o, a la contra, eran inducidos por obra del maligno. Habiéndose acordado por nueve votos contra tres lo segundo, en fecha de 15 de marzo, día de santa Leocracia mártir, hemos procedido a

cortar su cabeza y a enterrarla sin ceremonia previa según dicta la tradición, esperando que Dios nos haya dado luz para guiar nuestra decisión.

Yo, por mi parte, en calidad de primera abadesa de esta congregación, procedo a desempolvar el antiguo libro de los benedictinos y a anotar en él este nuevo descenso. Asimismo, instruyo que la cocina se precinte otra vez con candados y cerrojos para evitar que el mal que vive en el pozo pueda llegar hasta nosotras.

16 de marzo de 1692

*La luna y el sol sobre Piscis
Enterrada decapitada».*

XXIV

(Donde se refiere el viaje de Jal y su madre a la villa de Bielsa y de cómo se enteraron allí de la marcha de Cordelia)

Jal y su madre prepararon la mula con los cántaros de orujo y tomaron el Camino de los Solteros en dirección al pueblo. Los dos iban arreglados con las ropas del domingo, a excepción de las abarcas de piel y las polainas imprescindibles para atravesar el puerto.

Llegaron a Bielsa entrado el

mediodía, bajo un sol tórrido que reblandecía la nieve. En el puente se cambiaron de calzado para poder andar con más comodidad por las gruesas piedras del pavimento.

A medida que se adentraban por la calle, la gente les miraba con una mezcla de inquina y de miedo. Jal y su madre solo bajaban allí dos o tres veces al año durante el invierno. No se les consideraba miembros del vecindario, ni mucho menos del pueblo. Sin embargo, el temor que Fetra inspiraba en las comadres de la villa hacía que estas la saludaran con prevención bajando la cabeza a su paso. Nadie quería ver expuesta su casa al conjuro y al mal de ojo, y, aunque Fetra no se tenía

por bruja, tampoco hacía nada por demostrar lo contrario, consciente de que ese temor era su única protección.

Tras pasar por delante de la Compañía Arrendataria del Monopolio de los Tabacos de la Península se detuvieron. La encargada del puesto tenía allí su cantina y su colmado. Un gran tropel de mulas pertenecientes a la recua de los catalanes se encontraba estabulado en un granero anexo al edificio. Por la calle se acercaban las mozas que venían de la fuente con sus pozales de agua sostenidos encima de la cabeza, mientras sus enaguas cortas y vistosas se balanceaban al ritmo de sus caderas.

—Madre —le dijo Jal— ¿Me da usted

permiso para ir a dar una vuelta por el pueblo?

–Primero, ayuda a descargar la mercancía de la mula.

–Pero eso pueden hacerlo los mozos.

–Te he dicho que los ayudes.

–Como usted diga, madre –
refunfuñó el muchacho a desgana.

Fetra traspasó el pórtico y entró en la tienda. Un grupo de tres mujeres aguardaba a la tendera, que estaba despachando con el señor Famades los fletes de la caravana.

–Buenas –saludó la coja mientras un mozo ayudaba a Jal a descargar las tinajas del mulo.

Las mujeres respondieron a la vez

y se sumieron en un silencio cargado de complicidad.

—¡Bueno! —dijo la tendera regresando al mostrador para despachar a las clientas que había descuidado—. Como les decía antes, me he enterado esta misma mañana, pero la noticia ya corre por todo el pueblo: Cordelia marchará con la caravana de don Famades. Acaba de confirmármelo él mismo.

—¿Pero es verdad que es por ese forastero? —preguntó una como quien no quiere la cosa.

—Dice Leonor que en manera alguna, que es porque ya le toca servir, pero vete tú a saber mujer... De lo que te digan a lo que haya...

—¿Y dónde se va? —preguntó la segunda.

—A Francia. Según he sabido por don Famades, a casa de un médico importantísimo que vive en Lyon.

—¡Hay! *pobreta zagala*.

—Pues no estará poco mejor allí —añadió la tercera—. Yo he oído decir a una prima mía que en ixas ciudades tienen fuentes dentro de las casas y que pueden abrirlas y cerrarlas a su gusto sin necesidad de bajar al río...



Entretanto se desarrollaba esta conversación, Jal había terminado de ayudar a descargar el orujo de la mula y

marchaba tras las chicas jóvenes que venían del río. Estaba fascinado por el movimiento y la lozanía de sus cuerpos. Los instintos de su juventud estaban abiertos en flor y receptivos a dejarse impregnar por todo lo femenino. Pero cuando llegó a la esquina de las escuelas, se topó con los muchachos que las esperaban y la cosa comenzó a complicarse. En situaciones normales, Jal no constituía una amenaza para los lugareños. Su corazón puro y sus muchos conocimientos de la montaña despertaban la curiosidad de los muchachos que, en la mayoría de los casos, terminaban aceptándolo en sus juegos de rol. Pero con las muchachas de la aldea a la vista, la cosa cambiaba

de modo radical, y Jal pasaba a convertirse en un competidor del rebaño. El muchacho podía defender la injusticia; podía defender a su madre a vida o muerte; podía defender todo lo que amaba ya fuera un amigo, un pajarillo o un árbol del bosque. Podía defenderlo todo, excepto a sí mismo, porque era incapaz de generar odio o violencia si esta no venía condicionada por una injusticia previa.

—Tu madre es una bruja —comenzó a increparle el gallito del grupo— aquí no queremos a gente que vive de las malas artes.

—Repítame eso si te atreves —contestó el muchacho dolido.

Tras las primeras provocaciones,

la cosa llegó a las manos y después, a las piedras. Con la cabeza sangrando por el impacto de un canto de río, corrió por la calle aterrado mientras la jauría de críos le perseguía para zurrarle. Al llegar a la plaza principal, se tropezó con un cuerpo que le hizo caer al suelo. Jal se deslizó por el pavimento hasta toparse con un par de elegantes perneras de pantalón. El impacto de la caída hizo que el sobre que llevaba escondido bajo el abrigo saliera de su escondite y quedara expuesto a la vista de todos.

—¡Diantre! ¿Pero dónde vas con tanta prisa? —dijo don Joaquín al ver al muchacho tendido ante sus pies.

— ¡Los chicos del pueblo quieren pegarme! —barbotó con la certeza de que

ya nada podría salvarle de la paliza.

—¡Quietos, rufianes! — advirtió el procurador al ver a la chiquillada armada con piedras y palos salir de la esquina—. ¡Así, todos juntos, es muy fácil ser valiente! Quien de vosotros se tenga por cabecilla que dé un paso al frente y que se enfrente solo.

El grupo de enloquecidos se apaciguó de golpe.

—¿Y bien? —añadió don Joaquín mirándolos con severidad— ¿Quién de vosotros es el primer voluntario? ¿Quién quiere ser un hombre antes que un linchador?

Nadie dijo nada.

—¡Menudo hatajo de cobardes estáis hechos! ¡Venga, me cago en Dios!

¡Desapareced de mi vista antes de que riña a vuestros padres por vuestro comportamiento!

El grupo se dispersó en el acto con una carrera rápida y silenciosa.

—¿Te has hecho daño? —preguntó entonces al muchacho ayudándole a incorporarse del suelo.

—No es nada, señor —respondió Jal llevándose la mano a la raja de la cabeza.

—Oye, ¿No eres tú el crío de Fetra?

—El mismo, señor.

A don Joaquín no le había pasado inadvertido el sobre con el escudo del ministerio grabado en el anverso e, inclinándose, lo recogió del suelo.

—¿Qué se supone que es esto? —

preguntó al zagal.

—Es una carta personal

—¿Una carta del delegado?

—Sí, señor.

—¿Y a qué responde que obre en tu poder?

—Es un encargo

—¿Para mí?

—No, señor

—Entonces, ¿para quién?

Jal dudó. No sabía si podía o no confiar en el señor.

—¿Es para Cordelia? —intuyó don Joaquín con afabilidad para intentar tranquilizar sus reparos.

—Sí —se decidió a responderle—. Me dijo que se la entregara en mano. ¿Sabe usted si está en casa?

Don Joaquín sintió cómo le hervía la sangre, pero se contuvo reprimiendo su acritud con comedimiento.

—Pues siento decirte que ha marchado a Javierre y no volverá hasta la tarde. Pero si quieres, puedes dejarla en casa y Leonor se la dará cuando vuelva.

El muchacho volvió a dudar.

—Te aseguro que nadie la tocará, excepto ella. De todos modos, si prefieres volver a bajar mañana para dársela tú mismo en mano, le diré a Cordelia que esté al caso.

Jal extendió con timidez el sobre. Pensaba que el procurador era una persona cercana tanto para mí como para Cordelia, un aliado dispuesto a

echarle una mano como la que acababa de salvarle de una paliza segura.

—Aquí lo tiene —dijo entregándoselo.

—Si ves a Don Fernando, dile que le has dado el sobre directamente a ella ¿de acuerdo? así se quedará más tranquilo.

A Jal le gustó la idea. Los amigos suelen hacerse esa clase de favores.

—¡Descuide! —así lo haré.

Y tomando la calle corrió a buscar a su madre.

Después de comer, una vez Fetra hubo apañado el hueso de la mula herida de los catalanes, emprendieron el camino de regreso a la ermita. Jal se había lavado la raja de su cabeza en una

fuelle para no dar un disgusto a su madre. Fue mientras ascendían por el puerto que la coja le explicó lo que había oído en la tienda de suministros acerca de la marcha de Cordelia.

«Quizás la carta tuviera que ver algo con eso» pensó el muchacho sin dar más importancia al comentario de su madre. La noticia de la marcha de Cordelia le trastocó. La idea de ver que alguien tan arraigado a su mundo desaparecería para siempre le entristecía sobremanera.



Esa misma noche, junto a las brasas de la chimenea custodiadas por el

gigantesco lienzo de la biblioteca, don Joaquín abrió el sobre con su cortaplumas y procedió a examinar mi carta y el retrato de su interior con el mayor secretismo. Justo una planta más arriba, Cordelia trataba de conciliar el sueño rezando para que le llegaran noticias mías a tiempo.

XXV

(Donde refiero cómo fui inducido a beber el agua del pozo y a entrar después en el interior de la mina)

Cenamos poco antes de las ocho de la noche, justo después de que las hermanas del monasterio —a las que seguía sin haber visto— se retiraran a sus aposentos. Al entrar en el comedor, vimos que nuestra mesa estaba dispuesta, y nos sentamos con apetito. Debo decir que, a diferencia de los días anteriores, la comida era generosa y estaba aderezada de un modo diferente.

La sobriedad de la sopa y la verdura a la que estábamos habituados había sido sustituida por carnes asadas bien surtidas de especias y salsas picantes. Sorprendía que el agua de la jarra hubiese sido sustituida por vino tinto, lujo poco frecuente para una comunidad acostumbrada a la frugalidad y al racionamiento.

Como podréis imaginar, la comida fue animada por la conversación, que durante la mayor parte de la cena giró en torno al manuscrito de la biblioteca. Lucien no dejó de darme detalles referentes a los pasajes que yo aún no había tenido tiempo de leer, haciendo especial hincapié en las características y dimensiones de la cueva. Según me

contaba, si la longitud de los pasajes representados en el croquis del diario era cierta, la gruta podría tener un desnivel cercano a las dos mil varas de profundidad. A mí, sin embargo, me llamaban mucho más la atención los aspectos históricos y documentales encerrados en sus páginas.

—¿Sabes, Lucien? —comenté a mi compañero mientras me mondaba los dientes con la navaja de campo—. Lo que más me sorprende de esta tradición o leyenda secular, llámalo del modo que más te guste, es que se haya mantenido vigente durante tantos siglos sin perder su fuerza. ¿Cómo te explicas tú que tantos abades, incluso de diferentes órdenes, se hayan avenido a mantener

esta comedia?

—Quizás porque no se trate de una comedia —observo el francés.

—Hablo en serio, Lucien.

—Nadie entierra a sus muertos con la cabeza cortada solo por tradición —apostilló mi compañero—. Quizás exista más de cierto en ese opúsculo de lo que nosotros podamos llegar a imaginarnos. Me consta que los abades de los monasterios no son gente ignorante ni de pocas luces, más bien todo lo contrario.

—¿Lo dices en serio? —sonreí—. No irás también tú a creerte que el pozo es un catalizador de almas.

—Yo solo digo que nadie se toma la molestia de anotar en un diario episodios que se suceden durante siglos

enteros si no es por algún motivo.

—Quizás todo el libro no sea más que una farsa escrita por una misma persona — le refuté.

—Tú eres el que mejor puedes responder a eso, estimado Fernando, eres notario y, por consiguiente, experto en paleografía y documentación. Dime, ¿realmente te parece ese diario una farsa?

Mi corazón deseaba decir que sí, pero mi cabeza sabía de sobras que el manuscrito era una obra perfecta. Las caligrafías, los tipos de tinta, la antigüedad de los hongos, los sellos de las distintas órdenes. Todo demostraba que el *Sepulcri memoriae* era verdadero al menos en lo que concernía a su edad

cronológica.

—El diario es sin duda auténtico —
constaté— pero eso no implica que lo que
cuenta en sus páginas sea cierto. ¿O vas
a decirme ahora que piensas que es
posible separar a través de la física la
materia corporal de la espiritual?

—Bueno —observó Lucien
mirándome con un destello de desafío—.
Sería muy fácil salir de dudas. Bastaría
con hacer una comprobación empírica
del proceso, ¿no?

Le miré y solté una carcajada
llevándome la copa de vino a los labios.

—¿Lo dices en serio o estás
burlándote de mí?

—No, no. Lo digo muy en serio —me
previno movido por un extraño

entusiasmo—. No me negarás que podríamos distraernos un rato mientras lo averiguamos. Podría resultar hasta divertido. A fin de cuentas, hay tan poco que hacer aquí.

—¿Pretendes que bebamos del agua del pozo y que luego nos introduzcamos en la mina para averiguar si lo que dice el libro es cierto?

Lucien asintió con la cabeza dibujando una sonrisa maliciosa que abarcó toda su mandíbula.

— ¡Estás loco! —le grité lleno de regocijo.

—Tú tienes tantas ganas como yo de hacerlo ¡No lo niegues!

— ¿Yo?... —volví a reír.

—Sí, tú... ¡Imagínate por un

momento que fuera cierto! Estamos en un año bisiesto y la luna y el sol se hallan sobre Piscis... ¿Qué más necesitamos?

Busqué agua para refrescarme la garganta, pero no la encontré por ningún sitio. Las monjas ya habían cerrado la rueda de la acequia dejando los canales y las marmitas secos por completo. El vino que tenía a mano no hacía sino incrementar la sensación de sequedad en mi boca. Las especias y la sal con que se había aderezado la cena comenzaban a quemarme la garganta produciéndome una sed terrible.

—En cualquier caso —le recordé tras desistir de encontrar agua por el comedor—, no podríamos hacerlo aunque quisiéramos. Recuerda que el pozo se

encuentra cerrado con candados, y nosotros no tenemos las llaves.

—En eso sí llevas razón —apostilló Lucien defraudado—. ¿Sabes? —dijo a continuación acercándome la jarra vacía de vino—. Esta cena me ha despertado unas ganas de beber galopantes. ¿Por qué no te acercas a nuestra amiga Isuala y le dices que te llene esta jarra?

La idea de tomar agua de la cascada exterior me pareció maravillosa y, sin pensarlo un instante, abandoné el comedor en dirección a la puerta principal. Una y otra vez intenté forzarla desde dentro para salir al exterior, pero resultó inútil. Beatriz había cerrado el convento a cal y canto y ya sería imposible salir fuera hasta la mañana

siguiente.

Regresé al comedor malhumorado, maldiciéndome por no haber tenido la prevención de guardar una cantimplora de agua en mi habitación. Al pasar por delante de la antigua cocina, me di cuenta de que su puerta estaba abierta, y los candados, fuera de sus cerrojos. Asomé la cabeza para ver si Sor Beatriz se encontraba dentro. Tenía la esperanza de poder pedirle que nos trajera un poco del preciado líquido, pero la estancia resultó estar vacía.

«Qué extraño» me dije adentrándome con cautela en el interior de la dependencia. La forma abovedada de la cúpula y las paredes que la circundaban le daban un aire a cripta

antigua. Cuatro o cinco velas situadas en torno al brocal del pozo refulgían con un palor trémulo iluminando la boca del orificio y la sugerente estatua de piedra de la dehesa que lo custodiaba. Más allá, la penumbra difuminaba el resto de la estancia entre sombríos destellos. Levanté la cabeza y miré hacia el dombo. Las caras sonrientes del sol y la luna circunscritas en el pentagrama del techo se me antojaban enigmáticas, revestidas de un paganismo ancestral. Los destellos de las llamas situadas bajo ellas las sumían en un temblor de sombras que conferían a sus rostros un no sé que de animación satírica y diabólica.

De nuevo bajé la cabeza para

centrarla en el círculo de velas dispuestas en torno al brocal de piedra. ¿Quién y para qué las habría puesto allí?

...

Examiné, acto seguido, la reja de hierro que sellaba el paso a la mina y vi que también estaba abierta y sin cerrojo. Daba la sensación de que alguien se hubiera tomado muchas molestias para que mi curiosidad no se topara con ningún impedimento.

— ¡Vaya, menuda sorpresa! — escuché a mi espalda

Al volverme vi a Lucien, que había salido a buscarme.

—¿Cómo te explicas que esto esté abierto? —le pregunté.

El barón entró en la sala abrazando

contra su pecho el manuscrito del *Sepulcri memoriae*. Levantó la cabeza hacia arriba y contempló la estancia lleno de regocijo.

—Debe de tratarse de alguna especie de onomástica —me comentó—. Quizás esta noche las monjas honren a algún santo. ¡Vete tú a saber! No deberías de preguntármelo a mí, recuerda que soy francés. De cualquier modo —concluyó recuperando su entusiasmo—, esto vuelve a abrirnos todas las posibilidades que antes discutíamos.

Ambos nos asomamos al borde del pozo y arrojamos un grito seco para escuchar el eco de nuestras voces. Pasaron unos segundos sin que

percibiéramos nada. De pronto, una amalgama de sonidos ascendió desde las profundidades del orificio y, como en las dos ocasiones anteriores, se propaló por la sala con un lamento triste y extinto.

—Cada vez que oigo eso, se me ponen los pelos de punta —le confesé.

—¿Serán las almas encerradas que refiere este libro las que nos llaman? —me planteó Lucien, mitad en broma, mitad en serio, mostrándome el opúsculo con desafío.

Yo reí, pero esta vez con menos convicción que en la ocasión anterior.

—La verdad es que esos sonidos parecen de personas —balbuceé en voz baja.

—¿De personas?...

—No me hagas caso; no he dicho nada —me apresuré a corregir.

—Bueno, ¿trajiste el agua de la cascada?

—La puerta del convento estaba cerrada. No podremos beber hasta mañana. Habrá que aguantarse —dije resignado.

—Ahora eres tú el que delira —refutó Lucien sujetando la cuerda de la polea del pozo—. No pienso quedarme toda la noche sin beber después de semejante comida. Subiré un balde de agua con esta cuerda y nos refrescaremos.

—¿Pero cómo sabes que esa agua es buena? —le pregunté.

—¿Por qué tendría que ser mala?

Nada hay aquí que pueda contaminarla, ¿no crees? No hay núcleos poblados, ni granjas, ni tampoco sequías que hayan podido contaminar su venero...

—En eso llevas razón.

El barón soltó el cubo y dejó que cayera a plomo por el orificio mientras la madeja de cuerda se deshilvanaba a toda velocidad. Cuando esta tomó holgura, comenzó a recuperarla haciendo girar la manivela del torno en sentido contrario.

—Échame una mano y dale tú un rato —me pidió—. Yo vuelvo enseguida.

—¿Adónde vas?

—Voy a buscar una cosa.

—¿Qué cosa?

—Tú espérame aquí y no se te

ocurra beber antes de que yo regrese.

El francés desapareció dejándome solo en la sala. Durante un buen rato continué recogiendo la cuerda que parecía no terminarse nunca. La cara de la estatua, a mi lado, con su rictus de éxtasis desenfrenado y su mano de piedra sujeta al muro del pozo, acompañaba cada vuelta de manivela con un espasmo invisible. De vez en cuando me volvía al sentirla tras de mí. Su expresión licenciosa, casi grimosa, traía a mi mente los más sórdidos presentimientos.

Por fin divisé el cubo perfilarse entre las sombras, y poco después, lo así por la arandela de hierro situándolo sobre el borde del muro. Acercando una

de las velas a la superficie del recipiente, traté de averiguar si el agua estaba limpia, pero me resultó imposible ver nada entre tanta oscuridad. Por no sé qué motivo, las advertencias de Fetra rogándome que no probara aquella agua bajo ningún concepto se reprodujeron en mi conciencia y me sentí tan inseguro como avergonzado.

—Aquí estoy de nuevo —se anunció Lucien entrando en la cocina con su habitual ímpetu.

El francés llevaba una especie de macuto en el brazo y un par de cuerdas colgadas alrededor del cuello.

—¿Qué es lo que llevas ahí?

—Mi equipo de espeleología.

—¿Pero adónde te piensas que vas

tú?

—Solo quiero hacer una inspección superficial de la mina.

— ¿Ahora? ¡Son casi las diez de la noche!

—¿Y eso qué importa? ¿Acaso piensas que el sol también brilla bajo tierra?

Lucien se acercó hasta el brocal y se sentó a mi lado.

—¡Por fin agua! —exclamó metiendo la jarra vacía de vino dentro del cubo para llenarla. El francés la acercó hasta sus labios y la sorbió con fruición.

—Esta riquísima —dijo pasándomela.

La jarra golpeó contra mi pecho derramando algunas gotas de agua fresca

que aún excitaron más mi sed.

—Anda —me retó Lucien— ¿No irás a achicarte ahora?

Yo hice lo propio y engullí una buena cantidad de líquido que calmó de inmediato los ardores de mi garganta.

—¿Qué tal? —me preguntó

—Está muy buena —sonreí.

—Bueno, ahora ya solo tenemos que meternos dentro de la mina y esperar a ver qué es lo que sucede —sonrió Lucien.

—Estás loco si piensas que voy a acompañarte ahí dentro.

— ¿Qué te pasa? ¿No me dirás que te da miedo?

—No me gustan las cuevas.

Lucien me observó con desconfianza.

—¿No te gustan las cuevas o no te gusta esta cueva en concreto?

—¿Qué quieres decir?

—No irás a decirme que temes que te suceda lo mismo que a los frailes de este libro.

—¡Oh, claro que no!

—¿Entonces?

—Acabo de decírtelo: las cuevas no me gustan.

—Venga, Fernando, tú ya estás en una cueva. El monasterio entero no es más que una inmensa cueva horadada bajo la peña. Solo te pido que me acompañes unos metros nada más.

Le miré de reojo.

—¿Solo unos metros?

—Solo

—¿Seguro?

—Te doy mi palabra.

—Está bien —desistí por fin tomando

otro sorbo de agua de la jarra

No estaba dispuesto a darle la oportunidad de que pensara que todos los españoles éramos unos supersticiosos.

Haciendo de tripas corazón, seguí a Lucien hasta alcanzar la reja que daba acceso a la mina. El francés encendió el carburo del sombrero que cubría su cabeza y, justo antes de introducirse en el pasadizo, se volvió hacia mí.

—¿Qué pecados crees que hay en nosotros? —me interrogó con una expresión llena de sarcasmo.

Yo le empujé con chanza y ambos

nos adentramos en el corredor de la catacumba riendo.

–¡Espera! –me dijo colgando su chaqueta en la reja de acceso a la mina–. Dejaremos aquí esto para que a nadie se le ocurra volver a poner los candados mientras estamos dentro. No sea que esa freila vuelva aquí y nos deje encerrados pensando que no hay nadie.

–Bien pensado –suscribí de inmediato.

La idea de que eso pudiera suceder aún aumentó más mi desazón...

XXVI

(Donde describo lo que nos encontramos dentro de la mina)

Apenas hubimos recorrido unos cincuenta pasos, el pasadizo torció a la derecha de forma brusca. Si ahora proseguíamos y doblábamos la esquina, la luz de la entrada se perdería de nuestro ángulo de visión y quedaríamos inmersos en la oscuridad más absoluta.

Lucien encendió una tea con el carburo de su sombrero y me la pasó.

—Sigamos un poco más —me propuso.

—¿Pero para qué? Aquí ya no se ve nada; todo parece lo mismo.

—Ten un poco de fe —me animó—. Al menos, continuemos hasta donde encontremos la primera cámara.

—Pero si nos topamos con alguna bifurcación, nos volvemos atrás, ¿entendido?

—Entendido.

Ambos reanudamos la marcha. Yo avanzaba contando los pasos mentalmente mientras tomaba toda clase de precauciones para asegurarme de que no se me pasaba ninguna bifurcación. Tenía el recorrido bastante claro: habíamos andado un trayecto en forma de ángulo recto con dos tramos bien diferenciados. El primero iba desde la

puerta de hierro hasta el ángulo donde se producía el giro —en este tramo era posible divisar la luz de las velas de la cocina— y el segundo, de otros cincuenta pasos, que arrancaba desde el giro y llegaba hasta a una especie de sala. Este segundo tramo estaba oscuro por completo. Los dos trayectos eran contiguos y desprovistos de ramales.

Llegamos a la cámara donde desembocaba el segundo tramo y nos detuvimos. Su dimensión era tan grande que la luz del carburo no alcanzaba a acotar sus límites. Dejamos mi palmatoria en el suelo para marcar el punto de entrada a la sala (que más tarde sería también el de regreso) y nos desplazamos de un lado a otro

intentando dar con alguna pared que nos diera idea de la dimensión de la estancia. Ante la inutilidad de este intento, Lucien se detuvo agachándose en el suelo para coger una bengala de su mochila.

—Hazte a un lado —me dijo depositándola en el suelo— Es una bengala militar de reconocimiento.

Yo le obedecí y me aparté unos pasos mientras él prendía fuego al extremo del utensilio.

Un cohete de luz ascendió a una distancia asombrosa y estalló por encima de nuestras cabezas iluminando la cavidad natural. Lo que vimos ante nosotros es algo que difícilmente podría explicarse con palabras y que me dejó

pasmado de impresión: la cavidad era descomunal, tan grande como la garganta de un cañón. Parte de su flanco izquierdo estaba formado por una muralla de piedra artificial que ascendía hasta una altura de casi doscientas varas. Las piedras eran enormes y daban la sensación de que afianzaban la caverna como un inmenso pilar subterráneo. Parecía una obra de ingeniería confeccionada por gigantes de la antigüedad, titanes de la mitología que tiempo ha hubieran habitado estos submundos de oscuridad.

—Debieron de levantarlo los ingenieros romanos que vinieron aquí —dijo Lucien sin poder disimular su sorpresa.

—Pero... es inmenso. ¿Cuánto tiempo les llevaría construirlo?

—Imagino que décadas enteras. ¡Mira! —me advirtió señalándome hacia la parte central de la cavidad.

Al volver mi atención hacia esa dirección, vi tres enormes orificios oblongos e irregulares con forma de válvula cardiaca que, a través de una altura similar a la del muro, inyectaban a la cámara una corriente de aire fría. Estos orificios eran tan inmensos que podrían permitir el paso de un velero con todo el trapo desplegado sin llegar a tocar su perímetro por ningún punto.

—Esos deben de ser los conductos subterráneos de los que nos habló la madre Beatriz —comenté a Lucien—. Los

que, al combinarse con las corrientes de aire subterránea emiten esos sonidos que se escuchan por el brocal del pozo.

Los dos nos quedamos mirándonos sin hablar.

Otro lamento asomó justo entonces por las tres embocaduras como una sinfonía de terror llenando la cavidad de ruidos disonantes.

Yo me estremecí. Todos mis pelos se pusieron de punta. Un segundo después de percibir el gemido, la bengala se extinguió y nos vimos abrazados de nuevo por la oscuridad y por aquel lamento agónico que poco a poco perdía intensidad hasta desvanecerse.

—¿Volvemos ya? —pregunté a

Lucien.

—Sí —dijo mi compañero—. Necesitaría un mes entero para poder investigar a fondo esta caverna. Mañana intentaré persuadir a esa monja para que me permita entrar de nuevo.

—No te resultara fácil — le previne

—Eso déjame a mí. Aunque sea un agnóstico consumado sé cómo manejar me con esa mujer.

El francés agarró el macuto del suelo y se puso en pie. Al hacer este gesto emitió un leve quejido llevándose la mano hasta el muslo.

—¡Vaya! —murmuró—. Se me ha dormido una pierna.

—Pues procura que no se te duerma nada más —dije yo, que ya empezaba a

impacientarme.

Llegamos a la vela que nos marcaba la entrada al corredor y nos introdujimos por el conducto en forma de ángulo recto. Avanzamos por el primer trozo hasta doblar la esquina que debía abocarnos al segundo tramo y, al hacerlo, un sudor frío se adueñó de mí, pues no apercibí la luz de las velas de la cocina que, en teoría, deberían verse desde aquí. Lo primero que me vino a la cabeza fue que las monjas debían haber entrado en la sala y retirado los cirios del brocal. Conté con todo cuidado los cincuenta pasos que mediaban entre el giro y la reja de hierro donde habíamos dejado colgada la chaqueta y me detuve. No había el menor indicio de la salida.

Solo un claustrofóbico túnel de roca se prolongaba ante mí.

–¡Maldita sea! –maldije al presentir que algo comenzaba a ir mal–. La reja debería estar aquí. ¡Es imposible que nos hayamos equivocado! ¡Lo he medido a conciencia!

Lucien pasó delante de mí y me sujetó del brazo para tranquilizarme. Atisbó hacia uno y otro lado con su lámpara, pero no había ni rastro de la salida.

–Volvamos a la sala y repitamos el recorrido –propuso–. Es posible que nos hayamos equivocado de entrada.

–Pero la vela estaba puesta por donde hemos entrado –le recordé– Me he fijado mucho antes de dejarla y no he

visto ningún otro túnel.

—Pues, sin duda, ha de haberlo — barbotó el francés sin perder la calma.

Sacándose una tiza blanca del bolsillo, dibujó una cruz en la pared de roca para referenciar el punto exacto donde nos encontrábamos, y se puso a caminar hacia el salón donde habíamos lanzado la bengala. Mientras lo hacía, me di cuenta de que comenzaba a arrastrar la pierna izquierda.

Doblamos de nuevo el ángulo recto y recorrimos los cincuenta pasos del segundo tramo que debía arrojarnos a la cámara. Pero, ante nuestra consternación, la gran sala no aparecía por ningún lado y el pasadizo empezaba a descender hacia abajo.

—¡Pero qué diantre está pasando aquí! —ronroneó Lucien deteniéndose—
Volvamos atrás, esto no conduce a ninguna parte.

— ¡Por el amor de Dios, Lucien! — me desesperé— ¿Otra vez atrás? ¿No debería estar la cámara aquí?

—Haz lo que te digo.

De nuevo retrocedimos contando los pasos hasta llegar al punto donde el francés había puesto la señal de tiza. Acercamos las palmatorias a la pared para encontrarla pero ya no estaba allí.

Sin dudarlo, el francés volvió a marcar un nuevo trozo de pared con tiza y me invitó a retroceder cinco pasos. Después desandamos con sumo cuidado esos mismos cinco pasos y vimos, ante

nuestro más absoluto espanto, que la señal que acababa de marcar en la roca había desaparecido.

Solo entonces fuimos conscientes de que el trazado de la cueva se modificaba a medida que nos desplazábamos por su interior.

XXVII

(Que trata sobre la última noche que Cordelia pasó en el pueblo)

Posiblemente —aunque esto jamás podré llegar a precisarlo—, don Joaquín arrojó mi carta a la chimenea después de leerla para que Cordelia nunca supiera de mis intenciones. No obstante, se guardó mucho de conservar bajo su custodia el retrato de la que hasta entonces había sido su protegida.

Ella, que desconocía lo sucedido, había salido a dar un paseo por el pueblo. Si no pasaba nada que lo

remediara, sería su última noche en la aldea. Las ideas se juntaban en su cabeza desencadenando un vértigo de dudas que no podía responder. ¿Cumpliría don Joaquín su idea de hacerla marchar del pueblo? Y de ser así, ¿vendría a buscarla yo antes de que se marchara? ¿Tendría la oportunidad de verme, de hablar conmigo, de contarme lo sucedido? Y si marchaba finalmente a Francia antes de mi regreso, ¿sería mi amor lo suficientemente grande como para ir a buscarla allí?

Los catalanes de la recua de Don Famades ya veían a la moza desligada del pueblo y asumían su derecho a cortejarla. Sabían que dispondrían de su compañía durante el camino hasta

Tarbes y trataban de posicionarse para tomar distancias respecto a sus compañeros. De un modo extraño, los mozos de la villa –aun a su pesar– se distanciaban cada vez más de la joven y dejaban que los forasteros se permitieran la licencia de sacarla a bailar y tutearla. Era como si hubieran perdido su vínculo tribal con ella, abandonándola a su destino igual que se abandona a un amotinado en mitad del océano.

Cordelia, cada vez más consciente de esta realidad, leía en los rostros de los suyos la desafección impuesta por el acervo y trataba de mantener distancias con los unos y con los otros sintiéndose cada vez más acorralada y sola.

Intentando evitar que vieran las lágrimas que ya se veía incapaz de contener, corrió hacia la casa eludiendo los festejos.

Un brazo la frenó entonces de golpe sujetándola con fuerza por el antebrazo.

—*¿On vas tan apresada maca?*⁴⁰

Cordelia trató de desembarazarse del catalán con una sonrisa de compromiso, pero este no pareció dispuesto a conformarse con tan poco.

—¡Venga, mujer! —le dijo sujetándola por la cintura— ¡Que aún es muy pronto para irse a la cama!

Cuando más pesado se ponía el mozo, Leonor acudió en ayuda de la chica saliendo a toda prisa desde la puerta de la casa armada con un garrote.

—¡Pero qué te has creído tú, mamarracho! —le gritó la anciana amenazándole con el palo.

Cordelia ya lloraba a lágrima viva. La visión de aquella vieja defendiéndola en solitario la entristeció hasta tal punto que todo su mundo se vino abajo.

El catalán no cedía y trataba de evitar a la anciana para no perder a su presa. La acosaba como un perro en celo.

—¡Por favor, déjeme! —imploraba Cordelia, al tiempo que la vieja, apenas sin fuerza para levantar el garrote, intentaba defenderla dando vueltas a la espalda del mulero. Sus gritos y los de la vieja resonaron en las paredes desnudas. La providencial aparición de

don Famedes, hombre recto y justo como pocos, puso fin al desencuentro. Una bofetada firme del comerciante tiró al suelo a su empleado, que perdió todos sus apetitos de golpe.

– *¡Vingue desgraciat! Desapareix de la meva vista si no vols que demà et deixi aquí!*⁴¹

El hombre no lo dudó un segundo, y levantándose del suelo, murmuró cabizbajo:

–Lo siento, don Famades.

–*¡Au, vinga, marxa!*

Cordelia, abrazada por el ama de llaves, dio la espalda a la escena y se alejó del callejón. Al poco rato, las dos entraban en casa y cerraban la puerta.

–Lo mejor es que descanses ahora

–le dijo Leonor intentando tranquilizarla. – Mañana tienes que estar lista a las nueve. Es mejor que prepares tus cosas. Va a ser un viaje largo y pesado. Cruzar el puerto en esta época del año no es tarea fácil para un hombre, y mucho menos para una chica como tú.

Cordelia la miró con los ojos vidriosos.

–¿Él vendrá, verdad?

–Anda, subiré contigo a la habitación para ayudarte –le respondió el ama de llaves con el corazón en un puño –, yo te diré lo que has de coger.

La habitación de Cordelia era una pequeña caja abuhardillada que atesoraba diferentes fragmentos de su pasado. Había recuerdos de sus padres

desaparecidos cuando apenas era una niña; cofres perfumados con espliego, rosas secas y romero, en los que guardaba los vestidos de algodón crudo y lino bordados por su madre con todo el cariño, o el pequeño banco que su padre había tallado con las manos para que la pequeña pudiera sentarse frente al hogar. Mil recuerdos acudían a su memoria mientras los miraba con nostalgia

—¿Qué haré con todo esto? —se lamentaba la joven.

Leonor no decía nada, y con la frialdad que imponen los hechos consumados, extendía el pañuelo sobre la cama para llenarlo de ropa y confeccionar un hatillo.

—Yo te los guardaré en la falsa por si algún día vuelves.

—La falsa de la casa es un cementerio de recuerdos muertos —replicó la joven—. Allí duermen las esquilas del ganado, bajo los maderos de la techumbre, colgadas en largas palancas de avellano esperando tiempos mejores.

—No seas tonta, mujer.

—Y bajo ellas solo hay montones de higos puestos a secar sobre cañizos, o patatas que duermen extendidas en el suelo de la falsa alzando sus brotes descoloridos hacia ellas. ¡No quiero que esos recuerdos se queden allí, Leonor! ¡No quiero!

—Don Joaquín decidirá —sentenció

la vieja anudando con fuerza el hatillo—, deja de preocuparte por eso.

La muchacha recordó el otoño de la gran avenida, cuando tan solo era una niña de seis años: el Cinca venía crecido por las tormentas transformándose en una espantosa rambla de tierra y lodo que se llevaba todo por delante. La madre de Cordelia había sido la primera en darse cuenta de que algo no marchaba bien y al salir al exterior del molino vio que el agua ya rodeaba la vivienda por todos lados y empezaba a entrar por el patio a raudales. Sin perder un instante, corrió a recoger a su marido mutilado. El padre de la niña había perdido las dos piernas en una corta hacia dos años, cuando era

leñador. Un inmenso árbol con las fibras podridas había descompensado la entalladura del corte de caída haciendo que el tronco se le viniese encima y le aplastara las piernas. La mujer lo cogió en brazos como si fuera un tentetieso — pues era sólo medio hombre— y, con el agua subiéndole por encima de las rodillas — lo alzó sobre un armario para ponerlo a resguardo de la avenida. A continuación, siempre con la cabeza fría, sujetó a Cordelia, que ya flotaba en el agua, y alzándola también a ella con todas sus fuerzas la sostuvo sobre la avenida para que su marido la cogiera.

—¡Coge a la niña Juan; que se me lleva el río!

Apenas tuvo tiempo el desgraciado

de ver como la espantosa rambla se llevaba a la madre para siempre, mientras él, llorando de rabia y desespero, agarraba a la pequeña entre sus brazos en medio de la impotencia. Aquel hombre sin piernas estuvo lamentándose sobre el armario durante un día y una noche hasta que los hombres del pueblo vinieron a salvarlos. El padre de Cordelia moriría al año siguiente; dicen que no soportó el recuerdo de la última mirada de la madre, rogando a Dios que los protegiera a los dos mientras ella se iba para siempre...

XXVIII

(Donde describo los espeluznantes sucesos dentro de la cueva)

Llevábamos cerca de dos horas desplazándonos por el interior de la cueva sin que fuéramos capaces de encontrar la salida que conducía a la cocina. Lucien —cuyo elemento natural eran esas mismas profundidades a las que estaba acostumbrado—, se negaba a aceptar la posibilidad de que nos hubiéramos extraviado y trataba de hacer discurrir su ingenio y sus habilidades con el objeto de reconducir

la situación. Constantemente utilizaba un instrumento similar a una brújula que le permitía saber hacia qué dirección nos desplazábamos. También reconocía las betas de roca y los pliegues de las paredes para saber —en función de su estratificación y su composición mineral— si descendíamos o ascendíamos. Marcaba señales con tizas de colores por todo el recorrido; encendía bengalas o desenrollaba rodillos de cordel para cerciorarse de que no repetíamos los itinerarios. Todo, no obstante, parecía inútil, pues ninguno de los recursos que el geólogo aplicaba para orientarse parecía servir a tales fines.

—No lo entiendo —se confesó por fin

rendido ante la evidencia—. Aquí, amigo mío, está pasando algo muy serio.

—¿Qué quieres decir, Lucien?

El francés se sentó en una roca y se frotó la cara con cansancio.

—No lo sé; no tengo ni idea de lo que está pasando.

—¿Estamos perdidos?

—Sí, lo que no sé es dónde.

—¿Qué quieres decir?

Los ojos de Lucien perdieron la mirada en un punto de la oscuridad; estaban apagados, cansados, llenos de fatiga.

—Esta cueva está viva, Fernando. Cambia a medida que nos desplazamos por su interior, de modo que es imposible establecer ninguna pauta para

volver atrás.

—¿Estás loco, amigo?

—No, al menos todavía. Con toda seguridad, el mero razonamiento intelectual no sirve para solventar esta situación. Quizás debamos situarnos un nivel más allá del mero pensamiento ordinario para descifrar este acertijo.

Yo estaba aterrado. Quería pensar que todo era una pesadilla de la cual despertaría de un momento a otro. Fue precisamente esa idea, la que me empujó a formularle la siguiente pregunta:

—¿Crees que estamos drogados y que en realidad no estamos aquí?

—Dentro de esta cueva he comenzado a recordar cosas —me dijo entonces el francés—, cosas que

sucedieron durante mi convalecencia y que, por algún motivo, no recordé cuando tu regresaste.

—¿Qué cosas son esas?

—Humo, confusión, delirio...

—¿Te refieres a ese sahumero que tenías sobre la mesilla?

Lucien se llevó la mano a la nuca y agitó la cabeza de un lado a otro para desentumecer su cuello y su mente

—Sí, creo que sí. Durante mi estancia en el convento, sor Beatriz vino a visitarme periódicamente a mi celda. Los recuerdos aún son confusos, pero poco a poco retornan... Fui drogado, hicimos el amor, me tomó para sí y me instó a leer el libro para convencerte a ti.

—¿Convencerme de qué?

—De que entraras en la cueva conmigo después de haber bebido agua del manantial. Tal cual hicieron todos los que figuran en la antigua memoria del códice.

Lucien me tomó de la mano e hizo que me acomodara a su lado para hablarme en confesión. Me contó toda la historia de lo sucedido durante mi ausencia con el menor detalle. Me explicó cómo había sido abducido por la freila y cómo la historia del *Sepulcri memoriae* había pasado a convertirse en la principal actividad durante su convalecencia. Cuando terminó, me pidió perdón por lo sucedido.

—No sabes cómo me apena haberte

metido en todo esto, amigo mío –se disculpó.

– ¡Esto es descabellado! ¡Vamos amigo mío, vamos! –le dije sujetándole los dos extremos de los hombros con mis manos– ¡Tú eres como yo! Somos inteligentes, tenemos una formación académica y sabemos que esas cosas no existen. Nosotros no somos como estos aldeanos incultos que viven inmersos en las supersticiones. ¡Maldita sea!

Lucien sonrió a desgana. La pierna le dolía cada vez más.

–Supongo que tienes razón. En cualquier caso, pronto saldremos de dudas. Anda, coge este cuchillo con las manos y hazme un par de cortes profundos aquí.

El francés extendió los brazos hacia delante y me miró a los ojos.

—Con un poco de suerte, despertaré lejos de aquí al sentir el dolor —me animó—. Procura hacerlo rápido.

Yo vacilé.

—¿Estás seguro?

—Venga —me instó—. Nada perdemos con probar. Si reacciono al estímulo y despierto en otro lugar, yo mismo me encargaré de hacerte volver en sí también a ti.

—Le miré lleno de perplejidad. Aquello era esperpéntico, era demencial. Pero vista la falta de alternativas, procedí a obedecerle azuzado por el desespero de nuestra situación.

La incisión que efectué le cercenó la carne del antebrazo de arriba abajo produciéndole un reguero de sangre instantáneo.

Casi de inmediato, el francés se rasgó un pedazo de su camisa y a modo de venda se lo envolvió alrededor de la extremidad.

—¡Vaya! —dijo disimulando su frustración (que en cierto modo era la de los dos) —. Parece que no ha habido suerte. Por lo visto, sigo aquí, y con un rasguño de más.

Lucien tomó su macuto del suelo y se puso de nuevo en pie con gran dificultad.

—Sigamos pues, amigo mío.

—¿Seguir? —le dije lleno de

desánimo y miedo— ¿Seguir hacia dónde?

—Hacia donde nos lleven nuestros pasos. Es ya lo único que cabe hacer.

Emprendimos la marcha y, al poco de llegar a otra gran sala llena de estalactitas y estalagmitas, dimos con otro apéndice de la vieja mina romana. Empezaron a hacerse visibles cuñas, martillos, punterolas desprovistas de mango que representaban vestigios de una actividad muy antigua... Más adelante, aparecieron lámparas de aceite distribuidas de modo sistemático en pequeñas oquedades excavadas en los hastiales que, por Lucien, supe que recibían el nombre de lucernarios.

Tras recorrer esta galería, cuya

anchura permitía el paso de carros y estaba flanqueado a un costado por la zanja de un desagüe, llegamos a una inmensa sala reforzada con muros de mampostería y arcos de bóveda de piedra.

La impresión de aquella descomunal sala repleta de escaleras, arcadas y contrafuertes nos impactó hasta tal punto que, por unos segundos, nos olvidamos de nuestra situación desesperada y cedimos a la admiración de los sentidos.

—¡Válgame Dios! —exclamó Lucien asombrado—. Qué ejército de esclavos debió de vivir aquí abajo para levantar semejante ciudad.

Yo había leído las aterradoras

descripciones del viajero griego Diodoro acerca de las minas de Egipto. La sola idea de recordar sus pasajes hizo que aquella grandiosidad se llenara de dolor y de miedo.

Lucien contó las bengalas que le quedaban en el macuto. Algunas de las lámparas de barro romanas que aún había en los lucernarios tenían aceite. Esto nos ayudó a reponer el carburo que consumíamos y a guardarnos las velas para los tramos donde no las hubiese.

Para decidir por cuál de las diez galerías proseguíamos, el francés encendió una vela y fue pasándola por la entrada de cada una de ellas con la esperanza de detectar una corriente de aire.

—Seguiremos por aquí —dijo al advertir que la llama oscilaba ante uno de los pasadizos.

Sin dudarlo, descendimos por un tramo de escaleras que bajaban a lo largo del túnel.

—¡No, espera! —recapacitó a los pocos peldaños—. Mejor, subamos de nuevo y tomemos la galería de al lado.

Pero al darnos la vuelta vimos aterrados *que las escaleras de subida también bajaban.*



Para mí, Lucien era ya el único vínculo real con la vida que recordaba. En aquella oscuridad eterna, los

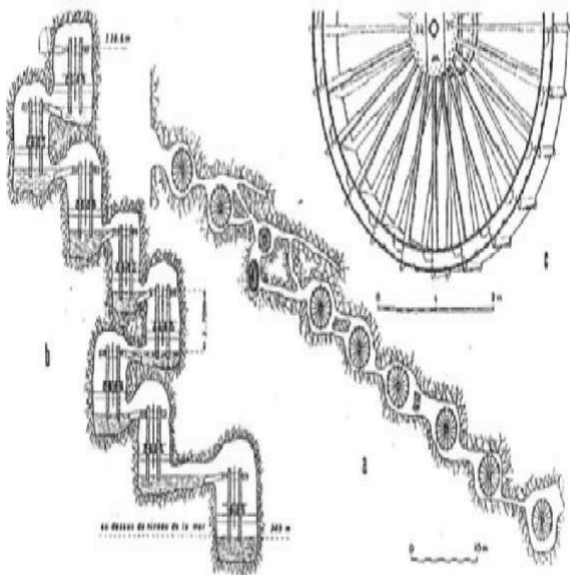
paisajes, los sonidos y los aromas se perdían o, sencillamente, dejaban de existir. Todos ellos adquirirían de pronto en mi recuerdo la importancia y el valor que nunca les había atribuido, a tenor quizás, de esa costumbre que los presume eternos, y por tanto, irrelevantes. La mano empezó a temblarme; la tomé con la otra y la sentí inconsistente, como si algo se interpusiera entre ambas, como si poco a poco se distanciara de mí. Miré cómo Lucien arrastraba cada vez más su pierna, y un sudor frío me invadió. Intenté no hacer ningún juicio precipitado, pero fue inevitable que las palabras de Fetra respecto a la palanginesia retornaran a mi mente.

Recordé sus explicaciones respecto a que el pozo era un inmenso catalizador de almas, y su agua, el reactivo necesario para atravesarlo. La ecuación intangible del libro, sus signos algebraicos indescifrables que evolucionaban a lo largo del *descenso* también desfilaron por mi mente. Todos los indicios apuntaban hacia lo que, en manera alguna, quería siquiera plantearme.

Cuando nuestros relojes se pararon, comenzamos a perder la percepción del tiempo. Lucien no se rendía y seguía adelante aun a sabiendas de que ya ningún método de orientación o de guía nos era válido. Al poco de detenernos en una sala para tomar un respiro, dimos

con una instalación de elevación de agua constituida por norias escalonadas, cuya función había sido desaguar los fondos inundados en la antigüedad. Las ruedas de noria eran inmensas, tan grandes como aspas de molino. Estaban podridas casi por completo por efecto del tiempo y el desuso. Los engranajes de los tornos y las poleas que las hacían funcionar permanecían inermes; eran como vestigios mudos de una actividad desaparecida, sepultada, enterrada y olvidada en vida al igual que lo estábamos nosotros. El sistema escalonado de las inmensas ruedas giratorias nos permitió saltar de una galería a otra, siguiendo su alineación de extracción descendente. Con el agua

hasta la cintura, avanzábamos por el estrecho desagüe, a la par que la luz cadavérica del carburo agrandaba nuestras sombras contra las paredes de la tumba. Y cuanto más miraba esas sombras, más sentía que una parte de mí empezaba a disociarse de la otra, y que una ligereza –más espiritual que física– se afianzaba en mí ser.



Dibujo en el que se muestra el sistema de norias escalonadas dentro de la cueva de los Oscuros de Arpan (Paso de las Devotas 1840)

Extraído del diario de Fernando de Artales

Al llegar al final del sistema de norias, los indicios de la mina empezaron a desvanecerse, y la cueva natural adquirió de nuevo protagonismo. Los muros y contrafuertes fueron perdiendo continuidad. Llegados a una estrechez por la que discurría un río subterráneo, nos vimos obligados a sortearlo pasándolo pegados a la pared por un pretil que discurría pegado al precipicio. Justo al otro lado, un sistema

de pozos de ventilación dejaba sentir una corriente de aire que ascendía hacia arriba.

—Deberíamos intentar bajar por ahí —me dijo Lucien.

—Llevamos bajando casi seis horas —maldije—, y cuando nos damos la vuelta para subir, resulta que también bajamos. ¿A qué profundidad debemos encontrarnos ya?

—Eso es lo de menos.

—¿Lo de menos? ¡Se supone que la salida está arriba y no abajo!

—Puede haber otra ventilación más abajo. Este aire ha de entrar por algún lugar del exterior.

—¿A esta profundidad?

—Este sistema subterráneo es

inmenso –me explicó Lucien–. Quizás presente alguna salida en un valle situado a menor altitud. Y esto no es ninguna suposición.

–¿Y cómo piensas bajar ahí? –le pregunté aterrado por la visión del agujero. El contraste de la llama hacía que su embocadura se dibujara más siniestra, si cabe, que la cueva por la que avanzábamos. Y es que nada es tan espantoso a la vista del ojo humano como un agujero que sale del interior de otro agujero.

–Los pozos tienen un torno para la extracción del mineral. Podemos atar una de las cuerdas que llevo y descender. Yo te bajaré primero a ti, y después te seguiré deslizándome por la

cuerda.

No lo vi nada claro. Me situé sobre el encofrado de madera para revisar el estado del torno y giré su manivela para ver si aún funcionaba. Al hacerlo, las traviesas que me sostenían cedieron a mi peso y me hundí hasta la altura de la cintura.

– ¡No te muevas! – me gritó Lucien.

– No tengo intención de hacerlo – respondí helado de espanto y sin sentir el suelo bajo mis pies.

El francés se arrastró con sumo cuidado por la tarima de tablones para asegurarme con la cuerda.

– ¿Estás bien?

– Estaré mejor cuando salga de aquí.

—Aguanta, amigo, ya estoy a tu lado.

Lucien desplegó la cuerda que traía enrollada alrededor del cuello, tomó uno de los extremos, confeccionó un lazo corredero y me lo pasó por debajo de los brazos para asegurarme.

—Ya estás atado al torno —me animó el barón—. Ahora voy a asegurarme yo y volveré para sacarte de ese cepo.

Al darse la vuelta, la totalidad de la estructura hizo una especie de movimiento oscilante. El francés se detuvo de inmediato. Un crujido seco y una sucesión de chasquidos rajaron la plataforma haciendo que la estructura perdiera sus sujeciones laterales a lo largo de todo el perímetro. La tarima dio

una sacudida y se hundió arrastrando a mi compañero por el agujero. Solo me dio tiempo a oír su grito desgarrador y ver cómo desaparecía de mi vista con todas sus pertenencias...

—¡Lucien! —le grité— ¡Luciennn!

Observé el agujero sin fondo por el que ya no se veía nada

Acababa de perder lo único que aún me daba fuerzas para no volverme loco. Atado al torno por esa cuerda; suspendido en el centro del pozo de ventilación como el badajo de una campana, solo y con media vela como único equipaje, me entregué a la desaparición y me puse a llorar. Aquel sería sin lugar a dudas el final de mi historia.

XXIX

(En el que se explica la partida de Cordelia)

9 de marzo

A las diez de la mañana, tal y como estaba previsto, la gran caravana de los catalanes se concentró en la plaza mayor para disponer la partida. Eran casi diez cargas –cuarenta mulos si se prefiere–. Decían los ancianos del lugar que no se había visto nada semejante desde la guerra de Sucesión, cuando una partida de paqueteros pasó cien mulos por el

Puerto Viejo con pólvora y fusiles para el Archiduque.

Don Famades despachaba los preparativos y las instrucciones de última hora con los hombres principales del pueblo y los carabineros. Su gente andaba ocupada aparejando los animales con los arneses y los cestos de carga en medio de un gran alboroto. Casi la totalidad de la villa se había concentrado en la plaza para ver la marcha de la comitiva y para despedir a Cordelia.

La muchacha no bajó a la calle hasta que todo estuvo dispuesto. Salió del portón como una novia que va a entregarse a un hombre que nunca ha visto. Estaba guapa pese a su tristeza.

Leonor le había recogido el pelo con un juego de trenzas anudadas en un moño. Un pasador de flores blancas le sostenía el peinado, mientras su mano derecha sujetaba el hatillo con sus pertenencias básicas.

Cordelia miró por última vez las paredes y los objetos de la que hasta entonces había sido su casa, consciente de que ya no volvería a verlos nunca. Atravesó la calle engalanada con guirnaldas de colores, sorteó los excrementos de los mulos, y avanzando hacia la hilera de acémilas, se montó sobre uno de los animales.

Leonor la acompañó en todo momento para consolarla en esos terribles momentos de soledad. La vieja

ama de llaves le hablaba todo el rato de cosas irrelevantes: de si se había acordado de coger esto o lo otro, o de cómo comportarse cuando llegara el momento de presentarse a su nuevo señor. Aquellos consejos eran, pese a todo, preferibles al silencio, quizás porque también la voz de la que fuera su segunda madre se perdería para siempre en el momento en que la caravana se pusiera en marcha.

La joven miró una última vez sobre la senda que conducía al camino de los solteros. Rezaba para que el milagro se produjera y mi silueta se hiciera visible en el último instante; aunque, a ser sincera, ni ella misma creía ya que eso fuera posible.

—Leonor —dijo bajando la cabeza—, tengo que pedirte un favor.

—Dime, *chiqueta*.

—He apuntado en este papel la dirección de la casa a la que voy a servir. Si mañana, o pasado, o el día que sea, Fernando pasa por aquí y pregunta por mí, dásela y no le digas que te he dicho nada. Sencillamente se la entregas. Él sabrá qué debe hacer.

—No pienses más en eso, mi niña —le dijo la vieja rechazando su ofrecimiento—.

Todo eso ya pasó, no te hagas más daño. Cuando antes tomes conciencia de tu nueva situación, menos dolorosa será la partida, créeme.

—Insisto —dijo Cordelia—

tendiéndole el papel para que lo cogiera—. Hazlo por mí; es lo último que te pido.

En ese preciso instante, don Joaquín Castán apareció por detrás del ama de llaves, y tomando la nota a su recaudo, se la devolvió a la chica.

—Me temo que no podremos dársela— dijo el administrador

—¿Por qué...?

—Porque el funcionario se marchó esta misma mañana a primera hora.

A Cordelia se le fue la sangre de la cara.

—¿Esta mañana? —tartamudeó sin comprender— ¿Y no vino a despedirse? ¿No pasó por casa?

—Me dijo que le disculparas, pero

que traía prisa y le urgía alcanzar Barbastro esta misma tarde. Me pidió que te diera esto como prueba de su amistad y que le perdonaras. Lo siento de verdad —añadió Don Joaquín acercándole el sobre con el sello del ministerio.

Cordelia lo abrió con cuidado y extrajo el retrato que había en su interior. Miró si alguna carta de despedida acompañaba el dibujo pero no había nada más dentro. Con la mano temblorosa y el corazón en un puño sacó el dibujo y lo observó. Una escueta dedicatoria acompañaba el retrato.

«Lo prometido es deuda, siempre te querré».

—Te seguro que me sabe muy mal

que hayas tenido que enterarte así, Cordelia –añadió Don Joaquín –. La verdad es que no sabíamos si decírtelo o no, pero al final pensamos que sería mejor hacerlo.

El dibujo cayó de sus manos y fue a parar a los pies de las mulas. Ella ni siquiera se apercibió de este hecho y siguió manteniendo la mano cerrada como si sus dedos aún sujetaran un sueño. Su mente reprodujo en cuestión de segundos todos los episodios de nuestro idilio sin poder comprender las razones de mi traición. Después, desistió de toda resistencia y, bajando la cabeza, se rindió a la evidencia.

Por primera vez en su vida, la resignación pesaba más en el ánimo que

su indolencia.

A las diez de la mañana, la comitiva estaba a punto. Don Famades dio la orden de ponerse en marcha y la reata comenzó a abandonar la plaza formando una inmensa procesión cargada de pellejos y abalorios. A lado y lado de las calles se congregaban gentes de todo el vecindario. Habían venido hombres y mujeres de Javierre, de Espierba, de Parzán, de Chisagüés... Las fiestas de carnaval –que alcanzaban su último día– les habían congregado allí para cerrar los festejos y, de paso, animarles a vender o intercambiar sus artículos con los comerciantes.

Con lentitud, la mula de Cordelia fue pasando por delante de los vecinos,

de sus amigas y amigos, de sus seres queridos. Al principio nadie decía nada, pero pronto empezaron a escucharse voces aisladas –preferentemente de las mozas de su quinta– que la animaban a no desfallecer.

–¡Nunca te rindas, Cordelia! –se les oía gritar–. ¡Siempre estarás en nuestros corazones!

La muchacha se agarraba con fuerza a las riendas de su mula y se mordía los labios para no llorar. El golpe de mi supuesta partida furtiva le había dado una estocada de gracia definitiva.

–¡Escríbenos una carta! –suplicó una voz, a sabiendas de que ningún correo había llegado jamás al valle.

Aquel sí fue un acto de amor y de fe que le alcanzó en lo más hondo.

Los gritos de despedida fueron en aumento; las mujeres de la aldea comenzaron a salir de las formaciones y a depositar semillas y pétalos de flores sobre su delantal; algunas le tomaban las dos manos y corrían junto a la mula un tramo para darle ánimos y desearle suerte. Pero la joven ya no era capaz de responderles. Inmensos ríos de lágrimas corrían por sus mejillas enrojecidas por semejante manifestación de cariño.

—¡Siempre estaré con vosotros!
¡Jamás os olvidaré! —. Tan solo fue capaz de decir.

Y aunque nadie la escuchó, sus palabras permanecieron sobre las calles

del pueblo incluso cuando éstas se vaciaron de gente y se sumieron en la más desoladora quietud.

XXX

*(Donde describo los hechos que
sucedieron en la cueva tras la muerte
de Lucien)*

Cuando desperté de mi impresión, aún continuaba suspendido de la cuerda con la que Lucien me había asegurado al torno. La vela que me quedaba ardía al otro lado del pozo de ventilación, fuera de mi alcance, de modo que comencé a balancearme de un lado a otro para provocar un movimiento de oscilación que me permitiera alcanzar la pared. Por fortuna, no me resultó demasiado difícil

conseguirlo, y al poco tiempo ya estaba agarrado a la roca y trepaba hacia la parte estabilizada del piso. Valiéndome de los fragmentos de sujeción de la plataforma, que al partirse habían quedado sobresaliendo, escalé la pared hasta arriba. Cuando alcancé la zona segura, cogí la vela del suelo y abandoné la sala de los pozos buscando algún pasadizo que me condujera hacia abajo por un lugar menos comprometido.

¡Si vosotros tuvierais idea de cómo se representa el miedo en su estado más puro! De cómo vive amenazante en la oscuridad, en la soledad del alma, en la muerte en vida que niega a nuestra conciencia cualquier otra referencia que no sea el propio reflejo de su abandono,

de su aislamiento, de su desespero. El miedo que yo conocí en la cueva de Los Oscuros de Arpan tenía su propia carne y su propia sangre. Sabía tomar la forma más aterradora en función de los reflejos de mi estado de ánimo. No tenía voz, ni tampoco tacto, ni olfato. Era solo una visión que vivía a la vez en la caverna y en mi cerebro. Ya estaba allí antes de que entrara en la cueva, antes, incluso diría yo, de que viniera a este mundo. Me había esperado a lo largo de varias vidas como una condena impuesta por alguna falta indescifrable. Y cuando la llama de la vela se terminó y lanzó un ligero chisporroteo como los estertores de una vida que se va, ese miedo se desencadenó en toda su magnitud y vino

a buscarme para mostrarme su cara más aterradora.

Ahora me movía a ciegas palpando las paredes con ambas manos. Ya no era más que un maldito inválido y comencé a reírme de la situación como se ríe un bufón de su desgracia. Cualquiera cosa era preferible con tal de no mirar la cara del miedo. Todo menos pensar. Pensar era lo peor de todo, porque al intentar hacerlo, la cara del miedo se dibujaba de entre la oscuridad en forma de suplicio infinito. La idea de la perpetuidad de semejante estado de angustia, la posibilidad de que aquello no fuera un hecho circunstancial, sino una nueva realidad asentada para regir mi destino en el futuro me horrorizaba

hasta tal punto de hacer flaquear mi juicio.

La inconsistencia de mi mano había ido extendiéndose también por los brazos y las piernas, y cada vez me costaba más mantenerme de pie porque apenas las sentía. Recuerdo que, poco después, trastabillé con algo y caí al vacío por una especie de orificio. Durante un periodo que se me antojó una eternidad, descendí sin control golpeándome y rebotando contra las paredes. Luego sentí que la sensación de vacío se acrecentaba de modo exagerado al perder todo contacto con la estructura física del agujero. ¡Levitaba! Levitaba como en un sueño en el que nunca parece alcanzarse el final de la

caída, hasta que una sacudida brutal me devolvió a la realidad deteniendo de golpe mi infernal descenso.

Al reincorporarme, sentí que había caído sobre una especie de banco arenoso. El agua que lo cubría debía de llegarme a la altura de las rodillas y no parecía circular hacia ninguna dirección. Me enderecé y caminé hacia uno de los lados sin ningún tipo de referencia, arrastrando mis pies insensibles sobre el líquido helado que se abría en ondas circulares por delante de mi línea de avance. Ninguna pared vino a interponerse en mi camino, pese a cambiar repetidamente de dirección. Después de deambular una eternidad por la laguna, opté por detenerme y esperar

resignado mi suerte. Y digo mi suerte porque ni siquiera tenía la certeza de si estaba vivo o muerto.

—¿Sería acaso esto la muerte? —me pregunté— ¿Sería mi destino vagar eternamente por aquel mundo de soledad monstruosa, quedar atrapado en la cueva como el genio de una botella hasta que, mil siglos después, alguna divinidad se apiadase de mí y me permitiese salir de esta prisión?

Pensé en Cordelia, en mis padres, en mi trabajo, en todos los recuerdos que ahora desfilaban por delante de mí con total claridad: podía verlos diáfanos, nítidos, llenos de matices, de detalles y de perfiles; acudían desde la infancia y luego por la juventud más

reciente; tenían aromas; tenían colores y formas propias... ¡ Cuán importantes me parecían ahora y qué valor adquirirían las menudencias de esa vida en las que antes no había reparado... Cada segundo arruinado, cada instante malgastado se manifestaban para llorar a mi lado el tiempo de las oportunidades perdidas.

—¿Sería este mi pecado; el castigo por mi falta de fe, por mi pragmatismo?

...

Una luz lejana avanzó desde el horizonte como si fuera un espíritu. Puesto que la oscuridad era total, no podía calcular la distancia real que me separaba de ella. A medida que se acercaba y se agrandaba, comenzaron a aparecer otras lucecitas por detrás de la

primera, asemejando un inmenso tenebrario de llamas diminutas. Tras casi dos horas de aproximación, las luces comenzaron a perfilarse de manera mucho más nítida, referenciando la naturaleza de su origen en un cuadro fantasmagórico. Pronto pude constatar la visión de una barca errante cargada de siluetas agazapadas que se deslizaba sobre las aguas eternas. Tras ella, se hicieron visibles muchas otras embarcaciones de similares características. En la proa de cada una de ellas, se erigía una figura gigantesca que con un remo inmenso las hacía evolucionar. Esa imagen, vieja y cansada, correspondía a la de un anciano envuelto en jirones de sudario

que apoyaba su cuerpo cansado sobre la pértiga para empujarla. En la parte trasera de los botes se hacinaban grupos de pasajeros espectrales que ni hablaban ni se movían.

Cerré los ojos para librarme de la pesadilla, y cuando volví a abrirlos, yo también estaba sentado en la embarcación. Ahora viajaba con el grupo, escuchando en silencio cómo el remo rasgaba las aguas con una carencia monótona y lenta.

A lo largo del inmenso dombo de la cueva, escuche retales y fragmentos de conversaciones mías perdidas. Trozos de diálogos que nacían en las negruras de las cavidades y se expandían por la gigantesca estancia. Correspondían a

conversaciones con mi madre, con mis hermanos, con mis seres queridos; pasajes peculiares de mi vida que ahora se recreaban en forma de ondas sonoras como fragmentos disecados de una existencia pasada. Solo entonces entendí que eran el rastro ineludible que nuestro paso deja en esta vida. Reflexione: si acaso son las orillas de un río las que acaban rompiendo los círculos del agua tras arrojar una piedra en su centro, aquí no hay barrera alguna que las detenga, y el eco de cuanto dijimos, de cuanto sentimos o de cuanto fuimos en el pasado se arrastra eternamente como un velero abandonado en los mares de lo insondable. A través de ellas, podía rememorar todos los pasajes; revivir las

emociones y las risas, recomponer los llantos y las tribulaciones de toda una vida, y cuando yo me fuera para siempre ellas seguirían viajando a través de la eternidad y del espacio como un testimonio sonoro de lo que fui..

—¡Fernando! —gimió una voz casi imperceptible a mi espalda.

Me volví hacia atrás y vi al francés recostado sobre la amurada de la chalupa.

—¡Lucien, amigo mío! —le dije saltando a su lado para abrazarlo.

El francés estaba inmóvil; apenas era capaz de sentir su respiración y la temperatura de su cuerpo era muy fría.

—Cuánto siento haberte metido en esto —me susurró con los ojos apagados.

—Sin duda, hemos perdido el juicio —le respondí—. Nada de esto es real.

Los dos estamos enfermos.

Miré sus brazos y vi que estaban llenos de cortes. Ante la desesperación, el francés se había mutilado hasta un dedo entero de la mano con la esperanza de despertar de la pesadilla. Yo le traje a mi regazo y lo estreché contra mis brazos tratando de contener las lágrimas para que no me viera llorar.

—Saldremos de ésta, ya verás —le animé intentando trasmitirle la poca esperanza que me quedaba.

—Claro —dijo sonriéndome— seguro que saldremos.

Lucien nunca perdía la fe; él era así.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté

—Apenas siento mi cuerpo. Tal vez

porque yo ya había bebido esa agua antes que tú, la reacción se haya desencadenado más rápido en mi organismo. Noto cómo se forman cristales en mis músculos por momentos; cuanto más descendemos, más me desvirtúo como ser humano. Esa maldita ecuación matemática del diario

¿Recuerdas? Se sucedía en trazos estratificados a lo largo del pozo. ¡La catálisis del descenso! ¡El tremendo destilador de conciencias! Dios, Fernando, ¿a quién explicaremos esto si algún día conseguimos salir de aquí? ¿Quién nos creará?

—No hables, ahorra fuerzas

—¿Fuerzas? —sonrió Lucien con amargura— ¿Es que no ves como estoy marchándome ya?

Pensé que, seguramente, mi estado físico no sería mucho mejor que el suyo. En cualquier caso, no podía verme, y dentro de unas horas estaría como él.

Debieron de transcurrir varias horas de singladura, pues los pelos de mi barba ya tenían la alargada de dos días. Quise hablar a esas gentes que nos acompañaban, preguntarles quiénes eran y qué hacían allí, mas antes de intentarlo siquiera, ya había desistido de mi empeño autodiluyéndome en su misma frialdad.

—Qué me habría sucedido? —meditaba sentado tras la barca— ¿Estaría

bajo los efectos de una droga vertida en el agua? ¿Se habrían cumplido los pronósticos del manuscrito? ¿Me hallaría realmente en el otro lado? Y de resultar cierta esta hipótesis, ¿qué habría sucedido con mi cuerpo real? ¿Lo habrían encontrado las hermanas cerca de la entrada de la cueva como los otros? ¿Estaría en estos momentos alguien añadiendo el episodio de mi muerte en el *Sepulcri memoriae*?

De repente, algo llamó mi atención inyectándome en el corazón un súbito aliento de esperanza. La luna amarillenta y esférica emergió desde lo alto del firmamento bañando las aguas con su reflejo de plata. Suspiré de alegría; era evidente que ya habíamos salido de la

cueva y ahora navegábamos por alguna especie de lago o a lo mejor por el mar. Si había luna, tendría que haber a la fuerza sol, y si había sol, habría también luz que, con los primeros rayos de la amanecida, arrojaría claridad sobre aquel universo tenebroso. Pronto veríamos el relieve de las montañas dibujarse en el horizonte, y con ellas, la dimensión de nuestro mundo volvería a recomponerse retornando a nuestros sentidos sus cotos legítimos.

—Mira —dije a Lucien reincorporándolo del banco para que pudiera verla.

—¡Oh, Dios! ¡Qué maravilla! ¡Es la luna! —susurró con el rostro iluminado.

—¡Sí, Lucien, hemos salido de la

cueva! ¡Estamos fuera de la gruta!

La barca siguió avanzando despacio situándose bajo el astro luminoso. Su haz caía ahora a plomo sobre mis manos y mi rostro como una cascada mágica. Me levanté sobre el banco del bote y extendí los brazos en aspa para bañarme en su luz.

¡Dios, cómo deseaba regresar! Amaba el mundo y la vida como nunca antes lo había hecho!

En ese instante, el haz sereno que la luna proyectaba sobre mí se escindió violentamente en dos rayos de luz. Sorprendido, levanté la cabeza hacia el firmamento apenas con el tiempo justo para contemplar cómo los dos haces se convertían a su vez en cuatro, y luego, en

ocho. ¡Entonces lo comprendí! Aquella esfera amarillenta no era la luna; ¡Era el pozo de la cocina visto desde su propio fondo! Las monjas estaban tapando el agujero de su abertura con los tablones. Estaban sepultando nuestra salida y nuestra esperanza; estaban condenándonos a la eternidad.

Traté de gritar. Con todas mis fuerzas intenté articular un último grito de desespero para advertirles de que aún estábamos allí. De que estábamos vivos. De que no cerraran la cocina todavía. Pero, pese a mi empeño y mis ganas, mi garganta fue incapaz de emitir sonido alguno.

Aterrado por la desesperación, hundí mis manos en los bolsillos del

abrigo para protegerlas del frío que me poseía. Fue entonces cuando noté un objeto en su fondo. Intenté cogerlo con los dedos, pero la falta de tacto hacía que este volviera a caer una y otra vez al fondo del bolsillo.

Por fin conseguí sacarlo y ver de qué se trataba: era la botellita de cristal que contenía el preparado químico con el que Cordelia me había hecho bajar la fiebre. Solo entonces tuve plena conciencia de que mi encuentro con ella había sido real; que había existido de verdad más allá del delirio de mi fiebre. Examiné el líquido del frasco y vi que era incoloro, un poso de diminutas algas en suspensión saturaba su mezcla depositándose en el fondo del

recipiente. El poderoso antitérmico había actuado sobre mi fiebre de un modo fulminante reduciendo mi temperatura corporal hasta el límite de mi resistencia. La constatación de esa evidencia me empujó a plantearme una última opción desesperada: tal vez, si bebíamos la cantidad que quedaba en el frasco alteraríamos o interrumpiríamos el proceso de *catálisis* abortando la *disociación de las partes*. A fin de cuentas, no era descabellado pensar que la temperatura jugara un papel determinante en el proceso de reacciones químicas del que, sin lugar a dudas, éramos parte activa.

Casi sin fuerzas, logré destapar el frasco.

—Vamos, Lucien —le dije reincorporándole la cabeza— tienes que tomarte esto.

—¿Qué es?

—Un antitérmico elaborado para producir una terrible sacudida al organismo.

—¿Una droga para librarnos de otra droga?

—Esa es la idea —dije yo.

Lucien miró el frasco y luego me miró a mí.

—Hay demasiado poco para los dos, sálvate tú.

—Hay la suficiente para ambos.

—No, Fernando. No podemos arriesgarnos a quedarnos los dos a medias. Al menos uno de nosotros ha de

lograr volver en sí para poder salvar a tiempo al otro.

Comprendí que Lucien tenía razón.

—Entonces, lo echaremos a suertes —propuse.

—No —volvió a negarse sin perder jamás su capacidad analítica—. Mi proceso está mucho más avanzado que el tuyo. Ya no siento mi cuerpo por ningún punto. Dudo incluso que fuera capaz de engullir la pócima. Supongo que al haber bebido el agua de la jarra el día antes, mi proceso se aceleró. Tú aún puedes detenerlo. Debemos apostar al caballo ganador.

La mano muerta del francés aún encontró fuerzas para asirse a mi abrigo exhortándome a obedecerle.

—¡Hazlo! ¡Por lo que más quieras, Hazlo! A cada segundo que perdemos, nuestras posibilidades disminuyen.

Me agarré de su mano y cerrando los ojos hice ademán de llevarme la botella a los labios, pero el cuerpo no me respondía.

—No puedo —gemí—. Mi voluntad quiere cogerla, pero mi mano ya no la obedece.

—¡Concéntrate! ¡Debes hacerlo! Piensa en ella, Fernando. ¡Piensa en Cordelia!

Cerré de nuevo los ojos y me concentré en la única cosa que deseaba, y entonces, muy despacio, conseguí que mi brazo respondiera a la orden y alcé la botella derramando la totalidad del

contenido en mi garganta.

Los efectos del preparado fueron casi inmediatos: sentí como si una inmensa presión me comprimiera el pecho reduciendo la totalidad de mi cuerpo a la mínima expresión. Ríos de agujas corrieron por el interior de mis venas como fuego y hielo acelerando el flujo sanguíneo; un vértigo nubló mi visión y me lanzó a un doloroso vacío físico. Todas las escenas acudieron entremezcladas en un sin sentido: las caricias de Cordelia, mi marcha a través de la tormenta de nieve, la comida en casa de don Ramón Castán, Fetra, Lucien... Me sentí succionado, volteado y expulsado de forma sucesiva hasta perder toda conciencia y noción de la

realidad.

(Donde refiero lo que vi cuando volví a la conciencia)

10 de marzo

Fetra se levantó de la cama entrada la madrugada y salió al exterior de la casa. Había tenido un mal pálpito y ese presentimiento no la dejaba dormir. Algo ocurría en el monasterio, estaba segura de ello.

Subió hasta el prado y miró en dirección a la senda para ver si conseguía ver algo. ¡Imposible! La

noche era muy cerrada; ni tan solo los arbustos aislados del camino se diferenciaban entre el manto de oscuridad.

Volvió a la casa y despertó al muchacho que dormía junto a las brasas del hogar.

—Jal, Jal, despierta

El zagal se revolvió en las sábanas.

—¿Qué pasa, madre?

—Me marchó.

—¿A estas horas?

—Sí, me voy al monasterio; algo no marcha bien.

—¿Qué es lo que sucede?

—Ha habido lluvia de estrellas esta noche. Alguien ha entrado en el pozo.

El joven se despojó de las mantas y

encendió una vela.

– ¿Fernando?

Aún no lo sé.

– ¿Te acompaño, madre?

– No, pero tenlo todo preparado por si tienes que ayudarme. Voy a buscar a esos dos hombres para cerciorarme de que siguen bien.

– Ten mucho cuidado, ya sabes el odio que te tienen esas monjas.

– Sé cuidarme. Mantén el fuego encendido y una cama preparada por si se hace necesario traer a alguien. Si no he vuelto antes de la amanecida, ya sabes qué has de hacer.

Jal se quedó muy quieto.

– Entendido, madre.

Cuando por efecto de la poderosa pócima volví en mí, abrí los ojos y me encontré tendido en el camastro de mi celda. Una innumerable cantidad de velas dispuestas de manera circular ardían alrededor de mi cama. La totalidad de las monjas estaban sentadas a ambos lados y a los pies del catre con sus rostros descubiertos. Salmodiaban una especie de rezo delirante que se sucedía en versículos. Una hermana pronunciaba en voz alta el primer estribillo de cada verso y las demás lo repetían a coro produciendo un murmullo aterrador. La celda estaba anegada de humos aromáticos que

enrarecían la visibilidad. Me di cuenta de que aquellas mujeres obraban a contra corazón; sus expresiones drogadas eran de profundo dolor y de atrición. Tenía la sensación de que odiaban hacer aquello, de que sufrían lo indecible; como si una parte de sus almas fuera perdiéndose en el proceso. Por primera vez las vi más como víctimas que como instigadoras del mismo. Sus cabezas ladeadas, sus rostros abandonados y desprovistos de la toca, sus cabellos cayendo desparramados sobre las mejillas impregnadas de sudor, sus miradas perdidas en el desespero daban fe de ello.

De manera instintiva volví mi

cabeza hacia un lado para ver el catre que ocupaba Lucien en la celda. El francés estaba lívido como la cera. La sangre de su cuerpo había sido movilizada por acción de la gravedad hacia las partes más declives, de modo que en la porción de su cuerpo que mantenía contacto con la superficie de apoyo, aún conservaba el color natural, mientras que en el resto iba adquiriendo las características tonalidades blancas cerúleas que empiezan a manifestarse con el *rigor mortis*. Su brazo derecho estaba extendido hacia mí. Permanecía flácido, inconsistente. La totalidad de la extremidad mostraba un sinfín de cortes a lo largo de su longitud. Estos cortes estaban cicatrizados por la coagulación

de la sangre que había manado a raudales por las sábanas y el orinal. ¡Estaba muerto! ¡Lucien estaba muerto! Y el color apagado de sus ojos azules, antaño tan hermosos y llenos de vida, me miraba con tristeza resignada.

Dando un grito de terror, gateé de espaldas hacia el cabezal de la cama para ovillarme contra la pared. La mano extendida de Lucien mostraba parte del dedo amputado que él mismo se había cercenado en la cueva para intentar despertar de la pesadilla. El resto del miembro yacía tirado dentro de un orinal situado en el suelo.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es este lugar? —grité aterrado de espanto.

Al girar la cabeza hacia el otro

lado de la cama, vi a la niña oblata a un palmo de mi cara. Estaba de pie, a mi lado, y sus ojos gigantescos me miraban con fijeza repitiendo los condenados salmos de las monjas. La empujé al suelo y salté de la cama. Llevándome la mano a la sien di vueltas por la celda tropezando contra los distintos elementos. Intentaba establecer asociaciones entre la cueva y lo que ahora veía, pero el estado de excitación al que la pócima y las visiones me habían conducido hacía harto difícil que pudiera alcanzar un punto de clarividencia.

Preso del pánico, intenté escapar del lugar. Ya nada podía hacer por Lucien. La visión de una sierra al pie de

la cama destinada a cortar la cabeza de nuestros cuerpos me hizo recordar hasta qué punto la locura de la leyenda seguía vigente. El tacto de mis piernas y de mis brazos regresaba con lentitud; los sentía dormidos e hinchados, presos de un hormigueo que dificultaba la coordinación, de modo que los movimientos de mi cuerpo aún eran torpes y sus reflejos peores. A grandes zancadas, salí de aquel cuarto infernal con la esperanza de encontrar la puerta abierta y poder escapar del convento. La sorpresa de las monjas ante mi “retorno” —algo que sin duda no esperaban— las pilló en pleno trance y no reaccionaron de inmediato. Siguieron rezando ante el catre vacío como si mi cuerpo en

tránsito aún permaneciera allí. Al pasar por delante de la vieja cocina, vi el pozo de refilón con los tablones de madera extendidos sobre él, y me detuve para observarlo. El brocal estaba lleno de platos con comida que parecían ofrendas destinadas a calmar el dolor de las almas. Una fuerza desconocida me empujó a desmontar los maderos, asomarme por su orificio y mirar hacia abajo. Todo estaba negro, no se podía ver nada, solo el ruido de los hilillos de agua serpenteando entre los bloques de piedra para descender hasta las negruras daba fe de algo latente. En ese preciso momento sucedió lo más terrible que quepa imaginarse: otro grito indescifrible —a mi juicio de Lucien—

emergió por su embocadura desde sus profundidades y se propaló por el pasadizo extinguiéndose como una exhalación póstuma. El grito sonó igual que los otros, con ese tono desnaturalizado similar a un llanto de cetáceo en la noche antártica. Sentí ganas de devolver. ¡Era una llamada de ayuda! Vomité una y otra vez de repugnancia y turbación mientras me alejaba por el pasillo dando bandazos y gritando como un endemoniado (aquel lamento perdurará en la memoria hasta el final de mis días).

Alcancé la puerta del monasterio pero estaba cerrada con llave. Intenté forzarla tirando hacia mí con ambas manos pero me era del todo imposible

abrirla. Vi que los reflejos de las velas avanzaban por el pasillo. Con toda certeza, las monjas empezaban a salir del estado de trance al que las sumían las drogas del rito y, al constatar que uno de los dos jergones permanecía vacío, se habían movilizado para seguirme. Dejé la puerta y aceleré la carrera hacia el claustro. Trepé por una inmensa madreselva que ascendía por la roca y me dejé caer al otro lado sin reparar en el dolor de la sacudida.

Recuerdo que corrí tan aprisa como pude para alejarme del miedo. Al cruzar la cascada Isuala perdí un zapato sin que me diera tiempo a recuperarlo. Cuando alcancé el barranco de la Sarra, me detuve exhausto de cansancio y caí de

rodillas sobre el lecho del río helado. Rompí la costra de hielo con una piedra y sumergí mi cabeza dentro. Después agarré dos puñados de tierra y me los restregué por la cara para sentir su tacto. Quería fundirme con todos los elementos que me rodeaban para constatar que estaba vivo, que había salido del infierno. Respiré muy hondo llenando mis pulmones de aire fresco y, poco a poco, fui tranquilizándome. Tan pronto creía recuperar la serenidad como la perdía de pronto arrastrado por arrebatos de llanto que se reproducían al recordar los terribles sucesos.

Cuando Fetra me encontró, estaba casi en trance, sentado sobre una piedra, con la vista perdida en la inmensa

garganta que la luz del cielo apenas llegaba a perfilar. Miraba sin ver nada; el eco del abismo aún retumbaba en mi interior. La resaca de lo vivido pesaba demasiado...

—¿Y Lucien? —me preguntó Fetra.

Yo alcé la cabeza para mirarla.

—Se quedó dentro.

—¿Cuánto rato hace de eso?

—No puedo precisarlo, pero oí su voz ascender desde el fondo del pozo hace solo un momento —le confesé.

—Entonces ya no hay nada que hacer —se lamentó.

—Venga —me dijo tomándome del brazo para instarme a levantarme— No es aconsejable permanecer aquí. Quizás decidan volver a buscarle. Saben que

está débil y que no llegará lejos sin ayuda.

—Antes de eso, tendrán que matarme —me revolví—. Jamás me llevarán allí otra vez. ¡Lo juro!

La fuerza física de Fetra, su nervio y tesón para salir adelante de cualquier penuria bastaron para levantarme del suelo. Pasándome su brazo por debajo de mi axila me reincorporó y me puso en pie. Apoyado de este modo, recorrimos lo que restaba de camino hasta alcanzar la ermita sin problemas. Jal ya lo tenía todo dispuesto, de modo que al llegar me tendieron sobre la cama y me dieron de beber unos brebajes que la coja guardaba en un tarro del estante más alto.

—¿Cómo ha conseguido salir del pozo? —me preguntó.

Yo le enseñé el frasco que aún mantenía en mi bolsillo y ella se lo llevó a la nariz para olerlo. Después introdujo un dedo dentro de la botella y se lo llevó a la lengua para catarlo.

—Muy buena elección —dijo sorprendida al descifrar la naturaleza del preparado—. Yo iba a darle algo muy parecido.

La madre de Jal me miró los globos oculares estirándome el parpado hacia abajo.

—¿Siente esto? —me preguntó.

—¿El qué?

—¿Y ahora? —dijo apretándome los ganglios del cuello.

—Ahora un poco.

—Eso es buena señal; después de todo aún podremos sacarle a usted de una pieza. Esta noche permanecerá aquí

—agregó cerrando las ventanas y la puerta de la casa para convertirla en un fortín—. Aquí dentro estará a salvo; nada ha de temer ya.

—¿Qué fue lo que vi ahí abajo, Fetra? —me aventuré a preguntarle con el temor en carne viva.

—Algo que jamás podrá olvidar ni contar a nadie durante el resto de su vida.

—¿Pero qué era ese lugar horrible?

—Cada salón del pozo es diferente según el huésped. Podríamos decir que está personalizado. Lo que vio en el

fondo del pozo es intrínseco a la naturaleza de su alma; de algún modo está ligado a ella, es un espejo, un reflejo. Por eso conviene saber extraer del mismo las conclusiones precisas. Usted ha podido regresar; que al menos le sirva para ser, en adelante, otra persona mejor de lo que haya podido ser.

—¿Mejor? —Murmuré con amargura— ¿Acaso se puede seguir viviendo como si nada hubiese sucedido después de lo que he visto? ¿Y Lucien? ¿Qué ha sido del pobre Lucien?

—Deberá aprender a sobrellevarlo, a convivir con ello sin que le afecte su futura conducta.

— ¿Qué quieres decir, Fetra?

—Quiero decir que, en ocasiones, es propio de hombres juiciosos volver la espalda a determinados acontecimientos que nos sobrepasan, sin que haya por ello motivo alguno de cobardía o de debilidad. Más bien todo lo contrario. Tenga presente que si Dios o el mismo diablo son los causantes de que su amigo se encuentre allí, ¡motivos habrá! Y en esos motivos ni usted ni yo, ni nadie deben interferir. Si, por el contrario, se trata de cualquier otra circunstancia, mañana, la luz del sol la redimirá por sí misma.

—Sí —dije valorando su observación con calma—. Supongo que es lo más sensato. Ya habrá tiempo de saber qué es lo que ha pasado aquí cuando todo

esto se aclare.

—Ahora intente descansar.

Cerré los ojos, pero al ver la oscuridad, el terror de la cueva me atenazó de inmediato causándome un sobresalto.

—Pronto amanecerá ¿No es así? —le pregunté.

—Aún faltan dos buenas horas para que rompa el alba.

—Necesito ver a Cordelia —añadí— descansaré unos minutos y bajaré al pueblo a buscarla.

—No sea cabezón —se enfadó la coja—. Ya empiezo a cansarme de tener que ir salvándole. Quédese aquí quietecito y mañana baje con la luz del día. El paso aún está helado a estas

horas.

—Quiero abandonar el valle de inmediato, Me vuelvo a Segovia. Y me vuelvo con ella, Fetra. Se acabó el estar solo. He estado solo demasiado tiempo; ahora veo claro que lo que vi en la caverna es el símbolo de una realidad que, de algún modo, ha vivido en mí desde siempre sin que lo supiera. Pienso agarrar la vida con las manos y exprimirla para vivirla; y a ser posible, voy a hacerlo con ella.

Fetra suspiró.

—Supongo que nadie le ha dicho que Cordelia ha marchado a servir.

Yo la contemplé incrédulo.

—¿A servir? ¿Qué quiere decir?

—Marchó con la caravana de los

catalanes. Don Joaquín tomó esa decisión al poco de que usted se fuera. La ha emancipado de la casa; le ha retirado su condición de donada⁴².

—¿¡Pero qué me dices, mujer!? — la abordé reincorporándome de golpe del jergón— ¿Cuándo se ha marchado? ¿Dónde se ha ido?

—No lo sé con seguridad. Oí decírselo a un grupo de mujeres en la tienda de víveres. Algunas decían que a Lyon, otras, que a Tarbes... Qué quiere que le diga...

Llamé a Jal a gritos. El muchacho — que andaba muy agitado— entró a la casa asustado.

—Jal —le pregunté apenas verle—. ¿Le entregaste la carta a Cordelia?

—Sí, señor.

—¿Y no te dijo nada?

—No, señor.

(Imagino que el hecho de verme tan alterado disuadió al mozo de decirme la verdad).

—He de marcharme enseguida —sentencié sin atender a más razonamientos—. Tengo que encontrarla.

—Quizás ya sea tarde —resopló la coja.

—O quizás aún no lo sea —repliqué por mi parte—. Alcanzarla o perderla para siempre puede depender de que sea capaz de ganar un solo minuto...

Observé mi situación: había dejado mi bolsa de dinero y mi equipaje en el monasterio; mi caballo andaba perdido

por los páramos de Bielsa; mis zapatos, bajo la cascada de agua; la mayoría de mis ropas de abrigo estaban en casa de don Joaquín. Era evidente que así no podría llegar a ninguna parte.

—Está bien —instruyó Fetra percatándose de lo que precisaba—. Coja estas botas de Jal; el chico es de pie grande, de manera que no creo que tenga problemas para calzárselas.

Sin dudarle, tome las polainas y me las enfundé

—Póngase también esta piel de oso —añadió—. Pertenece a uno de los tres carabineros que me violaron. Estaba tan borracho que se marchó sin cogerla.

Al echármela a la espalda, me di cuenta de que la piel tenía un orificio en

su parte posterior; un orificio que asemejaba un desgarró producido por una puñalada de arma blanca. Evidentemente me abstuve de comentarlo. Si era lo que parecía, el canalla lo tenía bien merecido.

—Por fortuna no le maté —comentó ella al advertir que me había apercebido de la señal— aunque juro que en ese momento llegué a desearlo con toda mi alma.

No dije nada. Tenía muy claro que Fetra no era una mala persona. Era de esa clase de mujeres que jamás se rinden sin luchar. En cierto modo, la admiraba.

Una vez me hube equipado con las prendas de abrigo, ella extendió su mano

para hacerme entrega de algo escondido en su puño. Yo lo cogí; era el dinero que le había entregado la víspera en pago por sus cuidados.

—Mejor será que se los quede usted —dijo invitándome a cogerlos—. No llegará a ninguna parte con los bolsillos vacíos. Además —añadió a renglón seguido— a nosotros aquí el dinero no nos sirve de nada.

Tomé las monedas a buen recaudo y me dirigí a la puerta. Al pasar por delante de la alacena vi que el mueble tenía las puertas abiertas y en su interior había un relicario, un grinal y una talla de una virgen adornados con flores. De inmediato me volví hacia Fetra interrogándola con los ojos.

—Eran de la iglesia del monasterio —se adelantó antes de esperar mi pregunta—. Yo fui la última madre superiora de la orden antes de que la casa de Dios dejara de serlo.

Asentí una vez más y crucé la puerta. Fuera me esperaba Jal con una mula. El muchacho estaba equipado con un farolillo de luz y sendas ropas de abrigo.

—¿Adónde crees que vas tú? —le interrogué al verle tan dispuesto.

—Jal le acompañará hasta que amanezca —intervino Fetra—. Conoce la montaña mejor que cualquier pastor. Estaré más tranquila sabiendo que le deja en Bielsa sano y salvo.

Subí a la mula. He de reconocer

que me costó lo mío, pues las fuerzas aún flojeaban.

—Supongo que no volveré a verla nunca más —me despedí mirándola con tristeza.

—Nunca es mucho tiempo.

—Tiene razón...

Fetra fijó su mirada en el sendero. Al fondo se divisaba una hilera discontinua de antorchas que de manera intermitente se desplazaba entre los arbustos.

—Márchese ya —me conminó—. Parece que las monjas ya se han decidido a salir en su busca.

—¿Y usted?

—No tema por mí. Yo ya he aprendido a cuidarme sola después de

tantos años.

Saludé, espoleé la mula y ambos nos pusimos en camino.

XXXI

(En el que refiero mi llegada a Bielsa y de qué manera fui instado a abandonar el valle)

Divisamos la Estiveta de Montinier cuando la aurora empezaba a recortar los relieves de las montañas.

— ¡Vamos, Jal! —le insté bajándome de la mula para acometer la pendiente con mayor rapidez—. ¡Vamos!

Jal parecía implicado en mi lucha personal por alcanzar Bielsa antes que la alborada y, dando grandes zancadas, saltaba de piedra en piedra acortando

las curvas del camino por el trecho más corto.

—He de decirle algo— se decidió a confesarme cuando ya habíamos recorrido más de dos terceras partes del camino—. Yo no llegué a darle su carta a Cordelia.

Detuve mi paso en seco y me volví hacia él.

— ¿Que no le diste la carta?

—Bueno, sí se la di, pero no a ella directamente, sino a don Joaquín.

— ¿Diste mi carta a don Joaquín?

—Él la encontró —resopló atemorizado—. Los muchachos del pueblo querían pegarme, yo tropecé por la calle y el sobre cayó de mi abrigo justo cuando don Joaquín pasaba por

allí...

– ¡Maldita sea! –refunfuñé para mis adentros—. ¡Tenemos que llegar antes de que Cordelia se marche!

Consciente de que Jal me seguía, corrí tan aprisa que cuando quise darme cuenta, había desaparecido sin que se apreciara el menor rastro de él.

– ¡Jal! –grité con todas mis fuerzas a sabiendas de que no podía permitirme perder un segundo.

El muchacho no respondía. El camino se abría a mi espalda, mudo y silencioso y no se veía ni rastro del farolillo de luz.

Temiendo que hubiera podido tropezar, o a lo peor sentirse dolido por no haber cumplir mi encargo de la mejor

manera, retrocedí parte del camino espoleado por la contrariedad. Un banco de niebla se arrastraba con pereza por las faldas del Portaños avanzando hacia mí. Se movía como si tuviera vida propia, desplazándose como una enorme criatura fantástica que poliniza los bosques envolviéndolos con el rocío vivificante de su manto nocturno...

—Jal —volví a gritar sin obtener respuesta.

Tras meditar un par de segundos, desanduve dos recodos cerrados hasta darme de frente con una gran roca que poco antes había sorteado por su lado inferior. El muchacho estaba sentado sobre ella. Había cogido un lienzo de su zurrón y, en medio de la oscuridad, con

las primeras luces del alba despuntando a su espalda, comenzaba a pintar un dibujo.

—Jal —le grité— ¿Pero qué haces ahí arriba? ¡No tenemos tiempo para eso!

Pero Jal ya no estaba conmigo. El banco de niebla ascendía silencioso diluyendo su silueta como la lluvia disuelve las acuarelas de una pintura sobre el suelo de una plaza. Su imagen ya era lejana pese a encontrarse tan próxima a la mía. Comprendí que se quedaba atrás para siempre, que no podía seguirme más allá del mundo idealizado que me proponía dejar. Como en un despertar, fui tomando conciencia de los personajes que mi viaje iba abandonando en el camino: Lucien,

Beatriz, Fetra... y ahora Jal.



Recuerdo que, siendo niño, solía coger de la mano a todos los duendes y magos que habían acompañado mis sueños para que, en el momento de despertar, permanecieran a mi lado. Pensaba que de esta manera engañaría a la realidad y lograría retenerlos. Sin embargo, cuando mi madre posaba sus dulces manos sobre mis brazos despertándome, me volvía lleno de incertidumbre hacia mi mano y la encontraba siempre con los dedos entreabiertos, agarrando algo invisible que se había diluido en el último suspiro

sin lograr jamás traspasar el portal de la vigilia.

Dejé, pues, a Jal para siempre. El banco de niebla cabalgaba por la montaña borrando de manera definitiva la huella de mis etapas por esta tierra formidable. Vi a mi caballo Bucéfalo pastando sobre un prado. El animal aún estaba ensillado y arrastraba las bridas sobre la tierra mientras arrancaba las briznas de hierba con sus dientes. Su blancura contrastaba en medio de la negrura y le conferían un aura fantasmal.

—Vamos, *Bucéfalo* —dije acariciándole el lomo—. Es momento de abandonar este lugar.

Le tomé de las riendas y descendimos el último tramo antes de

cruzar el puente de piedra que conducía al corazón de la villa.

Las calles de Bielsa estaban desiertas. Por todos lados había restos esparcidos que el carnaval había dejado tras de sí: aquí una guirnalda descolgada de un balcón; aquí un montón de leña humeante que agonizaba. Al pasar por delante de los establos de la Compañía, vi que las mulas de los catalanes ya no se encontraban allí y eso me desmoralizó. Llegué a la gran plaza central, pero estaba igual de vacía que el resto del poblado. En un rincón, doblado sobre sus piernas como una marioneta con los hilos rotos, vi al muñeco *Cornelio* con las ropas parcialmente quemadas y el cuerpo

molido a bastonazos. El símbolo de la catarsis colectiva que cerraba las fiestas del carnaval estaba vestido con ropas mías y de Lucien. Solo entonces entendí que, a ojos del valle, los enemigos verdaderos, la amenaza real, habíamos sido nosotros.

Me arrodillé junto al muñeco y lo miré lleno de tristeza. Un pañuelo rojo con las iniciales del francés humeaba corroído por una combustión lenta que el aire azuzaba. La camisa blanca que envolvía sus penachos de paja era mía, los guantes que cubrían sus manos creo que también.

—¿Dónde está Cordelia! —grité con todas mis fuerzas elevando mi rostro hacia las casas.

El eco resonó en las fachadas desnudas devolviéndome el golpe de voz como un reproche.

Me puse en pie y avancé hasta situarme bajo la ventana ojival de la biblioteca de Don Joaquín. Tenía el presentimiento de que me observaba sin querer mostrarse, sorprendido de mi regreso al pueblo y muy consciente de lo que había venido a buscar.

—¡No estoy muerto! —le anuncié envalentonado—. ¡No lo estoy y he regresado para llevármela!

Como Aquiles bajo las murallas de Troya, repetí insistentemente el nombre de mi enemigo para retarle a salir de su fortaleza. Las cortinas tapaban la ventana, pero ello no me impedía

advertir su presencia tras ellas. El quinqué de luz traicionaba su silueta agazapada hasta el punto de que se hacía perceptible incluso el humo de su pipa.

—¡Devuélveme a Cordelia! — clamaba cada vez mas desafiante—. ¡Dile que baje!

Algunos copos de nieve empezaron a caer con la amanecida, ajenos a mi desencuentro. El portón de la casona de don Joaquín Castán se abrió con un gemido a bisagras mal ajustadas, y el rostro de una mujer del servicio — que no era Leonor— apareció por la rendija cuadrada.

—¡Márchese! —me instó con una expresión llena de odio—. No queremos nada de usted en esta casa.

—¿Dónde está ella? —me precipité
abordándola.

—Se marchó ayer con los toneleros

—¿Adónde iban?

—¡Y yo qué sé! Eso no me incumbe.

Se habrán ido a Francia a vender el anís,
como hacen cada año. A estas horas, ya
habrán atravesado el Puerto de la
Forqueta y andarán por Tarbes.

—Quiero hablar con don Joaquín.
He de saber adónde la llevan.

—Y cómo quiere que él lo sepa.
Cuando una marcha a servir, marcha
donde sea y punto. ¡Ahora váyase de una
vez!

La mujer cerró la portezuela y
desapareció. Fuera de mis casillas,
agarré uno de los bancos de la plaza y

empecé a golpear la entrada de la casona sin dejar de gritar.

Fue entonces cuando tomé conciencia de que algunos mozos con antorchas salían por los extremos de las calles que desaguaban en la plaza, avanzando hacia mí. Las figuras pertenecían a los Trangas e iban ataviados con sus respectivas caras llenas de hollín, sus cornamentas de macho cabrío sobre pellizas de lana cruda y sus enormes bastones en forma de punta. Cinco figuras en total se hicieron visibles con una actitud amenazadora.

Lejos de acobardarme, me dispuse a vender caro mi pellejo. Cordelia me había salvado de las fiebres, Lucien lo

había hecho dentro de la cueva, y Fetra, en mis viajes por la sierra. Ya era hora de que yo también hiciera algo por los demás.

Me acerqué a la hoguera donde aún humeaban algunos tizones de la fogata. Cuando me agaché para coger uno de los maderos con el que defenderme, encontré el retrato de Cordelia tirado en el suelo. El casco de una mula lo había pisoteado dejando estampada la marca de la herradura en su rostro. El papel estaba arrugado y en parte quemado por un extremo. Con todo el cuidado del mundo, lo doblé guardándolo en el bolsillo interior de mi camisa. Luego, tomé el madero por su extremo y me reincorporé dispuesto a defenderme. Los

cinco Trangas fueron acercándose despacio en línea de frente dispuestos a darme un escarmiento por mi tozudez. Yo comencé a golpear el suelo para prevenirles de que iba a presentar batalla, pero mis fuerzas aún eran débiles y enseguida comprendí que no llegaría demasiado lejos.

Arremetí contra el primero y acerté en el golpe dándole en toda la frente. El mozo se inclinó primero y luego cayó al suelo con la frente sangrando. Poca cosa más pude hacer. A partir de ese momento, la iniciativa estuvo de su parte y bien pronto me vi volteado por el suelo tratando de esquivar la lluvia de bastonazos que me caían por todas partes. Me arrastré por el suelo, me di la

vuelta, logré incorporarme de nuevo y, justo en ese instante, noté una mano firme que me sujetaba por detrás con fuerza. Cuando me di la vuelta vi ante mí la omnipresente figura del Boñudo, el guía del desfiladero, que acudía de nuevo a Bielsa para recogerme y llevarme de vuelta a La Infortunada.

–Deje ese palo y suba al caballo – me dijo con la mirada fija en los cinco Trangas, que ahora dudaban en acercarse.

Los ojos del Boñudo centelleaban de un modo especial. Eran como los de una fiera presta a defender su pieza de otros miembros de la manada que pretenden arrebatársela.

–Ahora, el viajero es mío –les dijo

muy serio a los cinco— yo le traje aquí y yo tengo que devolverlo para que me pague lo establecido. Sin viajero, no hay negocio.

Los Trangas se detuvieron. El Boñudo era una especie de figura mitológica del valle. Cuando se cruzaba el puente y se entraba en el congosto, él era el amo y señor de las cortadas. Había venido para cumplir el trato y no estaba dispuesto a permitir que nadie se lo malograra. Cuando Carlons subía a alguien arriba, siempre lo bajaba. En treinta años había sido así, y nada hacía suponer que eso fuera a cambiar ahora.

El Boñuno tomó con una mano la rienda de mi caballo y con la otra la de *Calandria* y empezó a alejarse del

pueblo en dirección al puente. Los cinco mozos aún nos fueron siguiendo con las antorchas en la mano. Cuando alcanzamos el río, empezó a salir el sol, y entonces, los perseguidores se detuvieron hasta que los perdimos de vista.

—Espérate un minuto —dije a mi guía cuando alcanzamos la bifurcación del valle que conducía a Francia.

Con el cuerpo molido a bastonazos, me reincorporé sobre el caballo para mirar la senda que el día antes había tomado Cordelia. El rastro de su esencia aún permanecía invisible entre las frondas de los arbustos perdiéndose en la monstruosa cordillera de nieve que flanqueaba los pasos de la frontera. Las

pisadas de la recua de don Famades aún podían verse estampadas sobre la nieve reciente.

Me pregunté por qué motivo habría desechado mi retrato al suelo y por qué se habría marchado sin dejarme escritas siquiera unas líneas de despedida. Una parte de mí aún se debatió por ir tras ella, a sabiendas de que era físicamente imposible alcanzarla.

—¿A qué distancia está Tarbes? — pregunté a mi guía.

—Para usted, a ninguna —dijo el Boñudo con esa contundencia que le caracterizaba—. Jamás lograría llegar al otro lado sin ayuda. En esta época del año, solo se puede atravesar el puerto con un ejército de mulas. ¡Olvídelo!

Sin esperar mi respuesta, el mayoral tiró de las riendas y comenzó a descender por la senda en dirección a la palanca. Pronto se hizo visible la horrible estrechez por la que se encajonaba el río y que, de alguna manera, constituía el único cordón umbilical que aún me unía al extraordinario mundo que iba quedándose atrás. Mil recuerdos e imágenes afluían ahora a mi mente de vez: las oportunidades perdidas, las sensaciones experimentadas, los tormentos y las esperanzas sufridas. Me pregunté si acaso no seguía todavía en el pozo, si el pozo no sería en realidad esta vida solitaria, tan dura como una condena, a la que los pasos del caballo

me arrojaban otra vez. Sonreí con ese sabor amargo que solo confiere la derrota agri dulce ¿Cuántos años tendrían que volver a pasar para que el destino me concediera una nueva oportunidad para amar de aquel modo?

Al llegar a la palanca, la atravesé sin la menor precaución. Creo que era una especie de muerto viviente que caminaba sin respeto por su vida. Era ya solo un viejo de treinta años que temía llegar a la muerte solo para descubrir que no había vivido. Tenía la sensación de estar interiormente vacío, de no ser más que un envoltorio, como esos despojos de insectos que se encuentran en las orillas de los pantanos, pegados por un hilo a un guijarro mientras el

viento los sacude.

Mientras pasábamos bajo los pretilos, me llevé la mano a la camisa y saqué el retrato de Cordelia para mirarla por última vez.

Las palabras de Jal aún resonaron en mis oídos desde la memoria del tiempo:

«Un retrato siempre acaba volviendo a manos de su propietario».

Lo lancé y el viento helado lo arrastró por la cortada precipitándolo a las aguas del barranco. Aún pude seguirlo un breve instante con la mirada, viendo cómo los remolinos de las aguas se llevaban su alma al mundo legítimo que le correspondía.

—Es curioso —dijo el Boñudo

parándose a mi lado para liarse un pitillo con la picadura de su cajetilla.

—¿Qué es lo que es curioso?

—Ese dibujo que acaba de tirar al río se parece mucho al de una joven con la que ayer me tropecé cuando subía de vuelta al párroco de la iglesia.

Yo no dije nada, pero enseguida advertí que el guía no había terminado su observación.

—Fue antes del mediodía — continuó—. Resulta que me topé con la caravana de los catalanes que emprendían su camino hacia Francia, y nos detuvimos para cruzar algunas palabras.

—Sigue —dije azuzado por la curiosidad.

—Pues verá. Resulta que al decirles que hoy tendría que volver a subir aquí para recoger a un miembro del gobierno, la moza en cuestión, que como ya le digo era igual a la de ese retrato, se me acercó a preguntarme si no era cierto que usted ya había marchado el día anterior en dirección a Barbastro.

«Nada de eso», le aclaré yo, «que aquí no hay cristiano que cruce este congosto sin que yo me *asebiente*». Y tal cual dije esto, la moza descabalgó de la mula y, haciéndome entrega de unos reales que traía en un sobre, me pidió si podía acompañarla a La Infortunada para esperarle a usted allí.

Miré con fijeza al Boñudo tratando de descifrar si se estaba burlando de mí

o si le estaba entendiendo yo mal. El lenguaje montañés es una mezcla de miradas y de silencios, de expresiones que significan mil cosas y ninguna. Carlons, al igual que todos los de su condición, reposaba o laboraba a las personas como si fueran campos de barbecho.

—¡Por el amor de Dios! —le insté agarrándole del brazo con un rayo de esperanza— ¡Termina ya de una vez lo que has de decirme!

—Pues nada, lo dicho. La mujer se puso más terca que *Calandria*, y don Famades juró y perjuró sin lograr convencerla para que volviera a subir a la mula. La recua iba con el paso medido, de modo que, ante la insistencia

de la moza, los toneleros se desentendieron de ella y marcharon dejándola a mi recaudo. La pobre está esperándole a usted desde ayer. Se pasa el día contando los dineros y preguntando a cuantos suben la comida y la cena para saber si le alcanzarán las monedas en caso de que usted no se presente. Esa joven vale un potosí –se rió el mayoral–. Si yo estuviera en su pellejo, no perdería *miaja* en correr a estrecharla.

Volví la cabeza hacia el final del desfiladero. Mi corazón se aceleró.

–¿Seguro que es cierto lo que me cuentas?

–¡Tan cierto como que el escuerzo no canta! –afirmó Carlons exhibiendo

sus dientes verdes.

Miré a mi derecha y vi que los primeros rayos del alba incidían sobre la Doncella Negra recreando la imagen de la dehesa en el mallo. Un trueno como un cañón resonó por toda la estrechez haciendo que infinidad de aves rapaces levantaran el vuelo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté consternado.

—El progreso —respondió el Boñudo—. Los ingenieros militares del ejército real están abriendo una pista con barrenos para comunicar el valle con el llano. Mucho va a cambiar esto en los próximos años —se descolgó con una expresión llena de duda y resignación.

Miré hacia lo alto y vi cómo parte del monolito de la dama de piedra se desprendía de los escarpes por efecto de la onda expansiva cayendo al barranco en cientos de fragmentos. El centinela del valle, que durante miles de siglos había custodiado la entrada al paso, desapareció para siempre en cuestión de segundos bajo una nubecilla de polvo.

Pensé en don Joaquín. De manera inevitable, mi mente viajó de nuevo hasta la plaza y le vi agazapado tras las cortinas de su biblioteca. Él también tenía que haberlo escuchado. Lo imaginé vencido, desesperado por la peor de las amenazas que ahora llamaba a las mismas puertas de su mundo sagrado. Y en cierto modo, solo en una pequeña

parte, creo que incluso llegué a comprenderle.

Mi inminente encuentro con Cordelia disipó enseguida estos pensamientos. Ya coronábamos el último repechón antes de salir a la vega. Enseguida vi su figura esbelta y su melena rubia. Estaba de pie, junto al camino, y al vernos, levantó la mano y nos saludó.

ÚLTIMA

Me casé con Cordelia tres semanas después en la misma iglesia de Segovia donde fui bautizado yo, y donde más tarde bautizamos a los dos hijos que me dio. He sido feliz a su lado, y a la hora de cerrar este diario —a los cincuenta y cinco años de edad— sigo siéndolo con la misma intensidad, si cabe, que en mis años de juventud. A veces, cuando los relámpagos de alguna tormenta me despiertan a media noche y su luz eléctrica tiñe de azul la oscuridad de nuestra cámara, vuelvo a la cueva del

pozo para ver a Lucien, y el fantasma del recuerdo resucita oscilando sobre mi conciencia como una espada de Damocles. En silencio, le pregunto si acaso no es cierto que todos supieron defender lo suyo excepto yo: si don Joaquín Castán no defendió el mundo sagrado al que se sentía tan ligado; si Fetra no defendió su dignidad de mujer, que era también la dignidad del hombre en su esencia; incluso, si las monjas no hicieron lo único que estaba en sus manos para retener, hasta el último momento, lo que en derecho les pertenecía y yo pretendía arrebatables.

Cuando esos pensamientos vuelven, el mundo del desfiladero se recompone ante mí, tal cual se levantan los castillos

de arena que el mar destruye eternamente, y mi espíritu regresa a los verdes valles de la juventud que conocí.

Los consejos de Fetra, induciéndome a ignorar el suceso y apartarlo de mi vida para siempre, han servido para dormirlo, pero no para eliminarlo por completo. Siempre que eso sucede, me giro hacia el cuerpo dormido de Cordelia y me paso un largo periodo de tiempo acariciándolo con dulzura sin que ella se dé cuenta, queriéndome llevar cada uno de esos instantes en mi bagaje personal por si algún día, Dios no lo quiera, deba volver al lugar donde un día estuve y del que logré salir por un venturoso milagro.

Ignoro cuál fue el significado real

del pozo, qué realidad entrañaba, qué símbolo representaba o cuál era su mensaje. Pero en prevención de que esté más allá de la muerte, aguardando el instante de saldar cuentas conmigo, me he dispuesto a vivir la vida con las cosas que realmente importan, para llenarla de recuerdos que ya nadie, ni siquiera la soledad monstruosa de la cueva, puedan quitarme nunca. Jamás volveré allí con las manos vacías. Y cada caricia, cada abrazo, y cada instante pasado con ella será un tesoro que alimentará el devenir y confortará mi soledad en los momentos difíciles.

A veces, he pensado qué sería de mí si la naturaleza o la tragedia del destino la arrancaran de mis brazos

antes de tiempo y quedara solo en este mundo. ¿No serían entonces mi vida y la cueva una misma cosa? ¿No sería yo un fantasma condenado en vida que deambularía esperando el final para volver a reunirme con mi compañera? Vivir más allá de los días: ese debe ser el camino, con esa traslúcida continuidad de esperanza que ignora toda pausa y toda intromisión.

Solo el presente importa ...

Segovia, 21 de enero de 1865.

NOTAS

0. Autor de las primeras cartografías del Pirineo.

1. Real Decreto de Mendizábal (19 de febrero de 1836) por el que se expropiaban forzosamente los bienes de los conventos para subastarlos públicamente.

2. El viajero no se confunde de lugar al mencionarlo por este nombre. Muchos años después un propietario de la fonda lo cambiaría por el de La Fortunada (Tal y como se la conoce hoy en día). Este hecho fue constatado por el célebre montañero francés L. Briet cuando pasó

por La Fortunada el 18 de agosto de 1903. Russel creyó que se trataba de un error toponímico de los mapas pero se equivocaba.

3. Es muy posible que el viajero confundiera esta montaña con el Bocolón o Punta Llerga, que entrando al estrecho caen a la derecha del río.

4. La vara en el país equivalía a 0,772 m, igual a tres pies o cinco furcos.

5. Relativo al oficio de bajar troncos por el río. Los navateros aprovechaban las crecidas para hacer bajar los troncos hasta remansarlos en los puntos inferiores del curso. Allí, uniéndolos con ramas de sarga formaban las

navatas. El descenso de estas navatas hasta sus puntos de destino podía durar hasta siete días.

6. Sin duda, el viajero se encontraba en este momento en el paso conocido como de Godet, en memoria a un bandido que tuvo allí su cueva y que fue despeñado por un pastor.

7. Una carga equivalía a cuatro mulos.

8. El viajero parece referirse a la pez que se fabricaba con resina de abeto y sebo de vaca, a lo que se añadía una pequeña cantidad de besque para darle mejor elasticidad y consistencia.

9. El comisionado las cita por si fuesen

del clero o cedidos a explotación por el convento.

10. La tableta a la que se refiere el comisionado se hacía con madera de abeto, cortada con hacha siguiendo la fibra, para que no se alabease con la lluvia ni el calor.

11. Se entiende por un fuego la chimenea de cada casa, y por tanto, a cuantos viven en ella.

12. Aspirantes a monjas que no han hecho los votos de castidad, obediencia y pobreza.

13. El viajero debe de referirse al Marboré y el Cilindro

14. Corbata de nudo muy gruesa llamada también papillón.

15. El viajero debe de referirse al ancestral camino que unía Bielsa con Tella y que era conocido como «camino de la Farga» o «de los solteros».

16. Célebre bastón montañés con punta de hierro.

17. Antigua cámara fotográfica con trípode.

18. ¿Es posible que el viajero se refiera al pueblo de Rebilla?

19. Bebida de ínfima calidad, propia de los pastores de la tierra, que se obtiene

macerando los residuos del prensado del último vino.

20. Resulta asombroso ver cómo el viajero –sin saberlo– está describiendo un proceso meteorológico conocido como «inversión térmica permanente», condicionado por la particular orografía del lugar. Por dicho proceso, en las zonas bajas del valle hace más frío que en las zonas más altas, y la vegetación se adapta en consecuencia.

21. Niños de edades comprendidas entre ocho y doce años que corrían alrededor de los rebaños de ovejas siguiendo las órdenes del pastor. Más tarde fueron sustituidos por los perros.

22. Término con el que antiguamente se aludía a las hermanas de esta congregación.

23. Planta con cuyas raíces se preparaban tinturas de color rojo. También era de uso común el glasto (*isatis tictorea*) para tintes azules, la gualda y el azafrán para amarillos, y el quermes para obtener el rojo. Mezclándolos se conseguían otros colores, como verdes y pardos. Muchas de estas plantas se recolectaban de manera silvestre en las montañas del Alto Aragón. A modo de fijadores, se usaban cenizas de plantas comunes.

24. Contrabandistas.

25. El tiempo es breve, aprovéchalo.

26. Se refiere a la escultura *El éxtasis de Santa Teresa de Jesús*.

27. (Del latín succubus, de succubare <<reposar debajo>>), según las leyendas medievales occidentales, es un demonio que toma la forma de una mujer atractiva para seducir a los varones, sobre todo a los adolescentes y a los monjes, introduciéndose en sus sueños y fantasías. En general son mujeres de gran sensualidad, y de una extrema belleza incandescente.

28. El cristal machacado se utilizaba en la antigüedad para certificar que una marca de linde era un mojón y no una

roca natural. A este respecto, se ponía el cristal machacado debajo de la piedra, de modo que si existiera duda sobre el terreno, esta pudiera levantarse y ver si contenía cristal bajo ella.

29. Memoria del sepulcro.

30. Se refiere a Lucien de Charbonnières citándolo por su título nobiliario en vez de por su nombre.

31. Hermana que tiene a su cargo la despensa.

32. *Agrimonia eupatoria*.

33. La Santa Inquisición, durante la Edad Media, vio con temor el ascenso

de este matriarcado altoaragonés advirtiéndolo en él una amenaza a los roles de la familia cristiana tradicional. Se hicieron varios escarmientos y purgas acusando a las mujeres de brujería. Uno de los más sonados se llevó a cabo en 1637, en el pueblo de Tramacastilla donde cuarenta mujeres, (casi la totalidad de la población femenina de la villa) fueron acusadas de herejía.

34. Crampones de cruceta forjados de manera casera. Son rígidas, sin articulación, con dos o cuatro garfios para engancharse el hielo y cuerdas para sujetarse a las pantorrillas a través de dos argollas (se dice que las inventaron

los contrabandistas).

35. Contrabandistas.

36. En las edades oscuras del cristianismo; durante su florecimiento, muchos enclaves religiosos se asentaron sobre antiguos asentamientos de culto pagano con la intención de «neutralizarlos». San Martín de la Vall d'Onsera, en Huesca o incluso el propio monasterio benedictino de San Juan de la Peña, en Jaca, son claros ejemplos de este proceder.

37. Cestas de mimbre para el transporte de tinajas de agua.

38. El proceso de obtención de lejías

para la desinfección doméstica se obtenía filtrando las cenizas de la lumbre con agua tibia a través de un mantel. El agua filtrada se recogía en un barreño.

39. Leñadores.

40. ¿Dónde vas tan rápido, bonita?

41. ¡Venga desgraciado, desaparece de mi vista si no quieres que mañana te deje aquí!

42. Dentro del ámbito de las relaciones familiares en el Alto Aragón, existían dos figuras peculiares que por sus vínculos con la casa gozaban de cierta preponderancia. La primera era la del

Tion: hermano soltero del heredero legítimo que se quedaba en la casa de por vida para ayudar. Tenía derecho a comer, trabajar y opinar humildemente. Los *Donados* venían a ser lo mismo, pero sin lazos de sangre: eran personas ajenas a la familia que se «donaban» a la casa de por vida, como una especie de servidumbre atávica y voluntaria. Dentro del contrato no escrito que regula la relación entre estas figuras y el amo al que sirven, se estipula que no podrán casarse nunca, bajo pena de ser expulsados inmediatamente.

Table of Contents

[Start](#)